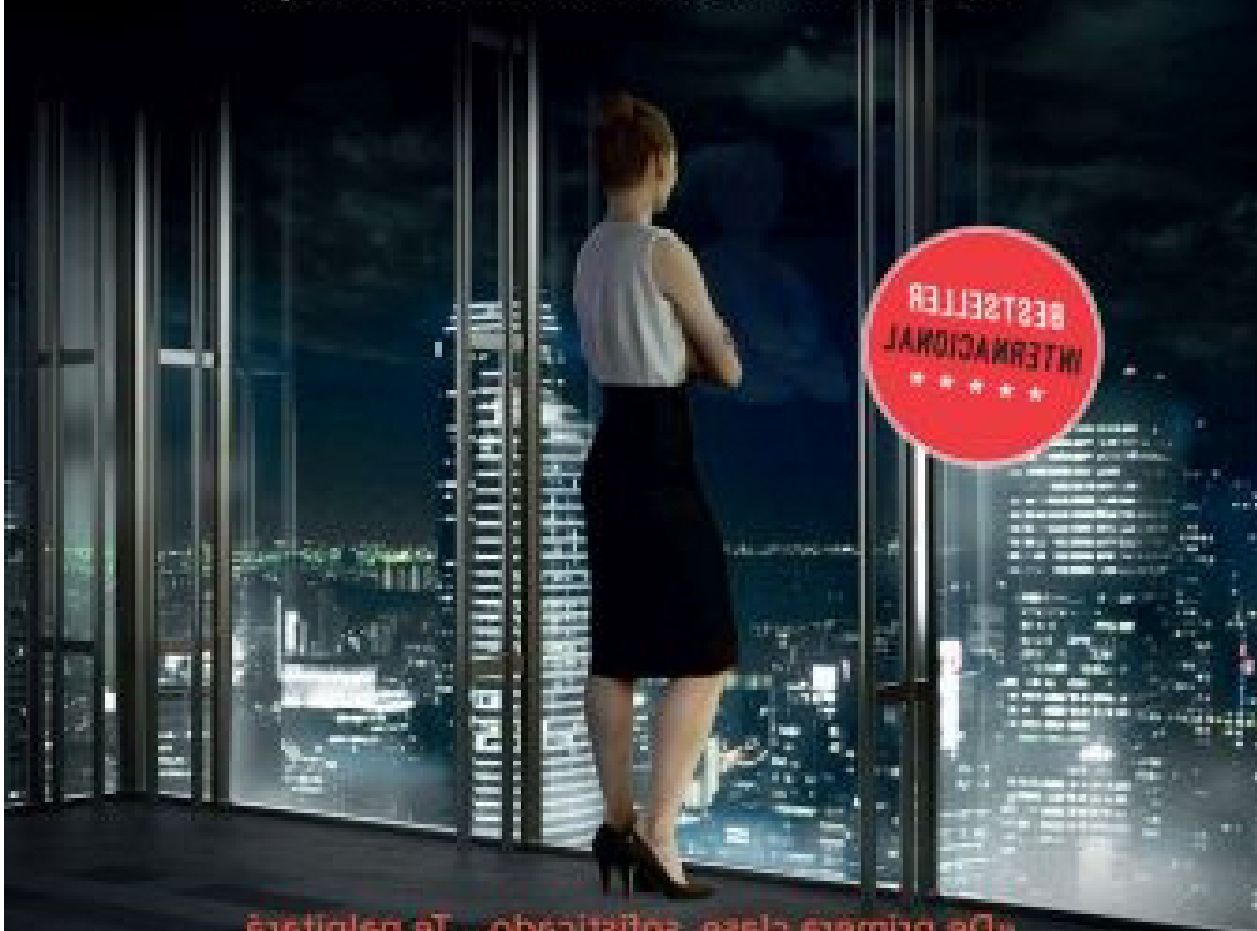


CRISTINA ALGER

# SUCIO DINERO

Un thriller financiero de alto voltaje



INTERNACIONAL  
BESTSELLER  
★★★★★

«De primera clase, sofisticado... Te palpará el corazón.» THE NEW YORK TIMES BOOK REVIEW

im

D.J.57



Marina

Annabel

Zoe

Annabel

Zoe

Marina

Zoe

Marina

Annabel

Marina

Zoe

Marina

Annabel

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Com**

## Sinopsis

La aparentemente perfecta vida de Annabel en Ginebra se rompe cuando el avión de Matthew, su esposo banquero, se estrella en los Alpes. Cuando empieza a encontrar pistas de lo que puede ocultar su muerte, Annabel se pone en la mira de enemigos poderosos y comienza a preguntarse si realmente conoció a su esposo. Mientras tanto, la periodista Marina está investigando a Swiss United, el banco donde trabajaba Matthew. Pero cuando descubre evidencia de un escándalo financiero global impactante que implica a alguien cercano a su hogar, se verá obligada a tomar una decisión imposible.

# DINERO SUCIO

Cristina Alger

Traducción de Isabella Monello e Inés Giménez

**m̄**

*Para Jonathan*

## Prólogo

Eran muy pocos los aviones que tenían permiso para despegar en el aeropuerto RAF Northolt, en Londres. Las rachas de viento cruzado eran muy fuertes; el temporal de aguanieve no amainaba y la visibilidad era nula. El aeropuerto contaba únicamente con una pista, y había una aglomeración de aviones privados que esperaban poder utilizarla. Eran las seis de la mañana. El número de pasajeros que aguardaba en el área de espera no era elevado, pero todos estaban impacientes. La mayoría eran hombres de negocios con reuniones matutinas en París, Luxemburgo, Berlín... A algunos, las empresas les habían reservado asientos en aviones alquilados; un par de ellos poseían los suyos propios. Eran de esa clase de hombres a los que no les gustaba esperar.

Un ruso de nombre Popov estaba montando un escándalo, gritándoles tanto a la mujer que se encontraba tras el mostrador de información como a la persona con la que hablaba por el móvil. Ninguno de los dos le daba la respuesta que quería, así que alternaba su enfado entre uno y otro, y fue alzando la voz hasta que se lo pudo oír alto y claro por toda la terminal. Su acompañante, una esbelta rubia con cara de aburrida, vestida con un abrigo de piel de zorro y deportivas, tenía la mirada fija en su móvil. Parecía estar acostumbrada a los ataques de ira de Popov. El resto de los presentes observaban al ruso, que había perdido los papeles. Alexei Popov, con más de un metro noventa de altura y casi ciento treinta kilos de peso, no pasaba inadvertido, y mucho menos cuando estaba enfadado.

—Lo comprendo, señor —repitió la mujer del mostrador en un intento por seguir actuando con profesionalidad frente al aluvión verbal del hombre—. Y



lamento mucho las molestias que pueda causarle. Pero, por razones de seguridad, debemos recomendarles que...

Popov empezó a despotricar en ruso y luego lanzó el móvil al suelo. La mujer del mostrador se encogió y dos guardias de seguridad se acercaron a ellos con paso enérgico para ver a qué venía tanto alboroto. En esos momentos, hasta la mujer rubia los miraba. Cogió a Popov del brazo y le susurró algo al oído intentando calmarlo.

Tras un ejemplar nuevo del *Financial Times*, Thomas Jensen observaba el escándalo del ruso con cierto interés, sentado en un rincón de la terminal. Como el resto de los pasajeros que se encontraban en el aeropuerto esa mañana, Jensen lucía un traje hecho a medida, entallado al milímetro, y llevaba un maletín. Con el pelo cano peinado a la perfección y unos mocasines carísimos, parecía justo lo que era: un graduado de Oxford, formado en finanzas y con una abultada cuenta corriente. Sin embargo, a diferencia del resto de los pasajeros, Jensen no era financiero ni un pez gordo de los negocios. Aunque estaba en Northolt por negocios, éstos tenían un carácter muy diferente. Jensen trabajaba para un organismo gubernamental, pero eran pocas las personas que conocían la función que desempeñaba. La única señal externa que dejaba entrever que no trabajaba en una oficina, sino que tenía un oficio peligroso y en ocasiones violento, era una peculiar desviación del tabique nasal, justo donde se lo habían roto en el pasado. A pesar de que había sufrido heridas peores, la nariz todavía le daba problemas. Por eso siempre llevaba consigo un pañuelo de tela con sus iniciales bordadas en el bolsillo. Lo sacó y lo utilizó para sonarse, sin dejar de mirar con discreción al resto de los pasajeros que estaban en el área de espera.

Dado el alboroto que había montado Popov, Jensen fue el único en darse cuenta de que un hombre y una mujer cruzaban la terminal a toda prisa y salían por la puerta en dirección a la pista de despegue. Jensen se levantó, se guardó el pañuelo de tela en el bolsillo y se acercó al ventanal a paso lento. Analizó la delgada figura de la mujer, que se encogía de hombros ante el

viento, con el pelo envuelto con un pañuelo negro, al estilo de Jackie Onassis, para protegerlo de la lluvia. El hombre era fornido y le sacaba una cabeza a su acompañante. Cuando éste se volvió, Jensen se fijó en el pelo entrecano y en las gafas de carey que llevaba. De manera protectora, el hombre apoyó una mano en el hombro de la mujer mientras embarcaban en un Gulfstream G450. Ese avión era el más grande y caro de todos los que atestaban el aeropuerto de Northolt esa mañana. Más tarde, en las noticias informarían de que a los mandos iba un piloto excepcional. Omar Khoury había trabajado en la Real Fuerza Aérea saudí durante diez años, antes de pasarse al sector privado. Era un profesional de verdad, experimentado, y era poco probable que las malas condiciones de vuelo lo afectasen. El piloto consiguió permiso para despegar casi en cuanto se cerraron las puertas del avión. Popov seguía gritando por el retraso de su vuelo cuando el G450 comenzó a rodar por la pista de despegue y desapareció en el cielo.

Cuando el avión cogió altura, Jensen dobló el periódico y se lo colocó bajo el brazo. Pasó por delante de Popov, del mostrador de información, y salió de la terminal. Una limusina lo esperaba junto al bordillo.

En cuanto el vehículo giró hacia la carretera A40 en dirección Londres, su móvil empezó a sonar.

—Ya está —dijo Jensen—. Sólo ha salido un vuelo, y ambos iban en él.

Colgó, desplegó de nuevo el periódico y lo leyó en silencio durante todo el trayecto.

Apenas una hora después, el G450 perdió contacto. Desapareció del radar en algún punto de los Alpes franceses, así, sin más, como si nunca hubiese existido.

## Marina

Marina permanecía de pie en la terraza de su suite en el hotel Le Meurice, observando las brillantes luces de París. Las vistas eran impresionantes, sobre todo por la noche. Al oeste se alzaban la torre Eiffel y la gran noria, iluminadas bajo el cielo nocturno de la ciudad. Los jardines de las Tullerías resplandecían frente a la rue de Rivoli, como si la luz manase de su propio interior. A Marina se le pasó por la cabeza despertar a Grant, su prometido, para que pudiese disfrutar de las vistas con ella. Pero ya tendrían tiempo para eso. Su viaje acababa de empezar. En cambio, se sentó en una silla, frente a la mesa. Encendió un cigarrillo y se tragó el humo. Era genial no tener que trabajar, ni tener actos a los que asistir, ni correos electrónicos que suplicaban que los respondiese. Podía leer un libro, o hacerse las uñas. O no hacer nada de nada. La noche era toda suya. Allí, en París, todo acababa de empezar.

En ese instante sonó su móvil y el ruido la sobresaltó. Al ver quién la llamaba, sintió una punzada de irritación.

—Duncan —respondió en un tono seco—. Aquí son más de las doce de la noche.

—¿Estabas durmiendo?

—No.

—Por supuesto que no. Todavía sigues el horario de Nueva York. Además, tú nunca duermes.

—Pero eso no significa que puedas llamarme durante las primeras vacaciones que me tomo en casi diez años.

—Necesito que me hagas un favor.

Marina se encogió. Justo por eso Grant quería que dejase la revista *Press*.

En los casi diez años que llevaba trabajando para Duncan, jamás se había tomado unas vacaciones. Trabajaba gran parte de los fines de semana y en incontables días festivos. De noche, respondía las llamadas a todas horas. Había empezado a trabajar en la revista como la ayudante de Duncan. Pero, tras nueve años y medio, y a pesar de que su cargo como responsable aparecía en la mancheta de la revista, a veces Duncan seguía tratándola como si fuese su ayudante. Llevaba veinticuatro horas de viaje y ya le estaba encargando cosas. Era increíble, la verdad, pero no del todo sorprendente.

Marina tenía pensado dimitir. Le había prometido a Grant que dejaría la revista justo después de la boda. Los rumores que circulaban acerca de que James Ellis, el padre de Grant, iba a presentarse como candidato a presidente eran ciertos. Era cuestión de semanas que diesen rienda suelta a la campaña. Ellis ya había reunido a un equipo de consejeros y publicistas. Los necesitaría. Un impetuoso multimillonario de Nueva York no era precisamente el candidato del pueblo, pero en cuanto los asesores políticos hubiesen hecho su magia, James Ellis se transformaría en una historia de éxito labrado con mucho esfuerzo, un negociador profesional, una nueva alternativa al supuesto candidato propuesto por los demócratas (y un miembro consumado del partido), el senador Hayden Murphy. Bueno, al menos, ése era el plan. Murphy, a quien durante años habían perseguido los rumores de corrupción y enchufismo, era un candidato temible, pero no era perfecto. Ellis lo sabía; contaba con ello.

En su interior, Marina dudaba de que su futuro suegro fuese el hombre adecuado para ser el líder del mundo libre. Lo había visto perder los estribos con personas amables que habían cometido el más mínimo de los errores, por ejemplo, con una nueva ama de llaves que se había equivocado al comprar el agua embotellada para su casa de Southampton, o con un conductor que se había pasado la salida del aeropuerto de Teterboro. Además, Marina sabía que Grant ejercía una influencia tranquilizadora en su padre. Grant dimitiría de su puesto en un banco de inversiones y se encargaría del negocio familiar

mientras su padre estuviera de campaña electoral. En su nuevo puesto como director general de Ellis Enterprises, Grant tendría que viajar muy a menudo, y daría por hecho que Marina lo acompañaría. Había cosas que una tenía que hacer como la esposa del primer ejecutivo de una multinacional. Por no hablar de ser la esposa del hijo del presidente, si se daba el caso. No podría trabajar y ser la esposa de Grant Ellis. Al menos, no al mismo tiempo. No importaba qué fuese más importante para ella. Tenía que dimitir. Era parte del trato y, en cierta medida, Marina siempre había sido consciente de ello.

Por un momento se le pasó por la cabeza dejarlo justo en ese instante, por teléfono. Sin duda tenía motivos para hacerlo. Los empleados abandonaban la revista *Press* continuamente. Duncan era famoso por ser un redactor jefe complicado, y pagaba a sus trabajadores por debajo de la irrisoria media del sector. Pero a Marina no le parecía bien. Después de todo lo que Duncan había hecho por ella —y después de todo lo que habían hecho juntos—, quería dimitir como era debido: en persona, en un momento en el que no sólo fuese conveniente para ella, sino también para la revista.

—Eres increíble —dijo Marina. Apagó el cigarrillo y entró en la habitación para buscar un lápiz—. ¿No se supone que te has tomado un tiempo sabático?

Duncan no le respondió. Todo el asunto de su período sabático era un tema delicado. No se lo había tomado de forma voluntaria, sino que, más bien, había sido una orden de Philip Brancusi, el presidente ejecutivo de la sociedad matriz de *Press*, quien había insistido en que Duncan emplease esas seis semanas para desintoxicarse de una vez por todas. Su alcoholismo se había convertido en un problema, y todo el mundo en la industria editorial lo sabía. Todo el mundo menos el propio Duncan.

—¿Vas a apuntar lo que te voy a decir? —preguntó él.

—Pues claro.

—Necesito que te reúnas con alguien. Viene de Luxemburgo. No sé cuánto tiempo libre tendrá, así que deberás adaptarte. Ese hombre te

entregará una memoria USB para que me la traigas. Ten mucho cuidado con ella. Y no se lo cuentes a nadie.

—¿Y qué voy a decirle a Grant? ¿Que tengo una cita con un misterioso europeo?

—¿Quién es Grant?

—Qué gracioso eres.

—Dile que te vas a correr por ahí. O que tienes que encontrarte con una vieja amiga. Es mayorcito. Será capaz de sobrevivir cuarenta y cinco minutos sin ti.

Duncan parecía enfadado, y eso molestó a Marina. Apretó el lápiz con fuerza y rompió la punta de grafito.

—Joder... —susurró, y estiró la mano para coger un bolígrafo.

—A ver, sé que te sientes frustrada —dijo Duncan—. Sé que lo que te estoy pidiendo es un fastidio, pero es importante, Marina. Es material muy confidencial. Mi fuente no confía en los correos electrónicos, ni siquiera en los encriptados. Quiere entregar la información en mano. Yo mismo iba a viajar a Ginebra para recoger la memoria USB, pero creo que me están siguiendo.

—¿Quién te está siguiendo? —preguntó ella, y contuvo las ganas de poner los ojos en blanco.

—Le he dicho que eres la única persona en la que confío —respondió Duncan, haciendo caso omiso de su pregunta.

—Deja de dorarme la píldora. Me imagino que no puedo saber de qué va todo esto, ¿no?

Él guardó silencio. De fondo, Marina podía oír lo que parecía el sonido de una máquina quitanieves. Se preguntó si Duncan se había marchado de la ciudad, si se había refugiado en su casa de fin de semana, donde pasaba cada vez más tiempo. A ella le preocupaba que pasase tanto tiempo allí. Bebía demasiado y casi no socializaba, se volvía más histriónico y paranoico. Y, cuando eso sucedía, era habitual que la llamase por teléfono.

—Hablaemos cuando vuelvas —dijo él—. Pero, Marina..., se acabó. Después de todos estos años, creo que por fin lo hemos encontrado.

Ella dejó de escribir.

—¿A quién?

—A Morty Reiss.

—¿Vivo?

—Vivito y coleando.

Marina vaciló mientras asimilaba la gravedad de lo que Duncan le estaba diciendo. Habían pasado ocho años desde el suicidio de Morty Reiss. Faltaba poco para el aniversario. O, mejor dicho, habían pasado ocho años desde que encontraron el coche de Morty Reiss en el puente Tappan Zee, con una nota de suicidio pegada al parabrisas. Días después del supuesto suicidio, se descubrió que RCM, el fondo de inversión libre de Morty, era uno de los mayores esquemas Ponzi de la historia. Reiss se había dado cuenta de que su estafa tenía los días contados y había saltado por el puente, o eso decían. Sin embargo, nunca encontraron el cadáver. Al principio, Marina y Duncan albergaban las mismas sospechas que tantos otros: que Reiss había fingido su propia muerte y había desaparecido con las ganancias que había obtenido de forma ilícita, rumbo a cualquier país soleado sin tratado de extradición. De todas las personas sobre las que Marina había escrito artículos como periodista en la revista *Press*, quizá Reiss era el estafador más listo y despiadado con el que se había cruzado. Y eso era mucho decir, dado que escribía sobre personalidades de la sociedad de Nueva York (magnates de Wall Street, de la construcción, diseñadores de moda, publicistas...). Si alguien era lo bastante listo como para escapar con su dinero, ése era Reiss.

Reiss era brillante, de lo mejorcito, pero al final todos los esquemas Ponzi tenían que acabarse por fuerza, y ese detalle era lo único que siempre había inquietado a Marina de toda la historia de RCM. Uso de información privilegiada, malversación de fondos..., cualquiera podía salir impune de esa clase de delitos si era lo bastante inteligente. Era tan sencillo como robar el

dinero y partir al atardecer. Pero para un esquema Ponzi se necesitaba una interminable fuente de inversores. Sin inversores nuevos, todo el esquema se venía abajo, como un castillo de naipes. Así pues, ¿por qué Reiss había optado por un delito sin final? A Marina le parecía que el hombre era demasiado listo para algo así. A no ser, claro estaba, que durante todo ese tiempo ya hubiese planeado fingir su propia muerte.

En ese caso, tenía que reconocerle el mérito: era muy posible que Reiss fuese el criminal financiero más astuto de la historia.

Sin embargo, con el paso de los años, y sin noticias o pistas de su paradero, el escepticismo de Marina fue disminuyendo poco a poco hasta convertirse en aceptación. ¿De verdad era posible que un hombre como Reiss, cuyo rostro había aparecido continuamente durante meses en las pantallas de televisión de todo el mundo, pudiese desaparecer? En su opinión, no. Le resultaba demasiado inverosímil, fantástico incluso. Parecía más el argumento de una película de Hollywood que una historia real que salía en las noticias. Reiss era listo, pero no dejaba de ser humano. Quizá la codicia o la soberbia habían sido más fuertes que él.

Mientras el interés de Marina por la historia de Morty Reiss disminuía, el de Duncan Sander medraba hasta convertirse en una obsesión con todas las letras. Después de que ambos escribiesen codo con codo el artículo original en el que descubrían la estafa de RCM, Duncan siguió escribiendo varios artículos más en los que hablaba de Reiss y de su cómplice, Carter Darling. Sus teorías sobre el paradero de Reiss pasaron a ser disparatadas y carecían de datos que las corroborasen, y Marina temió que la obsesión de Duncan hubiese dañado de forma irremediable la reputación del redactor como periodista de rigor. Hacía apenas seis meses, casi le había costado su carrera. En un programa de entrevistas matutino, Duncan había afirmado que Reiss tenía cientos de millones de dólares en una cuenta del Banco Internacional del Caribe, en las islas Caimán. Duncan dijo que las autoridades de Estados Unidos habían hecho la vista gorda porque un círculo de políticos destacados,



quienes también tenían millones guardados en cuentas bancarias numeradas, protegía el banco. La entrevista provocó un gran revuelo, no sólo por las palabras de Duncan, sino también por sus formas. A los espectadores no les pasó por alto cómo farfullaba al hablar y el aspecto descuidado y sudoroso del periodista. Al poco tiempo se comentaba que Duncan Sander iba camino de una debacle pública. El Banco Internacional del Caribe amenazó no sólo con demandarlo a él, sino también a la revista *Press* y a su sociedad matriz, Merchant Publications. Presionado por Brancusi, Duncan se apresuró a retractarse públicamente. Después hizo ver que entraba en un centro de desintoxicación al norte de Connecticut, donde pasó varias semanas curándose de su alcoholismo y alimentando su ego. Hasta donde Marina sabía, la rehabilitación no había ayudado a Duncan con su problema con el alcohol. Pero sí que lo ayudó a conseguir una segunda oportunidad en *Press*, y regresó al trabajo un mes más tarde.

Ahora era la segunda vez que Duncan intentaba desintoxicarse, y Marina sabía que era la última oportunidad que le brindaba Brancusi. El ejecutivo le había dado un ultimátum: o se curaba y dejaba de beber para siempre y volvía listo para ponerse a trabajar, o podía despedirse de su revista. Duncan no podía permitirse otro traspie. Otro error de cálculo, y Brancusi pediría su cabeza.

—Duncan, ¿tienes pruebas de todo esto? Las necesitarás. No podemos permitirnos otro... —Marina se detuvo en seco, pues no quería acabar la frase. A Duncan no le gustaba que le recordasen el tema de la entrevista, o su problema con el alcohol, o ningún error que hubiese podido cometer en su vida, la verdad. Nunca habían tratado el tema, al menos no de forma directa.

—Esta vez las tengo. Reiss tiene más de setenta millones en Swiss United. Marina apuntó las palabras «Swiss United» y las subrayó.

—Swiss United. Así que no los guarda en el Banco Internacional del Caribe —dijo, intentando no utilizar un tono escéptico.

—No, ése es el tema. Los tenía en ese banco, yo tenía razón. Pero los

trasladó. Poco antes de que me hiciesen esa entrevista.

—Y tienes pruebas. ¿Registros de cuentas o algo así?

—Mi fuente, sí. Marina, es la historia de nuestra carrera profesional.

Ella se sobresaltó al notar que una mano le tocaba el hombro. Grant estaba de pie a su espalda, y parecía avergonzado.

—Hola —susurró—. No quería asustarte.

—Tengo que dejarte —dijo ella dirigiéndose a Duncan—. Ya hablaremos.

—¿Está Grant contigo?

—Sí.

—Vale. Te llamaré mañana, cuando sepa los detalles de la entrega.

—Muy bien. Buenas noches, Duncan.

—Perdona —dijo Grant, y le dio un beso en la cabeza mientras ella dejaba el móvil sobre la mesa—. Te he oído hablar y esperaba que estuvieses pidiendo algo al servicio de habitaciones. Estoy famélico.

Marina se echó a reír.

—Pues no, pero puedo llamarlos. ¿Qué te apetece?

—Voy a mirar qué tienen. —Grant se estiró por delante de ella para coger el menú del hotel—. ¿Con quién estabas hablando?

—Con Duncan.

—¿Y qué quería?

—Está trabajando en una historia y quería que lo ayudase.

—Espero que le hayas dicho que no —repuso Grant, levantando la vista del menú.

—Pues claro.

—¿No se supone que está en rehabilitación?

—De período sabático.

—Ya, lo que sea. No es para nada apropiado que te llame en mitad de la noche cuando estás de vacaciones.

—Creo que sólo estaba emocionado por la historia, nada más.

—No sabe lo que son los límites, Marina —contestó Grant negando con la

cabeza.

Ella suspiró.

—Ya lo sé. Mira, a mí también me frustra, pero tienes que comprenderlo: Duncan es la razón por la que soy periodista. Cuando empecé en *Press*, quería trabajar en una revista de moda porque pensaba que sonaba muy bien, en serio. Pensaba que podría ir a fiestas geniales, que podría probarme ropa de alta costura y conocer a gente interesante. Pero Duncan vio algo más en mí. Y esperaba más de mí. Cuando trabajamos en esa historia de los Darling, me trató como si fuese su colega y no su ayudante de veintidós años. Me dejó participar y aportar cosas y, cuando terminamos, me eligió para que escribiese los artículos con él. Así que, sí, vale, a veces me vuelve loca. Muchas veces. Pero le debo mi carrera profesional.

Grant estiró la mano hasta alcanzar la de ella; la pareja entrelazó los dedos y se sonrieron.

—Lo siento —dijo—. Es que soy un poco protector contigo.

—Y creo que eres un encanto.

Grant enarcó una ceja.

—¿Y sexy?

—Muy sexy.

—¿Te lo seguiré pareciendo si pido que me suban una hamburguesa con queso y doble de beicon con patatas fritas?

—Supersexy.

—Supongo que al menos tenemos treinta minutos antes de que lo traigan. ¿Vienes a la cama mientras espero que llegue mi tentempié nocturno?

—Pídeme unas patatas para mí también, ¿vale? No tengo hermanos. No se me da muy bien lo de compartir.

—A mí tampoco, así que quiero que me prometas una cosa.

—Lo que desees.

Marina le rodeó el cuello con los brazos y le sonrió.

—Prométeme que no tendré que compartirte en este viaje. Sólo tenemos

un par de días. Quiero que los dos desconectemos y disfrutemos el uno del otro.

Ella asintió.

—Ajá —dijo, y levantó la cabeza en busca de un beso. Notó las manos de Grant en el trasero y, de repente, se encontró en el aire, con las piernas enroscadas alrededor de la cintura de su futuro marido—. Te lo prometo —susurró mientras él la llevaba hasta la cama.

## Annabel

Matthew Werner llegaba tarde. Annabel, su mujer, lo aguardaba sentada en la terraza de su piso de Ginebra. Llevaba puesto un vestido de cóctel negro y el abrigo largo de piel que él le había regalado cuando se mudaron a Suiza. En una peluquería de Cours de Rive habían recogido su cabello cobrizo en un moño francés. Sus zapatos, unos tacones de doce centímetros que la dependienta de una boutique de la rue du Rhône la había convencido de comprar en contra de su buen juicio, le provocaban pinchazos en las plantas de los pies. En el espejo del probador, las piernas de Annabel parecían increíblemente largas y esbeltas con aquellos zapatos puestos. Dos lazos de satén salían de cada uno y se entrelazaban alrededor de los tobillos, haciéndola parecer una bailarina de puntillas. En Nueva York, se habría parado frente a un escaparate con unos zapatos como aquéllos, pero no habría entrado en la tienda. No los habría comprado. Eran poco prácticos y muy caros. En Nueva York, Annabel llevaba casi siempre zapatos planos o cuñas de punta redonda, adecuados para pasar el día de pie. En Nueva York, Annabel trabajaba. Cogía el metro, no un coche con chófer. No se gastaba el dinero en zapatos que costaban el sueldo de una semana. En Ginebra, los había pagado sin molestarse siquiera en mirar el precio.

Una vez en casa, se dio cuenta de que apenas si podía caminar con ellos puestos. Bajo la luz hostil de su armario, los lazos en los tobillos quedaban exagerados. No estaba muy segura de si parecía la mujer de un banquero o una cortesana. Las otras mujeres compraban en la boutique en la que ella había adquirido los zapatos. Todas tenían el mismo aspecto, se vestían igual, jugaban al tenis juntas. A veces, Annabel tenía la sensación de que se había

perdido un memorándum al llegar a Ginebra: «Cómo ser la mujer de un banquero». La mayoría de las otras mujeres eran amables pero distantes. Después del aluvión inicial de invitaciones para comer, ya no volvió a saber de ellas. Eran bastante amables durante los eventos de la firma, sin duda, pero parecía que entendían, como ella, que eran diferentes. Annabel decidió que no le molestaba. La mayoría de las otras mujeres sólo querían hablar de los desfiles de moda de París, de sus casas de campo y de su última escapada de fin de semana a Cerdeña. Y se arreglaban para todo, incluso para un *brunch* informal el fin de semana. Por supuesto, habría estado bien que la incluyeran alguna vez. Sin embargo, la mayor parte de los días, Annabel se contentaba recorriendo ella sola algún museo, sentándose en una cafetería con un libro y yéndose pronto a la cama. Las galas benéficas y las cenas de etiqueta no la atraían. Y siempre había odiado el tenis.

Los zapatos eran tan caros que tenía que ponérselos. Una vez, por lo menos. Y esperaba que parecieran tan caros como realmente eran. A Matthew le encantaba que llevara cosas caras. Por eso trabajaba tanto, decía. Le gustaba presumir de ella.

Sin embargo, ahora, Annabel se desató los zapatos y liberó sus pies de aquellas cadenas. Los colocó entre sus delgados muslos para mantenerlos calientes. Sintió la tentación de encenderse un cigarrillo para relajarse, pero se frenó a sí misma. Matthew se enfadaría. Hasta donde él sabía, ella no había fumado desde que se había marchado de Nueva York. Tenía un paquete escondido en el salón, detrás de sus libros de arte. Matthew nunca los miraba, así que Annabel no corría el riesgo de ser descubierta. A él jamás le había interesado el arte, a menos que tuviera que ver con la inversión de algún cliente y, entonces, era sólo eso: una inversión. Annabel se permitía un cigarrillo (en ocasiones dos) al día, pero sólo cuando Matthew pasaba la noche fuera. Últimamente, eso sucedía a menudo.

Desde la terraza, oyó el suave traqueteo del tren más abajo y el cloc-cloc-cloc de los coches de caballos para turistas sobre los adoquines. Por lo

general, esos sonidos le resultaban relajantes. Pero no ese día. Estaba demasiado nerviosa. Alzó la vista hacia el cielo gris acero y se preguntó cuándo empezaría a nevar. Llevaban anunciando tormenta desde hacía ya varios días. Quería que Matthew volviera a casa. Sin él, aquel piso parecía un hotel en vez de un hogar. Un hotel de lujo, pero un hotel al fin y al cabo. Seguía amueblado con los mismos sofás de color carbón, los cojines de seda con estampado *ikat* y las mesas de cristal que ya estaban allí. A la moda, pero corporativo. Después de todo, era una vivienda corporativa que pertenecía a Swiss United y que les habían alquilado muy por debajo del precio de mercado. Una de las muchas ventajas del trabajo de Matthew. Annabel había añadido algunos detalles durante los dos últimos años: en el salón había colgado un cuadro suyo, un paisaje impresionista de la ciudad de Florencia que le había regalado a Matthew como recuerdo de su luna de miel. Las estanterías estaban repletas de sus libros. Aunque Matthew le había dicho que no hacía falta, se había llevado su ropa de cama de Nueva York: impecables sábanas blancas con los bordes de color gris paloma y una «W» bordada en cada una de las almohadas, las toallas a juego. La ayudaban a sentirse en casa. Al principio puso fotografías por todas partes: sobre las mesas, en las estanterías, en la repisa de la chimenea. Annabel y Matthew besándose en el asiento del antiguo carruaje que contrataron para su boda en el barrio de Tribeca. Los dos cocinando langosta en la destartada casa de la playa de Montauk, que alquilaron el verano antes de marcharse. Annabel en la inauguración de su primera galería, rodeada de amigos. Había retirado la mayoría de ellas. Al principio pensó que las fotografías la harían sentirse menos nostálgica. No obstante, había sucedido lo contrario. Cuando las miraba, se sentía terriblemente sola. Así que una noche, mientras Matthew estaba en la oficina, se bebió una botella de vino, envolvió todas las fotografías en plástico de burbujas y las dejó en el altillo del armario.

Intentó sustituirlas por fotos más actuales de su vida allí, en Ginebra, pero no tenía muchas. Matthew viajaba tanto durante la semana que, cuando

llegaba el viernes, se quedaba en casa, recuperaba el sueño perdido o iba al gimnasio. De vez en cuando, visitaba a algún cliente en algún lugar emocionante (Madrid, Berlín o el sur de Francia), y Annabel lo seguía a todas partes. Sin embargo, eran viajes de trabajo durante los cuales ella no lo veía a menudo. Habían ido a Venecia para el treinta cumpleaños de Annabel, pero Matthew se pasó la mayor parte del tiempo al teléfono con un cliente histérico que estaba en mitad de un desagradable divorcio. Annabel había recorrido la ciudad ella sola y sólo había sacado fotografías de una heladería que le había recomendado su amigo Julian y de una bandada de palomas en la piazza San Marco. Habían ido a esquiar muchas veces, por lo general a Zermatt, donde Swiss United tenía un chalet para los altos cargos del banco, pero los compañeros de Matthew siempre estaban allí. La mayoría eran deportistas expertos que, como él, querían utilizar sus esquís Black Diamond, probar a esquiar fuera de pista o practicar heliesquí. Como no quería ser un lastre, Annabel siempre se despedía de Matthew y reservaba alguna clase para principiantes, o simplemente se acurrucaba con un libro frente a la chimenea. No tenía sentido sacar fotografías de eso.

Cuando llegaron a Ginebra, habían planeado quedarse dos años durante los que ganar dinero y, después, volver a Nueva York, comprar un apartamento y pensar de nuevo en intentar formar una familia. Annabel sólo tenía veintiocho años cuando llegaron. Matthew, treinta y tres. Tenían tiempo. Sería una aventura, dijo él. Unas vacaciones largas. Venecia, Praga, París, Brujas..., había tantos lugares románticos a tan poca distancia en avión o en tren... Las mejores obras de arte del mundo estarían a la vuelta de la esquina. Annabel podría pulir sus idiomas. Su francés era bueno, pero lo tenía oxidado. Su alemán, muy útil en el negocio del arte, se estaba resintiendo y necesitaba mejorarlo. Matthew le enseñaría a esquiar. Podrían ir a clases de cocina o a catas de vinos. Comerían *fondue*. Como sólo iban a ser dos años, Annabel no había buscado empleo. Se tardaba meses en obtener un permiso de trabajo. El proceso era complicado si no se trabajaba para una empresa



global. De todas formas, Matthew lo haría por los dos, prefería que ella no trabajara. Quería que estuviese libre cuando él estuviese libre. No era como pedirle que dejara su trabajo para siempre. Sólo de forma temporal. Todo aquello era temporal.

Sin embargo, no todo era malo, claro. Algunas cosas eran agradables. El gran apartamento. La belleza de la zona rural de Suiza. A veces Matthew llegaba contento a casa y Annabel recordaba por qué se había enamorado de él tan rápido al principio. Era atento y cariñoso. La hacía reír. Contemplaban el atardecer en el lago Lemán y conversaban sobre la exposición de arte que ella quería ir a ver o sobre el libro que estaba leyendo. Se acordaban de sus amigos de Nueva York. Encendían velas en la terraza, bebían vino y jugaban al Scrabble. En noches así, en las que Matthew no sólo estaba presente, sino que estaba allí de verdad, Annabel pensaba que podría llegar a encantarle Ginebra. Su nostalgia se desvanecía y era sustituida por una sensación de calma y un profundo aprecio por la belleza y la historia del lugar.

Además, estaba el tema del dinero. Annabel no podía pedir más en Nueva York, ya que Matthew ganaba más de lo que ella podría haber soñado, creciendo como había crecido en una pequeña ciudad obrera del norte del estado. Sin embargo, allí, sus cuentas bancarias aumentaban sorprendentemente rápido. Cada mes había más. El dinero llenaba de orgullo a Matthew y, por ende, Annabel se sentía orgullosa de él. Y descubrió que le gustaba tener dinero. De pronto, cosas que ella jamás habría considerado comprar estaban a su alcance. Los zapatos, por ejemplo. Una comida excesiva, para ella sola, un miércoles. Ir a la peluquería que se le antojase. Tener dinero proporcionaba una tranquilidad que Annabel nunca había experimentado. Ya no escudriñaba los precios en las etiquetas ni sufría por los cargos de las tarjetas de crédito. Había más que suficiente.

Cuanto más dinero, más regalos. Matthew siempre había sido maravilloso con los regalos, era una de las cosas que a ella le encantaban de él. No era extravagante, sino atento. Se acordaba de las cosas. La mayoría de las

mañanas le escribía notas y se las dejaba en sitios en los que sabía que las encontraría. Se había convertido en un juego entre ellos. Las encontraba en su monedero, junto a la cafetera, dentro de su espejito compacto, pegadas a un cartón de leche, en la nevera. Una vez encontró un par de entradas para la ópera Metropolitana metidas en su cartera. Eran para la representación de la noche siguiente. Matthew iba a estar fuera de la ciudad. «Lleva a Marcus», decía la nota que las acompañaba, refiriéndose al compañero favorito de Annabel en la galería, a quien le gustaba la ópera más que cualquier otra cosa. «Es una joya», había dicho Marcus cuando Annabel se lo enseñó.

Últimamente, los regalos se habían vuelto magníficos. Un bolso que ella se había parado a mirar en un escaparate. Unos pendientes que llevaba la mujer de un compañero y que le habían llamado la atención. La semana anterior, un cuadro que le había gustado en la feria de arte Art Basel. Era una obra más bien pequeña de Marshall Cleve, un artista poco conocido de Maine. Annabel se pasó al menos diez minutos mirándola en un meditativo silencio. Era una serie de líneas azules en bucle que evocaban a Brice Marden, uno de sus pintores favoritos. Brice Marden en el mar. Era lo que ella misma había intentado pintar en su diminuto estudio de Montauk, obteniendo sólo un éxito moderado.

—Te has acordado —dijo ella cuando Matthew se lo dio. Se le paró la respiración.

—Deberías tenerlo —contestó él—. Te encanta. Lo noté en tus ojos en cuanto lo viste.

—No puedo explicar por qué. No conozco mucho al artista. Tan sólo me arrastró hacia él.

—El amor es eso, ¿no? Una conexión. Electricidad. Lo sientes en el estómago. Yo lo sentí la primera vez que te vi. Aún lo siento cuando te miro.

Annabel atrajo a Matthew hacia sí.

—Sí. El amor es eso.

—¿Te acuerdas de cómo solía pasar por tu galería todas las mañanas sólo

para verte a través del cristal?

Ella se rio.

—Marcus pensaba que lo mirabas a él.

—Tardé semanas en reunir la confianza para entrar y hablar contigo. Y, antes de eso, estudié. Sobre los artistas a los que representabas. Fue como la seda, ¿a que sí?

—Te llevaste por delante los catálogos del mostrador de la entrada y derramaste café encima de la recepcionista. Pero, sí, fue como la seda.

—Sigo esperando que te olvides de esa parte.

—Es la parte que más me gusta. Es muy dulce ver a un hombre guapo ponerse tan nervioso.

—Eras terriblemente intimidante en aquella época. Con el pelo corto, siempre de negro y el tatuaje en la muñeca, justo debajo de aquellas pulseras que llevabas. Madre mía, qué buena estabas.

—¿Es que ahora ya no? Mucho cuidado, señor.

—Estás más buena ahora. Estás más buena cada día que pasa.

—¿Echas de menos el pelo corto?

Matthew ladeó la cabeza, evaluándola.

—A veces —dijo con una media sonrisa—, pero también me gusta así. Largo queda elegante. Ahora te favorece.

La besó, pero se apartó antes de lo que a ella le habría gustado.

—Quiero que tengas este cuadro —añadió muy serio—. Sé a cuánto has renunciado por estar aquí conmigo. Sé que echas de menos estar rodeada de obras de arte. Uno de los motivos por los que acepté este trabajo fue que así podría comprarte obras de arte. Para que pudieras tener las que te encantan. Tu propia galería privada.

Annabel se quedó quieta. Algo de lo que había dicho le había dolido. Le encantaba ser galerista. Tener obras de arte estaba bien, sin duda, pero no sustituía el trabajo.

—Es un detalle, pero no necesito tenerlo en casa. En serio. Espero que no

haya sido demasiado caro.

—No —repuso él, aunque Annabel sospechó que mentía—. La verdad es que el marco es lo más caro de todo. Quiero que lo recuerdes. Si alguna vez me pasara algo...

—No digas esas cosas.

—Sólo quiero que lo sepas. El marco. El marco tiene valor, ¿vale?

—Es impresionante —comentó Annabel, y era verdad. Sabía reconocer un buen marco. Pasó el dedo por los bordes. Era de una madera muy recia, recubierta de pan de plata. Moderno y rústico a la vez, resaltaba los tonos grises azulados del cuadro—. Vamos a colgarlo encima de la cama —propuso, y su expresión se suavizó—. Así podemos acostarnos todas las noches y soñar con el amor.

El cuadro marcó el inicio de su segundo año en Ginebra. Annabel dejó pasar el aniversario sin más comentarios. Durante las últimas semanas se había preguntado, más de una vez, si el cuadro no sería un soborno, alguna clase de pago. Porque iban a quedarse. Matthew había empezado diciendo que necesitaban más tiempo. Para qué, no estaba segura. Tenían mucho dinero. No el suficiente como para dejar de trabajar, o como para comprar aquella casa de la playa en Montauk de la que siempre hablaban, la que tenía un porche enorme y una cochera que habían convertido en un estudio de arte. Pero había mucho más de lo que ninguno de los dos había podido soñar. Entonces ¿más tiempo para qué? ¿Cuánto sería suficiente?

Se había dicho a sí misma que quedarse un poco más en Ginebra no importaba. Su hogar estaba donde estuviera Matthew. Pero la verdad era que estaba empezando a importar. Siempre había importado. Ginebra nunca sería su hogar. Annabel estaba aburrida, apática. Echaba de menos su trabajo. Quería hijos. Quería recuperar su vida. No podía seguir en ese estado de realidad suspendida para siempre. Al menos, no sin volverse loca.

Para matar el tiempo hasta que Matthew volviera a casa, fingió leer una novela bajo la tenue luz de la tarde, pero sus ojos bailaban sobre las palabras y se desviaban hacia el teléfono. Era una novela de suspense, sobre una mujer que desaparecía de camino al trabajo. Era la clase de libro que había leído un millón de veces, uno con la palabra *chica* en el título y un narrador poco fiable. Y no dejaba de olvidarse de los nombres de los personajes. ¿Por qué Matthew no había llamado? No era propio de él. Si se hacía mucho más tarde, tendría que ir sola a la fiesta de los Klauser. Annabel no se sentía cómoda en casa de los Klauser, con sus empleados uniformados y sus envarados amigos, la mayoría de los cuales eran unas décadas mayores que ella. Matthew lo sabía. Él era consciente de ese tipo de cosas. No le pediría que fuera sola a aquella fiesta. «Si Jonas no fuese mi jefe...», decía siempre con una sonrisa a modo de disculpa. Nunca acababa la frase. Jonas Klauser no sólo era el jefe de Matthew. Era el director de Swiss United, el banco más grande de Suiza. Era el padrino de Matthew. El motivo por el que se encontraban en Ginebra, para empezar. Mientras estuvieran allí, los Werner tenían que llevarse bien con los Klauser. «Son sólo negocios», explicaba Matthew. Pero, para él, ya todo se había convertido en negocio.

Sonaron las campanas de la iglesia. Annabel dejó la novela. La mujer llevaba desaparecida diez días, pero a ella no le importaba lo que le pasara. No se molestó en marcar la página. Hacía mucho tiempo que no terminaba un libro. Las terrazas de los apartamentos vecinos estaban vacías. Hacía demasiado frío para que la mayoría de la gente estuviera fuera como ella, incluso con estufas de exterior. A Annabel le gustaba el frío; la hacía sentirse despierta, viva. De pronto se levantó un viento brusco que hizo que le lloraran los ojos. Empezó a caer nieve del cielo plomizo. La fiesta ya debía de haber empezado. Si había habido un malentendido y ella tenía que encontrarse con Matthew en casa de los Klauser, lo haría quedar mal si llegaba tarde. Annabel odiaba hacerlo quedar mal. En Estados Unidos, a él lo atraía su impuntualidad, era parte del encanto bohemio de salir con una

galerista del centro de la ciudad, en lugar de con una de esas chicas de la alta sociedad del Upper East Side con las que Matthew solía salir antes de ella. Annabel las llamaba *las hogueras rubias*, en honor a las mujeres esqueléticas de *La hoguera de las vanidades*. Él, que se había criado en el Upper East Side, parecía conocerlas a todas. A las Lindseys, a las Bitsies y a las Kicks. A las que tenían sofisticados apellidos por nombre: Lennox, Merrill y Kennedy. Chicas que habían sido educadas para escribir notas de agradecimiento en papel grabado y para llegar elegantemente tarde, pero no despistadamente tarde, como solía sucederle a ella. En Ginebra, su impuntualidad molestaba a Matthew, sobre todo cuando tenía lugar delante de alguien del banco. Tampoco era que Annabel tuviera motivos para llegar tarde. No tenía trabajo. Ni hijos. Ni amigos, excepto Julian. No podía arriesgarse, por lo que volvió a ponerse los zapatos.

Los Klauser vivían en Cologny, un barrio residencial al noreste de la ciudad con carreteras serpenteantes y campos abiertos. También tenían un piso en la ciudad, para las noches en las que Jonas trabajaba hasta tarde (o, como Annabel sospechaba, para esconderse con su amante, una actriz francesa de segunda a la que había conocido en Cannes y a la que acompañaba sin disimulo cuando su mujer estaba montando a caballo o de compras en los desfiles de moda de París), pero nunca celebraban fiestas allí. ¿Por qué iban a hacerlo, si su chalet (palacete, más bien) tenía un campo de golf de nueve hoyos, una pista de tenis, una piscina y un garaje para la colección de diez coches de Jonas? La decoración artística no era del estilo de Annabel. Todas las cosas eran ostentosas y reconocibles, la clase de colección que un asesor artístico endosaría a un cliente sin gusto ni presupuesto. Sin embargo, era rabiosa y sorprendentemente cara. Más impresionante que las mejores galerías de Nueva York en un buen día, pensaba ella. La mayor parte de las habitaciones de la casa de los Klauser tenía, al menos, una obra importante: un Damien Hirst, un Jasper Johns. Una escultura de Botero espantosa, de una mujer obesa en un diván, tirada en

medio del salón. «También podrían empapelar las paredes con dinero —le había dicho a Matthew la primera vez que estuvieron allí—. Deben de ser más ricos que Dios para tener una colección como ésta.»

Para Annabel, algo más impactante que la colección de arte de los Klauser era la vista diáfana de los Alpes y del Mont Blanc. Había estado en esa casa una docena de veces, pero aquellas montañas nevadas en el horizonte siempre la dejaban sin palabras. Parecía una postal, un cuento. No podía creer que una vista como aquélla fuese real. El cielo era tan azul, la nieve tan cristalina y las líneas de las montañas se dibujaban con tanta precisión que parecía que, de alguna manera, lo hubieran retocado digitalmente.

Todo lo que tenía que ver con los Klauser era así. Elsa Klauser, por ejemplo. Decía que era hija de un miembro de la realeza menor austríaca, quizá un vizconde, o algo igual de ridículo. Annabel sospechaba que se lo había inventado, que era parte de un pedigrí elaborado cuidadosamente que Elsa adoptó una vez que hubo pescado a Jonas Klauser como marido. No cuadraba con sus pechos algo grandes, sus mechas de color rubio platino o su acento, que era confuso e indeterminado. Llevaba la ropa adecuada: Loro Piana, Chanel y Brunello Cucinelli, pero sus pantalones de cuero eran un poco demasiado ceñidos, los bajos estaban demasiado cortos y el escote llamativamente abierto para una mujer de tan alta cuna. Se envolvía en pieles durante todo el año, incluso en verano. «Como un personaje de “Juego de tronos”», había bromeado Matthew una noche después de beber mucho vino. De todas formas, ahora no importaba. Los Klauser pertenecían a una realeza de otra clase. En aquel mundo de cuentas bancarias ocultas y dinero secreto, Jonas Klauser era el rey.

A diferencia de su mujer, él se comportaba como un verdadero aristócrata. Recordaba los nombres de los hijos, los padres, las esposas y los amantes de todo el mundo, incluso aunque sólo los hubiera visto una vez años atrás, en un cóctel en el que hubiesen sido las personas menos importantes de la sala. Charlaba sobre arte, vino, paravelismo o filatelia (sobre lo que fuese, la

verdad), y podía hacerlo en cinco idiomas distintos. Era el banquero de los caballeros, solía decir Matthew sobre él. Cada vez que hablaba de Jonas, su voz se impregnaba de respeto. Durante su primera semana en Ginebra, los Klauser organizaron una fiesta de bienvenida para Matthew y Annabel en Skopia, una galería conocida por patrocinar artistas suizos. Jonas tomó a Annabel del brazo y le presentó a un montón de conservadores, galeristas y artistas de la ciudad. Quería que se sintiera bienvenida, dijo. Matthew era como de la familia y, por tanto, ella también. Si podía hacer algo para que en Ginebra se sintiese como en casa, sólo tenía que pedirlo.

Annabel llamó a Armand, el chófer. Escribió una nota en una servilleta y la dejó en el mueble del recibidor, donde sabía que Matthew la encontraría. Él guardaba todas las notas que se dejaban en una caja, dentro de su armario. Incluso las que eran para tirar y habían sido escritas en recibos, servilletas o antiguas entradas de cine que Annabel desenterraba del fondo de su monedero. Ella lo descubrió después de la boda y le pareció tremendamente romántico. Ahora que sabía que las notas se iban a guardar, cuidaba más su letra. A veces incluso hacía dibujitos porque sabía que lo harían sonreír. Durante los últimos años había desarrollado su talento para los dibujos obscenos.

Ese día no había dibujo. Lo firmó escribiendo: «X, A.». Era menos cariñoso que «Te quiero, A.», que era lo que escribía a veces, pero también más cercano que simplemente «A.». «Más le vale tener una buena excusa — pensó—. Más le vale no estar con Zoe.»

Cuando abrió la puerta principal, se le cortó la respiración. Había dos hombres en el descansillo, frente a su apartamento. Uno de ellos llevaba un maletín. Ambos vestían traje, gabardina, y su expresión era sombría. Sus mejillas estaban enrojecidas por el frío. Su pelo estaba húmedo por la nieve.

—¿Annabel Werner? —preguntó uno de ellos. Pronunció el apellido con



un leve deje alemán. Sus ojos oscuros la observaban tras unas gafas de montura transparente.

—¿Sí?

—Sentimos molestarla.

El hombre metió la mano en el bolsillo interior de su gabardina y extrajo una placa, que le mostró. Su compañero hizo lo mismo.

—Me llamo Konrad Bloch. Pertenezco a la FEDPOL, la Oficina Federal de la Policía de Suiza. Éste es mi compañero, Phillip Vogel. ¿Podemos pasar? Tenemos que hablarle de un asunto personal.

Antes de que pudiera contestar, el teléfono de Annabel comenzó a vibrar.

—Tengo que contestar —dijo—. ¿Me disculpan un momento?

Bloch asintió, pero no se movió. En lugar de eso, pudo sentir sus ojos clavados en ella mientras rebuscaba el teléfono en su bolso.

No era Matthew.

—¿Diga? Sí, Armand, estoy bajando. Espera un momento... —Tapó el teléfono con la mano y se excusó—: Es el chófer, estaba a punto de salir. Quizá podrían venir en otro momento...

—Señora Werner, es urgente que hablemos. Le aconsejo que deje que el coche se vaya.

En el apartamento, Annabel hizo un gesto a los hombres para que se sentaran. Pensó en ofrecerles agua o café, pero no lo hizo. Quería que se marcharan cuanto antes. Fuera estaba oscuro. La nieve se amontonaba en las repisas de las ventanas. El tráfico en las carreteras de Cologny debía de ir lento. Los hombres se quitaron la gabardina. Annabel se dejó su abrigo puesto y se sentó en el borde del sofá. Hacía demasiado calor dentro para llevar puesto un abrigo de piel, y se sintió cada vez más mareada.

—Señora Werner —comenzó Bloch—, el avión de su marido, que salía de Londres, no ha aterrizado según lo previsto. Creemos que se ha estrellado en

los Alpes.

Annabel se lo quedó mirando perpleja.

—Se ha iniciado la búsqueda en las montañas de Bauges, al este de Chambéry. Hay una tormenta que está dificultando la búsqueda, pero en la cima del monte Trélod se han avistado restos de lo que creemos que era el avión.

Ella frunció el ceño mientras lo procesaba todo.

—No —respondió tras una larga pausa. Negó con la cabeza—. Eso no puede ser. Mi marido ha estado en Zúrich por negocios. Ha habido un error.

—¿Su marido es Matthew Steven Werner?

—Sí.

—Y trabaja para el banco Swiss United.

Se oyó una sirena que cortó el aire. Annabel esperó a que se alejara para responder. El sonido de las sirenas de allí la ponía nerviosa. No sonaban como las de Nueva York. Allí eran escalofriantes, en lugar de simplemente ruidosas. Como el aullido de un perro que suplica ayuda.

—Sí, trabaja ahí.

—Estaba registrado como el segundo pasajero a bordo de un avión privado que ha despegado del aeropuerto de Northolt, en Londres, esta mañana. Su aterrizaje estaba previsto en el aeropuerto de Ginebra a las ocho y veinte de la mañana. La otra pasajera era una mujer llamada Fatima Amir. El avión era suyo.

Annabel negó con la cabeza. No sabía quién era Fatima Amir.

—Es imposible —repuso—, Matthew estaba en Zúrich. En una reunión. Lo convocan una vez cada tres meses. Hablé con él anoche.

Después de decirlo, se dio cuenta de que no era verdad. Hacía dos noches que había hablado con él. Estaba en la oficina. Le había dicho que tenía que coger un tren a Zúrich después de la reunión. Estaría en casa a tiempo para ir a la fiesta de los Klauser. Sonaba acelerado, incluso brusco. Se oían voces de fondo y ella sabía que no le estaba prestando toda su atención. Se había

mostrado reticente a fijar una hora para poder hablar más tarde y darse las buenas noches y eso la había molestado. Estaba susceptible y dijo algo sobre cómo se sentía porque parecía que él ya nunca estaba en casa. Matthew contestó que odiaba estar lejos más de lo que ella imaginaba. Que volvería pronto a casa, que siempre volvería a casa con ella. Se lo hizo repetir: «Sabes que siempre voy a volver, ¿verdad? Tan pronto como pueda. Dime que lo sabes». «Sí, claro —respondió ella—. Sé que siempre vas a volver.» Eso relajó el ambiente, aunque sólo un poco. No había vuelto a saber nada de él desde entonces.

Annabel no le contó a Bloch nada de eso. Sabía que no se equivocaba en lo esencial, que era que Matthew se encontraba en Zúrich, no en Londres. Estaba segura de ellos. Su marido tenía defectos, pero la falta de sinceridad no era uno de ellos. De repente, deseó protegerlo. No quería que esos hombres pensaran que Matthew era la clase de personas que no llaman a su mujer cuando están en viaje de negocios. El típico banquero americano al que sólo le importa ganar dinero y no se preocupa por su familia. Matthew no era así.

—Quizá hubo un malentendido o un cambio de planes de último minuto. Lo siento mucho, señora Werner. —El agente Bloch habló con rotundidad, como si no hubiese posibilidad de error por su parte. Annabel miró a Vogel, su compañero. Él también la observaba con compasión. Por primera vez, comprendió lo que estaba pasando. Aquellos hombres estaban allí para decirle que Matthew había muerto.

—Ha habido un error —repitió ella. Tenía que obligar a las palabras a salir de su boca. Se le había cerrado la garganta y le costaba hablar y respirar—. ¿Verdad? ¿Se han equivocado?

—Señora Werner, la probabilidad de que alguien sobreviva a un accidente como éste es extremadamente baja. No es lo que esperamos en este caso. Entendemos que es algo difícil de oír. ¿Hay alguien a quien podamos llamar? ¿Un familiar, quizá?

—Matthew es mi familia. No tengo a nadie más.

Con el tiempo, Annabel no recordaría lo que sucedió a continuación. Sólo que empezó a chillar mientras se desplomaba de rodillas en el suelo.

## Marina

Marina se sorprendió de lo fácil que le había resultado darle esquinazo a Grant. Cuando le mintió, sintió una punzada de culpabilidad (después de todo, iban a casarse), pero la culpa no duró mucho. Se dijo a sí misma que no era una mentira de verdad. Sí que iba a salir a correr, sólo que daba la casualidad de que iba a encontrarse con la fuente de Duncan durante su recorrido. Mientras se ataba las zapatillas de deporte, el corazón le palpitaba por los nervios y la emoción. Para ella no había mejor subidón que el que sentía cuando iba tras la pista de una buena historia.

La brisa de finales de noviembre le azotó las mejillas cuando comenzó su recorrido en la rue de Rivoli. El aire que exhalaba se cristalizaba justo delante de ella; el sol todavía no había salido por encima de los árboles. Se lamentó de no haberse llevado al viaje el gorro que utilizaba para hacer *footing* o el forro polar. Correr por las calles de París no había sido uno de sus planes para el viaje. Había planeado pasarse las vacaciones comiendo queso y bebiendo vino. Y, aun así, allí estaba, trabajando y corriendo, como siempre.

Marina aceleró el paso hasta casi esprintar para entrar en calor. Por lo general, escuchaba música mientras corría, pero ese día era diferente. Tenía que permanecer alerta. El intercambio sería rápido y, si todo iba bien, apenas llamarían la atención de algún viandante, que los miraría de pasada. Incluso en las primeras horas de la mañana, Marina era consciente de que no era la única que estaba por los jardines de las Tullerías. A su derecha vio a una mujer mayor que paseaba a sus perros. Un hombre con un sobretodo y una gruesa bufanda gris la adelantó, como si tuviera prisa y no tuviese tiempo de reducir el paso por una persona que corría. Un par de adolescentes se besaban

junto a una de las verjas. Un guardia de seguridad daba vueltas alrededor de la entrada del museo del Louvre.

A medida que se acercaba al museo de L'Orangerie, la respiración de Marina se aceleró. Tal y como la habían informado, había un hombre con una cazadora negra y zapatillas de deporte justo delante de la entrada, estirando los cuádriceps. Era más alto de lo que ella había esperado, y estaba en muy buena forma. Rondaría los cuarenta años y, como ella, parecía que corría de forma habitual. Marina era consciente de que no sabría nada más de él; sospechaba que no era la fuente real, sino alguien a quien la fuente había enviado como intermediario, un mensajero. La fuente ya había tomado medidas extremas para pasar la información de forma segura, un hecho que para la periodista era tranquilizador, a la par que emocionante. Tras nueve años en el campo del periodismo, había desarrollado un agudo sentido para las fuentes de información. Podía presentir cuándo alguien tenía una intención oculta o les estaba pasando información falsa. Pero todo en ese intercambio parecía correcto. Según lo que le había dicho Duncan, la fuente no había pedido dinero a cambio de la información. Había insistido en pasársela en persona. Se había comunicado con mensajes encriptados. Su fuente los había investigado con precaución y parecía tan receloso de ellos como ellos lo estaban de él. Pero, aún más importante, había insinuado que poseía gran cantidad de información, aparte de todos los datos que tenía de Morty Reiss, y había prometido que se la pasaría más adelante si estaban interesados. Hasta el momento, todo marchaba sobre ruedas. La fuente parecía ser auténtica y fiable.

El hombre se volvió y sus miradas se encontraron. Marina aminoró el ritmo, siguió caminando y se detuvo a su lado. Dobló la rodilla y tiró del tobillo hasta el glúteo, imitando la postura de estiramiento de él. Ambos echaron un vistazo a su alrededor para asegurarse de que estaban solos.

—¿Marina? —preguntó el hombre con un ligero acento que la periodista no logró reconocer.

—Mark, imagino. —Había recibido ese nombre por mensaje de texto.

Él asintió.

—Tengo algo para usted —dijo en voz baja—. ¿Cuánto tiempo estará en París?

—Tres días más. ¿Y usted?

—Un poco más. Si tiene problemas, puede ponerse en contacto conmigo en el número que aparece en la parte inferior —señaló, sacando una tarjeta de visita del bolsillo de su chaqueta. Volvió a mirar a su alrededor y se la tendió.

Marina la envolvió con los dedos y, con ella, también la pequeña memoria USB que iba escondida debajo de la misma. Guardó ambos objetos en el bolsillo con cremallera de los pantalones que se había puesto para salir a correr.

—Supongo que estará protegido con una contraseña.

—La contraseña externa es el apellido de soltera de su madre, seguido del número 1: «russell1», en minúsculas.

—¿Cómo sabe el apellido de soltera de mi madre?

—Si la retienen en el aeropuerto, niéguese a darles la contraseña. Diga que en la memoria USB hay información personal, fotografías y cosas así. Pero, si la obligan a dársela, no pasa nada. La información que de verdad importa está escondida debajo de las fotos, en una parte secreta del disco duro. La contraseña de esa parte tiene cuarenta y ocho caracteres. Por su seguridad, le enviaré la contraseña a Duncan Sander en un mensaje encriptado. Así no podrá dar acceso a la información a los agentes de aduanas de Estados Unidos ni a nadie, ni aunque quisiera.

—Por supuesto —dijo ella, intentando sonar tranquila. En realidad, estaba mareada por la emoción que la embargaba. No se le había pasado por la cabeza que pudieran retenerla en el aeropuerto, o que quizá el gobierno quisiera hacerse con esa información—. ¿Qué clase de fotos hay? Por si me preguntan.

—Imágenes típicas de París. Fotografías que podría haber tomado durante

las vacaciones.

Ella asintió.

—¿Esto es todo? —preguntó.

—Esto no es nada. Es la punta de un iceberg gigante de información. Pero ésta es la información en la que Duncan Sander estaba interesado, la que quería recibir. Tengo entendido que lleva bastante tiempo buscando al señor Reiss.

—Así es. Pero ¿está dispuesto a proporcionarnos más información?

—Sí. La suficiente como para mantenerlos a ustedes y a un equipo de periodistas ocupados durante un par de meses. O incluso años. El señor Sander estaba interesado en la historia de Reiss. Pero hay más historias como la suya.

Marina abrió la boca. Tenía tantas preguntas, tantas que no sabía por dónde empezar.

—¿Sabe cuánto dinero hay guardado en cuentas en paraísos fiscales, señorita Tourneau?

—Supongo que decenas de miles de millones.

—Treinta y dos billones. Más de lo que suman el producto interior bruto de Estados Unidos y el de Japón juntos.

—¡Madre mía!

—Ahí fuera hay un mundo entero de paraísos fiscales, señorita Tourneau. Un mundo de dinero sucio escondido en cuentas secretas que pertenece a personas poderosas y peligrosas. Imagínese que pudiese ver sus saldos bancarios. Sus transacciones. Su red de negocios. Le estoy hablando de reyes del cártel. De terroristas. De líderes mundiales. Incluso de gente que conoce, gente con la que compartió clase en la escuela, gente que vive en la acera de enfrente. Y, sí, también le hablo de Morty Reiss, que sigue sano y salvo, viviendo a costa de los casi setenta millones de dólares que ha guardado en el banco Swiss United.

—¿Y usted posee toda esa información? ¿Los saldos bancarios? ¿Correos?



¿Pruebas tangibles de que ese dinero existe... y de quiénes son sus dueños?

—Y ahora usted también —respondió Mark mientras señalaba el bolsillo de su pantalón con un movimiento de la cabeza—. El mundo tiene que saber que...

Ambos se volvieron al oír unas voces a sus espaldas. Dos personas que iban corriendo se acercaban a ellos, hablando en francés.

—Tengo que irme.

Marina asintió.

—Le daré la memoria USB a Duncan en cuanto regrese a Estados Unidos. Supongo que se pondrá en contacto con usted.

Mark movió los ojos de izquierda a derecha en un rápido movimiento y, después, volvió a clavar la mirada en ella.

—Señorita Tourneau, tiene que comprenderlo: varias personas han arriesgado sus vidas para conseguir que ahora tenga esa información entre las manos. No se lo cuente a nadie, no confíe en nadie. He confiado en usted única y exclusivamente porque Duncan Sander me lo ha pedido, y cada segundo cuenta. Cuanto antes se publique esa información, mejor. Cuando eso ocurra, todos estaremos a salvo.

—No lo decepcionaremos. Duncan y yo nos dedicamos a esto. Puede confiar en nosotros.

—Nos hemos jugado la vida en ello.

El hombre se despidió con un movimiento de la cabeza. Marina lo observó mientras desaparecía entre los árboles. Entonces dio media vuelta y regresó a Le Meurice corriendo a toda velocidad.

Cuando entró en la habitación, Grant seguía en la cama. Tenía la espesa mata de pelo marrón hecha un desastre, y las gafas le colgaban torcidas del puente de la nariz. Tenía una taza de café sobre la mesilla de noche y sobre las sábanas había un ejemplar de *The New York Times* abierto de par en par.

Grant no levantó la mirada cuando abrió la puerta. Por un momento, ella se quedó quieta, admirando a su prometido. Hacía seis años que había dejado la marina, pero conservaba la misma figura delgada y musculada de cuando se conocieron. Cuando dormía, se le agitaban las pestañas; había unido las tupidas cejas, con aire melancólico, como si estuviese perdido en sus pensamientos. Llevaba el pelo un poco más largo, había dejado atrás ese estilo cortado al rape que había lucido durante los primeros años después de dejar la vida militar, pero todavía lo llevaba corto alrededor de las orejas. Iba a la barbería que había a la vuelta de la esquina una vez al mes. A Marina le encantaba acariciarle el pelo justo después de que se lo hubiesen cortado. Grant poseía una personalidad práctica que para ella era increíblemente sexy; un desinterés hacia su propio atractivo que no hacía sino aumentarlo. Era de esa clase de hombres apuestos que provocaban que las mujeres se volvieran a su paso, aunque al parecer él nunca se había dado cuenta de ello. Más bien al contrario: era tímido con las mujeres. Marina había dado el primer paso y le había pedido una cita. No una, sino dos veces. La primera, Grant la había rechazado, una anécdota que, a veces, a ella le gustaba recordar para tomarle el pelo a su futuro marido. «Me rechazó una vez. Entonces, cuando volví a verlo seis años después, en ese Starbucks, le reclamé una cita. No iba a aceptar un no por respuesta, no de nuevo —contó Marina durante el brindis de su fiesta de compromiso. Sus palabras recibieron un fuerte aplauso por parte de todos sus amigos—. Fui directa hacia él, me presenté y se acordó de mí. Ese mismo fin de semana tuvimos nuestra primera cita. Y cuando, al final de la velada, me abrió la puerta del taxi, supe que era él. No iba a dejar que este caballero se me escapase dos veces.»

Era una buena historia, que sabía que contarían una y otra vez durante toda su vida juntos. Pero la verdad era que si Grant hubiese aceptado la primera cita, no habrían funcionado como pareja. Marina era una ávida y joven periodista de sociedad que se estaba dando la gran vida en Manhattan. Grant era miembro del cuerpo de operaciones especiales de la marina, y estaba a

punto de regresar a Faluya en su segundo servicio militar. La chispa que sintieron al conocerse fue muy intensa, pero se habría apagado con el paso del tiempo, con la distancia y con las grandes diferencias de sus vidas. En fin, Marina había necesitado tiempo para crecer. Y cuando el azar quiso que se reencontraran, ya había crecido lo suficiente como para reconocer algo bueno cuando lo veía.

No era la primera vez que Marina pensaba en lo afortunada que era por poder compartir cama con ese hombre a diario y poder despertarse junto a él por la mañana. Sintió una punzada de arrepentimiento por haberlo dejado, aunque sólo hubiese sido una hora.

—Buenos días, futuro marido —lo saludó, y sonrió al decirlo.

Sin pensar, se acercó a la mesilla de noche para coger el anillo de compromiso que había dejado allí antes de acostarse. Era un enorme diamante de corte esmeralda de cinco quilates, engarzado entre zafiros de corte trapezoidal. Un anillo impresionante, la clase de joya que siempre había querido llevar. Pero, en cuanto lo tuvo, descubrió que casi le tenía miedo. No se imaginaba llevándolo en el metro de camino al trabajo, o mientras entrevistaba a una fuente de información, ni siquiera sentada tras su escritorio en la oficina de *Press*. Muchas mañanas lo dejaba en un pequeño cuenco que tenía en su mesilla. Sabía que a Grant le molestaba que no lo llevase puesto todo el tiempo, pero, al parecer, comprendía que ella no quisiese arriesgarse a perder algo tan caro e irremplazable. Marina le prometió que lo llevaría todo el tiempo en cuanto se casaran y dejara su empleo.

—¿Llevas mucho despierto? —preguntó. Cuando Grant la miró, la sonrisa desapareció del rostro de Marina—. ¿Qué pasa?

Él sacudió la cabeza. Sin decir una palabra, le tendió el periódico. Estaba doblado en una página de la sección metropolitana. Ella lo cogió y leyó el contenido por encima.

—«De su ático a la Casa Blanca.» —Miró la fotografía del padre de Grant. Luego echó una ojeada al artículo: parecía neutral, sólo comentaba el vago fantasma de los vínculos de la familia Ellis con el dinero proveniente de Oriente Próximo. No era nada que no hubiesen publicado antes—. No es tan malo —dijo—. Tu padre sale muy guapo en la foto. Os parecéis mucho, la verdad, aunque él tiene menos pelo.

—No, no me refería a eso. —Grant cogió el periódico y volvió la página—. Esto —dijo señalando—. Mira esto. Fue compañero mío en la universidad, en Harvard. Matthew Werner. Sólo tenía treinta y cinco años.

Marina le echó un vistazo a la página.

—Vaya, qué pena. ¿Estaba casado?

—Sí. Te los presenté una vez.

—No me acuerdo.

—Fue en una velada en el museo Whitney. Su mujer trabajaba en una galería de arte en Chelsea.

Marina recordó a la mujer del fallecido. Annabel Werner destacaba en una habitación llena de mujeres hermosas. No es que fuese una belleza, pero era imponente. Llevaba un vestido muy vanguardista, blanco y de corte asimétrico, una prenda que pocas mujeres podían lograr llevar. Su rostro destilaba pura tranquilidad. Llevaba el pelo corto, estilo chico, que acentuaba los altos pómulos. Tenía unos brillantes ojos azules que irradiaban una inteligencia serena y atenta. A Marina le cayó bien nada más verla. Habían hablado muy poco, mientras sus parejas recordaban a sus antiguos compañeros de clase. Se habían pasado los teléfonos, pero ninguna había hecho la primera llamada. Meses más tarde, Marina se enteró de que los Werner se habían mudado a Europa y se quedó un poco decepcionada. No había muchas mujeres que pudiesen caerle tan bien como para intentar ser su amiga, y Annabel Werner había sido una de ellas.

—Era un buen tío. Caía bien. Aceptó un puesto en el banco Swiss United, trabajando para... —Grant siguió hablando, pero Marina ya no lo escuchaba.

Había visto un pequeño artículo en la parte inferior de la página, justo debajo del fragmento que trataba la muerte de Matthew Werner.

—«Hallado muerto un periodista de sociedad en su casa de Connecticut»  
—leyó en voz alta.

Justo debajo del titular había una fotografía de una pintoresca casa blanca de estilo colonial con contraventanas negras y las jardineras cubiertas de nieve. La puerta de entrada estaba abierta; de ella salía un paramédico que parecía sacar un cuerpo en una camilla. Una parte del porche delantero estaba acordonado con cinta policial. A través de la ventana, Marina pudo distinguir un reloj de pie antiguo que le resultó familiar en cuanto lo vio.

—Dios mío... —susurró con voz ronca.

Conocía esa casa. Apenas un mes antes había estado en esa misma casa.

—¿Qué pasa?

—Duncan. Duncan Sander. Ha muerto.

## Annabel

Durante cuarenta y ocho horas, Annabel conservó la esperanza de que encontraran vivo a Matthew. Cuando no estaba al teléfono con los empleados del aeropuerto, el personal del equipo de búsqueda o los agentes Bloch y Vogel, buscaba con frenesí estadísticas sobre accidentes de aviones privados. Vio un artículo en un periódico acerca de un Gulfstream G450 que se había estrellado en las montañas Rocosas, en Canadá, durante una tormenta eléctrica. Tres de los pasajeros habían sobrevivido. Los hallaron treinta horas después de que el avión se precipitara, a muchos kilómetros del lugar en el que había caído el fuselaje. Hambrientos y heridos, pero vivos. Memorizó sus nombres: Paul Gagnon, John Leblanc Y Alec Roy. Por la noche, después de tomarse un cóctel de somníferos, Annabel se repetía a sí misma sus nombres, como un conjuro, un mantra. Los supervivientes le daban esperanza.

Encontró otro artículo sobre otro G450, un avión holandés que se había estrellado en los Alpes. Había ocurrido doce meses antes, también durante una tormenta. Los hechos no eran buenos. No hubo supervivientes. No se había podido recuperar casi nada, sólo la caja negra y pequeños fragmentos del armazón y las alas. Lo leyó una y otra vez. Al final, eliminó su historial de búsqueda, que se desvaneció en internet.

Annabel también buscó a Fatima Amir. ¿Cómo no iba a hacerlo? Matthew había muerto con ella, a bordo de su avión. Una mujer de la que nunca había oído hablar hasta que la FEDPOL llamó a su puerta.

La información sobre Fatima Amir en internet era muy escasa. En más de un artículo se comentaba lo reservada que era. En un artículo reciente del *Financial Times* se referían a ella como «la solitaria niña prodigio de las

finanzas». En cierto modo, Annabel se sentía aliviada de que no hubiera mucho que leer. Fatima Amir era escandalosamente rica, exitosa, educada y bella. Ver fotografías suyas era como autoflagelarse. No servía para nada y la arrastraba hacia una espiral de desesperación.

El día anterior, un equipo de búsqueda había localizado la caja negra del avión en la cima del monte Trélod. Según el agente Bloch, que le transmitía a Annabel la información en persona, demostraba que el sistema de protección antihielo había fallado en mitad del vuelo. Dijo eso despreocupadamente, como si estuviera hablando de un defecto de diseño mínimo: asientos que no se reclinaban del todo, bandejas plegables torcidas.

—Un accidente —añadió a modo de conclusión—. Un trágico accidente.

—¿Está seguro? ¿No existe ninguna sospecha de que...? —Annabel se detuvo.

En la BBC, un presentador había preguntado públicamente sobre un posible vínculo terrorista entre Fatima y su piloto, Omar Khoury. Annabel había apagado el televisor de inmediato, negándose a considerar esa posibilidad. Aun así, la duda la consumía. La avergonzaba admitirlo, pero el hecho de que los dos fuesen árabes le daba qué pensar.

—¿De que fuese un acto intencionado?

—Sí.

—Se ha considerado, por supuesto. Siempre se considera, dado el clima político actual, en especial cuando una familia como la de los Amir está involucrada. Pero, hasta ahora, ésa no parece ser la teoría predominante. Las cajas negras contienen una gran cantidad de información, señora Werner. Las grabaciones de datos y de voz de la cabina indican un fallo del sistema.

—¿«Una familia como la de los Amir»?

—Fatima Amir, la propietaria del avión. Era la otra pasajera.

—Sí, lo sé —respondió ella con brusquedad. Le molestaba que Bloch hablara de Fatima Amir en pasado, como si ya asumiese que estaba muerta. Era tan frío, tan clínico. Quiso corregirlo, pero no encontró las fuerzas.

Estaba demasiado cansada para empezar una discusión—. Como le dije, antes no sabía quién era. —Se interrumpió—. Antes de esto.

Annabel miró a Julian. Había ido a verla todos los días desde el accidente. Fue la primera persona a la que ella llamó cuando los agentes Bloch y Vogel se fueron del apartamento. La única persona. Se dio cuenta de que era la única persona que había conocido en Ginebra por la que realmente se preocupaba, y sabía que era la única persona que asimismo se preocupaba por ella.

Al igual que su marido, Julian White era un competente abogado fiscal. Había llegado a Ginebra siete años atrás por la misma razón que Matthew: ganar dinero, mucho. Cuando se fue de Londres, Julian era un agente estresado y mal pagado que trabajaba para el HMRC, el equivalente británico del IRS, el Servicio de Impuestos Internos de Estados Unidos. En Ginebra, era un banquero privado con la cartera repleta y una agenda de contactos incluso más repleta aún.

Cuando Annabel y Julian se conocieron, ella lo odiaba. Le pareció pomposo y extravagante, era todo aquello en lo que temía que Matthew podía convertirse si pasaba demasiado tiempo en un banco privado en Suiza.

Tres meses después de instalarse, Annabel acompañó a Matthew en un viaje de negocios a Zúrich. Mientras él asistía a reuniones, ella cogió el tren hacia el museo Oskar Reinhart, una villa privada que acogía una de las colecciones de arte francés del siglo XIX más exquisitas del mundo. Era lo que hacía Annabel la mayoría de los días en Suiza. Recorría sola museos y galerías y miraba obras de arte. No era muy diferente de su vida en Nueva York, se dijo. Aunque, claro, no le pagaban por ello.

Cuando salió de la estación ferroviaria de Winterthur empezó a llover. Annabel se sentó en un banco y se apretó los cordones de las botas, preparándose para un desagradable paseo por el museo. No llevaba paraguas y no se le había ocurrido ponerse un chubasquero. Cuando sintió que la lluvia



cesaba, miró hacia arriba. Julian estaba de pie junto a ella, refugiándola bajo un paraguas de Swiss United.

—Supongo que vas al mismo sitio que yo —dijo—. ¿Puedo ir contigo?

—¿No deberías estar en la reunión? Pensaba que era un asunto importante.

—Lo es. —Sonrió amablemente—. Y, por eso, no notarán que uno de nosotros ha optado por hacer novillos.

—Y has decidido pasar tu día libre con Renoir y Cézanne, en lugar de con..., perdona, no me acuerdo del nombre de la chica que nos presentaste la última vez que nos vimos.

Annabel se dio cuenta de que estaba siendo sarcástica, pero no pudo evitarlo. Hacía unas semanas que se habían encontrado con Julian en un restaurante y estaba sentado con una mujer que llevaba un vestido asombrosamente corto. Si era mayor de edad, lo era desde hacía muy poco.

A él no pareció importarle.

—Ah, ¿Natasha? Una mujer muy lista. Me rechazó casi de inmediato.

—Sí que parece lista.

—La verdad es que a mí me gusta más Daumier. Tiene mucho sentido del humor. ¿Lo conoces? Si no, puedo contártelo todo sobre él.

—¡Sí, claro! —exclamó Annabel sorprendida—. Hice la tesis sobre Daumier cuando estudiaba en Yale.

—Entonces sólo sabrás un poquito menos sobre él que yo. Ven, vamos a instruirnos el uno al otro. —Julian extendió el brazo. Annabel lo rodeó con el suyo y se acercó a él mientras el cielo se abría y los truenos rugían con furia sobre sus cabezas.

Cuando volvieron a Zúrich, ya se habían hecho amigos. Parecía que él se daba cuenta de lo sola que estaba. La invitó a inauguraciones de galerías de arte. Le presentó artistas, coleccionistas y conservadores. Decía que tenía contacto con clientes que necesitaban asesores artísticos y amigos en casas de subastas que contratarían encantados a una tasadora con experiencia. A Matthew parecía no importarle que ella pasara tanto tiempo con Julian. Si

acaso, estaba contento de que Annabel pareciera, por fin, más asentada en Ginebra. No pareció sentirse amenazado por su relación ni una sola vez. A Annabel le habría gustado poder decir lo mismo. En Nueva York, ni se le ocurría ponerse celosa. O quizá era que, simplemente, no tenía tiempo. En Ginebra, en cambio, tenía demasiado. Matthew siempre estaba fuera. Cenaba en la oficina. Se iba de viaje por trabajo. Tenía una asistente joven y preciosa, una joven francesa llamada Zoe, que lo acompañaba a todas partes. Annabel se dio cuenta de que, cuando estaba sola, su imaginación volaba. Empezó a tener pesadillas terribles en las que Matthew la engañaba o la abandonaba. Cuando estaba con Julian, por lo menos, no pensaba en esas cosas. Estar con él la hacía sentirse ella misma otra vez: un ser humano con amigos e intereses. Una persona con una identidad, más allá de ser una expatriada, la mujer de un banquero.

Julian se aclaró la garganta. Estaba de pie junto a la ventana, con las manos metidas en los bolsillos. Parecía agotado. Tenía ojeras alrededor de sus ojos azul pálido y líneas de preocupación surcaban su frente. Su fino pelo rubio, normalmente peinado con esmero, estaba alborotado. Annabel se dio cuenta de que no se había cambiado de ropa desde el día anterior. ¿Se había ido a dormir a su casa? No se acordaba. Los días habían empezado a mezclarse. Dormía a ratos. Una hora aquí, otra hora allá, con una vaga noción del día y de la noche. Las pastillas que le había dado Julian no ayudaban mucho. Las mezclaba con vino, esperando poder descansar. Una sensación de profunda fatiga la calaba hasta los huesos. Estaba cansada todo el tiempo, pero un miedo eléctrico le recorría las venas, obligando a su cerebro y a sus nervios a funcionar a toda máquina.

Julian tenía algo que decir. Annabel lo notó por la forma en que apretaba los labios, como si intentara evitar compartir algo que sabía que ella no querría oír.

—¿Quién es ella, Julian? —lo instó Annabel—. Dímelo. Necesito saberlo.

—Fatima es una de los clientes de Matthew —respondió él en voz baja—.

Por lo que sé, es prima lejana de Bashar al-Assad.

—Prima hermana —lo corrigió Bloch.

—No es una terrorista. —Julian negó con la cabeza—. Se dedica a los fondos de inversión libre. Vive en Londres. Nació y creció allí. Su padre es médico. No tienen relación con la rama siria de la familia. Swiss United no haría negocios con ellos si fuera así. Lo prometo.

Annabel frunció el ceño mientras lo consideraba todo.

—¿Cómo conoció a Matthew?

—Imagino que Jonas los presentó. Su hermano ha sido cliente del banco durante años.

—Entonces ¿por eso Matthew estaba en Londres? ¿Para verla? —Había estado a punto de decir «para estar con ella», pero se contuvo.

—No lo sé, Annabel. De verdad, no lo sé. Nuestro trabajo se basa en la confidencialidad. Matthew y yo nunca hablábamos de las personas que había en nuestras agendas. Simplemente, eso no se hace.

—Pero sabes que era su clienta.

—Él nunca me dijo eso. Lo di por hecho. Los vi juntos alguna vez.

Ella enarcó las cejas.

—En un contexto profesional, quiero decir —se apresuró a añadir Julian—, en el banco. Ya sabes, yendo y viniendo de reuniones.

—Es que no sé por qué me mintió. Si me hubiese dicho que iba a Londres a ver a un cliente, no me habría enfadado. Ni siquiera tratándose de una mujer guapa como Fatima Amir.

Bloch y Julian intercambiaron miradas. Annabel se dio cuenta de que sonaba como si estuviera celosa. Pero es que estaba celosa. Fatima Amir era preciosa. Objetiva e intimidantemente. En las pocas fotografías de ella que encontró Annabel, parecía que tenía treinta y tantos, cerca de los cuarenta. Tenía unos rasgos potentes y fotogénicos, una marcada nariz romana, pómulos pronunciados y unos labios carnosos y sensuales. Su piel de color café era luminosa, y su espeso cabello era tan oscuro que desprendía reflejos

azules bajo la luz del sol. En todas las fotografías salía vestida muy elegante, siempre con pantalón de traje, camisetitas de cuello alto y americana. Fatima Amir era la clase de mujer que no necesitaba presumir con *looks* excepcionales. Era, según decían, una mujer con sustancia. Eso era peor. Zoe, la asistente de Matthew, parecía una amante potencial, una aventura, un desafortunado error que él podría cometer durante un viaje de trabajo, después de beber más whisky escocés de la cuenta. Pero Fatima no era un error. No era una aventura. Era el tipo de mujer por el que un hombre dejaría a su esposa.

—¿Estaba teniendo una aventura? ¿Me lo dirías si fuera así?

—Annabel, para. Él te adoraba, ya lo sabes. Sólo estás cansada.

—Murió con mi marido. Estaba en un viaje del que yo no sabía nada, en un país en el que no sabía que estaba. ¿Cómo podía no saber todas esas cosas? —Su voz estaba alcanzando un tono histérico. Sabía que debía calmarse o controlarse, pero era incapaz. Quería asomarse a la terraza y gritar al cielo tan alto como fuera capaz, tanto tiempo como le fuese posible, hasta que ya no pudiese más.

—Veré de qué puedo enterarme. Estoy seguro de que hay una explicación del todo razonable para su viaje a Londres. —Julian se acercó a ella y le puso la mano en el hombro. Miró a Bloch—. Quizá Annabel podría hablar con quien sea que esté dirigiendo la investigación. Eso tal vez le dé un poco de paz.

—Por supuesto. Puede llamarme en cualquier momento, y también hablar con el técnico que examinó la caja negra. Él le contará más cosas sobre el fallo del sistema.

—Creo que eso ayudaría, gracias. ¿Y qué pasa con los equipos de búsqueda? Siguen buscando, ¿verdad?

—Así es —contestó Bloch—; el protocolo estándar dicta que la búsqueda se prolongará durante otras veinticuatro horas.

Veinticuatro horas. A Annabel se le encogió el corazón. No se le había

ocurrido pensar que dejarían de buscar. Al menos, no tan pronto.

—Eso es muy apresurado. —Julian frunció el ceño—. Hablaré con Jonas. Con financiación privada, quizá podamos continuar la búsqueda.

—A lo mejor debería acostarme. No me encuentro bien, lo siento.

Bloch reconoció la señal para marcharse y se puso en pie.

—Creo que te vendrá bien descansar un poco, cariño —dijo Julian—. Acompañaré al agente Bloch a la puerta.

Annabel se quedó inmóvil frente a la puerta de su habitación. Podía oír sus voces lejanas en el vestíbulo. Estiró el cuello para escuchar.

—Es probable que la búsqueda finalice mañana. ¿La señora Werner está preparada para esto? —La voz de Bloch sonaba preocupada. Podía imaginarse su expresión: el ceño fruncido, los brazos cruzados. Se había dado cuenta de que se acomodaba las gafas cuando se ponía nervioso. Se imaginó que lo estaba haciendo en ese instante.

—¿Alguna vez está alguien preparado para algo así? —contestó Julian—. Tiene treinta años, por el amor de Dios.

—Desde luego, lo siento. No pretendía ser insensible. Yo sólo...

—Entonces ¿no cree que se pueda recuperar el cuerpo? Pensé que, quizá, eso podría ayudar a poner fin de alguna manera.

—No lo esperamos. Por lo general en este tipo de casos, por fallo del sistema, los motores consumen gran parte del avión en pleno vuelo.

—Si se trata de dinero...

—No. Personalmente creo que cerrar la investigación de forma tan inmediata como sea posible se hace velando por el interés de las familias. Una investigación prolongada puede ser muy dura para ellos. Se siembra la duda donde no debería existir.

—Así que su equipo está convencido de que se trató sólo de un fallo del sistema. Sin juegos sucios. ¿Está usted seguro?

—Sí. Tuvimos suerte de recuperar la caja intacta. Fue un trágico accidente, nada más. Sé que no cambia el resultado para la señora Werner,

pero al menos puede estar tranquila sabiendo que nadie le hizo daño a su marido intencionadamente.

Julian dijo algo que Annabel no pudo entender. Recorrió un tramo del pasillo de puntillas, hasta que se encontró a pocos metros de Julian y el agente Bloch.

—La familia Amir está preparando un funeral. ¿Sabe si la señora Werner está haciendo lo mismo?

—Hablaré con ella sobre el tema después de que descanse un poco.

—Gracias. Hay una cosa más. Es un asunto un poco delicado.

—Cuénteme.

—Se encontraron algunos efectos personales del señor Werner en casa de la señorita Amir, en Londres. ¿Debería pedir que se los envíen? No querría molestarla.

Annabel respiró hondo. Las palabras de Bloch fueron como un puñetazo en el estómago. No se le había pasado por la cabeza que, en Londres, Matthew se estuviera quedando en la casa de Fatima Amir, en lugar de en un hotel. Aquello parecía tan íntimo, tan familiar... La prueba irrefutable de una aventura.

—Puedo encargarme de eso —respondió Julian—. Sólo dígame con quién contactar.

—Se lo diré. Gracias por su ayuda.

—De nada. Si recibe más información, por favor, llámeme. Annabel se encuentra en un estado muy frágil. Si usted descubriera algo sospechoso o llegara a dudar de que se trata de algo más que un accidente, avíseme a mí primero. Esto ha sido un shock tremendo para ella. Para todos, por supuesto, pero sobre todo para Annabel. Estaba muy volcada en Matthew. Creo que asimilará mejor las noticias si vienen de alguien en quien confíe.

—Tiene suerte de contar con un amigo como usted, señor White. Lo va a necesitar.

Annabel oyó entonces que la puerta principal se cerraba. Se deslizó pasillo

abajo y entró en su habitación antes de que Julian pudiera verla. Allí, sacó la caja de las notas del interior del armario.

Las colocó en filas ordenadas sobre la cama, como una colcha hecha con trozos de papel. Las entradas del concierto de su tercera cita. Una polaroid de Matthew durmiendo, que él le había dejado una mañana encima de la almohada antes de coger un vuelo temprano. Una cajita de cerillas de su luna de miel. La página arrancada de una agenda, del día que Matthew le pidió matrimonio. Miró cada una de esas cosas hasta que sus ojos se inundaron de lágrimas. Se acostó encima de todo aquello. Durante mucho rato, se quedó mirando el vacío blanco del techo. Y en algún momento se sumió en un profundo sueño sin sueños.

Horas después, se despertó sobresaltada. Estaba en mitad de una pesadilla horrible y su corazón estaba acelerado. Fuera, en la calle, había silencio y la luna llena brillaba a través de la ventana. Echó un vistazo a su habitación, para orientarse. Había un suéter de Matthew colgando del respaldo de la silla del escritorio. La novela que había estado leyendo descansaba en la butaca. Por un momento se preguntó si los últimos días no habrían sido una especie de pesadilla diabólica de la que, por fin, se había despertado. A lo mejor Matthew estaba en Zúrich. A lo mejor estaba de camino a casa. A lo mejor todo aquello no era más que un terrible error.

Se sentó en la cama. Podía oír una voz en el salón. Una voz de hombre. Ahora estaba despierta, alerta. ¿Podría ser Matthew? Su corazón dio un vuelco al pensarlo. «Es absurdo —se dijo entonces—. Basta.» Aun así, saltó de la cama y se acercó dando tumbos a la puerta de la habitación.

Cuando la abrió, la voz se hizo más clara. Annabel se quedó quieta en el pasillo, escuchando.

—Hay algo que no va bien en todo esto —dijo Julian—, tengo un mal presentimiento.

Ella se acercó de puntillas y miró desde la esquina. Él estaba junto a las estanterías del salón, de espaldas a ella. Su teléfono estaba encajado entre su hombro y su oreja izquierda. Sujetaba un marco de fotos entre las manos.

—No lo sé —continuó Julian—, parece que la investigación está yendo muy deprisa... Sí, exacto. Yo también tengo esa sensación. Es decir, dos personas han muerto. Dos personas importantes.

Se volvió y dejó la fotografía en su sitio, en la estantería. Annabel se mordió el labio cuando la vio. Era una foto de los tres, rodeándose con los brazos enfrente de un teleférico, en Zermatt. Matthew estaba en medio. Su cabeza estaba echada hacia atrás y su boca abierta en una amplia sonrisa. A Annabel le encantaba cómo salía en esa foto. Uno de sus momentos más felices desde que dejaron Nueva York. Se habían quedado en el chalet de Julian, los tres solos. Matthew había estado tan tranquilo aquel fin de semana, tan relajado... En la foto, se estaba riendo de algo que había dicho Julian. Una broma, recordaba, acerca de Jonas. Julian hacía una imitación perfecta de Jonas, sobre todo después de algunas copas.

Annabel vio cómo él cogía de nuevo la fotografía y pasaba el pulgar suavemente sobre ella.

—Jonas está tan conmocionado como yo —le dijo a la persona al otro lado de la línea—. Sí, está de acuerdo. Hazme un favor. Busca al agente Bloch, de la FEDPOL. Averigua lo que puedas sobre él y házmelo saber. —Se calló, asintiendo con la cabeza, mientras la persona al otro lado del teléfono hablaba—. Gracias, eso sería de bastante ayuda. Y, por supuesto, que quede entre nosotros.

Annabel se inclinó hacia delante y el parquet crujió bajo su peso.

Julian alzó la vista.

—Hablamos pronto —dijo. Dejó la foto en su sitio y colgó el teléfono.

—Perdona, no pretendía escuchar a escondidas. Sólo quería un vaso de agua.

—No seas tonta, estás en tu apartamento. Espero no haberte molestado.



—No, de todas formas, estaba despierta. Me alegro de que aún estés aquí.

—No iba a dejarte sola. He pensado que podría dormir en el sofá.

—No creo que ninguno de los dos vaya a dormir mucho esta noche.

Ella se sentó en el sofá y palmeó el cojín a su lado.

—Me encanta esa foto —comentó.

—A mí también. Menudo fin de semana.

—Fue la primera vez que me sentí como en casa aquí. La verdad es que es una de las únicas veces que me he sentido como en casa aquí.

—¿De verdad? No se nota.

—Cuando me mudé a Greenwich Village me sentí como en casa enseguida, pero aquí...

Julian asintió, como si la comprendiera. Dio unas palmaditas en su rodilla.

—No es fácil ser un expatriado, sobre todo en Ginebra, pero lo has llevado bien.

—No lo sé. No sé si encajo exactamente con las mujeres de los otros banqueros.

—A lo mejor por eso me gustas tanto.

—¿Porque soy una trepa, paleta, de una ciudad obrera?

Él se rio.

—Porque eres lista, fuerte e interesante.

—No sé. La primera vez que me sentí yo misma fue ese fin de semana en Zermatt. Como si no estuviera representando un papel. Si te soy sincera, me sentía perdida antes de encontrarte.

—No te haces una idea de la cantidad de mujeres que me han dicho eso.

Annabel sonrió.

—¿Con quién hablabas? —preguntó, poniéndose seria otra vez.

—Con un amigo que tiene contactos en la FEDPOL.

—¿Por qué?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—No estoy seguro de si confío en el agente Bloch. O, por lo menos, no estoy seguro de si está haciendo su trabajo.

—No crees que fuera un accidente.

—Creo que se están dando mucha prisa en concluir que lo fue. No quiero asustarte, Annabel, pero Matthew era mi amigo. Y si alguien ha hecho esto, necesito saber quién ha sido.

—Yo también. Y tampoco confío en él.

Se quedaron sentados juntos y en silencio durante un momento. Entonces, Julian le rodeó los hombros con un brazo y ella apoyó la cabeza en él. Apretó los ojos cerrados, pero las lágrimas cayeron de todas formas y empezaron a deslizarse por sus mejillas.

—Hay algo que no va bien en todo esto —susurró—. ¿Por qué nadie...? — Se interrumpió, incapaz de terminar la frase.

—No lo sé —respondió Julian, besándole la cabeza—. Pero confía en mí: si lo ha hecho alguien, lo encontraré.

—Déjame ayudar.

—No, tú ya tienes bastante. Por favor, déjame hacer sólo algunas preguntas. Conozco a las personas adecuadas con las que hablar. Si alguien puede llegar al fondo de este asunto..., te prometo que te contaré cualquier cosa en cuanto me entere.

Ella frunció el ceño. No le gustaba el desdén que había en el tono de su amigo, pero tenía la sensación de que ésa era una discusión que no iba a ganar.

—De acuerdo —contestó—, gracias. No sé qué haría sin ti.

—Descansa un poco, ¿vale? —Julian le dio unas palmaditas en el muslo—. Lo necesitas.

—Los dos lo necesitamos. ¿Estarás bien en el sofá? Te traeré sábanas y una almohada.

—Estoy bien. Puedo dormir en cualquier parte. Tengo que hacer algunas llamadas.

Annabel reprimió un bostezo.

—No te quedes despierto toda la noche —le dijo, y lo besó en la sien—. Buenas noches.

Después se levantó y se dirigió a la habitación. Estuvo despierta mucho rato, escuchando el suave sonido de Julian al teléfono. Annabel no podía entender lo que decía desde la habitación. No pasaba nada. Tenía su propio trabajo que hacer. Se quedó en el ordenador hasta que empezó a entrar luz en el cuarto y comenzaron a cerrársele los párpados. Pero aguantó, incluso cuando oyó que el salón se quedaba en silencio. Cuando Julian se durmió, ella se levantó, se dio una ducha y fue directa a coger el primer tren a Berna.

# Marina

Sander está muerto. Tenemos un serio problema.

El sonido que avisaba de la llegada de un nuevo correo electrónico despertó a Marina. Aunque en realidad apenas había dormido. Tan sólo había echado una cabezada después de quedarse casi ciega mirando la pantalla del móvil en la oscuridad de la habitación mientras Grant dormía a su lado. Después de leer el artículo sobre la muerte de Duncan, había enviado un correo a todos los periodistas que conocía de Nueva York. Nadie sabía nada. Se comentaba que había sido un robo que no había acabado bien. Se rumoreaba que había sido una expareja de Duncan, llena de rencor. Se decía que había habido una multitud de robos en las casas del, por lo general, tranquilo rincón de Connecticut en el que se hallaba la casa de Duncan. Algunos rumores afirmaban que los ladrones se habían llevado diversas antigüedades de gran valor y un cuadro. Otros habían oído que no se habían llevado nada. La policía se planteaba la teoría de que un intruso hubiera sorprendido a Duncan en mitad de la noche y el periodista hubiese acabado muerto.

El correo que acababa de recibir era de Mark Felt. Aún algo grogui, rebuscó ese nombre en su mente. Le resultaba familiar. Mark era el nombre que le habían dado para su contacto en los jardines de las Tullerías. ¿Sería él?

Entonces, las piezas encajaron: Mark Felt era el agente del FBI que había ayudado a Bob Woodward y a Carl Bernstein a destapar el caso Watergate en los años setenta.

Mark Felt era *Garganta Profunda*.

Se le erizó el vello de los brazos. Esa persona —o esas personas—, fuera quien fuese, era la Garganta Profunda de Duncan. Y, tras la muerte de su jefe,

era la suya.

Marina decidió contestarle al mensaje.

Lo sé. ¿Cómo podemos hablar?

Sólo por canales encriptados.

Ella vaciló. Quería hacer las cosas bien. «Joder, Duncan —pensó—. ¿Dónde estás cuando te necesito?»

Podía esperar a estar de vuelta en Nueva York. Al menos allí podría preguntarle a otro periodista cuál era la mejor forma de comunicarse con una fuente de forma segura. Quizá Owen Barry, de *The Wall Street Journal*, podría ayudarla. Era otro de los protegidos de Duncan y tenía fama de ser un hacha con la tecnología. Podía confiar en Owen. Pero no regresaría a Nueva York hasta la siguiente semana, cuando estaba previsto el vuelo de vuelta. Ese asunto no podía retrasarse tanto tiempo. Dado que tenía una memoria USB llena de información escondida en la puntera de las zapatillas de correr que había guardado al fondo del armario del hotel —una memoria USB llena hasta arriba de información tan confidencial que su jefe había muerto por ella—, Marina no sabía ni siquiera si podía esperar al día siguiente, mucho menos hasta la semana siguiente. Tenía que regresar a casa, cuanto antes mejor.

—Joder —murmuró en voz alta, y escribió un correo con los datos para comunicarse más tarde con mensajes encriptados. Pulsó el botón de enviar.

—Cielo... —Marina se volvió. Grant se enderezó, con la mirada fija en ella. No llevaba la parte de arriba del pijama, y la sábana sólo le cubría de cintura para abajo. En la penumbra, su prometido le dirigió una sonrisa soñolienta—. ¿Estás bien?

—Perdona —dijo ella—. No quería despertarte. No podía dormir.

Grant se estiró y le acarició la cara con la mano.

—Lo sé, es horrible.

—No puedo creer que ya no esté.

—Escucha, haremos lo que quieras hacer. Tú decides. Pero creo que deberíamos volver a Nueva York. Por la mañana, si es posible.

—Este viaje... Te has esforzado tanto, y ahora... —repuso ella con una mueca de dolor.

—París no se irá a ninguna parte. Ya volveremos.

—Pero ya está todo pagado...

—Olvídate de eso —contestó Grant, y se encogió de hombros.

Marina se cubrió el rostro con las manos y dejó escapar un pequeño sollozo.

—No, por favor, no llores —pidió él—. Por favor, no quiero que estés triste.

—Eres tan bueno... —dijo Marina—. ¿Cómo he podido tener tanta suerte en la vida?

Grant relajó la expresión.

—Yo soy el afortunado de los dos.

—¿De verdad no te molestaría si nos marcháramos?

—Lo preferiría —respondió con seguridad, después de la familia. Y la familia es lo más importante de este mundo. El resto no son más que daños colaterales. No te preocupes por el viaje.

Ella se acercó la mano de Grant a los labios y le dio un beso.

—Gracias —susurró—. Gracias por entenderme.

—No hay por qué darlas.

Grant tiró de ella y la envolvió con los brazos. Permanecieron un rato así, abrazados en silencio. Al final, él se levantó, cogió el móvil y llamó a la compañía aérea.

## Annabel

En Berna estaba nevando. Annabel miró al exterior a través de la sala de conferencias de la sede central de la FEDPOL y vio un pequeño montón de nieve acumulado en el alféizar. Un televisor de pantalla plana parpadeaba en la pared de enfrente, sin sonido. Ella lo observó unos instantes y después volvió a mirar por la ventana. Una periodista de la BBC caminaba por una calle polvorienta en Aleppo, entre los escombros de lo que una vez fueron casas. Un pañuelo protegía su nariz; un chaleco antibalas, su torso. Annabel se preguntó de qué le iban a servir si lanzaban otra bomba en aquel lugar dejado de la mano de Dios. Podía ver su reflejo en el cristal de la ventana. Pensar en Aleppo la hacía sentir todavía más náuseas.

Frente a ella había una taza fría de café suave que le había preparado la asistente del agente Bloch. Sin leche ni azúcar. Annabel lo había abandonado después del primer sorbo. Un reloj hacía tictac por encima de su cabeza. Llevaba allí más de una hora. No importaba. Sabía que tendría que esperar. Después de todo, no había llamado para decir que iba.

—El agente Bloch está en una reunión. —la había informado la asistente cuando Annabel se presentó en el mostrador de recepción.

—No pasa nada —había dicho ella.

La asistente parecía molesta, pero no replicó. Sólo asintió amablemente y le ofreció café. Luego se escabulló de la sala de conferencias y dejó sola a Annabel. No mencionó cómo encontrarla, dónde estaba el cuarto de baño o cuánto tendría que esperar Annabel.

Por fin, por la tarde, llamaron a la puerta. El agente Bloch entró, con una carpeta de acordeón bajo el brazo. Annabel se fijó en que se había cortado el

pelo. Se preguntó de dónde habría sacado el tiempo en mitad de una investigación. Pero luego pensó que quizá se lo había cortado él mismo. Lo llevaba muy corto, al estilo militar. Podría haberlo hecho sobre la pila del cuarto de baño, con una maquinilla eléctrica. Parecía la clase de hombre que podía cortarse el pelo él mismo. Su ropa, sus gestos, sus gafas: todo era funcional. Se preguntó cómo debía de ser su casa. Paredes blancas inmaculadas, sospechaba. Ninguna sensación de hogar.

Annabel se puso de pie e intentó sonreír.

—Gracias por recibirme —dijo—. Quizá debería haber llamado primero. Es que sabía que, si no venía hoy, me volvería loca.

Bloch asintió. Le hizo un gesto para que se sentara.

—Lamento que haya tenido que esperar. Julian White comentó que tenía algunas dudas sobre la investigación.

—Sí. —Annabel se detuvo. Ahora que estaba allí, no estaba segura de por qué había ido. Esa mañana le había parecido urgente, tanto que había corrido por la estación de tren de Ginebra-Cornavin como si le fuera la vida en ello. Se quedó mirando la carpeta bajo el brazo de Bloch—. ¿Eso son fotos? ¿Del avión?

—Son fotos, sí. Las grabaciones de la caja negra. Entrevistas con el personal del aeropuerto y el informe del fabricante del aparato. Puede echarles un vistazo. Queremos que se convenza de que la investigación ha sido exhaustiva.

—Estoy segura de que lo ha sido. Es sólo que...

—No tiene que dar explicaciones, señora Werner. Es normal que tenga preguntas.

—Gracias. No sé por qué quiero ver las fotos, la verdad. Supongo que todavía no me parece real.

—No hay una manera correcta de afrontar esta clase de pérdida.

—¿Han abandonado ya? Me refiero a los equipos de búsqueda.

—Sí. Esta mañana, temprano. Lo siento mucho.



Annabel consiguió asentir. Aunque era lo que esperaba, oírlo en voz alta la dejó sin aliento.

—La búsqueda fue extensa. Jonas Klauser insistió en que así fuera. De hecho, ofreció financiar él mismo la continuación de la búsqueda.

—No lo sabía. Es muy amable por su parte.

—Habríamos seguido si pensáramos que hay más que encontrar.

—¿Puedo? —Annabel señaló la carpeta.

—Sí, desde luego.

Bloch sacó un montón fino de imágenes. Las deslizó por la mesa de la sala de conferencias hasta Annabel.

Ella pasó la mano por la instantánea de arriba del todo. Era una vista aérea de la cima rocosa de una montaña, cubierta de nieve. Miró más de cerca. Se dio cuenta de que las rocas eran restos del avión. Un ala, partida por la mitad. El cañón redondo del fuselaje. Piezas de metal retorcidas descansaban sobre la nieve inmaculada como si fuesen esculturas, como una composición artística. El sol centelleaba en los filos. Era casi bonito, pensó. Si no una no sabía lo que estaba viendo. El lugar donde descansaba su marido. Notó que le subía la bilis por la garganta. Cerró los ojos un segundo para serenarse.

Las siguientes fotografías mostraban los restos con mayor detalle. Un catálogo de pedazos del avión roto. Algunas imágenes estaban pixeladas y oscuras y era difícil interpretarlas. Como el test de Rorschach. Annabel observó una y sus ojos trazaron la curva de lo que, en un primer momento, le pareció un cráneo humano, un cuerpo encogido en posición fetal. Pero, cuanto más miraba, menos humano parecía.

—Eso es una ventana —explicó Bloch—, del avión. Miramos más de cerca donde se produjo el daño en el fuselaje. Nos ayuda a determinar la causa del accidente.

—¿Qué es esto? —Annabel señaló una pieza blanca de metal. Cogió la fotografía y entornó los ojos. Las letras apenas eran visibles en el borde

superior. Desaparecían en la curvatura del avión, en el reflejo de la nieve. Había algo que le resultaba familiar—. «JKE» —murmuró en voz alta.

—Tiene usted buena vista. Es difícil leerlo, incluso para mí.

—Soy conservadora artística. O lo era, en una vida pasada. Paso mucho tiempo observando pequeños detalles en fotografías y cuadros.

—¿Dónde trabajaba?

—En la casa de subastas Christie's, durante un tiempo. En el departamento de impresionismo. Después, en una galería. Estudié el máster en la Universidad de Yale. —Annabel se sonrojó. No sabía por qué se había sentido obligada a contarle a aquel hombre su currículum. Para que la tomara en serio, supuso. Ahora hacía eso más a menudo. En Nueva York no sentía la necesidad de acreditarse a sí misma. Pero en Nueva York tenía una respuesta para la pregunta «¿A qué te dedicas?».

—¿No trabaja aquí, en Ginebra?

—No.

Bloch asintió.

—La mayoría de las mujeres expatriadas no trabajan.

Annabel intentó no leer entre líneas aquel comentario.

—Aquí hay uno del equipo de búsqueda. —Bloch le acercó otra foto y la puso frente a ella. Un grupo de hombres vestidos con trajes naranja, alrededor de donde se encontraba el avión. Algunos llevaban hachas; la mayoría, cascos. Tras ellos, el cielo brillaba como un telón de hierro—. Como puede ver, ésta es una zona peligrosa para excavar. El aparato se estrelló en el lado oeste de la montaña, por debajo del cual hay una caída vertical de varios cientos de metros. Sobre todo en condiciones meteorológicas adversas, incluso el equipo de búsqueda más experimentado puede encontrar difícil acceder a ese lugar y recuperar restos.

—Pero pudieron encontrar la caja negra.

—Sí. Aquí, justo debajo del ala. Puedo explicarle lo que contiene, si quiere.

Annabel examinó la fotografía. Su cerebro zumbaba mientras lo hacía. Había algo que no cuadraba. Sus ojos volvieron a la inscripción del avión. Entonces, algo encajó.

Annabel se puso de pie.

—Está bien. ¿Puedo quedarme éstas? —preguntó cogiendo las fotografías.

—Bueno, técnicamente, éstas no son...

—Matthew tenía un seguro de vida y han pedido el certificado de defunción y un montón de documentos; sólo quiero asegurarme de que les doy todo lo que necesitan. El papeleo es bastante abrumador. —Annabel estaba mintiendo, y esperó que el agente Bloch no lo notara. Miró la mesa nerviosa, esperando una respuesta. No sabía por qué había dicho aquello del seguro de vida. Fue lo primero que se le ocurrió. Y tenía que salir de aquella habitación con esas fotografías.

El agente Bloch dudó.

—Está bien.

—Muchas gracias. —Annabel metió las imágenes en su bolso y extendió la mano.

Cuando estaba dando media vuelta para marcharse, se detuvo.

—¿Puedo hacerle una última pregunta?

—Sí, por supuesto.

—¿Es posible que tenga una imagen del avión? De antes de que se estrellase, quiero decir.

El agente Bloch frunció el ceño.

—No, no lo creo. ¿Quiere que intente localizar alguna?

—No, no pasa nada. Sólo me lo preguntaba. Muchas gracias por su ayuda.

—De nada, señora Werner. Dicen que se acerca una tormenta por el norte. Ya ha empezado a nevar. No ha venido conduciendo, ¿verdad?

—He venido en tren. Estaré bien, pero gracias.

—Que tenga un buen viaje, señora Werner.

Annabel asintió y murmuró algo a modo de agradecimiento. Miró su reloj

mientras bajaba al vestíbulo. Si cogía el siguiente tren, podría llegar a la biblioteca de investigación de Ginebra antes de que cerrase.

Annabel estaba sola en la sala de microfilmes. Dos estudiantes habían pasado allí casi toda la tarde, pero se habían marchado sobre la hora de cenar. Ahora, su cabeza se debatía entre la fatiga y el hambre, y le dolían los ojos de haber estado mucho rato mirando una pantalla LCD. Sin embargo, no le importaba. Estaba acostumbrada a estudiar imágenes píxel a píxel. Tenía ojo para eso, una habilidad natural para evaluar el más mínimo detalle que había perfeccionado con los años en el negocio del arte. Aquel día, había dado sus frutos. Tras horas de infructuosa búsqueda, había encontrado lo que estaba buscando. Estaba allí, delante de ella, en blanco y negro.

Giró el botón y amplió la imagen. Luego cogió una de las fotografías que había rescatado del agente Bloch. No era la misma foto, como había sospechado en un principio. La de la pantalla parecía haber sido tomada ese mismo día, unas horas más tarde. La montaña estaba salpicada de sombras oscuras y alargadas y había personal de rescate en el lugar. En la primera imagen, la que le había dado Bloch, Annabel contó veintitrés hombres con traje naranja. En la imagen de la pantalla sólo había nueve. Pero era el mismo avión. Estaba segura. La grieta que cruzaba la mitad de la parte central del aparato tenía el mismo borde rugoso. Un ala desmembrada yacía sobre la nieve reluciente, cortada limpiamente del armazón. El ángulo de la cámara, en la segunda imagen, mostraba con más claridad la inscripción en el lateral: JKE.

Fue un acto de pura voluntad que Annabel fuese capaz de traducir, del alemán, el artículo de periódico. La versión que había leído en internet, antes de reunirse con el agente Bloch, era más corta y se había traducido al inglés para el *Daily Mail*. Ya conocía los deprimentes datos: el avión era un Gulfstream G450 que había salido de Holanda y se había estrellado en los

Alpes, casi justo un año antes del accidente del avión de Matthew. No hubo supervivientes. Cuando lo había leído en un primer momento, no quiso saber nada más.

No obstante, ahora quería saberlo todo. El avión, leyó, se había estrellado en las montañas de Bauges, justo al este de Chambéry.

Se avistaron los restos en lo alto del monte Trélod.

El aparato pertenecía a la Real Fuerza Aérea de los Países Bajos. Koninklijke Luchtmacht, en holandés. Eso explicaba las letras JKE inscritas en lo que quedaba del fuselaje. Eran las últimas tres letras de la palabra *Koninklijke*.

Tras una búsqueda intensiva, se había recuperado la caja negra. Indicaba un fallo en el sistema de protección antihielo. Un suceso común, explicaba el artículo, en aviones privados de ese tamaño.

Annabel sintió que le temblaban las manos mientras le daba a imprimir. En la esquina de la sala de microfilmes, la impresora zumbó y cobró vida. Annabel se abalanzó sobre ella y cogió los papeles de la misma, según iban saliendo. Todavía estaban calientes cuando los metió en su bolso.

—*Arrêtez ça, madame.* —Una voz tras ella la detuvo.

—¿Disculpe?

Un hombre con bigote y los dedos manchados de tinta la miraba desde la entrada.

—No puede imprimir nada de la sala de microfilmes sin el carnet de la biblioteca o un pase universitario.

—Lo siento, no lo sabía. ¿Cómo puedo conseguir uno?

El hombre señaló el reloj de la pared con impaciencia.

—Ahora es muy tarde. El mostrador de información cierra a las cinco de la tarde. Tendrá que volver mañana.

—No, no. Estoy dispuesta a pagar, pero necesito este artículo esta noche.

El hombre apretó los labios. Al final, extendió la mano.

—Déjeme ver, por favor.

Annabel le tendió el artículo a regañadientes.

Él se chupó la punta del dedo y contó las páginas.

—Cinco páginas, cincuenta céntimos, por favor.

Annabel escarbó en el bolso, rezando para tener cincuenta céntimos. En el fondo, junto a su protector labial, encontró un euro. Se lo entregó al hombre.

—Quédese el cambio —dijo, y le arrebató el artículo de las manos antes de que pudiera protestar.

—¡En el futuro, por favor, hágase un pase para imprimir! —gritó él a su espalda mientras Annabel recorría ya el vestíbulo a toda prisa.

Giró en el hueco de la escalera y se dio de bruces contra un hombre que llevaba una mochila.

Cayó hacia atrás y aterrizó, limpiamente, sobre su trasero. La correa de su bolso se deslizó por su hombro y el contenido se desparramó por el suelo.

—*Je suis vraiment désolé.* —El joven se arrodilló y empezó a recoger las fotografías.

—*C'est bien.* —Aunque le dolía la parte baja de la espalda después de la caída, Annabel se repuso. Arrancó las fotos de la mano del hombre y las volvió a enterrar en su bolso. Él miró hacia arriba, con los ojos abiertos como platos. Ella advirtió una punzada de vergüenza en el tono agudo de su voz—. *Merci beaucoup* —dijo—. *C'est ma faute.*

—No, yo iba con prisa. —le respondió él en inglés. Hizo un gesto señalando el vestíbulo—. ¿Ésa es la sala de microfilmes?

—Sí, la están cerrando.

—Entonces debería darme prisa.

—Espero que encuentre lo que está buscando —dijo, y empezó a bajar por la escalera.

Veinte minutos después, el joven apareció en los escalones de la entrada principal de la biblioteca. Fuera estaba oscuro y había silencio en los

alrededores. Miró a ambos lados. Annabel Werner se había ido.

Mientras cruzaba la rue De-Candolle, sacó su teléfono.

—Ha tenido un día bastante ocupado —informó al hombre que escuchaba al otro lado de la línea—. Primero ha estado en Berna, para visitar al agente Bloch en la FEDPOL. Le ha entregado fotos del accidente. Un buen montón. Las lleva en el bolso. Después se ha pasado muchas horas en la biblioteca.

—¿Qué está buscando exactamente?

—Se ha marchado con un artículo impreso. Sobre un accidente de avión del año pasado. Datos similares. Un G450. Se estrelló en los Alpes, sin supervivientes.

—Según tú, ¿por qué?

—Puede que sospeche que el agente Bloch no ha sido del todo claro acerca de los detalles del accidente.

—Hay algo que no encaja con el agente Bloch —dijo Jonas Klauser—. Haré que lo investiguen. ¿Tienes una copia del artículo?

—Sí, señor.

—Tráemela. Y no dejes de seguirla. Quiero conocer todos sus movimientos. Adónde va, con quién habla. Quiero saber en qué está pensando. —A continuación añadió—: ¿Alguna novedad con respecto al ordenador de Matthew?

—No, señor. No aparece.

—A lo mejor lo llevaba consigo en el avión.

—No lo creo. Según el personal de seguridad de Amir, no lo llevaba encima cuando abandonó el aeropuerto.

—De acuerdo. Sigue buscando. Y vigila a la mujer.

Dicho esto, Jonas colgó el teléfono. André Lamont se subió de un salto a su ciclomotor y desapareció en la noche.

## Marina

En el aeropuerto Charles de Gaulle de París, la seguridad había aumentado; había más agentes de los que Marina recordaba a su llegada. Allá donde mirase había policías con boinas azules. Por el aeropuerto se paseaban también militares uniformados que patrullaban el edificio por parejas, con unas armas de fuego de gran tamaño que les daban un aire intimidador.

—¿Qué crees que estará ocurriendo? —le preguntó a Grant en un susurro mientras esperaban en la cola para que pasaran por el escáner sus maletas de mano—. Parece que estemos en una base militar.

—Pues a mí me tranquiliza —contestó él encogiéndose de hombros—. Al menos se toman el tema de la seguridad en serio.

Marina asintió, pero no pudo deshacerse de la sensación de que algo no iba bien. Podía sentir la tensión en el ambiente, que crujía como la electricidad.

—Llevamos diez minutos sin movernos del sitio —comentó, y con la cabeza señaló la cola que tenían delante. Se puso de puntillas, intentando averiguar por qué no avanzaban.

—Tienes que relajarte. —Grant apoyó una mano en el hombro de su prometida e hincó el pulgar en un punto de presión—. Estás cansada. Lamento que el vuelo salga tan tarde, es lo mejor que pude conseguir.

Ella soltó un gemido.

—Madre mía, qué gusto.

—Había programado un masaje en pareja en el hotel para mañana. Pero, como no vamos a poder ir, le he pedido a Rachel que nos reserve uno en la ciudad. Pensé que te vendría bien después del vuelo.



Marina entornó los ojos fingiendo desconfianza.

—¿Qué problema tienes?

—¿Problema?

—Te lo digo en serio. Tiene que haber algo. Eres guapo, inteligente, gracioso y probablemente seas el hombre más considerado del planeta. Tiene que haber algo, una pega.

Grant soltó una risita.

—Tengo un montón de defectos.

—A ver, dime uno.

—Soy muy peludo.

—A mí eso me parece adorable. Eres como una mascota.

—Me como un bote entero de helado todas las noches.

—Adorable.

—Trabajo demasiado.

—A Noé le vas a hablar de lluvia...

—Debería hacer más ejercicio.

—Los tíos que están haciendo ejercicio todo el tiempo son aburridos — respondió Marina negando con la cabeza—. Tienes un físico estupendo. Perfecto. El mejor culo que he visto en mi vida.

—Deberías haberlo visto cuando estaba en la marina.

—Lo vi. Una vez. Te pedí salir. ¿Te acuerdas?

—Venga, tira —dijo Grant, y le dio una palmadita en el trasero—. La fila está avanzando. Te toca.

Ella le devolvió la palmada a su prometido y le guiñó el ojo. Se sentía más tranquila. Incluso feliz. Grant tenía ese efecto en ella. Se descolgó la bolsa del hombro y la dejó en la cinta del escáner.

La bolsa de Grant fue la primera en salir. Ella lo miró mientras él volvía a ponerse los zapatos y guardaba el portátil. La pareja que iba detrás de ellos en la cola recogió también sus pertenencias y se dirigió hacia su puerta de

embarque. Marina frunció el ceño. En esos momentos la cola se movía rápido, pero no había ni rastro de su bolsa.

—*Excusez-moi* —llamó en francés a la persona encargada del escáner para preguntarle por su bolsa—. *Où est mon sac?*

—Seguro que sale dentro de nada —comentó Grant y, con el brazo, la rodeó por la cintura.

Marina ignoró a su prometido y se acercó al escáner para reclamar su equipaje.

—*J'ai besoin de mon sac* —declaró subiendo el tono.

Entonces notó que le tocaban el hombro. Detrás de ella se encontró a un policía con expresión adusta.

—Señora —dijo mientras le enseñaba una placa de la Policía Nacional francesa—, acompáñeme, por favor.

Grant dio un paso hacia delante.

—¿Hay algún problema?

—Necesito que me acompañe —contestó el agente mirando directamente a Marina.

Ella respiró hondo. Todos los presentes los estaban mirando.

—No pasa nada —le dijo a Grant—. Seguro que es una tontería.

—Voy con vosotros —indicó él.

—Como quiera —repuso el agente.

Grant cogió a Marina de la mano. En silencio, siguieron al agente y atravesaron una discreta puerta blanca. El hombre señaló un banco.

—Puede esperarla aquí —le sugirió a Grant. Y, dirigiéndose a Marina, pidió—: Sígame, por favor.

Grant apretó la mano de su prometida tres veces: «Te quiero».

Como respuesta, ella le apretó la suya dos veces: «Mucho».

—No te preocupes —le dijo ella.

—Dentro de cuarenta minutos tenemos que embarcar —señaló Grant, pero se lo decía más al agente que a Marina.

Ella le sonrió, intentando fingir una tranquilidad que no sentía. Mientras seguía al agente hacia una habitación pequeña, por la cabeza se le pasaron todos los escenarios posibles de qué podía ocurrir. Podía ser una confusión, o quizá la habían elegido al azar para un registro extra de seguridad. Quizá había metido por error algo en su bolsa de mano que había inquietado a los de seguridad. Un cortaúñas. Un bote de espray.

La posibilidad más alarmante era que todo eso estuviese relacionado con la memoria USB. Intentó recordar qué le había dicho su contacto que debía decir si se daba ese caso, palabra por palabra. La contraseña era «russell1». En la memoria USB había información personal. Fotos. Nada relacionado con el trabajo.

—Por favor, siéntese —ofreció el agente, señalando una mesa pequeña con sillas metálicas—. Enseguida vendrá alguien a hablar con usted.

Entonces, se marchó. Marina se sentó en una silla, cruzó las manos y las apoyó encima de la mesa. En lo alto de la pared había un reloj en el que podía ver el paso de los segundos. «Treinta y siete minutos para embarcar», pensó. Cerró los ojos y respiró hondo, intentando relajarse.

—*Bonsoir*, señorita Tourneau. —Marina abrió los ojos de golpe. En la habitación entró un hombre menudo, con unas gafas de montura metálica y una chaqueta que le venía pequeña. Bajo un brazo llevaba una libreta y sostenía su bolsa de viaje con el otro. La dejó sobre la mesa, entre ellos, y le tendió la mano—. Antoine Fournier. Policía nacional. —Marina se levantó de la silla y sonrió mientras se la estrechaba—. Seguro que se pregunta por qué está aquí.

—Sí, la verdad.

—Señorita Tourneau, ¿cuál ha sido el motivo de su visita a París?

—Estoy celebrando mi compromiso.

—¿Nada relacionado con el trabajo?

—No.

—¿Cuándo fue la última vez que habló usted con Duncan Sander, señorita

Tourneau?

—Me llamó hace unos días, pero sólo charlamos un par de minutos.

—¿De qué hablaron?

—Quería desearme un buen viaje.

—¿No hablaron de trabajo?

—No. Yo estoy de vacaciones y Duncan se había tomado un período sabático.

—No dudo de que sabrá que, poco después de esa llamada, hallaron el cadáver del señor Duncan, víctima de un asesinato.

—Sí. Por eso vuelvo a casa. Para asistir al funeral. ¿Están investigando el asesinato del señor Duncan?

—No, señorita. Era ciudadano estadounidense. Sin embargo, tenemos razones para creer que el señor Sander estaba planeando un viaje a Ginebra y que quizá estaba intentando obtener información de forma ilegal de una fuente que trabaja en un banco suizo.

—Pero eso no tiene ningún sentido —dijo ella frunciendo el ceño—. Duncan no estaba trabajando. Como ya le he dicho, se había tomado un período sabático.

—La gente trabaja de período sabático, señorita Tourneau.

—Puede ser. No entiendo qué tengo que ver yo en este asunto. O ustedes, en realidad.

—Se trata del robo de información confidencial de ciudadanos franceses. Así que es asunto mío.

—Lo siento, pero no puedo ayudarlos. Llevo semanas sin hablar con Duncan de temas de trabajo.

—¿Se ha encontrado con alguien durante su estancia en París, señorita Tourneau?

—Cenamos con un amigo de la universidad de mi prometido.

—¿No ha visto a nadie más?

—No.

—¿Le ha dejado alguien algo en el hotel o le ha pedido que le lleve algo al señor Sander?

—No. Le daría permiso para registrar mi bolsa, pero supongo que ya lo habrán hecho.

Fournier sonrió y apuntó algo en su libreta.

—¿Ha comprado algo durante su estancia en París?

—He hecho un par de fotos. Y le he comprado a mi madre un pañuelo de Hermès. —Marina miró el reloj de pared—. No tardarán en llamarnos para embarcar.

—Lo sé. —Fournier no levantó la vista de su libreta. Ella lo observó mientras escribía algo. Se dio cuenta de que no se había identificado. Marina se preguntó quién era y para quién trabajaba.

«Duncan, ¿en qué te has metido?», pensó mientras se removía nerviosa en su asiento.

—Muy bien, señorita Tourneau. Muchas gracias por su ayuda. Sólo tengo una última pregunta.

—Dígame.

—¿El señor Sander mencionó alguna vez el banco Swiss United?

—No, que yo recuerde.

—¿No cree que su jefe estaba trabajando en una historia?

—Eso son dos preguntas. —Fournier volvió a sonreír—. No, la verdad es que no —respondió Marina—. Si le soy sincera, Duncan tenía un problema con el alcohol. Había empeorado bastante. Había cogido la baja por enfermedad. La verdad, no creo que tuviese el tiempo o estuviese en condiciones de trabajar en una nueva historia.

Fournier asintió. Se levantó de la silla, y Marina lo imitó.

—Muchas gracias por su tiempo, señorita Tourneau —dijo tendiéndole la mano.

—De nada. ¿Puedo llevarme mi bolsa?

—Claro, por supuesto.

Marina recogió su bolsa de mano y se la colgó del hombro. No pudo evitar darse cuenta de que la cremallera estaba totalmente cerrada y ella no la había dejado así al depositarla en la cinta de la máquina de rayos X. Con toda la discreción posible, la abrió y metió la mano. Rebuscó en el bolsillo interior, donde había guardado la memoria USB. Cuando la envolvió con los dedos, soltó un pequeño suspiro de alivio.

Fuera de la sala, Grant iba y venía por el pasillo, nervioso.

—Aquí estás —dijo cuando ella salió por la puerta—. Estaba empezando a preocuparme.

—No tenías por qué —respondió su prometida, y se obligó a sonreír. En su interior, el corazón le latía desbocado—. Lamento que nos hayamos retrasado.

—No pasa nada, llegaremos a tiempo.

Mientras se apresuraban hacia la puerta, Marina cogió a Grant de la mano.

—¿Qué querían? —preguntó él.

—La verdad, no lo sé. Creo que se han equivocado.

—Qué raro.

—Un poco, sí.

Cuando llegaron a la puerta, todavía no había empezado el embarque. De hecho, no había ni un solo miembro del personal de la compañía aérea tras el mostrador. Marina miró a su alrededor analizando la situación. En una esquina, una gran multitud de personas se apelotonaban alrededor de un televisor.

—¿Qué ocurre? —le susurró a Grant—. Algo no va bien.

—Ha habido un ataque terrorista en el Stade de France —los informó una mujer—. Dicen que han sido unos ataques suicidas. En un partido de fútbol. El presidente Hollande estaba allí.

—Dios mío —musitó Marina—. ¿Ha habido heridos?

—Todavía no lo saben. —La mujer señaló la televisión—. Lo están transmitiendo en directo.

—Claro, eso explica tanta seguridad —dijo Grant. Rodeó a Marina con un brazo y la acercó a él.

Ella asintió, incapaz de articular palabra. No podía desviar los ojos de la pantalla. Estaba demasiado lejos y era demasiado pequeña como para que pudiese distinguir nada, salvo el humo y lo que parecían un montón de personas corriendo asustadas hacia todos lados.

—El mundo está loco... —comentó Grant en voz baja, sacudiendo la cabeza.

—Es terrible —dijo ella, y recostó la cabeza en su hombro.

A su derecha divisó a un grupo de soldados de uniforme que rodeaban el perímetro de la puerta. Aunque ya entendía por qué estaban allí, no podía deshacerse de la sensación de que su propio interrogatorio no tenía nada que ver con el ataque terrorista. Lo que había ocurrido no había sido un registro aleatorio, y Antoine Fournier, fuera quien fuese, la había estado esperando. El hombre sospechaba, y no erraba, que Marina intentaba marcharse del país con información de gran valor. O bien no se le había ocurrido revisar la memoria USB, o lo había hecho y no había podido encontrar la información oculta. Ella sospechaba que debía de haber ocurrido lo segundo. Si la hubiese encontrado, aún seguiría en esa habitación, pequeña y blanca, con las sillas metálicas. Seguramente la habrían esposado y le habrían dicho que llamara a un abogado. Ese simple pensamiento hizo que temblara de miedo. Grant lo notó y la rodeó con ambos brazos. Le dio un beso en la coronilla.

—Estoy aquí —susurró—. Te protegeré.

—Lo sé —respondió Marina. Pero estaba mintiendo, claro estaba. Grant ya no podía protegerla. Quizá nadie pudiese. Si Antoine Fournier había tardado tan poco en encontrarla, otros lo harían también. Y sin duda serían más contundentes con su interrogatorio que él.

## Annabel

Seis días después del accidente de aviación se organizó un funeral para Matthew Werner en la casa de Coligny de los Klauser. No lo planeó Annabel. Julian se encargó de la logística. Jonas Klauser se aseguró de invitar a todos los miembros de la empresa y a sus clientes más importantes. Elsa Klauser se ocupó de las flores, la planificación y el catering para la recepción posterior. La mañana del funeral volvió a nevar y la propiedad de los Klauser quedó cubierta de blanco. El cielo era gris y claro, pero llegaría otra tormenta por la tarde. Nubes oscuras se cernían sobre las montañas, en la distancia. Annabel las observó, mientras el padre Moreau, un sacerdote al que había conocido el día anterior, pronunciaba el panegírico de Matthew. Había dejado de escuchar desde el principio. Todo le parecía surrealista, como si estuviera viendo una película sobre un funeral y no un funeral real de un hombre con el que se había casado tan sólo cuatro años atrás. Otras personas a su alrededor lloraban, pero ella se sentía sorprendente e inquietantemente aletargada.

En la recepción que hubo después, todos comentaron en voz baja que el funeral había sido bonito, elegante, y que se había organizado a la perfección. Un homenaje a la altura de Matthew Werner. Annabel asentía con la cabeza, pero apenas si podía hablar. Para ella todo era una pesadilla.

—Apenas ha pronunciado una palabra —oyó que le comentaba alguien a otra persona.

—No me lo puedo imaginar —fue la respuesta.

—¿Está aquí sola?

—Creo que sí. Seguro que volverá a Nueva York muy pronto.

Las mujeres pasaron por su lado, de camino a la mesa donde se estaban



sirviendo las bebidas. No la vieron. De todas formas, Annabel no conocía a la mayoría de esas personas. Eran, casi todos, gente de Swiss United, empleados o clientes. Algunos conocidos de Ginebra. La tía y los primos de Matthew habían llegado en avión desde Nueva York, pero ella sólo los había visto unas cuantas veces antes de ese día. Jeannine, su propia hermana, aún vivía en el norte de Nueva York. Siendo una madre soltera con dos niños, no podía permitirse ir hasta allí, y Annabel no quería que lo hiciese. Las hermanas nunca habían estado unidas. Las grietas que había entre ellas habían aumentado, hasta convertirse en un abismo, después de que Annabel se instalara en la ciudad de Nueva York y se casara con un abogado. Si Jeannine estaba resentida por la vida de Annabel en Manhattan, ésta no podía imaginarse lo que pensaría de su vida en Ginebra. Sólo sintió alivio cuando Jeannine se disculpó por no poder ir, y percibió asimismo el alivio de su hermana cuando le dijo que lo entendía.

Los Klauser no le habían pedido información de contacto de sus amigos de Nueva York y Annabel no la había ofrecido. Sólo quería que la difícil experiencia se acabara, de forma tan rápida e indolora como fuera posible. No podía ni pensar en acoger invitados en casa durante mucho tiempo. O en la gente que se quedaría en algún hotel de cinco estrellas de Ginebra y esperaría llevarla a cenar la noche siguiente para mirarla a los ojos y decirle que podía llamarlos para cualquier cosa, lo que fuera. Había conocido a gente así. Pagaban la cuenta de la cena y volvían a desaparecer. La llamarían una vez al mes, después, con menos frecuencia, sólo para sentir que habían hecho algo por ella y que, de verdad, habían estado ahí. En casa, hablarían de lo triste que había sido todo, pero de lo mucho que se alegraban de haber ido porque, sinceramente, era lo que había que hacer.

—¿Quién es toda esta gente? —le preguntó a Julian—. ¿Por qué no los conozco?

—Muchos son clientes del banco. La verdad es que es bastante impresionante la cantidad de personas que han viajado hasta aquí para

presentar sus respetos. —Julian señaló a un grupo de hombres que se encontraban en la barra—. Ése es Vitaly Abramovich. Es el dueño de la compañía petrolera más grande de Rusia. Está hablando con Clive Currie, el dueño de la discográfica. Hace poco, Clive le vendió a Vitaly su participación en el Chelsea.

—¿El barrio?

—El equipo de fútbol.

—Y ése, ¿quién es? —Annabel señaló hacia un hombre al que ya había visto antes. No estaba segura de si se acordaría de ella, sin embargo, quería que Julian los presentara.

—¿El que está con Jonas? Es Rohan Agarwal. Un magnate del acero. Vive en Mónaco.

—No. Ese de ahí. El que está hablando con Zoe.

—Ah, Lorenzo Mora. Es cliente del banco. Heredero de la mayor fortuna del sector azucarero del mundo.

—¿Cliente de Matthew?

—De Jonas, creo.

—Preséntamelo.

Julian levantó las cejas, pero no dijo nada. Annabel sabía lo que su amigo estaba pensando. Lorenzo Mora era increíblemente guapo. Era de la misma constitución que Matthew, alto y de hombros anchos, y tenía el pelo oscuro, abundante y ondulado. Tenía la clase de sonrisa perfectamente imperfecta. Sus dos palas se montaban un poco y tenía un hoyuelo, sólo en una mejilla. Aunque estaba nublado, llevaba unas gafas de sol oscuras y una bufanda enrollada hasta la barbilla, como si prefiriese no ser reconocido, incluso en una reunión privada y de alto nivel como aquélla. Como heredero evidente de la fortuna del sector azucarero de la familia Mora, Annabel no tenía duda de que muchas mujeres impresionantes pedían que les presentaran a Lorenzo Mora. Pero a ella no le interesaban ni su aspecto ni su dinero. Ella sólo quería hablar de Matthew.

Julian asintió y la acompañó hacia el lugar donde Zoe y Lorenzo compartían un cigarrillo. No por primera vez, Annabel pensó que Zoe era muy guapa, y muy joven. Su piel pálida y sus ojos azules translúcidos parecían más etéreos aún en contraste con el cielo de color pizarra. Llevaba el cabello rubio recogido en un moño bajo. En el nacimiento del pelo, se le escapaban tirabuzones que enmarcaban su cara. No parecía llevar maquillaje, pero apenas lo necesitaba. Annabel sabía que era joven, quizá veinticuatro o veinticinco, sólo haría un año, más o menos, que había salido de la universidad. Todas las asistentes de Swiss United se parecían a Zoe. Elegantes, jóvenes y lo bastante delgadas como para desaparecer deslizándose en silencio, entrando y saliendo de salas de conferencias llenas de hombres. Annabel se lo había comentado a Matthew tras visitar su oficina. Él se encogió de hombros y lo achacó, despectivamente, a una cuestión de apariencias. *Apariencias*. Una palabra en la que debería haber pensado más durante los últimos dos años. ¿Cuánto de lo que sucedía en Swiss United era tan sólo cuestión de apariencias?

—Hola, Zoe. —Annabel se inclinó para besarla en la mejilla y se vio atrapada en un inesperado abrazo.

—Annabel, he estado tan preocupada por ti... —La chica respiró junto a su oreja. Annabel sintió cómo el cuerpo menudo de Zoe se apretaba contra el suyo.

Cuando se echó hacia atrás, Zoe la cogió del brazo. Por su expresión angustiada, Annabel habría dicho que su preocupación era auténtica. Sintió una oleada de arrepentimiento. Siempre había sido un poco fría con ella. A pesar de que la chica parecía profesional y amable, Annabel no podía evitar que le molestase la idea de que su marido pasara horas interminables con una asistente tan joven y atractiva. Incluso viajaban juntos, y eso era lo que más la fastidiaba. «Presupongo que tendréis habitaciones separadas —bromeaba en ocasiones—. ¿O el conserje piensa que Zoe es tu hija?» Pero sus bromas

sonaban inseguras e infantiles, en lugar de desenfadadas y, al final, siempre se arrepentía de haberlas hecho.

Matthew había señalado en alguna ocasión que Zoe tenía novio, un abogado francés al que calificaba de «brillante» y «encantador», pero que podría haber dejado o no a su mujer por Zoe. Matthew decía que le preocupaba que le rompiera el corazón a la chica. Todos los fines de semana se iba con él de viaje por Europa, a veces, incluso escabulléndose temprano los viernes para coger un avión, pensando que Matthew no se enteraba. Pero Matthew decía que otros, en el banco, se habían dado cuenta y su rendimiento estaba bajando, por lo que le preocupaba que la despidieran. Hasta Jonas le había comentado algo al respecto.

Annabel supuso que a Matthew, en realidad, no le importaban las ausencias de Zoe. Hablaba del novio de la chica para que Annabel se sintiera más cómoda con ella. Sin embargo, no funcionaba. ¿Funcionaba acaso alguna vez? ¿Había alguna mujer, en alguna parte, que se sintiera más cómoda con su marido hablando todo el tiempo sobre su atractiva compañera de trabajo? De hecho, el novio, según la opinión de Annabel, era un punto en contra de Zoe. Le inquietaba que la chica estuviese saliendo con alguien a quien había conocido en el trabajo, alguien que parecía haber estado casado hasta hacía muy poco. ¿No era así como empezaban la mayoría de las aventuras? Annabel sospechaba que ese tipo de cosas pasaban en Swiss United todo el tiempo. Esos hombres trabajaban muchísimas horas. La mayor parte de las noches cenaban en la oficina. Estaban al teléfono todo el fin de semana y, cuando no era así, estaban distraídos y eran incapaces de mantener una conversación decente sobre cualquier otra cosa que no fueran tipos de cambio, lagunas fiscales y el precio del oro. Se saltaban fiestas de cumpleaños y otros compromisos sociales. Se duchaban y se vestían a oscuras, se marchaban de casa antes de que saliera el sol, sin decir mucho más que «adiós» a sus mujeres. Las asistentes guapas en Swiss United eran algo más que una cuestión de apariencias. Eran una ventaja laboral, un

incentivo, un bálsamo para las dieciséis horas diarias que los hombres pasaban apiñados en salas de conferencias, entre montones de contratos de fideicomisos y formularios de impuestos. Los hombres como el abogado francés de Zoe dejaban a sus mujeres todos los días. Matthew podría haberlo hecho, perfectamente. A lo mejor lo había hecho. Annabel estaba decidida a averiguarlo.

—Siento no haber llamado —le dijo a Zoe.

—Por favor, no tienes que darme explicaciones. Me lo puedo imaginar. Sólo quería que supieses que estoy aquí, que pienso en ti.

—Por supuesto. Eres muy amable.

—Me gustaría ir a verte, si te parece bien. —Zoe miraba a Annabel con tanta intensidad que ella apartó la mirada. Murmuró algo afirmativo y luego se volvió hacia Lorenzo.

—Soy Annabel Werner —dijo—, la mujer de Matthew.

—Sí, desde luego. —Lorenzo extendió la mano—. Lorenzo Mora. Siento mucho su pérdida, señora Werner.

—Ya nos conocemos, señor Mora. Es probable que usted no se acuerde.

—Sí, claro que sí. Y llámeme Lorenzo, por favor. —Se quitó las gafas de sol y parpadeó con incomodidad bajo la luz de la tarde.

Annabel se preguntó si recordaba su encuentro o si tan sólo estaba siendo amable. Duró cinco minutos, quizá menos. Se había encontrado con Matthew y con Mora en el mercado de Boulevard Helvétique una tarde, alrededor de las nueve. Se sorprendió cuando se topó con la mirada de Matthew, al otro lado de la calle. Ella volvía del cine, donde había visto sola una película. Su marido iba con un hombre y una mujer y se estaban riendo. El hombre estaba abriendo la puerta del Griffin's Club, un pub y restaurante pijo, sólo para miembros, en el que los famosos y los megamillonarios se codeaban unos con otros al ritmo de disc-jockeys internacionalmente conocidos. Por un momento, Annabel pensó que Matthew iba a colarse en el club y a fingir que no la había visto. En lugar de eso, la saludó con la mano. Annabel cruzó la

calle, con el corazón aporreándole el pecho mientras se preparaba para un desagradable enfrentamiento conyugal.

Matthew sonrió como si no pasara nada. O era un perfecto mentiroso o no pensaba que la hubiese confundido. ¿Estaba trabajando hasta tarde? ¿Trabajaba en el Griffin's Club?, se preguntó Annabel.

—Qué sorpresa —dijo él—. Ésta es mi mujer, Annabel. Annabel, éstos son clientes de Jonas. Él no se encuentra muy bien y me ha pedido que los saque a divertirse esta noche.

Ella sonrió, una sonrisa tensa que fue lo mejor que pudo ofrecer, dadas las circunstancias. Se dio cuenta de que Matthew no le había pedido que se uniera a ellos, por lo que los cuatro estaban de pie, con torpeza, fuera del club, oyendo la reverberación de la música del interior.

—Debería irme ya a casa —indicó ella, asintiendo con brusquedad—. Ha sido un día muy largo y estoy cansada.

Creyó ver a los acompañantes de Matthew intercambiar una mirada de alivio cuando dijo eso, pero quizá sólo estaba siendo paranoica.

—Volveré a casa pronto —dijo Matthew, y le dio un beso casto y altivo antes de abrir la puerta para sus acompañantes.

Annabel se daba cuenta, en ese momento, de que él nunca había mencionado sus nombres. Pero ahora los reconocía a ambos: Lorenzo Mora y Fatima Amir.

—¿Puedo hablar contigo, Lorenzo? En privado, por favor.

—Podría acercarla a casa, cuando esté lista para irse, claro.

—Annabel, hay mucha gente que quiere hablar contigo —intervino Julian. Le puso la mano en el hombro—. Y los Klauser...

—Jonas y Elsa lo entenderán. Ha sido un día muy largo para mí.

—Pues claro —intervino Zoe—. Ve a descansar, Annabel. Les diré que te has marchado.

—Por favor, dales las gracias por todo.

—Lo haré. —Zoe la abrazó—. Iré pronto a verte —susurró antes de

soltarla.

Annabel besó a Julian en las mejillas y siguió a Lorenzo hasta la entrada. Apareció un Mercedes plateado y él le abrió la puerta. Annabel sintió un revoltijo de nervios. No quería que nadie, ni siquiera el chófer, oyera su conversación. Pero, una vez que le dio su dirección, Lorenzo apretó un botón y subió una panel de cristal tintado que los separaba. Por fin estaban solos.

—Gracias —dijo ella—, no tienes ni idea de las ganas que tenía de salir de ahí.

—Es un placer. Se acuerda de mí, ¿no? De aquella noche en la puerta del Griffin's Club. Yo estaba con su marido y con Fatima Amir.

—Sí.

—Y quiere hablar conmigo sobre Fatima, ¿verdad? Por eso se ha acercado antes.

—Yo... —Annabel dudó—. Es sólo que te he reconocido, pero no estaba segura de dónde.

—¿Sabe quién es mi familia, señora Werner?

—Llámame Annabel, por favor. Y, no. Bueno, sí. Sólo lo que Julian me ha contado cuando le he preguntado quién eras.

—¿Te ha contado que mi tío era el cabecilla del cártel Mora?

Ella abrió los ojos como platos, sorprendida.

—¡No! —exclamó—. No, no, nada de eso. Me ha dicho que tu familia dirige la mayor empresa azucarera del mundo.

Lorenzo se rio.

—También nos dedicamos a eso —repuso.

Annabel no habría sabido decir si estaba bromeando. Forzó una sonrisa. En Ginebra, había aprendido a ser discreta sobre el dinero. Había tanto allí, y no todo era limpio. Siempre era mejor no hacer preguntas.

—Nuestra familia se dedica a muchas cosas. Mora International se ha convertido en una bestia de muchas cabezas. Yo dirijo Mora Crystals, la empresa azucarera. ¿Has estado en la República Dominicana?

—No.

—Vivo en una pequeña isla, en la costa sur. Isla Alma. Es el lugar más maravilloso del planeta. Allí tenemos un club privado, el Cane Bay. Estoy fuera gran parte del tiempo: Miami, Nueva York, París, Panamá... Pero siempre que pienso en mi hogar, pienso en ese sitio. Nuestras plantaciones de azúcar ocupan la mayor parte de la isla.

—Suena genial.

—Bueno, Isla Alma lo es. Los campos de azúcar son lugares brutales. Se necesita a un tipo de persona muy particular para trabajar en el sector azucarero. Alguien que se sienta cómodo dirigiendo las cosas con mano de hierro.

Annabel no sabía qué decir, de modo que simplemente asintió. Se le ocurrió que, quizá, hubiera cometido un error. Estaba sola en un coche con un hombre peligroso y, ¿para qué?, ¿para preguntarle sobre un encuentro casual en la calle?

—Estás invitada a visitar mi isla cuando quieras. Siempre tendrás mi puerta abierta. He venido a Ginebra para decírtelo. Quería que supieras que puedes considerarme tu amigo.

—Eres muy amable. ¿Dónde vive el resto de tu familia?

—Mi hermano dirige otra de las filiales del negocio familiar en Miami. Mi hermana está en Nueva York. Mi padre vive, sobre todo, en Florida, en Palm Beach. Tengo un tío en París y otro en Venezuela. Es difícil que todos nos pongamos de acuerdo cuando se trata de dirigir varias empresas. Por eso acudí a Swiss United. Jonas es famoso porque se le da bien dirigir estructuras familiares complicadas. Y Jonas confiaba en el juicio de Matthew, sobre todo en lo que se refería a cuestiones fiscales.

—Matthew era abogado fiscal en Nueva York. Uno de los mejores.

—Acabé confiando muchísimo en el consejo de Matthew. Había algo muy tranquilizador en él. En especial cuando aumentaron los conflictos entre la generación joven y la generación mayor de la familia.



—Siempre he dicho que Matthew debería haber sido psicólogo. La gente le contaba cosas, cosas privadas. Siempre. En nuestra primera cita, le hablé sobre la muerte de mis padres, cuando yo era joven. Es..., era de lo más atento. Lo siento, sigo hablando de él en presente. Todavía no me he acostumbrado. Sigo creyendo que va a entrar por la puerta.

Lorenzo le dio unas palmaditas en la mano.

—Sé muy bien a qué te refieres.

Permanecieron en silencio durante un minuto. Annabel pensó que iba a llorar, pero sus ojos se mantuvieron secos. Se había quedado sin lágrimas. Las había llorado todas. En lugar de eso, miró por la ventanilla y se sintió dolorosamente vacía.

—No sé por qué vine aquí —dijo—. Esto es como una pesadilla.

—Viniste a ganar dinero. Matthew quería comprar una gran casa en Londres o París o, quizá, una mansión en la playa de Malibú, retirarse a los cuarenta y cinco y pasar sus días contigo, ¿no?

—Supongo que ésa era la idea. Nada tan lujoso como una casa grande en Londres. Quizá una casita con porche y vistas al océano. —Annabel desvió la mirada avergonzada e incómoda. ¿Qué más podía decir?, ¿que, cuando estaba embarazada de cinco meses, había perdido el bebé?, ¿y que, entonces, dos semanas después, el padre de Matthew había fallecido de un ataque al corazón? Se habían derrumbado, dos veces. Necesitaban empezar de cero.

Tras hablar por teléfono con Jonas Klauser, un viejo amigo de su padre, Matthew decidió que la banca privada era perfecta para él. Con su experiencia en derecho fiscal, su pedigrí como miembro de la Ivy League, de la que formaban parte las ocho universidades más prestigiosas de Estados Unidos, sus contactos del colegio privado y su tremendo encanto, se le daría bien. Jonas le prometió que pasaría la mayor parte del tiempo viajando, en primera clase, a Nueva York, Londres, París, Madrid, Hong Kong, donde se codearía con primeros ejecutivos y sultanes. Se acabarían las cenas tristes en su escritorio. En Swiss United se esperaba que acompañara a sus clientes a

cenar y a beber vino a restaurantes galardonados con estrellas Michelin por todo el mundo. Esquiaría con ellos en la localidad de Gstaad, tomaría el sol en sus yates, por la costa francesa. La banca privada era un negocio que se construía sobre la confianza, dijo Jonas. Se trataba de ganarse la confianza del cliente. Se trataba de que sintieran que tú eras su mejor amigo en el mundo y que, pasara lo que pasase, cuidarías de ellos (y, lo que era más importante, de su dinero).

Todo esto, cobrando tres veces más de lo que estaba ganando en el bufete de abogados Skadden, más una bonificación cada vez que llevara un cliente suyo. Y los incentivos, que incluían el alquiler de un Mercedes-Benz 500SL, un piso de doscientos metros cuadrados en el casco antiguo de la ciudad, acceso al chalet de la empresa, para esquiar en Zermatt, y una tarjeta de crédito corporativa American Express, sin límite de gasto establecido. Sonaba todo tan romántico, tan exótico, tan nuevo... Matthew dudaba, pero Annabel lo empujó a aceptar. Le dijo que era justo lo que necesitaban.

«Prueba unos años —le dijo Jonas—. Si no te gusta, te buscaremos algo en Nueva York y, mientras tanto, ganarás mucho dinero. Te despejarás. Podrás conocer Europa, ¿qué podría ser mejor?»

—¿Matthew te hablaba de su trabajo? ¿De sus clientes? —le preguntó Lorenzo.

—Nunca. Estaba todo el tiempo trabajando. Apenas lo veía. Y me dijo que todo lo que hacía era confidencial, así que intentaba no preguntarle.

—¿Viste a Fatima Amir, después de aquella noche?

—No, fue la única vez. Matthew nunca mencionó su nombre.

—Era su clienta.

—Lo suponía.

—¿No sabías que iba a Londres para verla?

—Él me dijo que estaba en Zúrich.

—No tenían una aventura, si es lo que piensas.

Annabel frunció el ceño.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Los conocía a los dos considerablemente bien. Aquella noche, en el Griffin's Club, no era la primera vez que nos reuníamos. Matthew nos había presentado alrededor de un año antes. Fatima y yo teníamos mucho en común. Él pensó que yo podría ayudarla. Y lo hice. O, por lo menos, lo intenté.

—Lo siento, no lo entiendo.

—La familia de Fatima se dedica al sector del petróleo, de la misma forma que la mía se dedica al sector del azúcar. Los Amir tienen negocios legales y otros que no lo son tanto, ¿comprendes?

—Sí.

—Fatima dirigía su propio fondo de inversión libre. No quería tener nada que ver con la parte financiera ilícita de la familia. Pero es complicado mantener las manos limpias cuando el tarro está sucio.

—Ya veo.

—Matthew la estaba ayudando con eso, pero era difícil. Y peligroso. Entre nosotros, el primo segundo de Fatima es al-Assad. Su hermano trabaja para él. Son gente peligrosa, con muchos, muchos enemigos. Y se toman muy en serio la lealtad familiar. No les gusta sentirse traicionados, ni de la más mínima forma. Especialmente por una mujer.

Annabel sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo. Se abrigó los hombros con la chaqueta, abrazándose a sí misma. ¿Por qué Matthew se había involucrado con esas personas?

—Julian me contó que, en la familia Amir, no había terroristas. Que Swiss United no habría hecho negocios con ellos si lo fueran.

—No son terroristas. Son blanqueadores de dinero. Sus primos son los terroristas.

Annabel le lanzó a Lorenzo una mirada de exasperación.

—En cualquier caso, Swiss United trabajaría con cualquiera. Terroristas. Dictadores. Traficantes de drogas. Si no fuese así, estarían fuera del negocio.

¿Quién crees que mete su dinero en cuentas suizas? ¿Contables? ¿Amas de casa de Tulsa?

Lorenzo se rio. Annabel sintió que empezaban a arderle las mejillas. Claro que había oído historias sobre los bancos suizos. Incluso había conocido a un par de clientes de Matthew de aquí y de allá, la mayoría viejos amigos suyos de la universidad, que habían ganado dinero en Nueva York o en Londres y querían esconder algunos dólares en cuentas numeradas. Annabel sabía que lo hacían para eludir impuestos o a alguna mujer que, algún día, podría intentar quitárselo todo en un divorcio. Annabel sabía que era una zona gris, legalmente hablando. Pero también parecía bastante inofensivo, como un crimen sin una víctima. Y Matthew era abogado, ¡un abogado fiscal! ¿No lo habían contratado por eso? ¿Para asegurarse de que todo se hacía, técnicamente, dentro de los límites de la legalidad? ¿No era eso lo que hacía durante todo el día? ¿Encontrar vacíos legales y mecanismos para ahorrar dinero sin desencadenar ninguna consecuencia fiscal?

—Si tu amigo Julian te ha dicho eso, te ha mentado. Lo sabe muy bien. Vigila en quién confías, Annabel. Estás en el País de las Maravillas, amiga mía. Aquí, en Ginebra, los criminales pueden ser tus amigos y tus amigos pueden ser criminales, ¿me comprendes?

Ella asintió.

—Y tú, ¿qué eres?

El coche atravesó un bache en la carretera y a Annabel se le escapó un pequeño grito. Lorenzo alargó el brazo y, de forma protectora, pegó su espalda al asiento. El chófer bajó el panel divisorio que los separaba.

—*I am sorry, Mr. Mora* —dijo—. *There is ice on the road.*

—*Is it the side of the tyre?*

—*No, no.*

Lorenzo asintió. Se inclinó hacia delante y apretó el botón para volver a subir el panel.

Mientras lo hacía, Annabel vio una correa negra por debajo de su

chaqueta. Al principio pensó que era un tirante, pero luego se dio cuenta de lo que era. Lorenzo Mora llevaba un arma.

—Sólo es hielo en la carretera —comentó—. Los neumáticos están bien.

—Hablo inglés —susurró ella.

Lorenzo enarcó las cejas.

—Una mujer lista. ¿Algún otro idioma?

—Francés. Un poco de alemán. No has respondido a mi pregunta.

Él asintió.

—Annabel —dijo con una sonrisa indescifrable—, ahora mismo soy el mejor amigo que tienes. Así que escúchame cuando te digo que no puedes confiar en nadie de Swiss United. No te fíes de Julian White. No te fíes de Jonas Klauser. No son amigos tuyos. No tienes amigos aquí, en Ginebra. Deberías volver a Nueva York. O visitar a tu hermana, tal vez. Puedes venir a Isla Alma si quieres. No importa adónde, pero, si yo fuese tú, me iría cuanto antes y no volvería a mirar atrás.

## Marina

El funeral de Duncan Sander se celebró en la iglesia episcopal St. James, en el prestigioso barrio del Upper East Side de Nueva York; una rara elección, dado que Duncan no era ni episcopaliano ni vivía allí. No obstante, la iglesia St. James era la casa del Señor de rigor para las mujeres de sociedad con las que Duncan se relacionaba y era, sin duda, el lugar apropiado para un funeral de la alta sociedad de Manhattan. Aunque le hubiese llegado su final comiéndose un bocadillo en su despacho, solo, a causa de un disparo a poca distancia con una bala del calibre 45 que le había reventado la cabeza, se aseguró de que sus allegados se despidiesen de él con un adiós elegante y solemne. Al parecer, le había entregado a su abogado una larga lista de exigencias e indicaciones para la celebración de su funeral, para cuando llegase el momento. En ella especificaba todos los detalles: desde la música que quería que sonase hasta el color de la urna en la que guardarían sus cenizas. El funeral fue tal y como él habría querido. Y eso reconfortaba a Marina.

Cuando llegó a la iglesia, casi todos los bancos estaban ocupados, así que se sentó al fondo. En la parte delantera, a la izquierda del púlpito, vislumbró a todo el personal de la revista *Press*; se saludaban con besos y con una gran solemnidad mientras, de forma sutil, competían por sentarse cerca de Philip Brancusi o, al menos, cerca del pasillo central, para ser vistos. En el lado derecho de la iglesia, los protagonistas de las páginas de sociedad estaban haciendo lo mismo. Marina sonrió. A Duncan le habría encantado toda esa parafernalia. Todo aquel que era alguien estaba allí, en su funeral. Era la multitud mejor vestida que hubiera visto en su vida, a excepción de las

semanas de la moda. Todos vestidos de negro, cómo no, pero con las últimas prendas recién salidas de las pasarelas de París. Marina nunca había coincidido en una misma sala con tantos bolsos Birkin negros. Habían engalanado el altar con lirios y rosas blancas, y con arreglos florales en macetas de tulipanes daneses gigantes, cuyos pétalos caían hacia el suelo como si las propias flores estuviesen llorando la pérdida de Duncan Sander. Marina se preguntó si Jerome Cotillard, florista de las personas de la alta sociedad, se había encargado de los arreglos florales; en el pasado, Duncan y él habían tenido una breve, aunque tempestuosa, aventura. Marina deseó que hubiese sido él. Al fin y al cabo, Jerome era el mejor.

Ella llevaba un vestido negro sencillo, de manga tres cuartos y, encima, un abrigo retro Lanvin que Duncan una vez había calificado de «perfecto». Apenas se había maquillado y no llevaba ni una sola joya, salvo el anillo de compromiso que Grant le había regalado. Se había recogido el pelo en una coleta. La falta de sueño hacía que su piel de porcelana hubiese adquirido un color casi translúcido, y bajo los ojos tenía dos marcas profundas y azules, como si fuesen moratones. Estaba hecha un asco, pero le daba igual. A diferencia del resto del personal de *Press*, ella había ido a la iglesia para llorar la pérdida de Duncan, y no para que la vieses llorando y lamentándose. Aunque le estaba costando concentrarse; no dejaba de mirar a todos lados, preguntándose si la estaban vigilando o si la habían seguido hasta allí. Se aferraba con fuerza al pequeño bolso de mano negro que llevaba; dentro había guardado las gafas de sol, un paquete de pañuelos y el llavero con forma de corazón que Grant le había regalado cuando se mudó con él. En el llavero llevaba las llaves de casa y, más importante aún, la memoria USB.

Marina no se había separado del USB desde lo ocurrido en el aeropuerto. La aterrizzaba tenerlo, pero más miedo le daba perderlo. No se había atrevido a abrir los archivos en su ordenador, aunque estaba desesperada por hacerlo. ¿Y si alguien conseguía entrar en su portátil? Sabía que cualquier aparato con una conexión a internet era vulnerable. En aquella época, los

piratas informáticos podían espiar a quien quisiesen a través de las cámaras de sus portátiles y de sus móviles. Tenía que asegurarse de que la información permanecía a salvo. Necesitaba que alguien con más conocimientos en tecnología la ayudase, pero tenía que confiar en esa persona. Sólo le venía un nombre a la mente para un trabajo así, y, con algo de suerte, lo encontraría allí.

—¿Está ocupado?

Marina reconoció la voz y levantó la mirada. Allí estaba.

Se deslizó por el banco, para dejarle sitio a Owen Barry. El hombre no había cambiado mucho, aunque por lo menos había pasado un año desde la última vez que se habían visto. Seguía tan alto y larguirucho como ella lo recordaba, y el traje que llevaba, que por supuesto no era de su talla, acentuaba su delgadez. Se había cortado el pelo rojizo, que estaba salpicado de canas alrededor de las orejas, y el nuevo corte lo hacía parecer más sofisticado de lo normal. Aunque Owen ya había cumplido los cincuenta, todavía conservaba ese encanto juvenil. Cuando le sonrió, Marina no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Esperaba verte aquí —dijo ella.

—¿Qué tal estás, preciosa? —Owen le dio dos besos—. Estás tan buena como siempre.

Una mujer mayor, sentada en el banco de delante, se volvió y los fulminó con la mirada.

—Disculpe. —Owen le susurró a Marina en el oído—: Pero estás increíble.

Ella sofocó una risa. Duncan siempre había querido a Owen, y era fácil ver por qué. Cuando no le estaba tirando los tejos, e incluso cuando lo hacía, era terriblemente encantador. Además, era un periodista de la leche. Era uno de los pocos a los que Duncan consideraba su igual. Años atrás los había ayudado a destapar la historia de Morty Reiss, y desde entonces Owen había ganado dos premios Pulitzer: uno por una historia de traficantes de armas de



Oriente Próximo; el otro, por una historia sobre la contaminación del agua en Flint, Michigan. Marina había oído rumores que afirmaban que había dejado *The Wall Street Journal* para dirigir una página web que se llamaba *Resultados*, pero Owen no lo había confirmado. Con el paso de los años, habían mantenido muy poco contacto: de vez en cuando intercambiaban algunos correos, o se encontraban en los actos del gremio, o en la fiesta anual de Navidad que siempre celebraba Duncan. Aunque disfrutaba de la compañía del hombre, tras comprometerse, Marina había tomado la decisión de mantener las distancias con él. Se le insinuaba lo suficiente como para ponerla nerviosa.

—Gracias —respondió ella moviendo los labios pero sin emitir sonido alguno. Luego señaló con la barbilla la parte delantera de la iglesia, donde un organista había empezado a tocar los sombríos compases de una música procesional.

—Después tenemos que hablar —susurró Owen, y le dio un golpecito en el hombro—. En privado.

Marina asintió, mirando a su alrededor, para asegurarse de que nadie los escuchaba.

—Me has leído el pensamiento.

—¿En tu casa o en la mía? —Ella lo miró—. ¿Qué? —preguntó Owen, pestañeando con aire inocente—. Los dos vivimos en la parte alta de la ciudad. A eso me refería.

—Owen, ¡voy a casarme! No puedo irme a casa contigo en mitad del día.

—¿Y adónde se supone que tengo que sugerirte que vayamos? ¿Al hotel The Carlyle? No es que podamos ir y sentarnos en una cafetería. Y mi despacho está lejos, en Tribeca. Puedo ir yo a tu casa.

—A mi prometido no le hará gracia.

—Ah, sí, el prometido. —Owen puso los ojos en blanco—. ¿Dónde está? ¿Haciendo un par de largos en su piscina llena de dinero?

Marina se volvió y escudriñó la parte trasera de la iglesia.

—Mira, ahí está.

Grant estaba de pie, tras un grupito de asistentes que se habían reunido detrás de los bancos de la iglesia. Cuando la vio, le sonrió, la saludó con la mano y, con un gesto, le hizo saber que estaba haciendo todo lo que podía para llegar hasta ella.

—¿Harían el favor de callarse? —siseó la mujer sentada delante de ellos—. Estamos en un funeral, por Dios.

Marina y Owen agacharon la cabeza, como si fuesen a rezar.

—Hablamos después —susurró ella tan bajito como pudo—. Ya veremos dónde.

—Vale. Porque tengo que enseñarte algo. De él.

—De él... ¿él? —preguntó Marina señalando el altar con la cabeza.

—Así es.

—Para nosotros.

—Sí.

—Señor...

—Sí, justo, señor —dijo Owen, y se santiguó mientras la congregación se ponía en pie y el cortejo avanzaba por el pasillo.

Después del funeral, Grant se marchó al trabajo. Marina se despidió de él mientras su prometido montaba en el coche y se alejaba. Cuando dobló la esquina, en voz baja, Owen y ella acordaron verse en el apartamento del hombre. Marina saludó a sus compañeros al tiempo que Owen se marchaba. Si alguien los hubiese visto irse juntos, lo más probable era que no le hubiera dado mucha importancia. Pero, aun así, más valía prevenir que curar.

Owen Barry vivía en la planta superior de una vieja casa en la calle Sesenta y Nueve Este. Mientras subían por el desvencijado ascensor hasta el apartamento del hombre, Marina se preguntó por qué nunca se habían cruzado por la calle. Grant y ella vivían apenas a una manzana de distancia.

Su hogar, un amplio apartamento de tres habitaciones ubicado en un sofisticado edificio de Park Avenue, era mucho más imponente que el de Owen. Pero ahí radicaba la gracia de Nueva York. Uno podía alquilar estudios enanos justo enfrente de áticos que costaban cincuenta millones de dólares. Quizá ella y Grant vivían en un mundo diferente del de Owen Barry, pero casi con total seguridad compartirían tintorería. Se subirían y bajarían en la misma parada de metro. Harían la compra en la misma tiendecita que estaba en la esquina donde se cruzaban la avenida Lexington y la calle Sesenta y Ocho.

—Perdona el desorden —dijo Owen mientras abría la puerta. Le ofreció la mano y ella esquivó una pila de periódicos viejos—. No esperaba tener compañía.

Marina miró con detenimiento el apartamento. Le dio la impresión de que Owen había tenido compañía hacía muy poco, puede que la noche anterior. Sobre la mesa de centro había una botella de vino vacía. Dos vasos, uno con manchas de pintalabios en el borde, habían quedado abandonados en el suelo, delante de la chimenea. Fingió no darse cuenta. Por un segundo se preguntó si podía ser que Owen estuviese viviendo con alguien. Pero no tardó en desechar esa idea. El Owen Barry que ella conocía no creía precisamente en el compromiso. Y no podía imaginarse a una mujer viviendo en semejante pocilga.

—¿Te apetece una cerveza o algo? ¿Un café?

—Sí, un café, gracias —respondió.

Owen asintió y desapareció en el interior de la cocina.

—¡Siéntate donde quieras! —gritó—. O, si lo prefieres, sube a la azotea, ahora iré yo.

Marina se decantó por la azotea. Subió por la sinuosa escalera de metal hasta lo que parecía una trampilla en el techo. Cuando la empujó para abrirla, notó una suave brisa de aire frío y oyó el ruido de los coches que discurrían por la calle que quedaba a sus pies. Después de haber visto el apartamento de

Owen, Marina no se esperaba gran cosa; pero, en cambio, se encontró en un lugar que parecía un jardín secreto, a rebosar de macetas llenas de plantas y con la cantidad suficiente de muebles de hierro forjado como para celebrar una pequeña velada. Ante ella se revelaba una vista panorámica de Central Park.

—Madre mía... —murmuró en voz baja. La gran mayoría de las hojas ya se habían caído de los árboles, pero había algo elegante en la apagada paleta de colores de marrones y grises que se contraponía al contorno de los edificios del West Side de Nueva York y de los tejados del resto de las casas que se alzaban en la calle Sesenta y Nueve. No se igualaban a las vistas desde la terraza del hotel Le Meurice, pero no se alejaban mucho.

—Es muy bonito, ¿verdad? —dijo Owen, saliendo por la trampa. Llevaba un portátil bajo el brazo y dos tazas de café en una mano—. El apartamento es un poco mierda, pero vale la pena por estas vistas. Siempre que puedo me subo aquí a trabajar. Es donde tengo mis mejores ideas.

—¿Todo esto es tuyo?

—Así es. Sólo se puede acceder aquí por mi apartamento. Es una buena compensación a cambio de un aire acondicionado de mierda y una casera demente que vive en la planta baja. Es todo un personaje. Tiene un perro shih tzu que se llama *Zsa Zsa Gabor*. —Marina soltó un bufido—. Siempre está enfadada conmigo, por una cosa o por otra. Creo que soy el niño tocarices del edificio.

—¿Un par de huéspedes de más que se quedan a pasar la noche?

—Algo así —respondió él riéndose. Se sentó en una silla cerca de la mesa y abrió el portátil—. Vale. Vamos a ver, hace un mes, un día Duncan me llamó por teléfono. Me dijo que necesitaba mi ayuda con una historia. Me hizo conducir hasta Connecticut para verlo. Estaba allí, encerrado, y me dijo que no sabía cuándo volvería a la ciudad. Pensaba que lo estaban siguiendo, o algo así, una locura. En serio, sabes que lo quería, pero a veces podía ser muy melodramático.

—A mí me lo vas a decir.

—Así que fui hasta allí y lo primero que pensé fue que había tenido una recaída. Había bajado todas las persianas y la casa estaba hecha un desastre. Él estaba hecho mierda. No se había afeitado, parecía agotado. Estaba gordo.

—Eso no es bueno —dijo Marina con el ceño fruncido—. Por lo general dejaba de beber cuando estaba centrado en una historia.

—No estaba borracho cuando estuve allí. Sólo estaba hecho mierda. Me dijo que era su gran oportunidad. Afirmó que tenía una fuente, un topo en una entidad financiera que tenía acceso a un montón de información confidencial. Quería que le enseñara cómo establecer canales encriptados para poder comunicarse con él.

—¿Lo ayudaste?

—Sí, pero a su fuente le dio un ataque. Le dijo que no confiaba que fuese seguro. Que quería darle la información a Duncan en persona.

—Creo que ahí entro yo —terció Marina, asintiendo con la cabeza—. Conocí a una fuente en París. Me dio una memoria USB para que se la entregase a Duncan.

—¿Qué hay dentro?

—Ni idea. Me da demasiado miedo abrirla. De todas formas, no tengo la contraseña.

—Bueno, pues creo que tengo la llave para tu cerradura, nena.

—Madre mía, eres un crío.

—Lo digo en serio.

Marina enarcó una ceja.

—¿De verdad tienes la contraseña? ¿Cómo?

—Justo el día antes de que muriera, Duncan me llamó. Me dijo que me iba a enviar algo y que tú tenías la otra mitad, y que, si algo le pasaba, tenía que reunirme contigo y dártelo. Un par de minutos después me envió una serie de números y de letras por la aplicación de mensajes de BlackBerry. Si te digo la

verdad, en ese momento no sabía si el tío estaba perdiendo la cabeza o qué le pasaba. Pero entonces, en menos de veinticuatro horas, había muerto.

A Marina la recorrió un escalofrío.

—Podría ser coincidencia —apuntó mientras se ceñía el abrigo que llevaba puesto—. Lo digo en serio, puede ser que todo fuese un robo que salió mal..., ¿no? —Como respuesta, Owen le lanzó una mirada significativa—. Ya. —Marina rebuscó en su bolso—. Ten, hagámoslo —dijo mientras sacaba la memoria USB.

—¿Estás segura? Puedo darte la contraseña si quieres. Es tu historia.

—¿Tienes miedo?

Owen se echó a reír.

—Para mí, si tu vida no está en peligro, entonces no vas tras la historia correcta.

Marina metió el USB en el ordenador de Owen e introdujo la contraseña que Mark le había dado. A continuación, aparecieron en la pantalla un par de carpetas sin nombre.

—Vale —dijo ella—. Manos a la obra. Mark me dijo que hay más información enterrada por aquí. Pero ni de coña sé cómo encontrarla.

—Bueno, has venido al lugar indicado.

Owen cogió el portátil y, después de trastear un rato por la pantalla, de repente apareció una segunda ventana que le pedía que introdujese otra contraseña. Abrió el mensaje de su BlackBerry y copió la serie de letras y números que Duncan le había enviado.

Entonces, la pantalla se apagó.

—¡Mierda! —exclamó Marina, mordiéndose el labio.

—Espera. Está cargando.

De pronto apareció una carpeta en la pantalla, con un nombre: «Morton Reiss».

Owen acercó el cursor a la misma y la abrió con un doble clic. El primer documento que apareció ante sus ojos fue un extracto bancario del Banco

Internacional del Caribe, del BIC.

Al ver el saldo de la cuenta, Marina soltó un jadeo: 73.542.980,11 dólares. Owen dejó escapar un silbido.

—No sé quién es el cliente 437-65-9881, pero, joder... —dijo—. Le ha ido muy bien en la vida.

Marina miró la pantalla y frunció el ceño.

—Qué raro. No hay ningún nombre vinculado a la cuenta. No es más que un extracto bancario de una cuenta numerada. Tiene que haber algo más que sirva como prueba para demostrar que Reiss es el cliente 437-65-9881. ¿Quizá ése sea su número de la Seguridad Social?

—Ni de broma —respondió Owen negando con la cabeza—. Esta clase de cuentas se crean de tal forma que nadie pueda rastrear a quién pertenecen de verdad. ¿Qué sabes de cuentas en paraísos fiscales?

—Poca cosa.

—Bueno, más o menos funciona de la siguiente manera: Morton Reiss se lleva su dinero a un bufete de abogados de dudosa reputación. El bufete hace de intermediario entre su cliente y un banco internacional. Crea una empresa fantasma; digamos que se llama Dinero, S. A. Entonces, el bufete de abogados de dudosa reputación se asegura de que haya una pantalla protectora alrededor del verdadero dueño de Dinero, S. A. Nombran a varios directivos de Dinero, S. A, que, en realidad, no son más que testaferros a los que paga el bufete y que firman cualquier documento que los abogados les pongan por delante. Entonces, el bufete va al banco, el BIC en este caso, y les dice: «Representamos a Dinero, S. A, éstos son los directivos de la empresa y quieren abrir una cuenta numerada». Así, se crea esa cuenta en el sistema del BIC, pero sin estar relacionada con Morty Reiss.

—Pero ¿cómo puede acceder Morty Reiss al dinero? Tendrá que retirar una cantidad de forma periódica, ¿no?

—Por lo general, los supuestos directivos de la empresa le dan un poder notarial al verdadero dueño de la cuenta, para que así pueda acceder a la

cuenta bancaria o a la caja fuerte con la que contase Dinero, S. A. O bien el bufete de abogados lo hace por él.

—¿Y eso es legal?

—Es una zona gris. En el caso de alguien como Reiss, no, desde luego. Es ilegal que un bufete de abogados trate con Reiss. No pueden ayudar a un criminal a esconder sus activos sabiendo quién es. Pero ¿en el caso del típico directivo de una empresa? No es que sea del todo legal, pero tampoco es ilegal.

—¿Y el banco? ¿No les importa hacer negocios con empresas que utilizan a esos directivos falsos? ¿No se supone que están obligados a saber quiénes son sus clientes?

—Sí. En teoría. Pero bancos como el BIC hacen negocios con criminales todo el tiempo. No les importa, siempre y cuando consigan una buena suma de dinero por hacerlo. Lo único que quieren es que haya una pantalla de protección preparada para que, si las autoridades deciden llamar a su puerta, puedan fingir que no sabían quién estaba al otro lado de la empresa fantasma.

—Pero, vamos, tiene que haber alguien en el banco que lo sepa..., alguien. Cuando Morty Reiss se presente con un poder notarial para acceder a la cuenta bancaria de Dinero, S. A., tiene que haber alguien del BIC que trate directamente con él, ¿no?

—Exacto, sí. Por lo general, un banquero privado.

—Así que Duncan tuvo que encontrar a un banquero del BIC que estuviese dispuesto a hablar y a destaparle todo.

—Si lo consiguió, me quito el sombrero ante él. Llevo años intentando meterme en los asuntos privados de un banco de un paraíso fiscal, o de un banquero. Hasta el momento, no he tenido suerte. —Owen se inclinó hacia atrás en la silla, lo suficiente como para poner a Marina de los nervios—: ¡Oye! —dijo llamándola de repente, con brusquedad—, el BIC demandó a Duncan, ¿no? Porque dijo que estaban guardando el dinero de Reiss.

—Creo que todo quedó en una amenaza. Duncan se retractó y los del



banco se echaron atrás.

—¿Te acuerdas de cuándo ocurrió?

—Hace unos... ¿seis meses? —Marina frunció el ceño, pensando. Después asintió—: Sí, las fechas cuadran. Duncan pasó un par de semanas en Silver Hill; ya sabes, ese centro de rehabilitación de Connecticut. Entraba dentro de su *mea culpa*. Se suponía que debía regresar allí, pero ahora me pregunto si alguna vez volvió, o si estaba utilizando el período sabático para centrarse en esta historia.

—Mira esto. —Owen señaló la esquina del documento. Marina se fijó en la fecha: 1 de abril de 2015—. Así que, si ésta es de verdad la cuenta de Morty Reiss, Duncan tenía razón. Sí que tenía dinero guardado en el BIC. — Con un clic del ratón, cerró el documento y abrió el siguiente—. Esto es una cadena de correos, de alguien que trabaja en una empresa llamada Schmit & Muller. ¿Tienes idea de quiénes son?

Marina negó con la cabeza.

—Suenan a bufete de abogados, pero nunca había oído hablar de ellos.

Ambos miraron la pantalla y leyeron los correos electrónicos en silencio.

Fecha: 2 de abril de 2015

De: Peter Weber

Para: Hans Hoffman

Asunto: CONFIDENCIAL: Sólo para uso interno

El BIC ya no considera apropiado seguir guardando los activos del señor Reiss. Necesitamos encontrarle otro banco. El BIC nos pide que saque del banco todo su capital antes de final de mes.

Fecha: 2 de abril de 2015

De: Hans Hoffman

Para: Peter Weber

Asunto: Re: CONFIDENCIAL: Sólo para uso interno

Entendido. Hablaré con mi contacto en Swiss United. Creo que lo mejor será no emplear el nombre del señor Reiss en conversaciones externas. Informaré a Swiss United

de que tenemos un cliente valioso que sólo abrirá una cuenta en su banco si es en completo anonimato. Cuando vean la magnitud de la misma, supongo que serán flexibles.

Fecha: 4 de abril de 2015

De: Peter Weber

Para: Hans Hoffman

Asunto: Re: CONFIDENCIAL: Sólo para uso interno

He hablado con Julian White, de Swiss United. Está encantado de aceptar un nuevo cliente. Comprende la condición de anonimato y no le parece mal. Le he asegurado que realizamos la diligencia debida antes de tratar con este cliente. Ha creado una cuenta numerada en Swiss United y estará lista para recibir una transferencia del BIC antes del cierre de la sesión del jueves. Por favor, informa al señor Reiss del tipo de interés de Swiss United para cuentas de esta magnitud y de nuestra comisión por la transferencia. Si le parece bien, deberíamos proceder cuanto antes.

Fecha: 4 de abril de 2015

De: Hans Hoffman

Para: Peter Weber

Asunto: Re: CONFIDENCIAL: Sólo para uso interno

He hablado con el señor Reiss; le parecen bien tanto el tipo de interés como la comisión.

Anoche llegó a las islas Caimán un periodista estadounidense llamado Duncan Sander. Al parecer, lleva años intentando dar con el paradero del señor Reiss. Nos preocupa que tenga a un tipo en el BIC que le esté pasando información del señor Reiss y también probablemente de otros clientes del banco.

El señor Reiss nos pide que sus fondos se transfieran mañana. Le he asegurado que así se hará y que, en cuanto se haya completado la operación, no habrá registros de que haya tratado con el BIC. Por lo que al BIC respecta, el cliente 437-65-9881 es Alicia Marcos, una viuda panameña. Mañana se cerrará su cuenta.

Fecha: 5 de abril de 2015

De: Hans Hoffman

Para: Peter Weber

Asunto: Re: CONFIDENCIAL: Sólo para uso interno

¿Se ha hecho algo con el topo del BIC? No sería bueno, ni para ellos ni para nosotros.

Fecha: 6 de abril de 2015

De: Peter Weber

Para: Hans Hoffman

Asunto: Re: CONFIDENCIAL: Sólo para uso interno

Ya no es un problema.

—¡Hostias! —murmuró Owen cuando acabó de leer el último correo.

Con un clic, lo cerró y abrió el siguiente documento. Allí estaba: una cuenta numerada en Swiss United, con la misma cantidad de dinero: 73.542.980,11 dólares.

Dio unos golpecitos en la pantalla:

—Un par de semanas después de esto, Duncan concedió esa entrevista en la que afirmaba que Morty Reiss guardaba su dinero en el BIC. Pero, para entonces, Reiss ya lo había transferido todo a Swiss United.

—Exacto. Así que el banco amenazó con demandar y Duncan quedó como un conspiranoico demente. ¿A qué crees que se refiere con: «Ya no es un problema»? No me da buena espina.

—No lo sé, pero creo que, si empezamos a escarbar, daremos con un banquero del BIC que falleció bajo misteriosas circunstancias por aquella época.

Marina se levantó de la silla y empezó a andar de un lado a otro. Matthew Werner, el amigo de Grant, había fallecido en un accidente de avión el mismo día que Duncan. Era banquero privado, ¿no? Pero no trabajaba en el BIC. Trabajaba en un banco suizo. ¿Se trataba de Swiss United? No conseguía acordarse. Entonces, se detuvo y alzó la mirada.

—¿Tú crees que los banqueros van por ahí asesinándose entre ellos a sangre fría?

—El terreno de los bancos en paraísos fiscales es un negocio complicado y asqueroso. Esos tíos no son banqueros; son unos piratas de las finanzas. Trabajan siguiendo una serie de reglas completamente diferentes.

—Así que..., ¿crees que es posible que ellos mataran a Duncan? ¿Esas personas del BIC?

—No tengo ni idea de quién mató a Duncan. Quizá fueron los del BIC.

Quizá fueron los de Schmit & Muller. Quizá alguno de los descerebrados que trabajan para Morty Reiss. ¡Vete a saber quién fue! Pero vamos a tener que esforzarnos al máximo para descubrirlo.

—Creo que todo esto nos supera —dijo Marina, y se sentó de nuevo en la silla.

—Cielo, te ha superado desde el día en que aceptaste ese USB.

—Pero si no hago nada con él...

—Quienquiera que matara a Duncan te encontrará. Si no le tembló la mano a la hora de matarlo para asegurarse de que esa información no salía a la luz, será mejor que tengas claro que te matará a ti también.

—Entonces ¿qué hago?

—Encontrarlos antes de que ellos te encuentren a ti.

—Y si lo hago, entonces ¿qué? —soltó Marina exasperada—. ¿Les doy la memoria USB, me disculpo y les digo que sólo quiero ser madre y quedarme en casa cuidando de mis hijos, que no se preocupen? No creo que eso vaya a dejarlos tranquilos.

—¿Ahora quieres ser madre y quedarte en casa con los niños? ¿En serio? Joder, no, no me digas que estás embarazada.

—Dios, Owen, céntrate. Me va a dar un ataque.

—Ya, ya, lo sé. Lo siento. Es que cuando estoy nervioso hago bromas.

—Bueno, pues déjalo. Creo que debería ir a la policía.

—Y yo digo que deberíamos encontrar la fuente de Duncan y conseguir tanta información como podamos. Después, la publicamos en la página web de *Resultados* en cuanto nos sea posible. Una vez que se haya hecho público, no pueden hacerte daño.

—Eso sólo lo dices porque crees que es la historia del año —repuso Marina entornando los ojos.

—Vale, sí, no te lo voy a negar. Pero también creo que esto le viene grande a la policía. No pueden protegerte del banco más grande del mundo. No pueden protegerte de todos los jefes de Estado que tienen cuentas allí, de

los líderes del cártel, de los terroristas, de los dictadores. Todas esas personas tienen un interés personal en que esa información no salga a la luz. Así que, mientras tengas la memoria USB en tu poder y la información no sea de dominio público, creo que tu vida corre peligro. Y también creo que sabes que tengo razón.

Marina se mordió el labio. Poseía una información peligrosa y de gran valor. Una información por la que Duncan había acabado muerto. Mientras la tuviese, lo más probable era que ella también acabase muerta. Quizá podía regresar a casa y fingir ser la esposa de Grant Ellis durante el resto de su vida. Dejar su empleo, unirse al comité de la fiesta de Navidad del club social de mujeres y dedicarse a organizar comidas benéficas para la Cruz Roja y a redecorar su casa de Southampton. Podía destruir la memoria USB y todo su contenido, y simular que el viaje a París no habían sido más que unas preciosas vacaciones, interrumpidas por la muerte de un viejo amigo y compañero de trabajo.

Pero ¿podía ser todo así de simple? Marina no las tenía todas consigo. Siempre habría alguien buscándola, pisándole los talones tras la pista de la información que se había perdido en algún punto entre París y Nueva York. Y, aunque no fuese así, ella se pasaría la vida preguntándose si la estaban siguiendo. Estaría siempre con la mosca detrás de la oreja, fijándose en coches de colores oscuros que permanecían demasiado tiempo delante del edificio en el que vivía, o en los desconocidos que se acercaban demasiado mientras iba por la calle.

—Si lo hacemos —dijo—, tenemos que hacerlo rápido.

—Claro. La cuenta atrás ya ha empezado.

—Y si pasa algo y decido que es demasiado peligroso, vamos directos a la policía.

—Está bien.

—Y las firmas, yo decido quién firma el artículo —sentenció Marina, pensando en Duncan. Quería que su jefe obtuviese el reconocimiento de

haber encontrado a Reiss, si es que lo conseguían.

—Tú mandas, es tu historia.

—Bueno, es la historia de Duncan. Yo sólo me aseguraré de que llegue a imprenta.

Marina se dio cuenta de que aquélla sería su última historia juntos; se aseguraría de que fuese la mejor que habían escrito jamás.

—¿Así, qué?, ¿te apuntas?

—Me apunto —respondió volviéndose hacia el portátil.

## Annabel

Estaba durmiendo cuando sonó su teléfono. Annabel se incorporó sobresaltada y, por un momento, se quedó muy quieta, preguntándose si estaba soñando. Pasó la mano por el lado de la cama de Matthew. Estaba frío y vacío. Descolgó el teléfono justo antes de que se activara el buzón de voz.

—Siento llamar tan tarde —dijo la voz al otro lado—. Quería hablar contigo cuando estuvieses sola.

—¿Quién es? —Annabel reprimió un bostezo. En el reloj de su mesilla de noche parpadeaba la hora: las 23.45.

—Perdona, soy Zoe. ¿Puedo subir?

—¿Dónde estás?

—Frente a tu edificio. Quería asegurarme de que estabas sola antes de llamar al timbre.

—Estoy sola. Te abro.

Annabel estaba totalmente despierta cuando abrió la puerta. Llevaba puesto el batín de Matthew, encima de su camisón y, en un momento de vanidad de última hora, se había cepillado el pelo. Incluso en mitad de la noche, Zoe estaba guapa y elegante con sus vaqueros negros, sus zapatillas de caña alta y su chaleco de pelo. Su piel brillaba en la oscuridad del pasillo y la luz de la luna se reflejaba en sus pómulos. Annabel deseó no haber cogido el teléfono.

A los pies de Zoe había una caja de cartón marrón, que ella recogió del suelo. Luego siguió a Annabel hasta el salón y se la entregó.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—El portátil de Matthew. Del trabajo. Ya se han llevado su escritorio.

Vendrán a buscar esto. Todo está dentro. Todos sus clientes. Sus datos financieros. Todo.

Annabel la observó.

—¿Por qué lo tienes tú?

—Me lo dio él. Antes del accidente de avión. Me pidió que lo escondiera. Sólo es cuestión de tiempo que ellos se enteren de que lo tengo yo.

—¿Quiénes son «ellos»?

—El banco. El personal de seguridad me preguntó sobre el portátil ayer. Lo estaba escondiendo en mi apartamento, pero ya no puedo seguir haciéndolo. Tengo que irme, Annabel. Mi situación no es segura.

—¿Quiénes, en el banco? ¿Por qué no pueden tener los archivos de Matthew?

—Porque los estaba filtrando. Y saben que hay un topo, sólo que no saben quién es. O quién era. Si encuentran esto...

—Espera. —Annabel puso la mano sobre el hombro de Zoe—. ¿Qué estás diciendo?

La chica suspiró.

—Es verdad que no te contó nada, ¿no?

—Matthew era mi marido —replicó ella con voz cortante—. Me lo contaba todo.

—Perdona, no quería decir eso. Quería decir que no te contó nada sobre su trabajo. Eso es bueno. Te estaba protegiendo. Cuanto menos sepas, más segura estás.

—¿Cuanto menos sepa de qué?

Zoe suspiró.

—Para ti es más seguro entregarles el portátil cuando vengan a buscarlo. Déjalo en su despacho. Diles que no sabes la contraseña. Luego vete. Vuelve a Nueva York. Márchate lejos de aquí.

—No sé la contraseña.

—Genial, entonces tendrán que creerte. —Zoe no podía ocultar su



exasperación—. Si no sabes nada, no te harán daño.

—Pero ¿tú crees que le hicieron daño a Matthew?

—Creo que alguien le hizo daño, sí. No fue ningún accidente que ese avión se estrellase.

Annabel frunció el ceño. Zoe parecía muy segura. La incómoda sensación de que Matthew y ella estaban más unidos de lo que él le había contado se le vino encima de repente. No era la primera vez.

—¿Qué es lo que sabes, Zoe? —preguntó—. Si crees que alguien le ha hecho daño a mi marido, tienes que decírmelo. Ahora.

Zoe se acercó a la ventana y examinó la calle. Cerró las cortinas y se volvió.

—¿Estás segura de que quieres oírlo?

—¿Por qué no te sientas? —pidió Annabel. Colocó la caja bajo la mesita del salón—. ¿Te apetece un café o un té? ¿Algo de comer?

—Quizá un poco de agua. Puedo traerla yo.

Annabel la detuvo con un gesto.

—Por favor, siéntate. Vuelvo enseguida. Después hablaremos.

En la cocina, puso la tetera al fuego. De pronto se sintió mareada. Se apoyó en la encimera, en el mármol frío. Cerró los ojos y reunió fuerzas para respirar. Por un momento consideró sus opciones. Si Zoe estaba en lo cierto, y Matthew estaba involucrado en algún negocio bancario peligroso o ilegal, ¿de verdad quería saberlo? ¿La pondría en peligro saberlo? Quizá debería entregar el portátil a Swiss United y coger el siguiente avión a Nueva York. Podía dejar atrás toda aquella pesadilla.

Pero ¿sería capaz de volver a empezar? ¿O siempre se preguntaría qué le había pasado realmente a Matthew? ¿La atormentaría no llegar a saber nunca qué era aquello por lo que había estado dispuesto a arriesgar su vida con tal de desvelárselo al mundo? ¿Revisaría los hechos que conocía, una y otra vez, buscando señales y pistas que se le pudiesen haber pasado por alto antes?

Zoe tenía información. Como mínimo, tenía que escucharla. Si no lo

hacía, jamás se perdonaría a sí misma.

La tetera empezó a silbar. Annabel levantó la cabeza y respiró con determinación por última vez antes de verter el agua humeante en dos tazas. Las colocó en una bandeja, junto a las bolsitas de té y una caja de galletas que algún vicepresidente de Swiss United, al que nunca había visto, le había enviado el día anterior.

Zoe sonrió agradecida cuando vio la bandeja. Se lanzó a por las galletas en cuanto Annabel las dejó sobre la mesa.

—Gracias. No estoy comiendo nada, la verdad. No me doy cuenta del hambre que tengo.

Ella asintió.

—Yo tampoco —admitió y, aunque no lo había planeado, también cogió una galleta—. Sírvete.

Después de que Zoe se terminase la galleta, cogió otra. Luego se limpió la boca y comenzó a hablar.

—Matthew y yo empezamos en Swiss United el mismo mes —dijo—. Me cayó bien desde el principio. Era amable con todo el mundo, incluso con las asistentes. Y te quería muchísimo. Hablaba de ti todo el rato. Era uno de los pocos hombres que tenían una foto de su esposa en su escritorio, donde todos pudiesen verla. No era como algunos de los otros, que se quedaban mirando cualquier falda que les pasara por delante. Sabía que Jonas lo estaba preparando para un cargo superior en el banco. Todos lo comentaban. Matthew era listo y trabajador. Y Jonas confiaba en él. A Jonas le cuesta tiempo confiar en alguien, pero con Matthew era diferente, supongo, porque Jonas tenía una relación muy cercana con su padre. Estaba contenta de que me asignaran a Matthew. Sabía que me trataría bien y, si era lo bastante buena, mi prestigio aumentaría con el suyo. Therese, la asistente de Jonas, ha estado con él diecisiete años. Gana más dinero que algunos altos cargos del banco. Pensé que, quizá, yo podría ser así si trabajaba lo suficiente para Matthew. Me aseguré de estar siempre disponible para él y me esforzaba por

hacer todo lo que él pedía. Desde el principio, Swiss United me pareció un sueño. Estaba ganando mucho más dinero que cualquier otro de mis amigos de la universidad. Y los incentivos eran buenos. Cuando viajábamos, siempre nos alojábamos en los mejores hoteles y comíamos en los mejores restaurantes. Crecí en una pequeña ciudad del sur de Francia, así que, para mí, volar a Mónaco, Nueva York y París era emocionante. Ya sé que a lo mejor te parece una tontería...

—Para nada. Yo también crecí en una ciudad pequeña. Y, en parte, accedí a venir a Ginebra con Matthew porque podía viajar. Es una vida romántica. Por lo menos, sonaba romántica.

Zoe asintió. Parecía aliviada al no ser juzgada por Annabel.

—El horario era horrible, desde luego. Trabajaba todo el tiempo. Ya lo sabes, Matthew también. Y, en mi posición, nadie se va nunca de vacaciones. Se suponía que teníamos que estar disponibles cuando los banqueros nos necesitasen. Noches, fines de semana, cuando fuese. Pero no me importaba. Siempre supe que por eso me pagaban tanto. Hace unos meses entré en la oficina de Matthew y Jonas estaba allí. Estaban enfadados. Dejaron de hablar cuando entré, así que me fui lo más rápido que pude. Pero, luego, Matthew estaba disgustado, por tanto lo llevé a tomar algo después del trabajo. Se emborrachó un poco, algo inusual en él. Fue entonces cuando supe que algo no iba bien.

Annabel se movió, cruzando y descruzando las piernas. No le gustaba la idea de Matthew confiándose a Zoe, de copas. No obstante, asintió y no dijo nada.

—Me dijo que estaba preocupado por algunos de los clientes de Jonas. Mira, muchos de nuestros clientes no son exactamente..., ¿cómo lo decís en tu idioma? Lo siento, me cuesta hablar en otra lengua cuando estoy cansada..., ¿de fiar? Es decir, acuden a nosotros para que escondamos su dinero. Del gobierno, de sus esposas, de quien sea. Eso es lo que hacemos.

Escondemos dinero en cuentas numeradas para que nadie sepa a quién pertenece. ¿Entiendes?

—Creo que sí —respondió Annabel despacio—. Quieres decir que lo que hacéis es ilegal.

Zoe se encogió de hombros.

—No estamos infringiendo la ley suiza. Si un cliente estadounidense acude a nosotros, por ejemplo, y mete diez millones en una de nuestras cuentas numeradas y no paga los impuestos de ese dinero, el criminal es él, no nosotros.

—Vale. Entonces, puede que estéis ayudando a que alguien viole normas fiscales en cualquier otra parte, pero aquí, en Ginebra, ¿lo que hacéis es legal?

—Técnicamente, sí. Aunque hay excepciones. Y ahí es donde Matthew empezó a estar en desacuerdo con Jonas.

—¿Qué excepciones?

—Hay gente con la que se supone que el banco no puede hacer negocios en absoluto. Gente en listas de sanciones. Terroristas. Traficantes de armas. Dictadores. Swiss United no puede hacer negocios con esa gente. Ningún banco puede. Hay toda un área de cumplimiento normativo en la empresa que, se supone, se asegura de ello.

—Pero ¿Jonas ignoraba esas normas?

—Sí. Si el negocio era lo bastante lucrativo como para hacerlo. Bashar al-Assad, por ejemplo.

—¿El dictador sirio?

—Sí. Al-Assad, todos los miembros de su familia, sus ministros y oficiales, todos están en listas de sanciones. Las listas de sanciones son la forma que tienen la ONU, la Unión Europea y Estados Unidos de tomar medidas contra esa gente. Te avisan: si haces negocios con alguien de esta lista, tendrás problemas.

—De manera que, si Swiss United trabaja con ellos, está infringiendo una

ley internacional.

—Sí, pero Swiss United no lo hace. No de manera oficial. Extraoficialmente, Jonas es el banquero personal de la familia Assad.

Annabel se estremeció. Los vídeos y las fotografías procedentes de Siria eran horribles. Ataques químicos. Ciudades reducidas a escombros. Cuerpos apilados, muertos de hambre, quemados y colgados, hacinados en prisiones. ¿Cómo podría querer alguien hacer negocios con un hombre como al-Assad? ¿Cómo podía dormir Jonas por las noches?

—¿Matthew...? —comenzó a decir, pero su voz vaciló—. ¿Matthew estaba...?

Zoe negó con la cabeza.

—No. No les asignan clientes como éstos a los banqueros principiantes. Pero Jonas lo estaba formando. Lo estaba introduciendo. Quería que Matthew se enfrentara primero a Fatima Amir, la prima de los Assad. No está en las listas de sanciones. Dirige una empresa legal. Pero, una vez que Matthew supo quién era, se sintió incómodo. Y no le gustaba la forma en que Jonas estaba manejando lo del cumplimiento normativo. Lo ponía nervioso que Jonas no respetara las sanciones. Es ilegal, y Jonas lo sabe.

—Entonces ¿por qué Matthew aceptó a Fatima como cliente?

Zoe esbozó una ligera sonrisa.

—Si Jonas te dice que hagas algo, lo haces.

—Podría haber dimitido.

—Quizá. Pero no es tan simple. Jonas tiene contactos. Podía asegurarse de que Matthew no volviera a trabajar en Estados Unidos.

—No puedes hablar en serio. Jonas trataba a Matthew como a un hijo.

Zoe frunció el ceño.

—¿Sabes cómo murió el padre de Matthew?

—Tuvo un ataque al corazón —respondió Annabel con frialdad.

—Se suicidó.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó ella.

Matthew rara vez hablaba de su padre. Hasta ese momento, Annabel pensaba que era la única persona viva que sabía que Tom Werner se había suicidado. Para el resto del mundo, Tom había sido un filántropo exitoso al que todos apreciaban. Tenía propiedades en Manhattan, Southampton y Palm Beach. Asistía a las juntas de varias empresas y, una vez, fue presidente del Knickerbocker, un club de caballeros privado de Nueva York. Sólo Matthew sabía que su padre, al final, había tenido problemas financieros. La idea de morir arruinado, aparentemente, había resultado demasiado para él, por lo que se ahorcó en su apartamento de la Quinta Avenida. Matthew fue quien encontró el cadáver. Le contó a Annabel lo que había pasado, pero a todos los demás les dijo que su padre había fallecido de un ataque al corazón. La historia se había repetido tan a menudo que a Annabel, a veces, se le olvidaba que no era cierta.

—Jonas me lo contó.

—¿Jonas? —preguntó Annabel sorprendida—. ¿Y cómo lo sabe Jonas?

—Tom Werner era uno de sus clientes. Robó millones de dólares y se llevó la mejor parte de su fondo de inversión. Después se lo dio a Jonas para que lo escondiera en Swiss United. Se suicidó después de que el IRS lo investigara por fraude fiscal.

—Madre mía —susurró Annabel—. Sabía que tenía problemas financieros, pero nada semejante.

—En Estados Unidos nadie se enteró. Todos pensaron que había muerto de un ataque al corazón. Jonas se aseguró de ello. De otro modo, se habría investigado a Swiss United. Y se habría abochornado terriblemente a la familia de Matthew. Así que Matthew estaba en deuda con Jonas.

—Sólo sabía que Tom y Jonas eran amigos. Eso es todo.

—Cuando Matthew y Jonas discutieron sobre la familia Assad, Jonas montó en cólera. Los oía gritarse el uno al otro, incluso desde el pasillo. Jonas dijo que podía destruir a Matthew y acabar con el legado de su padre. Lo amenazó con hacer públicos los detalles sobre el suicidio de Tom.

—Eso es terrible.

—Sí. Pero así es como funciona Jonas. Tiene un equipo de detectives privados que buscan los trapos sucios de todos los banqueros que trabajan para él. Al principio, los detectives los siguen a todas partes. Nada de lo que hacen es privado. Jonas conoce sus secretos. Los utiliza en su beneficio. Así es como consigue que se mantengan leales a él. Y si no hay secretos...

—¿Si no hay secretos...?

—Les tiende una trampa. Encuentra debilidades y las explota.

—¿Qué quieres decir?

Zoe cerró los ojos e hizo una mueca de dolor.

—Los tiente. Es como el diablo, Annabel. De verdad.

—¿Estás segura de eso?

—Lo he ayudado a hacerlo.

—¿Cómo?

Zoe se revolvió incómoda. Dirigió la mirada al suelo.

—No estoy orgullosa de esto. Pero, cuando empecé en la empresa, Jonas nos llevó a algunos de retiro a Montecarlo. Todos bebimos mucho. Algunos de los banqueros se metieron coca. Jonas lo sabía. Se la pasaba él, creo. Yo era nueva y no quería que pareciera que no me estaba divirtiendo. Lo siguiente que recuerdo es que no veía con claridad. Apenas podía mantenerme de pie. Me drogaron. Y Jonas insistió en que uno de los banqueros me llevara al piso de arriba. Me acuerdo de muy poco, pero acabamos juntos en la cama. Él no quería estar allí. Estaba casado, pero iba tan pasado como yo. Creo que a él también lo drogaron. La verdad es que no me acuerdo de lo que sucedió. Pero había alguien haciendo fotos.

—Madre mía, lo siento mucho.

—No es culpa tuya, sino mía. Después de aquello, debería haber dejado el trabajo. No sé por qué no lo hice. Es un sitio horrible. —Zoe contuvo las lágrimas.

—¿Sabes quién fue el que te hizo las fotos?

Ella negó con la cabeza.

—No recuerdo mucho. Yo sólo..., siempre he querido disculparme con la mujer de aquel hombre. Nunca he tenido el valor.

Annabel asintió.

—Quizá es mejor que no lo hagas. Le harías daño. Le sembrarías dudas.

—Sí, y no debería tener ninguna. No significó nada, para ninguno de los dos. Fue una situación creada por Jonas. Usaba así a las asistentes. A algunas también nos pedían que nos acostáramos con los clientes.

—No me puedo creer que mi marido trabajara para alguien así. Ése no es el Matthew que yo conocía.

—Bueno, él no quería. Le dije que acudiera a las autoridades, pero me contestó que Jonas tenía al gobierno suizo metido en el bolsillo, cosa que imagino que es verdad. Swiss United es el banco más importante del país, ya lo sabes.

Annabel notó un escalofrío al pensar en los agentes Bloch y Vogel y la velocidad a la que habían cerrado la investigación. Pensó en las fotografías que le habían dado y la explicación sobre el sistema de protección antihielo. Era una cortina de humo, pero hasta ese momento no estaba segura de a quién estaban encubriendo.

—Yo opinaba que teníamos que hablar con la prensa. Pero Matthew dijo que era demasiado arriesgado. Los periodistas no pueden protegerte de personas como al-Assad. De todas formas, eso era lo que pensaba.

—¿Cambió de opinión? Alguien lo mató, Zoe. Estoy segura.

La chica negó con la cabeza.

—Unas semanas más tarde, me dijo que alguien del Departamento de Justicia de Estados Unidos se había puesto en contacto con él. Creo que se llamaba Morse. Llevaba años investigando a Swiss United, buscando la manera de entrar en el banco. Matthew se reunió con él en Nueva York. Nunca me lo dijo, pero creo que accedió a cooperar con él.

—¿Por qué lo crees?



—Porque, cuando regresó del viaje, parecía una persona diferente. Le pidió disculpas a Jonas. Empezó a trabajar el doble. De repente asistía a reuniones con la familia Assad. Jonas estaba contento. Supongo que pensaba que Matthew había empezado a ver las cosas desde su perspectiva. Pero yo tenía mis dudas. Se negaba a hablar conmigo de nada. Estaba tan callado, haciendo todo aquel trabajo él solo... Simplemente, ya no parecía Matthew.

—Sé a qué te refieres —dijo Annabel—. Ya casi tampoco hablaba conmigo. Estaba trabajando todo el tiempo y nunca me contaba lo que estaba haciendo. Si te soy sincera, empecé a preguntarme si estaba teniendo una aventura.

Zoe negó con la cabeza.

—No. Te quería muchísimo. Debes creerme.

Annabel asintió, pero no contestó.

—A veces me preocupaba que pensaras que nosotros estábamos teniendo una aventura. Me dabas mucho miedo cuando nos conocimos.

Ella levantó la vista sorprendida.

—No, no —empezó a decir—, bueno, vale, sí. Se me pasó la idea por la cabeza. Pero no fue por nada que tú hicieras. Es sólo que es muy duro, quizá algún día lo entenderás, ver a tu marido trabajar con una mujer guapa, y más joven.

—Lo comprendo.

—Pero Matthew dijo que mantenías una relación con alguien.

—Así es. Un abogado, de Luxemburgo. La verdad es que nos conocimos a través de Swiss United. Es el amor de mi vida.

—Matthew me contó que está casado.

A Zoe se le desencajó la cara. Annabel se arrepintió en el acto.

—Lo siento —dijo poniendo su mano sobre la de ella—. No sé por qué lo he dicho. Eso no importa.

—Está separado. Desde antes de que lo conociera.

—En serio, no importa.

—Él también odia nuestro trabajo. Los dos queremos dejarlo, para alejarnos de todo este mundo. Al principio me sentía tentada por el dinero, pero ahora no puedo soportarlo. El dinero consigue que las personas hagan cosas horribles. Vuelve horribles a las personas.

—¿Y crees que Matthew pensaba lo mismo? ¿Que quería dejarlo?

Zoe asintió.

—A veces lo encontraba en la oficina por la noche, tarde, después de haberme dicho que me fuese a casa. Cerraba la puerta y fingía que no me había visto. Y siempre usaba su portátil, incluso en su escritorio. Estaba trabajando en algo. Creo que estaba reuniendo pruebas para el agente Morse.

—¿Y por qué no has contactado tú con el agente Morse? ¿Por qué no le has dado el portátil a él?

—Porque no quiero acabar como Matthew.

Annabel respiró con aspereza.

—¿Adónde vas a ir?

Zoe no contestó a la pregunta.

—Annabel, tú también tienes que irte. Aquí las dos estamos en peligro. Si en el banco piensan que alguna de nosotras sabe algo, nos matarán, te lo aseguro.

—¿Qué hago?

—Alguien del banco vendrá buscando el portátil de Matthew. Dáselo. Finge que no sabes nada, que no has oído nada, que no has visto nada. Hazles creer que no eres un riesgo. No tienes que involucrarte en esto. Matthew no quería que lo hicieras. Vete a Nueva York y nunca mires atrás.

—¿Y tú?

—Cuidaré de mí misma. Pero hazme un favor. Si alguien te pregunta por mí, di que hablamos después del funeral. Di que mi madre está enferma y que iba a volver a Francia para cuidarla. Con suerte, no vendrán a buscarme. Si lo hacen..., bueno, no puedo pensar en eso.

—De acuerdo. No te preocupes. Me aseguraré de que lo sepan. Puedes

confiar en mí.

—Debería irme.

Ambas se levantaron y se dieron un abrazo.

—Zoe, ¿estás segura de que estarás bien? —preguntó Annabel mientras se dirigían a la puerta.

La chica se detuvo y le dedicó una débil sonrisa.

—No —respondió—, no estoy segura de que vaya a estar bien nunca más. Y tú tampoco. Así que cuídate, Annabel. Ahora, ambas tenemos enemigos muy poderosos.

Annabel se quedó quieta en la puerta, reacia a dejar que se marchara. Pero Zoe tenía que irse de Ginebra y, cuanto antes, mejor. Se había arriesgado yendo hasta allí, Annabel lo sabía, y estaba agradecida. Antes de aquella noche, tenía la sensación de estar mirando un revoltijo de piezas de rompecabezas que no encajaban entre sí.

Después de que Zoe se fuese, salió a la terraza. Echó un vistazo a la calle por el balcón. Vio a la joven salir del vestíbulo del edificio y recorrer la calle deprisa. Iba vestida toda de negro y apenas se vislumbraba su esbelta figura cuando aparecía y desaparecía entre las sombras.

Zoe cruzó la calle corriendo y, luego, se metió en un deportivo oscuro, aparcado justo en la esquina. Un momento después, los faros se encendieron y arrancó. Annabel estaba a punto de dar media vuelta cuando advirtió las luces de un segundo coche, cien metros más atrás, que se ponía también en marcha. Annabel se lo quedó mirando mientras éste seguía al deportivo, deslizándose lentamente por la calle desierta como un depredador que acecha a su presa.

## Marina

Se nos acaba el tiempo. La empresa para la que trabajo sabe que hay un topo.

Marina acababa de aparcar delante de la casa de Duncan cuando recibió el correo electrónico y la pantalla de su móvil se iluminó. Apagó el motor y se mordió el labio, sin saber muy bien cómo responder. Por una parte, quería que su fuente estuviese al corriente de que estaba trabajando con Owen, a quien se le daba mucho mejor la tecnología que a ella y que, además, tenía más experiencia en investigaciones globales a gran escala. Owen ya había establecido un canal seguro para poder recibir más información y documentos. Tenía acceso a un ordenador capaz de procesar una enorme entrada de archivos. Sin su ayuda, Marina sería incapaz de revisar todo aquello a lo que su fuente podía acceder de forma eficaz.

Sin embargo, a la periodista le preocupaba que su fuente se alarmase ante la mención de su compañero. Era comprensible que le preocupase. Cuanta menos gente estuviese involucrada en el asunto, más seguro sería para todos ellos. Era evidente que Duncan no había sido capaz de mantener la investigación en secreto; de haber sido así, para entonces no estaría muerto. Todo aquel que pudiese acceder a la información era susceptible de convertirse en un topo. Y la posible existencia de un topo y, por ende, de filtraciones en una investigación como aquélla era un riesgo que no podían permitirse.

Marina no podía demostrarle a su fuente que Owen Barry era una persona en la que se podía confiar. Ni siquiera ella sabía bien por qué confiaba en él. No era que fuese la clase de hombre que le presentaría a una amiga. Por lo que ella sabía, Owen jamás había mantenido una relación formal con ninguna

mujer, y conocía a un par de ellas que lo odiaban profundamente. Era un adicto a la adrenalina, esa clase de tío que pensaba que sería divertido colarse en Corea del Norte sólo porque podía hacerlo, y eso hacía que fuese un hombre impredecible por naturaleza. Owen ya había transgredido bastantes normas y reglas como para que lo despidiesen o lo arrestasen varias veces. De hecho, a Marina le habían llegado rumores de que en realidad lo habían despedido de *The Wall Street Journal*, a pesar de la gran cantidad de premios que había acumulado mientras trabajaba en el periódico. Se comentaba que el redactor jefe ya no confiaba en él; le había echado un cable en demasiadas ocasiones. Su trabajo no compensaba la cantidad de problemas que daba.

Pero ella había trabajado con Owen bastantes años, los suficientes como para saber que, cuando se trataba de un artículo, la integridad del periodista era irreprochable. No se lo podía comprar, influir o corromper, y moriría antes de revelar la identidad de una fuente. Era un periodista profesional, de los de verdad. Para Owen Barry, la verdad lo era todo.

Marina redactó la respuesta.

Tengo un colega que puede ayudarnos. Es capaz de crear una base de datos con varios niveles de seguridad y tiene la habilidad técnica para revisar grandes cantidades de información y de archivos en poco tiempo. Ya ha trabajado en investigaciones de esta magnitud. Se llama Owen Barry; trabajó muchos años en *The Wall Street Journal* y ahora es el jefe de un sitio web, *Resultados*. No es la primera vez que trabajo con Owen y confío en él.

Acto seguido, envió el mensaje y aguardó. Hacía frío en el interior del coche y empezaba a distinguir su propia respiración. Se frotó las manos para mantenerlas calientes. Los segundos pasaron y se convirtieron en minutos. Si la fuente se asustaba, quizá se desvanecería, desaparecería, como un fantasma. Quizá contactaría con otro periodista o se escondería. Marina esperó no haber cometido el error de su vida.

¿Le confiarías tu vida?

Sí, respondió. Le confiaría mi vida.

Muy bien. ¿Estáis listos para recibir la información? Hay un montón; es más de un terabyte.

Lo estamos.

Dentro de un par de horas empezaráis a recibir los archivos. ¿Habéis podido averiguar con quién habló Duncan Sander antes de morir? Debemos tener cuidado y no repetir sus errores.

Estamos en ello. Y, créeme, no lo haremos. Ambos sabemos lo que nos jugamos.

Marina pensó en Matthew Werner. No podía dejar de sentir que, de una forma u otra, aquel hombre estaba relacionado con todo aquello. Le parecía demasiada casualidad que Werner hubiese muerto el mismo día que Duncan y, sobre todo, que hubiese muerto en un accidente de avión con una clienta destacada del banco más grande de toda Suiza y, además, de Schmit & Muller. Alguien en el bufete de abogados había estado buscando un topo. ¿Y si pensaban que Matthew Werner era quien estaba filtrando la información?

A Marina ni se le pasó por la cabeza preguntarle a la fuente. No quería que sintiese que estaba intentando averiguar quién era o dónde estaba. Tendría que investigar la muerte de Matthew por su cuenta. Tomó nota mentalmente de hacerlo más tarde, esa misma noche.

Cuanto antes salga a la luz esta información, mejor estaremos.

Coincido. Estamos en ello.

Tened cuidado.

Tú también.

Marina se sobresaltó al oír un par de golpecitos en la ventana de su coche. Levantó la mirada: al otro lado del cristal, observándola, se encontraba un hombre joven, con una chaqueta del Departamento de Policía del condado de Somerset.

Bajó la ventanilla.

—¿Marina? —preguntó el hombre con una sonrisa tímida.

La periodista le sonrió. A pesar de que llevaba sin ver a Miles Leonard desde que eran unos críos, lo reconoció al instante. Con el paso de los años, su mata de pelo pelirrojo había clareado hasta adquirir una tonalidad rubia rojiza, y Miles había dejado atrás su cuerpo larguirucho y desgarrado de niño para convertirse en un hombre imponente, ancho de espalda y con un pelín de tripa. Todavía tenía la misma sonrisa afable y los ojos azul claro que Marina recordaba de su época en la escuela de Lakeville. Miles y ella fueron vecinos durante un tiempo, vivían uno enfrente del otro. Sandra Leonard, la madre de Miles, llevaba al colegio a Marina y la recogía dos veces a la semana, cuando la suya tenía que trabajar. Al mirar el rostro de su antiguo vecino, recordó el aroma del perfume de vainilla de su madre y el sabor de las galletas de mantequilla de cacahuete que se comían en el asiento de atrás del coche mientras regresaban a casa del colegio. El verano antes de empezar la secundaria, Sandra le pidió el divorcio al padre de Miles. Ella y su hijo se mudaron a Somerset, a un par de pueblos de distancia, y Sandra encontró trabajo como secretaria en la comisaría de policía. Gracias a Facebook, Marina sabía que Miles acababa de convertirse en agente de policía del condado de Somerset. Jamás se le había pasado por la cabeza que volverían a verse o que, algún día, su excompañero de clase iba a ayudarla, tal y como estaba a punto de hacer.

—Miles Leonard —lo saludó—. Dios mío. Han pasado muchos años.

—Unos veinte —respondió él, y se echó a reír.

Abrió la puerta y ella salió del interior del coche. Miles extendió la mano para saludarla, pero, en cambio, Marina lo abrazó.

—Muchas gracias por devolverme la llamada —dijo—. Y por vernos aquí. Sé que esto no sigue mucho el protocolo.

—Creo que quizá puedas ayudarme —contestó Miles encogiéndose de hombros—. Al parecer, soy el único por la zona que cree que lo que ocurrió aquí no fue un simple robo que acabó mal.

—Pues ésa parece ser la teoría popular.

Miles carraspeó.

—Mira, Marina —dijo, y bajó la voz—, todo lo que hablemos a partir de este momento es extraoficial, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Te lo prometo.

Miles asintió.

—Mi superior, el señor Dobbs, quiere cerrar el caso. Ésta no es la clase de lugar en el que un asesino ataca a los vecinos, ¿sabes? Joder, antes de que empezase la oleada de robos, ni siquiera nos molestábamos en cerrar las puertas con llave. La gente dejaba las llaves puestas en el coche cuando iban al pueblo. Tú tienes que acordarte, creciste aquí.

—Somerset es un lugar tranquilo —coincidió Marina—. Ésa era una de las cosas que más le gustaban a Duncan de este sitio. ¿Alguna pista sobre los robos?

—No. Este caso no encaja en el perfil de los robos, pero Dobbs no deja de insistir en que se trata de los mismos culpables.

—¿Y por qué crees que hace eso?

—No estoy seguro —respondió Miles sacudiendo la cabeza—. Quizá no quiera que los vecinos pierdan los papeles pensando que un asesino anda suelto. La gente ya está bastante de los nervios.

—¿Y por qué dices que no encaja con el resto de los robos?

—Ahora verás. —Miles le indicó con un gesto que lo siguiese hasta la casa.

La puerta de entrada continuaba cerrada con una cinta amarilla que rezaba: ESCENA DEL CRIMEN. NO PASAR. Miles subió los escalones que llevaban a una puerta justo al lado e hizo pasar a Marina a la cocina.

La periodista entró en la casa de su jefe. Todo seguía tal y como lo recordaba: el fregadero rectangular, tipo Belfast, que todavía estaba lleno de platos; los azulejos blancos y azules que había detrás de los fogones; el rinconcito para desayunar con su banco tapizado, y las pintorescas vigas a la



vista que recorrían todo el techo. Aquella casa había sido el santuario de Duncan. La había reformado con mucho cariño y había hecho de ella un hogar acogedor y lleno de estilo. Durante los meses previos a su muerte, casi se había trasladado allí, y sólo volvía a la ciudad cuando era absolutamente necesario.

Sobre la encimera descansaban un montón de cartas y la cafetera todavía estaba medio llena. Era como si Duncan acabase de salir para hacer un recado. El ambiente era lo único extraño. Hacía frío en la casa, hacía demasiado frío como para vivir allí. Marina se estremeció y se cerró el cuello del abrigo.

No era la primera vez que veía la escena de un crimen, incluso había estado en algunas bastante espantosas. Pero aquélla era la primera vez en la que un amigo suyo estaba involucrado. Owen le había ofrecido encargarse de la investigación de la muerte de Duncan, pero Marina había insistido en hacerlo ella misma. No le gustaba la insinuación implícita de que no iba a ser capaz de controlar sus emociones. Al fin y al cabo, ambos habían estado muy unidos a Duncan. Sólo porque ella fuese una mujer no significaba que fuese menos capaz de soportar la escena de un crimen violento, le explicó. De todas formas, era ella quien tenía un contacto en el Departamento de Policía de Somerset. Era mejor que Owen emplease su tiempo creando una base de datos segura, puesto que eso era algo que Marina no podía hacer. Así que se marchó a Connecticut mientras el hombre se concentraba en la información que ya les habían pasado. Habían quedado en reunirse a la mañana siguiente para comparar la información que habían conseguido cada uno por su cuenta.

—¿Estás bien? —preguntó Miles.

—Ahí voy —respondió Marina—. Lo siento, es que... hace un mes estuve aquí con él.

Miles asintió; la entendía a la perfección.

—¿Dónde estaba? Quiero decir, cuando murió.

—En su despacho. Ven, sígueme. Pero no toques nada.

Avanzaron por el pasillo y atravesaron el salón. Miles se agachó, pasó por debajo de más cinta policial y la levantó para que Marina también pudiese pasar. La periodista se quedó mirando fijamente el escritorio de Duncan y la silla en la que se sentaba, que yacía en el suelo, tras la mesa.

—Al parecer, el asesino entró por esas puertas de allí —explicó Miles, señalando las puertas de cristal por las que se accedía al patio—. Estaban cerradas, pero las forzó. Con gran destreza, debo añadir. Después entró aquí —cruzó a grandes zancadas la habitación hasta una alarma con teclado— e introdujo la contraseña. O, bueno, eso supongo yo, porque el sistema de la alarma estaba desconectado cuando encontramos el cadáver. La vecina nos dijo que la víct..., perdón, que el señor Sander estaba un poco paranoico con todo el tema de la seguridad. Nos contó que la conectaba cada vez que salía de casa, y la persona encargada de la limpieza de la casa lo ha confirmado.

—Sí, es verdad, estaba un poco paranoico —asintió Marina—, sobre todo en los últimos meses.

—Así que el asesino, o los asesinos, desconectaron el sistema de seguridad y esperaron a que el señor Sander regresase a casa. El asesino tuvo mucha paciencia, porque Duncan entró por la cocina con las bolsas de la compra, guardó lo que había comprado y se hizo un bocadillo. Después vino aquí y se sentó frente al escritorio.

Marina no estaba escuchando a Miles. Se había quedado mirando una gran mancha de color rojo oscuro que decoraba la pared detrás del escritorio. Se dio cuenta de que era la sangre de Duncan. Había salpicaduras en la pared, en el suelo, en la silla, en el escritorio... El cadáver ya no estaba allí, claro, y parecía como si alguien se hubiese encargado de limpiar casi todos los detalles sangrientos que habían llenado la habitación con la muerte de su dueño: los pedacitos de cerebro, de cráneo y de piel que, sin duda, habían estallado como consecuencia del impacto. Pero las manchas no se habían ido, como tampoco había desaparecido el perfecto agujero que había quedado allí

donde la bala se había alojado después de atravesar y destrozar la cabeza de Duncan. Marina tragó saliva.

—Encontramos la bala en la pared —dijo Miles—. A juzgar por la altura, fue un disparo limpio, justo entre los ojos. Una pistola del calibre cuarenta y cinco, creo.

—¿Obra de un profesional?

—Diría que sí. Supongo que se escondió aquí —Miles señaló la puerta de un armario, que seguía abierta—, y cuando Duncan se sentó frente al escritorio, salió y le disparó. Hay una distancia de unos dos metros y medio, así que una persona más inexperta e insegura habría optado por dispararle al cuerpo primero y, después, pegarle un tiro en la cabeza. Pero en este caso sólo hay un disparo, y dio en el blanco. —Marina hizo una mueca—. La vecina estaba en casa y no oyó nada, así que supongo que el asesino utilizó un silenciador —añadió.

—¿La vecina vio algo fuera de lo normal? ¿Algún coche aparcado frente a la casa o algo así?

—Aquella noche no —contestó Miles negando con la cabeza—. Pero sí nos contó que ese mismo día había visto un sedán azul intenso un par de veces dando vueltas por la manzana. La vecina afirma que le gusta observar a los pájaros, pero creo que en realidad disfruta espiando a sus vecinos. Es una señora mayor. Creo que está recluida en casa.

—¿Pudo distinguir la marca o el modelo del coche?

—Nos contó que era un coche con forma cuadrada, probablemente un Kia. Anotó parte de la matrícula.

—¿La habéis comprobado?

—Sólo consiguió ver los últimos tres números: cuatro, tres, cuatro. Dijo que era una matrícula amarilla. Quizá fuese de Nueva York.

—O de Maine. ¿Robaron algo?

—No estamos seguros. Tú conocías a Duncan. ¿Te parece que falte algo?

Marina analizó la habitación. Las estanterías de Duncan estaban llenas con

su colección de las primeras ediciones de varios libros, algunas de gran valor. Sobre la repisa de la chimenea había un antiguo reloj de oro y las paredes estaban decoradas con varios mapas poco comunes. Marina dio un paso hacia el escritorio.

—¿Puedo? —preguntó.

Miles rebuscó en su bolsillo y sacó un par de guantes de látex.

—Póntelos.

Ella se puso los guantes y, con sumo cuidado de evitar las manchas de sangre de la alfombra, se acercó más al escritorio.

—¿Habéis encontrado su ordenador? —preguntó mientras examinaba la mesa. Allí no había nada salvo un bote de piel para dejar los bolígrafos y una caja de clips.

—No.

—Tenía un ordenador aquí. Además, le gustaba tomar notas a mano en blocs de los de papel amarillo, de los que usan los abogados.

—En el cajón de arriba hay un par de blocs en blanco.

Marina negó con la cabeza.

—Fíjate —dijo, señalando una mancha pequeña pero muy nítida y con forma de «L» que había en el escritorio. Miles se acercó a ella y se inclinó un poco para ver mejor lo que le indicaba—. ¿Lo ves? Da la impresión de que la mancha hubiese salpicado un bloc de notas. O, bueno, algo con una esquina. Puede que fuese un libro.

Marina se puso en cuclillas, junto a la silla. Señaló un bolígrafo que yacía en el suelo.

—Quizá esto se cayó cuando le dispararon, así que eso significaría que Duncan debía de estar tomando notas cuando falleció. Pero el bloc que había encima del escritorio, en el que estaba escribiendo, ya no estaba cuando llegasteis.

—Quizá el boli ya hubiera caído al suelo.

—No. Duncan era un adicto al orden en su despacho. —Marina señaló un

par de mocasines que estaban colocados a la perfección junto a la puerta—. Se quitaba los zapatos antes de entrar. Y mira los libros. Los tiene organizados por género y, después, por orden alfabético. No habría dejado un bolígrafo en el suelo, sobre todo encima de una alfombra tan cara. Estaba escribiendo cuando lo mataron.

—Serías una buena detective —comentó Miles mientras movía la cabeza en ademán de aprobación.

—Es sólo que conocía muy bien a esta víctima en particular.

La periodista abrió el cajón de arriba del escritorio. Tras el montoncito de hojas amarillas en blanco, encontró lo que estaba buscando. Una agenda pequeña, encuadernada en cuero de color azul marino. La sacó y la levantó. En la esquina inferior derecha, las iniciales de Duncan, «DST», estaban labradas en oro.

—La utilizaba para todo. Para todas sus citas; para anotar cosas sobre sus entrevistas... —explicó—. Yo le compraba una nueva cada año. Era mi regalo de Navidad.

A Miles se le iluminaron los ojos y estiró la mano para coger la agenda.

—Di por hecho que todo su calendario de citas estaba en su ordenador.

—No. Duncan era una especie de tecnófobo. Siempre pensó que alguien iba a robarle la identidad o algo así.

«O que iban a piratearle el ordenador», pensó Marina para sí. Ya sabía en lo que estaba trabajando su jefe, por lo que las preocupaciones obsesivas que Duncan tenía por si le pinchaban el teléfono o le vigilaban el correo electrónico cobraban algo de sentido y parecían justificadas.

—¿Conoces a un tal Hunter Morse? —preguntó Miles señalando una de las páginas de la agenda de Duncan—. Habló con él por teléfono poco antes de morir y se suponía que iban a reunirse en Washington al día siguiente. Mira, subrayó el nombre dos veces.

—No me suena de nada —contestó Marina con el ceño fruncido.

—¿El señor Sander estaba trabajando en un artículo? Yo pensaba que

estaba de período sabático. O, bueno, eso fue lo que me dijo la cotilla de la vecina.

—Técnicamente estaba de permiso. Pero Duncan siempre estaba trabajando en un artículo.

—¿Sabes de qué iba este último?

Marina vaciló. Por una parte, Miles se había mostrado muy comunicativo con ella. Hasta le había dejado ver el lugar de los hechos. Y, cuanto más gente buscase al asesino de Duncan, más probabilidades había de que tuviesen suerte y lo encontrasen.

Sin embargo, no le gustaba lo poco que había oído de ese tal Dobbs, el jefe de Miles. A la periodista no le cuadraba que el superior de su amigo de la infancia incluyese el asesinato de Duncan en la reciente oleada de robos con allanamiento de la zona, a no ser que fuese vago en extremo o que intentase encubrir algo. Quizá Miles confiaba en él, pero Marina no.

De todas formas, no quería que a Miles le ocurriese nada; no era más que un policía local. Toda esa investigación le quedaba grande. Si empezaba a entrometerse en los asuntos de bancos inscritos en paraísos fiscales como el BIC o Swiss United, lo más probable era que acabase con una bala entre los ojos, como Duncan.

—No lo sé, aunque puedo intentar averiguarlo. Pero, escucha, Duncan tenía un montón de enemigos. Escribió artículos que cabrearon a mucha gente. Así, a bote pronto, se me ocurre una página entera de personas que podrían quererlo muerto.

—Sí, lo imaginaba —suspiró Miles—. Por cierto, la vecina cotilla también lo odiaba. Nos dijo que, cuando hacía sol, al señor Sander le gustaba leer el periódico en calzoncillos en el porche.

—¿Y ella cómo podía saberlo? —Marina se rio.

—Ya te lo he dicho, le gusta «observar a los pájaros» —explicó Miles dibujando unas comillas en el aire con los dedos.

—Vuelve a hablar con ella. Quizá recuerde más detalles sobre esa noche.

O algo del Kia.

—Tomo nota —respondió él asintiendo.

—Y yo voy a ver qué puedo averiguar sobre ese tal Hunter Morse.

—Muy bien, ya me contarás. —El agente miró su reloj de pulsera—. Oye, debería volver a la comisaría.

—Gracias, Miles, de verdad, te agradezco mucho tu ayuda.

—Lo mismo digo. Estamos en contacto, ¿vale?

Marina lo siguió al exterior de la casa y en dirección al camino de entrada. La temperatura había descendido y el cielo había adquirido un amenazador tono grisáceo. Miles la acompañó hasta su coche.

—Saluda a tu madre de mi parte —dijo ella, y se acercó para darle un abrazo.

—Claro. ¿Cómo están tus padres?

—Bien, ahí van, haciéndose mayores.

—Dales recuerdos de mi parte. Son buena gente —se despidió él con una sonrisa.

—Los mejores —coincidió Marina.

Observó cómo Miles se abría paso hacia su camioneta. Dejó que saliese antes que ella del camino de acceso. El policía se volvió para saludarla por última vez y, después, giró a la izquierda, en dirección a la calle Walnut.

Con cuidado, Marina salió del sendero de acceso de la casa de Duncan. Al otro lado de la calle, tres casas más abajo, vislumbró un sedán de color oscuro aparcado junto al bordillo. Dobló a la derecha, conduciendo todo lo despacio que pudo, para echarle un vistazo a la propiedad de la vecina. Era una vieja casa victoriana, con un balcón en el tejado y varios porches que rodeaban toda la construcción. En la ventana que daba a la calle, a Marina le pareció ver la silueta de una mujer agazapada tras unas vaporosas cortinas blancas.

Después, aceleró y lanzó una mirada al coche oscuro. En el asiento de delante había un hombre con una gorra de los Red Sox de Boston; estaba

leyendo un periódico. Cuando Marina llegó al final de la calle Walnut, puso el intermitente. Echó un vistazo por el retrovisor y se percató de que el sedán oscuro había desaparecido.

No volvió a verlo hasta que llegó a la salida de la autopista. Estaba a dos coches de distancia, detrás de ella, esperando en un semáforo en rojo. La gorra del conductor era inconfundible, como lo era el color dorado de la matrícula del coche. Marina se irguió en un intento por leerla por el retrovisor. Era de Nueva York, y empezaba por las letras FBY. Se volvió en el asiento para tratar de distinguir cuáles eran los últimos dígitos, pero el semáforo se puso en verde y el conductor del coche que iba detrás de ella le pitó.

Al tomar la Ruta 44, el sedán la siguió. Permanecía todo el tiempo a dos o tres coches de distancia, pero Marina era consciente de que la estaba siguiendo. El corazón le palpitaba en el pecho. Cuando vio que a la izquierda se acercaba la salida de Lakeville, cambió al carril de la derecha. El coche que la perseguía la imitó. Marina aceleró como si fuese a pasarse la salida de largo, pero, en cambio, giró bruscamente a la izquierda, y adelantó a dos filas de coches. El conductor de un todoterreno, enfadado, le pitó al tener que frenar en seco para no chocar con ella. Marina pasó por delante del coche a toda velocidad y, por poco, consiguió coger la salida a Lakeville, mientras el sedán que la seguía se quedaba en la autovía. Al detenerse delante del semáforo que había justo al final del desvío, cerró los ojos y respiró hondo. Había conseguido escapar por los pelos, pero ahora ya nadie la seguía. El sedán oscuro ya no estaba detrás de ella.

Diez minutos después, aparcó el coche en el camino de acceso de la casa de sus padres. No había planeado visitarlos, y la verdad era que no le venía demasiado bien. Pero, al menos, de momento, le había dado esquinazo al coche que la seguía.

No había visto a Richard y a Alice desde su fiesta de compromiso. La periodista no dejaba de repetir que los visitaría, pero entre los preparativos de



la boda, su trabajo y las obligaciones sociales de la familia Ellis, le daba la sensación de que no tenía ni un minuto para descansar. Sin muchas ganas, los había invitado a visitarlos a la ciudad para asistir a varios eventos: a la gala anual de la Fundación Ellis, a ver un pase de *El Cascanueces* del Ballet de la Ciudad de Nueva York..., pero sabía que no aceptarían su invitación. Sus padres detestaban la ciudad. Se movían de casa menos que antes desde que a su padre le había dado la apoplejía. Mientras avanzaba hacia la puerta principal, se dio cuenta, con tristeza, de que el seto que en el pasado había lucido impecable en aquellos momentos tenía un aspecto decrepito, y que la alegre pintura añil de la puerta, que tanto le gustaba a su madre, se estaba desconchando. Richard Tourneau era un hombre que se enorgullecía de poder hacer las cosas por sí mismo. Pocas eran las veces en las que contrataba a un manitas. El garaje estaba hasta arriba de herramientas, pintura, trastos para mantener el césped cuidado y fertilizantes. Marina sabía lo mucho que debía de molestarles ver los bordes irregulares del seto y los trozos desnudos de tierra en los parterres del jardín. Su salud debía de haber empeorado desde la última vez que lo había visto.

Sin embargo, los alegres ladridos del perro de sus padres la animaron y, cuando su madre abrió la puerta, en el rostro de la mujer pudo ver una mirada de pura felicidad.

—¡Richard! —gritó su madre en dirección al interior de la casa—. ¡Mira quién ha venido!

La sonrisa de Marina se desvaneció cuando su padre apareció por la puerta. Iba en silla de ruedas, llevaba la pierna izquierda escayolada y tenía lo que parecía una herida muy fea en la mejilla, cubierta con un esparadrapo.

—¡Papá! —exclamó—. Pero ¿qué te ha pasado?

Con un ademán, él le restó importancia.

—Ah, no es nada, una tontería. ¡Ven aquí! Qué alegría verte.

—Resbaló en la ducha —explicó Alice—. Por suerte, yo estaba en casa.

—¿Te has roto la pierna? Madre mía, papá. ¿Cómo subes a tu habitación?

—Ahora dormimos en el estudio. No pasa nada, es bastante cómodo, la verdad. Y la luz que entra por la mañana es adorable.

—¿Por qué no me llamasteis?

—Porque estabas en París, cielo. No íbamos a interrumpir tu viaje. Y con todo lo que ha pasado con Duncan...

—Podría haberse dado un golpe en la cabeza o...

—Ya, bueno, pero no pasó. ¿Has visto a *Henry*? Está muy contento de verte. Marina, es un perro muy bueno. Después de que muriera *Tucker*, creí que nunca más adoptaríamos a un perro, pero este granujilla me ha robado el corazón. ¿Tienes hambre? Puedo preparar algo de comer. O quizá puedas quedarte a cenar, ¿no?

—No puedo. He ido a Somerset y pensé que podría pasar a saludaros.

Marina se dio cuenta de que sus padres intercambiaban una mirada de decepción. En el coche, había creído que una visita corta era mejor que no visitarlos, pero quizá se había equivocado. Al menos había perdido al sedán que la seguía. Sólo por eso, ya había valido la pena ir a casa de sus padres.

—Bueno, ahora estás aquí —dijo Alice—. Cuéntanos..., ¿qué hacías en Somerset? ¿Estabas buscando un lugar para celebrar la boda? Allí está esa vieja finca, es preciosa... Richard, ¿cómo se llama? ¿Snowden House?

—¿Y por qué iba a casarse en Somerset? —preguntó Richard, removiéndose incómodo en la silla de ruedas—. Lakeville es más bonito. Si vais a celebrar una boda en Connecticut, ¿por qué no aquí, en casa?

—¡En nuestra casa! —exclamó Alice—. Richard, por Dios, no podemos hacernos cargo de un evento así aquí. ¡La familia de Grant debe de tener un millón de amigos! Estoy segura de que no estaban pensando en algo así para la boda de su hijo mayor.

—No me refería a aquí, aquí, Alice. Quería decir en Lakeville. El hotel Interlochen es bonito. O ¿qué te parece en la escuela Hotchkiss? Sería genial. Puedo ir mañana a hablar con el decano.

—La verdad es que la capilla es preciosa —coincidió Alice—. ¿Y dónde

tendría lugar la recepción? ¿En el restaurante Boathouse? ¿O quizá en...?

—Eh, chicos, chicos. —Los padres de Marina alzaron la vista como si se hubiesen olvidado de que su hija estaba allí—. Ya está todo decidido. Nos casaremos en Southampton, en la casa de los Ellis.

El silencio fue breve pero ensordecedor.

—Ah, muy bien —dijo Alice al final en un tono estirado. Marina sabía exactamente qué estaba pensando su madre: «En mi época, la anfitriona era la familia de la novia»—. ¿Habéis elegido ya una fecha?

—Bueno, en un principio pensábamos celebrarla este verano, pero creo que seremos más realistas si lo dejamos para el siguiente.

—¿Cómo? —exclamaron sus padres al unísono.

—¡Pero, Marina, para eso faltan casi dos años!

—Hija, un compromiso largo no es bueno —la reprendió su madre—. Tu padre y yo estuvimos comprometidos durante ocho meses y para mí ya fue demasiado.

—¿Acaso alguno de vosotros se está echando atrás? ¿De qué va todo esto? —Richard la observó por encima de sus gafas para leer.

—Cariño, todavía queda un montón de tiempo para que llegue el verano. Claro, tendríamos que ponernos ya con los preparativos, pero...

—¡Basta! —Marina respiró hondo—. No es que nos hayamos echado atrás ni nada de eso, es que... —Se calló un segundo. No había querido meterse en la boca del lobo antes con sus padres, pero ya parecía inevitable—. El padre de Grant va a presentarse como candidato a presidente —confesó al final—. Pronto lo hará público. Y si consigue ser el candidato demócrata...

—¿Para ser presidente? —preguntó Alice, que parecía horrorizada.

—Sí, mamá. Para ser presidente.

—Pero, pero... ¡es empresario! ¡Es multimillonario! Vale, sí, había oído rumores, pero no pensaba que de verdad fuese a hacerlo. ¿Por qué narices...?

—Porque es un hombre inteligente y no hay intereses que puedan influirlo. Ha consultado a un montón de consejeros y, en este momento, cuenta con

mucho impulso. Siendo sincera, todo aquél con el que ha hablado cree que tiene oportunidades de ganar.

Por un momento, los tres miraron al suelo. Marina sabía que sus padres adoraban a Grant. ¿Cómo no iban a quererlo? Se expresaba bien, era considerado, culto. La consentía siempre. Era el yerno con el que todo el mundo soñaba. Pero sus padres..., bueno, ése era otro cantar. Los padres de Marina jamás habían dicho nada negativo sobre los Ellis, pero Marina conocía a Richard y a Alice, y Richard y Alice no eran amantes de las personas ostentosas. Y los Ellis, por muy buen gusto que tuviesen, no podían ser más ostentosos.

—¿Acaso son demócratas de verdad? —susurró Alice. A su modo de ver, ser cualquier otra cosa era un gran defecto.

—Sí, son demócratas de verdad. Mirad, no he venido aquí a discutir con vosotros. Desde luego, no de política ni de la boda.

—Claro que no. —Alice se pasó una mano por el corto cabello entrecano—. Lo siento. Venga, vamos a sentarnos en el estudio. Tu padre está más cómodo en su sillón.

Después de que se hubiesen acomodado —Marina sentada en el viejo sofá de *tweed* con una manta de la escuela Hotchkiss en el regazo, mientras su padre se sentaba enfrente de la chimenea con la pierna en alto, sobre una otomana—, su madre se marchó pitando a la cocina para ir a buscar un aperitivo. Siempre que Marina iba de visita, Alice se aseguraba de que comiese algo. Cuando iba a verlos, chasqueaba la lengua con desaprobación y se quejaba de que Marina estaba «en los huesos» o que «estaba más delgada que de normal», al menos una vez. A Marina la sorprendió que todavía no hubiese dicho nada. Desde la muerte de Duncan, había perdido el apetito. Los vaqueros le quedaban grandes y tenía los pómulos muy marcados. Por primera vez en toda su vida, había adelgazado sin proponérselo.

—Bueno, aquí tenéis —dijo Alice, que llevaba un platito lleno de *brownies*—. No es nada, un aperitivo sin más. Estás demasiado delgada para

alguien que acaba de volver de unas vacaciones en París.

—Sólo estuve allí un par de días.

—Cielo, sentimos mucho la pérdida de Duncan Sander —dijo su padre—. Sé que estabais muy unidos. Tuvo que haber sido una noticia muy dura.

—Qué tragedia —añadió Alice, y sacudió la cabeza—. Uno de los tantos robos que ha habido por la zona, ¿sabes? Nunca habíamos tenido que cerrar con llave, pero ahora lo hacemos todos los días. Ahora, todas las precauciones son pocas.

—Cariño, ¿fuiste al funeral?

—Sí, claro. Interrumpimos el viaje para poder asistir.

—¿Acudieron todos los de la revista?

—Sí, todos.

—¿Duncan todavía trabajaba allí? Vaya, no me había dado cuenta. No sé por qué pensaba que lo había dejado.

—Se había tomado un período sabático.

—Recuerdo que charlamos con él en la fiesta de tu compromiso —comentó Alice—. ¿Te acuerdas, Richard? ¿En qué historia nos contó que estaba trabajando?

—No sé. Creo que se había pasado con las copas.

—Bueno, no creo que ése sea un comentario apropiado —lo regañó Alice.

—Sólo digo la verdad —contestó Richard, y suspiró—. Nunca me cayó bien. No me gustaba cómo trataba a Marina. Bueno, en realidad cómo trataba a todo el mundo. Se creía con derecho a hacer lo que quisiera.

—Papá, fue un gran mentor y un periodista excelente.

—Bueno, pues a mí me pareció bastante maleducado en tu fiesta de compromiso.

Marina frunció el ceño. No le venía de nuevas que a su padre no le caía bien Duncan Sander, pero no tenía ganas de hablar del tema, no cuando Duncan estaba muerto.

—¿Qué hizo en mi fiesta? —Marina tenía el vago recuerdo de una escena

casi al final de la velada, que acababa con James Ellis pidiéndole un taxi a Duncan.

—¡Iba borracho como una cuba! —contó Richard con los ojos abiertos como platos—. ¿No te acuerdas? Y no dejaba de comerle la cabeza a James Ellis sobre todo el tema ese de Morty Reiss, y de que el tipo tenía todo su dinero guardado en un banco suizo, y de cómo él iba a conseguir demostrarlo.

Marina intentó contener la sorpresa.

—¿Estás seguro de que dijo *banco suizo*? —preguntó con sutilidad—. ¿No estaría hablando de esa entrevista que dio hace seis meses, cuando intentaba demostrar que Reiss tenía todo su dinero en un banco de las islas Caimán?

—No, no —dijo Richard negando con la cabeza—. No se refería a esa entrevista. Aunque, por Dios, uno pensaría que ese hombre habría dejado de beber después de aquello. No. Decía que tenía el dinero en un banco suizo. La verdad, no parecían más que tonterías. Los Ellis estaban avergonzados.

Marina cerró los ojos e inspiró hondo.

«Madre de Dios, Duncan —pensó para sí—. ¿Estabas hablando del tema en mi fiesta de compromiso? ¿Dónde quedó la discreción?»

—¿Estás bien, cielo? —Marina abrió los ojos entre pestañeos. Sus padres la miraban preocupados—. Pareces cansada.

—Lo siento. Me duele un montón la cabeza. Creo que lo mejor es que me vaya ya.

—Deberías comerte un *brownie*. ¿Has comido algo en todo el día?

Ella se levantó, dobló la manta con un rápido movimiento y la dejó encima del brazo del sofá, donde la había encontrado. Se moría de ganas de regresar a la ciudad y, lo que era más importante, a casa de Owen Barry.

—Gracias, mamá. ¿Podría llevarme un par a casa? Seguro que a Grant le encantarán.

Alice frunció los labios decepcionada.

—Claro. Iré a la cocina a por una bolsa hermética. Quizá podáis venir algún día los dos a cenar.

Marina asintió. Se inclinó hacia su madre y la abrazó; el abrazo duró más de lo que las dos habían esperado.

—Me encantaría —respondió, y sintió que las palabras le formaban un nudo en la garganta—. Os echo mucho de menos a los dos. Ha estado bien venir a veros.

—Nosotros también te echamos de menos, hija.

—Cielo, ten cuidado en la carretera —le recomendó su padre—. En esta época del año anochece muy pronto, y es sábado por la noche. Nunca sabes quién puede coger el coche a estas horas.

«Y que lo digas», pensó Marina.

—Tendré cuidado, papá, te lo prometo.

## Annabel

Khalid Nasser se encontraba en la puerta de llegadas del aeropuerto de Heathrow, en Londres, buscando a Annabel. Aunque técnicamente era por la mañana, fuera todavía estaba oscuro. Parecía que todos en el aeropuerto, incluido Khalid, estaban medio dormidos y necesitaban café. El vuelo de Annabel iba casi vacío. Cuando Khalid vio al que parecía ser el último de los pasajeros bajar del aparato y dirigirse hacia la zona de recogida de equipaje, empezó a preocuparse. ¿Había perdido ella el vuelo? ¿Se había echado atrás? ¿O él no había entendido bien cuándo llegaba? Su llamada de la noche anterior lo había despertado, y lo cierto era que había bebido un poco. Mucho, la verdad. Quizá todavía estaba borracho cuando habló con ella. De alguna manera, se las arregló para entender que tenía que activar la alarma antes de perder el conocimiento de nuevo para poder recogerla en el aeropuerto. Parecía estar inquieta, asustada incluso. Le había dicho que debía marcharse de Ginebra de inmediato. Iba a coger el siguiente vuelo. ¿Podía quedarse con él? «Desde luego —le había contestado Khalid—. Iré a recogerte.»

Cuando sonó la alarma, horas después, consideró posponerla sólo durante medio segundo, antes de incorporarse de golpe con el corazón acelerado mientras notaba pinchazos en la cabeza. No se había dejado tiempo para una ducha. Se puso unos pantalones de chándal y las gafas, era muy tarde para colocarse las lentillas, y se fue directo al aeropuerto, sin lavarse los dientes y con su mata de pelo oscuro ondulado despeinada. Mientras conducía por la autopista M4, pensó que había pocas personas por las que haría algo así. Annabel Werner era una de ellas.



Una mujer mayor, con un juego de maletas con el estampado de Louis Vuitton, lo estaba observando. Khalid estaba acostumbrado a esa mirada, era de recelosa preocupación, de conciencia agudizada. Se encontraba esa mirada en todas partes, pero, sobre todo, en el aeropuerto. Cuando viajaba por trabajo, procuraba ponerse uno de sus trajes Savile Row y peinarse el pelo con esmero hacia un lado, como un banquero de verdad. Reservaba asientos en primera clase. Era innecesariamente cortés con cualquiera que le hablara. Pero, si no, evitaba el contacto con los demás. Eso no detenía las miradas, nada lo haría. Sin embargo, las hacía más breves.

Se pasó la mano por el pelo intentando domarlo un poco. Podía notar que la mujer estaba considerando la idea de denunciarlo. Había un cartel de paquetes sospechosos colgado. Decía: SI VES ALGO, DILO. Estaba buscando un guardia de seguridad. Se arrepintió de haber decidido ponerse su sudadera con la frase MALO Y CON PASTA, que le había regalado un amigo, a modo de broma, cuando aceptó el trabajo en Goldman Sachs. Khalid pensó que haría reír a Annabel, y Dios sabía que, en esos momentos, necesitaba reírse. Pero, analizándolo bien, entendía que un tío sirio, de un metro noventa, sin afeitarse y con una sudadera en el aeropuerto podía poner nerviosa a una ancianita.

—¿Annabel? —Khalid la vio justo cuando se dirigía al área de recogida de equipaje. En vaqueros y con una mochila, se la veía tan joven que apenas la había reconocido.

Cuando se conocieron, en Nueva York, le pareció deslumbrante. Por aquel entonces llevaba el pelo corto, al estilo *pixie*, un corte que no acostumbraba a llamarle la atención en las mujeres, pero que en el caso de Annabel encontraba sensual. Dejaba expuesto su delicado cuello y sus enormes y atentos ojos, enmarcados por sus increíbles pestañas oscuras, que ella resaltaba con kohl negro difuminado. Incluso en fin de semana, llevaba ropa *cool* y sencilla que nunca era abiertamente sexy. A Khalid lo impresionaba — y, sí, lo ponía celoso— que su amigo de la universidad se lo hubiese montado tan bien. Sin embargo, estaba contento, sobre todo porque no tendría que

volver a sufrir otra cena con alguna de las novias sosas del club de campo de Matthew. La mujer con la que su amigo salía en serio, antes de Annabel — ¿se llamaba Kelly? ¿Casey? A Khalid le costaba recordarlo—, era una decoradora de interiores que vivía con su madre en el Upper East Side. Si Matthew se hubiese casado con ella, sólo era cuestión de tiempo que acabara en el pueblo de Darien, llevando a sus tres hijos en coche a clase de tenis los fines de semana. Khalid no volvería a verlo.

Annabel se volvió y su coleta sobrevoló su hombro. El alivio iluminó su cara.

—¡Khalid! ¡Menos mal! —Corrió hacia él y enterró la cabeza en su pecho.

Khalid advirtió entonces con satisfacción que la mujer desconfiada había presenciado todo el encuentro. Le sonrió por encima de la cabeza de Annabel. Ella desvió la mirada, fingiendo que no había estado observándolo.

—No tenías que venir a recogerme —dijo Annabel.

—Pensé que no habrías cogido un vuelo tan jodidamente temprano si no fuese importante.

—Lo siento. Sé que te estoy pidiendo mucho.

—Annabel —sacudió la cabeza—, haría lo que fuese por ti. Ya lo sabes. Y, Dios, lo siento mucho. La verdad es que no hay nada que pueda decir. Lo que ha pasado es horrible. Desgarrador.

—Eres muy amable. Matthew te quería. Aunque hiciese mucho que no te veía, sé que te consideraba uno de sus mejores amigos.

—Yo a él también. —Khalid le apretó los hombros—. ¿Tienes que recoger algo? —señaló con la cabeza hacia la cinta transportadora de equipaje.

Annabel dio unos golpecitos a su mochila.

—Esto es todo.

Él asintió. Tenía muchas preguntas, pero pensó que podía esperar a que llegaran a casa. Antes iba a necesitar café. E imaginaba que ella también.

Khalid vivía en un descomunal loft cerca de la calle Brick Lane, en Shoreditch, un bullicioso barrio de artistas en la zona este de Londres. Su edificio había sido un almacén en el que ahora sobre todo había estudios para artistas. Él era el único *trajeado* del edificio, y eso le gustaba. Le gustaba tener vecinos interesantes. George, el tatuador de famosos que, de vez en cuando, le pasaba *shatter*, un extracto de cannabis muy intenso que lo volvía loco. Natalia, la modelo patilarga que, según sospechaba Khalid, se sacaba un sobresueldo como chica de compañía, entre un trabajo y otro. Le gustaban los bares de Brick Lane, el arte callejero y los tenderetes que se montaban en las estaciones de tren y los viejos almacenes. Y las galerías, que abrían hasta tarde el primer jueves de cada mes. Sin duda, el barrio se estaba gentrificando, y eso tenía su lado bueno y su lado malo. Había muchos hípsters y café muy caro y chicas con el pelo perfecto que iban a comer al Soho House. Sin embargo, para Khalid, Shoreditch todavía estaba lleno de vida, era un retal de color en una ciudad, casi toda ella, en blanco y negro. Ése era el lugar que más sentía como su hogar.

Brick Lane también era un agradable contrapunto de lo que Khalid veía en su vida de día. Era un friki de la tecnología que, por el momento, se había vendido a Goldman Sachs. Técnicamente, era programador autónomo. De vez en cuando aceptaba trabajos limitados y muy lucrativos en bancos y bufetes de abogados para ayudarlos a incrementar su seguridad cibernética. Después se largaba varios meses y viajaba. Sin embargo, había continuado en su puesto en Goldman Sachs durante dos años, y no había un final probable a la vista. A Khalid no le preocupaba demasiado, ya que el sueldo era muy bueno. Sin embargo, la idea de trabajar para un gran banco de forma indefinida lo fastidiaba y empezaba a sentirse inquieto. La llegada de Annabel le dio una buena excusa para llamar y decir que estaba enfermo, un descanso que necesitaba con urgencia.

—Sólo hay una habitación —dijo, disculpándose, cuando llegaron a su

casa—, pero es para ti. A mí me vale con el sofá.

—No, no, de eso nada —contestó ella—. Por favor. Siento mucho aparecer así, por sorpresa. Para ser sincera, no me sentía segura en un hotel y no sabía a quién más acudir en Londres.

Khalid se mordió el labio. Sabía que se lo contaría todo enseguida. Le cogió la mochila y el abrigo y los metió en el armario.

—No me pidas disculpas. Y te vas a quedar en la habitación. —Antes de que insistiese, le preguntó—: ¿Quieres café? ¿Una ducha? ¿Una siesta?

—¿Las tres cosas? —Annabel se rio.

—¿Cuál, primero?

—Café. Y, quizá, una ducha rápida. Después hablaremos.

Khalid asintió y señaló la habitación.

—Ahí debería haber toallas limpias. Voy a ir preparando el desayuno. Sólo sé hacer huevos revueltos y tostadas, así que, si quieres otra cosa, tendremos que salir.

—Los huevos son perfectos —contestó ella—. Gracias. Por todo.

—No tienes que agradecerme nada. Me alegro de verte, vieja amiga.

Media hora después, Annabel estaba sentada en la encimera de la cocina de Khalid, bebiendo café y engullendo los huevos tan rápido como podía mover el tenedor. Él intentaba no mantener la mirada fija en ella, parecía que no hubiese comido en semanas, así que, en lugar de eso, le rellenó la taza y se mantuvo ocupado limpiando la cocina. Su pelo cobrizo estaba húmedo tras la ducha, y su precioso y delicado rostro se veía libre de maquillaje. Estaba agotada, Khalid se lo notaba en los ojos. Y había perdido peso, si es que eso era físicamente posible. Aun así, estaba tan guapa como la recordaba. Ahora llevaba el pelo más largo y tenía algunas líneas de expresión en la frente, pero era la misma Annabel de cuando él vivía en Nueva York.

—Siento no haberte avisado para el funeral —dijo al final—. Debería

haberlo hecho. Todo pasó tan deprisa... Lo organizó la empresa.

Khalid la detuvo con un gesto.

—No puedo imaginarme por lo que has pasado. Te llamé cuando me enteré, unas cuantas veces, la verdad. Pero un hombre llamado Julian contestó al teléfono. No estaba seguro de si te llegaron los mensajes.

—Me lo dijo. Fuiste muy amable al llamar. Gracias. Es que todo fue tan abrumador... Creo que estaba bloqueada. Sigo bloqueada.

—Claro.

—¿Sabías que estuvo aquí antes de morir? ¿En Londres?

Khalid abrió el grifo del fregadero y empezó a frotar la sartén en la que había hecho los huevos.

—Sí, creo que lo he oído —respondió sin mirarla.

En realidad, había oído muchísimo más. Los tabloides londinenses habían publicado que Matthew se estaba quedando en casa de Fatima Amir, una conocida magnate de los fondos de inversión libres, y que había fallecido a bordo de su avión privado. Los periódicos no habían llegado tan lejos como para afirmar que tenían una aventura, pero sin duda lo habían sugerido. Khalid no quería creerlo. Conocía a Matthew y sabía lo que sentía por Annabel. O, al menos, sabía lo que Matthew sentía por Annabel años atrás, cuando vivían en la misma ciudad. Sin embargo, hasta él tenía que reconocer que Fatima Amir era sensacionalmente bella y que la única instantánea de ambos que salió a la luz, ambos muy juntos en una cena a la luz de las velas en un restaurante del Soho, hacía que parecieran más que un banquero y su clienta. Se preguntó si Annabel habría visto la foto. Esperaba que no.

—Su clienta vivía aquí. Fatima Amir. ¿Has oído hablar de ella?

Khalid asintió.

—Es siria. Los sirios en Londres son como los neoyorquinos en Ginebra. Casi todos nos conocemos. También creció en el barrio de Saint John's Wood, no muy lejos de mis padres.

—Matthew era su banquero. O eso me han dicho. Nunca había oído hablar

de ella antes de... —La voz de Annabel se fue apagando.

—Gestionaba un fondo de inversión libre, ¿no?

—Sí. Al parecer, tenía bastante éxito. Matthew se dejó algunas cosas en su casa. Quería recogerlas yo misma. Sin embargo, ahora que estoy aquí, no estoy segura de poder soportarlo.

—Puedo hacerlo yo por ti.

Annabel le dedicó una sonrisa cansada.

—Gracias. Quizá. Déjame pensarlo. Hay algo más con lo que necesito que me ayudes. ¿Soy, oficialmente, la invitada más pesada que has tenido en tu vida?

—La verdad es que eres la mejor. Y, mira, te voy a cobrar mil libras la noche, así que deberías sacarle el máximo partido.

Annabel rio. Echó un vistazo al loft.

—Espero que sea la tarifa para los amigos y familiares.

—Desde luego. Ésta es una zona pija, aunque mi madre no lo sepa.

—¿Tus padres aún viven en Saint John's Wood?

—Sí.

—¿Conocías a los Amir? En persona, me refiero.

—No, en persona no, pero sé quiénes son. —Khalid se interrumpió. Podía intuir hacia dónde se dirigía la conversación y se puso nervioso.

Los Amir, y en particular sus primos, los Assad, no eran personas a las que tomar a la ligera. Por lo que él había oído, Fatima Amir era una financiadora legal. Pero, cuando leyó que Matthew era su banquero personal, se le encendieron las alarmas. Cualquier negocio con una familia como aquélla era un negocio peligroso.

—Swiss United trabaja para toda la familia. Tienen miles de millones de dólares ocultos en paraísos fiscales.

Khalid no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Te refieres a Fatima? ¿O a sus primos?

—A ambos.

—Pero los primos, los Assad, están en listas de sanciones. En Goldman Sachs no tocarían su dinero ni con un palo de tres metros. Y, no me entiendas mal, en Goldman Sachs hacen negocios con algunos personajes turbios, pero no de esa manera. Bashar al-Assad es un dictador. Un criminal de guerra. Es ilegal hacer negocios con un hombre como ése. Por no mencionar que es inmoral de la hostia.

—Ya lo sé. Y Jonas, el jefe de Matthew, es su banquero privado.

Khalid dejó escapar un suave silbido. Los dos se quedaron en silencio un momento.

—Espero no pasarme de la raya —dijo él entonces lentamente—. Si lo hago, dime que me calle, pero ¿ha habido una investigación sobre la muerte de Matthew?

—La hubo. Fue un accidente. O eso es lo que me han contado. Algo sobre el sistema de protección antihielo.

—¿Encontraron la caja negra?

—Eso dicen.

—Pero tú tienes tus dudas. —Estudió su rostro.

Ella lo miró y sus ojos verdes se encontraron con los suyos.

—Sí —respondió en un susurro—. ¿Tú no las tendrías?

Khalid vaciló.

—Sí, las tendría.

—Fui a ver al agente a cargo de la investigación. El agente Bloch, de la FEDPOL. Me dio unas fotografías del lugar del accidente. O, al menos, me dijo que era el lugar del accidente. Pero no era el avión de Fatima.

—¿Qué quieres decir con que no era su avión?

—Las fotos eran de otro avión. Un avión holandés que se estrelló un año antes.

—¿Cómo te diste cuenta?

—Investigué un poco. Todo lo que me contaron sobre el accidente: el fallo en el sistema de protección antihielo, el lugar donde se produjo, todo,

coincide exactamente con el accidente del año pasado. Una de dos, o se trata de una inquietante coincidencia o me están mintiendo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué iba a mentirte un agente de la FEDPOL?

—Me imagino que le habrán pagado. Quería hacerme creer que fue un accidente. Por eso me enseñó los datos de la caja negra y las fotografías de otro avión, que sí sufrió un accidente, y esperó que yo no hiciera más preguntas.

Khalid asintió con la cabeza despacio, sopesándolo todo.

—¿Quién crees que le pagó?

—Se supone que Fatima estaba intentando cortar los lazos con su familia.

—Así que ¿crees que la han matado ellos?

—Puede ser. O, quizá, al que querían asesinar era a Matthew y resulta que ella, simplemente, estaba con él.

—¿Por qué querría alguien asesinar a Matthew?

Annabel cerró los ojos y tomó aire.

—Tienes que prometerme que esto quedará entre nosotros. No se lo he contado a nadie, excepto a ti.

—Por supuesto.

—Una persona que trabajaba con Matthew me contó que pensaba que estaba cooperando con alguien del Departamento de Justicia de Estados Unidos, que era un soplón, un topo.

—Madre mía.

—Esa persona no lo sabía con seguridad, pero él estaba en contacto con alguien del Departamento de Justicia. Incluso voló a Estados Unidos para reunirse con él. Y, entonces, su avión va y se estrella unas semanas después.

—¿Tienes acceso a su correo electrónico?

Annabel negó con la cabeza.

—No, pero tengo su portátil. Lo que pasa es que está encriptado.

Khalid sonrió.

—Bueno, puedo ayudarte con eso. Es lo mío, ya lo sabes. No es por fardar



ni nada, pero soy muy bueno. Imagino que soy mejor que cualquiera que hayan tenido en Swiss United, desde luego.

—Eso era lo que esperaba.

—¿Los del banco no fueron a buscarlo?

—Su compañera, la que me contó que estaba cooperando con los federales, me dijo que él le pidió que lo escondiera. Ella me lo dio. Por eso he venido aquí esta mañana. Es sólo cuestión de tiempo que vengan a buscarlo.

Khalid se frotó las manos. Sus ojos brillaban de emoción.

—En fin, pues, antes de que vengan, vamos a averiguar qué hay dentro.

Al otro lado del río Támesis, Thomas Jensen estaba sentado en su despacho, en la sede central del MI6, plegando meticulosamente, en forma de cuadrado, un montón de pañuelos con sus iniciales bordadas. Aunque Jensen detestaba el exterior del edificio, el cual, en su opinión, parecía una pila de piezas gigantes de Lego, le gustaban las vistas que había desde su escritorio. En las mañanas despejadas, disfrutaba observando los botes que se deslizaban poco a poco por debajo del puente de Hammersmith. El propio Jensen había pertenecido al equipo de remo de Oxford algunos años antes. De hecho, los había conducido a la victoria en Henley. Ahora, remaba cuando podía, pero por lo general lo hacía en la máquina de algún gimnasio de hotel, y no era exactamente lo mismo que estar en el río. Observar a los remeros en el Támesis lo hacía sentirse nostálgico y meditativo, y le gustaba quedarse así, en silencio, unos minutos, antes de ocuparse de los asuntos del día.

Aquella mañana no iba a ser así. Su teléfono sonó justo cuando Letty, su asistente, estaba dejando un café en su escritorio. Había llegado de Bagdad la noche anterior, y su cabeza todavía estaba nadando entre muchas noches de viaje y pocas horas de sueño. Sin embargo, cuando vio quién llamaba, descolgó el teléfono de inmediato. Letty, que llevaba con Jensen más años de los que ninguno de los dos se preocupaba de recordar, estaba bien entrenada

en el arte de desaparecer de forma rápida y elegante. Y así debía ser si se trabajaba para un hombre como Thomas Jensen. Se deslizó por la puerta y la cerró tras ella.

—Aquí, Jensen. —Dio un largo trago a su café y se preparó para recibir más malas noticias.

—Annabel Werner está en Londres —informó la voz al otro lado—. Ha llegado esta mañana. Parece que se queda en casa de un amigo, en Shoreditch.

—Eso es interesante —respondió Jensen, porque lo era.

—Creo que es un problema. ¿Qué pasa si empieza a husmear, a hacer preguntas?

—A lo mejor está aquí para recoger sus cosas. Se dejó algunos efectos personales en la casa de Amir.

—Pensaba que Bloch tenía que devolvérselas.

—Ella se negó, al parecer. Dijo que vendría ella misma a por ellas.

—Eso no es bueno. Nada bueno. Es lo último que necesitamos, Thomas. Estamos tan cerca de la meta... No podemos dejar que Annabel Werner agite el avispero. Si contacta con un miembro de la familia Amir...

—Es una viuda de luto. Sería natural que tuviese preguntas.

—Es un lastre, eso es lo que es.

—A lo mejor, tan sólo está visitando a un viejo amigo.

—¿Un viejo amigo que resulta que es sirio? No me gusta, Thomas. No me cuadra.

Jensen suspiró y bebió el último sorbo de su café. Iba a necesitar otro para superar la mañana, que ya estaba demostrando ser un desastre.

—Lo investigaré —dijo—. ¿Cómo se llama el amigo?

—Khalid Nasser. Fue a la universidad con Matthew Werner. Ahora trabaja en Goldman Sachs, en algo de seguridad.

Jensen garabateó el nombre de Khalid y, junto a él, escribió «Goldman Sachs» y «Shoreditch».

—Veré lo que puedo averiguar. Déjame a Annabel Werner a mí. Tú concéntrate en nuestro amigo, el señor Morse, en el Departamento de Justicia. Él es el mayor problema.

—Soy consciente. Lo tenemos bajo vigilancia.

—Hemos de mover ficha pronto. Cuanto más se alargue esto...

—Nadie quiere que se alargue. Pero, mientras tanto, asegúrate de que Annabel Werner no va por ahí jugando a ser Nancy Drew.

—Entendido. No lo hará. Me aseguraré de ello.

Acto seguido, Thomas Jensen colgó el teléfono. Cogió la gabardina del perchero que había junto a la puerta y salió disparado en dirección a Shoreditch.

## Marina

En algún momento de la noche, Owen se quedó dormido delante de la pantalla del ordenador. Cuando sonó el timbre del portero automático, lo oyó a lo lejos, amortiguado por la neblina de un sueño, y ni se inmutó. No obstante, el sonido aumentó en intensidad y en insistencia, así que al final se incorporó limpiándose los restos de baba de la comisura de la boca.

—Joder —dijo, y se hincó los pulgares en los costados del cuello; le dolía mucho, como si se le fuese a quedar encorvado para siempre, por haber dormido boca abajo sobre la mesa del comedor.

El portero automático sonó de nuevo. Pero esa vez pareció como si alguien se estuviese apoyando sobre él con todo su peso.

—¡Ya voy! —gritó—. ¡Que ya voy, joder!

—Buenos días a ti también —saludó Marina cuando le abrió la puerta.

Lucía un aspecto saludable, como si hubiese ido a correr un par de vueltas por Central Park. Llevaba el brillante pelo recogido en una coleta y vestía unos pantalones de licra y una chaqueta muy ceñida, lo bastante abierta como para revelar un trozo de la camiseta sin mangas que llevaba debajo. Owen hizo todo lo posible para mantener el contacto visual y no desviar los ojos.

Marina llevaba dos cafés grandes en las manos.

—¿Una noche dura?

—Más bien larga —contestó Owen, y cogió el café que le ofrecía su compañera antes de invitarla a pasar—. ¿Qué hora es?

—Las ocho de la mañana. Iba a venir a las siete, pero he pensado que podía dejarte dormir un poco más. O, bueno, ya sabes, despedirte de cualquier huésped nocturno.

—Gracias. —Owen bostezó. Llevaba mucho tiempo sin levantarse a las ocho un domingo. Con la cabeza, señaló su habitación—. Creo que está en la ducha.

—Qué bien. ¿Quieres que vuelva más tarde?

—No, tenemos mucho trabajo que hacer. Me quedé despierto toda la noche y apenas he arañado la superficie de todo lo que tenemos.

Marina miró a su alrededor. Todas las persianas del apartamento estaban bajadas. Había tres ordenadores abiertos encima de la mesa del comedor y, de cada uno de ellos, salía una maraña de cables, como si fuese una medusa con varias cabezas. Esparcidas alrededor de los portátiles había tazas de café, una caja de pizza, memorias USB y pilas de papeles. Owen llevaba las gafas puestas, así que se había pasado gran parte de las últimas veinticuatro horas mirando una pantalla. Hacía ocho años que Marina no lo había visto con gafas, desde la investigación de los Darling. Eran de cristal grueso y estaban un poco torcidas en la zona de la nariz. Con ellas, Owen adquiría aspecto de cerebritito, pero también parecía más dulce. Marina se preguntó por qué no las llevaba más a menudo.

—Parece que estemos en una escena de la película *Snowden*.

—Esto es más grande que lo de Snowden. No te haces una idea. —Owen apartó una pila de archivos de una de las sillas y se la ofreció para que se sentara—. ¿Qué tal por Connecticut?

—Bueno, para empezar, creo que me estaban siguiendo. Había un sedán aparcado cerca de la casa de Duncan mientras estuve allí, y me siguió durante gran parte del camino de vuelta.

—¿Gran parte? —preguntó Owen con el ceño fruncido.

—Cogí la salida de Lakeville y le di esquinazo.

—¿Marca?

—Creo que era alquilado, ya sabes, de esos que cualquiera puede conseguir en una empresa de alquiler.

—¿Pudiste ver la matrícula?

—Una parte.

—Dímela. Le pediré a un amigo poli que la investigue. Hablando de amigos polis, ¿qué tal te fue en casa de Duncan?

—Parece que fue obra de un profesional. Un disparo limpio en la cabeza, calibre cuarenta y cinco, con un silenciador. Una vecina vio un Kia dando vueltas por la manzana ese mismo día por la mañana, así que Miles intentará dar con él. Se habían llevado las notas de Duncan y su ordenador.

—Me apuesto lo que quieras a que es la primera vez que el Departamento de Policía de Somerset se las ve con un asesino a sueldo.

—Bueno, el comisario piensa que no es más que otro robo que ha acabado mal. Creo que es cuestión de tiempo que cierren el caso.

Owen se encogió de hombros, sin dar muestras de sorpresa.

—En fin, de todas formas, estoy seguro de que esos tíos no van a resolver este caso. ¿Tienes la matrícula del Kia? Puedo pedirle que la investigue también.

—Los últimos números eran cuatro, tres, cuatro. Una matrícula amarilla, así que es probable que sea de Nueva York. O quizá de Maine. Ah, otra cosa interesante. Pude echar un vistazo a la agenda de Duncan de las últimas semanas. Estuvo hablando por teléfono con alguien que trabaja en el Departamento de Justicia de Estados Unidos. Hunter Morse. Y, después, se apuntó que tenía que viajar a Washington. Escribió «Morse» justo al lado y lo subrayó varias veces.

—¿Tenía una agenda de verdad? ¿De ésas con anillas o qué?

—Yo también tengo una. No me juzgues. Me gusta. ¿Sabes que retienes mucho mejor la información si la escribes a mano? Me lo enseñó Duncan. Y, mira, no puedes piratearla. —Marina sacó del bolso una agenda forrada de cuero rosa y se la pasó a Owen por encima de la mesa del comedor.

—¿Y qué pasa si la pierdes?

—Que me moriría. Pero todavía no ha ocurrido.

Owen resopló; se acercó la agenda de Marina y le echó un vistazo.

—Madre mía, pero ¿quién fabrica estas cosas hoy en día? —Pasó los dedos por encima de las iniciales de Marina, «MT», que estaban labradas en oro en la esquina inferior derecha de la cubierta de cuero—. ¿Y qué harás cuando te cases? ¿No tendrás que cambiar esto? ¿Pondrá «Señora de Grant Ellis»?

La periodista dejó pasar el tono de burla en las palabras de su compañero.

—Quizá ni siquiera la necesite —respondió—, ya que no voy a trabajar más después de la boda. Quizá le pida a mi secretaria personal que me informe de mi horario todas las mañanas. Como Letitia Baldrige y Jackie Kennedy.

—*Touché*. Pero no vas a abandonarlo todo de verdad, ¿no?

—Sí.

Owen frunció el ceño y, de repente, adoptó una expresión de seriedad.

—Pero eres una periodista excepcional. Duncan te estaba preparando para que lo sustituyeras, ¿lo sabías? Aunque yo siempre pensé que deberías venirte a *The Wall Street Journal*.

—¡Pero si ni siquiera trabajas en el *Journal*!

—Ya sabes a qué me refiero. A un medio de noticias serias. *Press* se centra demasiado en los asuntos de sociedad. A ti te gustan las historias cañeras, siempre ha sido así. Pude ver esa chispa en tus ojos durante la investigación de los Darling. Te encantó. Lo llevas en la sangre, Marina.

—Lo dices como si tuviese una enfermedad.

—Es que es así, y yo también. El virus de la verdad. Por desgracia, no se puede curar.

Owen entrelazó las manos por detrás de la cabeza y se inclinó hacia atrás en la silla, pagado de sí mismo.

—Bueno, al menos coincidimos en que no debería quedarme en la revista. No puedo imaginar estar allí sin Duncan.

—Si quieres, puedo conseguirte trabajo en mi sitio web. Aunque igual es un poquito atrevido para ti, ahora que vives en Park Avenue.

—Lo voy a dejar, Owen —respondió ella negando con la cabeza—. Grant pronto tomará las riendas del negocio familiar. No podemos estar los dos de viaje todo el tiempo. Sobre todo si vamos a formar una familia. Siempre supe que iba a tener que dejar mi carrera. Se me ocurrió esperar a habernos casado, después de la boda, pero ahora que Duncan ya no está...

—Así que papá Ellis se va a presentar a candidato a presidente, ¿eh? ¿Los rumores son ciertos?

—Anunciará su candidatura uno de estos días. No me mires así.

—¿Qué? No te he mirado de ninguna forma.

—Te conozco lo suficiente como para saber cuándo me miras así.

—Es que estoy sorprendido, nada más —contestó Owen levantando las manos—. No te veo como la típica ama de casa de Park Avenue. Por cierto, es un cumplido, no una crítica.

—Bueno, quizá no sea un ama de casa de Park Avenue, sino de Washington.

—Contad con mi voto. Bueno, al menos es demócrata, ¿no? Uno nunca sabe, con los multimillonarios. ¿O prefiere que utilice el término *liberal de boquilla*?

—¿Quién es demócrata? —Marina estuvo a punto de caerse de la silla al oír una voz de mujer a su espalda.

Se volvió y se encontró de cara con una morena sensual, de piel aceitunada, ojos almendrados y un cuerpo que dejaría en evidencia a una modelo de trajes de baño. La mujer iba descalza y con los vaqueros arremangados. Marina no pudo evitar fijarse en el intrincado diseño que llevaba tatuado en el tobillo izquierdo y que parecía extenderse hacia arriba, por toda la pierna. A saber hasta dónde llegaba.

—Soy Yael —se presentó la mujer tendiéndole la mano—. Y tú debes de ser Marina.

Ella asintió y le estrechó la mano. Por una vez en toda su vida, se había quedado sin palabras.



—Deberías haberme despertado —le dijo Owen a Yael—. Se me estaba cayendo la baba, como si fuese un bebé.

—Necesitabas descansar —respondió ella mientras se reía. Tenía un ligero acento que a Marina le pareció israelí, pero no estaba segura.

—Cuando he dicho lo del huésped nocturno estaba de broma —comentó.

—Lo sé —dijo Owen con una sonrisa burlona.

La periodista se levantó de la silla y empezó a recoger sus cosas.

—Me voy, disculpad. Creí que habíamos dicho que...

—Espera, espera, ¿adónde vas? Estamos aquí para trabajar. ¿Te apuntas?

Marina miró a Owen, después a Yael y, por último, volvió a mirarlo a él. Estaba un poco aturdida por la vergüenza.

—Yael es programadora —explicó Owen—. Siempre estoy intentando contratarla, pero es demasiado cara. De todas formas, nos va a ayudar. Y, joder, créeme, nos va a venir muy bien.

De inmediato, la vergüenza de Marina se transformó en frustración.

—¿Cómo dices? Owen, no. No puedes... ¿Podemos hablar un momento? ¿En privado, por favor?

Yael, con los ojos muy abiertos, le lanzó una mirada a Owen que expresaba: «¡Vaya!».

—Escucha, Marina —dijo él—. Entiendo tus dudas, pero yo confío en ella. Es la mejor. Y no podemos hacerlo solos. Deja que te enseñe lo que hemos estado haciendo y lo comprenderás, ¿vale?

Marina vaciló. Por una parte, estaba furibunda con Owen por haber metido en la investigación a un nuevo miembro sin haberle preguntado antes. La fuente ya estaba bastante nerviosa, ¿y si descubría que tenía a un equipo examinando toda la información que le había enviado? Podría desaparecer sin decir una palabra. Podría ponerse en contacto con otro periodista. O, peor aún, podría jugársela e ir a ver a las autoridades.

Por otra parte, Marina era consciente de que el volumen de información que tenían que analizar era enorme. Cada minuto que pasaba era un minuto

perdido; cuanto antes se hiciese pública esa información, mejor les iría a todos. Owen acostumbraba a ser un llanero solitario en el trabajo: su incapacidad para trabajar codo con codo con otros compañeros cuando había que colaborar en una investigación grupal era uno de sus sabidos defectos. Así que, si él decía que necesitaban ayuda, lo más probable era que la necesitaran. Y si afirmaba que Yael era la mejor, lo sería. Aunque fuese idéntica a Jessica Alba.

—Vale —asintió Marina, y se sentó de nuevo en la silla—. Perdona, es que...

Yael la acalló con un gesto.

—Lo pillo. Este material es muy confidencial.

—*Maestra*, despierta, cielo —dijo Owen dirigiéndose al ordenador. Introdujo una contraseña y, con un zumbido, el aparato cobró vida—. Es hora de levantarse.

—¿«*Maestra*»?

—Así lo llamo yo —dijo Yael entre risas—. Es mío, por cierto,

—Y es una maravilla —añadió Owen.

—Creí que íbamos a utilizar el tuyo —comentó Marina dirigiéndose a Owen—, y creí que estábamos de acuerdo.

—¿Sabes lo que es un muro de aire? —preguntó Yael. Ella negó con la cabeza—. Este portátil no se ha conectado jamás a internet. Su red inalámbrica de área local, también conocida por las siglas WLAN, está desactivada, así que ningún cable LAN se conectará jamás a ella.

Marina se la quedó mirando.

—A ver, en pocas palabras, un ordenador sólo puede ser seguro si un muro de aire lo separa de otros sistemas —continuó Yael—. Así, nos aseguramos de que nadie puede entrar en el nuestro. Además, mi ordenador tiene quinientos gigas de memoria, es decir, puede procesar la cantidad de información que la fuente nos ha enviado. Bueno, hasta ahora.

Owen le lanzó una mirada a Marina, como diciéndole: «¿Ves? Por eso la

necesitamos».

—En resumen, lo que estoy haciendo es poner a punto una base de datos segura para todos los documentos. Ahora mismo, está todo catalogado. Al final me gustaría crear visualizaciones de datos para que aparezca cada empresa con sus entidades, así como el nombre de sus accionistas. Como si fuese un organigrama. De esa forma, podemos ver quién está relacionado con quién. Pero todavía no hemos llegado a ese punto.

—¿Cómo los estás catalogando? Los documentos, quiero decir; debe de haber millones.

—He utilizado el programa Nuix Investigator. Nuix es una empresa que desarrolla software para analizar y procesar documentos. Básicamente es un programa que te ayuda a examinar y analizar enormes cantidades de información; incluso es capaz de buscar en archivos en los que antes era imposible, como archivos en formato PDF y en documentos escaneados. Es superguay.

A Marina la impresionó que Yael no se molestase por todas las preguntas que le estaba haciendo. En realidad, parecía emocionada de poder hablar con alguien sobre el proyecto.

—Y cuesta un ojo de la cara —dijo Owen—. No es como la nueva versión del Adobe Acrobat o algo así. No puedes salir a la calle y comprarlo.

—Más que nada lo utilizan las fuerzas policiales y los bufetes de abogados —añadió Yael—. También la Comisión de Bolsa y Valores de Estados Unidos. Sitios así. Pero Christophe Martin me ha conseguido una licencia. Así que estamos en marcha.

Marina frunció el ceño.

—¿Christophe Martin, jefe del ICIJ, el Consorcio Internacional de Periodistas de Investigación?

No le gustaba la idea de que el jefe del ICIJ estuviese involucrado en el proyecto. El ICIJ era una red mundial de más de ciento cincuenta periodistas que colaboraban en historias de investigación importantes y que cruzaban

fronteras. Si bien Marina no sentía más que respeto por su trabajo, no podía imaginarse que ciento cincuenta periodistas de todas partes del mundo estuviesen metidos en aquella historia. ¿Cómo iban a poder trabajar con tantas manos en la olla? Y ¿podían decirle a la fuente que en menos de veinticuatro horas habían dejado de ser un equipo de dos periodistas para ser uno de ciento cincuenta? Estaba claro que si la fuente hubiera querido que hubiese tantos periodistas metidos en el caso, habría ido directamente al ICIJ con sus pruebas.

—Christophe es amigo mío. No te preocupes, no sabe para qué estoy usando el programa. Él confía en mí —le aseguró Yael.

—Piensa que es como un superGoogle —explicó Owen—. En el fondo, los archivos que quieres analizar están subidos en el programa como pruebas. De forma automática, Nuix los cataloga. Con el catálogo ya creado, podemos buscar lo que queramos. Podemos introducir un nombre, el nombre de una empresa, el que sea. Y Nuix nos devolverá todos los documentos relacionados con nuestra búsqueda. Es una pasada.

—¡Vaya! ¿Incluso si el documento es un PDF? ¿O un fax?

—Sí, eso es lo mejor. —A Yael le brillaban los ojos—. Nuix es un programa muy sofisticado. Tiene reconocimiento óptico de caracteres. Así que, si hay una foto en la que aparezco yo delante de un bufete de abogados y al fondo se puede leer «Schmit & Muller» en la puerta, Nuix también lo incluirá en los archivos. Los buscadores normales no pueden hacerlo.

—¿Ya está todo catalogado? —preguntó Marina con incredulidad. Pensaba que les llevaría días, puede que semanas, tener que revisarlo todo de forma manual, con el ratón. Pero, en cambio, habían adelantado las cosas a la velocidad de la luz. Ya podían pasar a la parte más divertida: escribir el artículo.

—Ajá —asintió Yael—. Nos hemos quedado despiertos toda la noche, pero ya está hecho.

—Todavía nos está enviando más archivos —informó Owen—. Nos

llegan por tandas. Quizá ni siquiera *Maestra* sea capaz de procesar todo lo que ese tío tiene en sus manos.

—Ahora ya estamos metidos hasta el fondo —dijo Yael encogiéndose de hombros—. Tenemos a punto una base de datos segura. Sólo hemos de empezar a buscar en ella. Podemos añadir más archivos e información a medida que nos llegue.

—¿Tenéis alguna idea o teoría de dónde proviene toda esa información?

—Al principio supusimos que la fuente era alguien de dentro de uno de los grandes bancos que están en un paraíso fiscal; el Banco Internacional del Caribe, por ejemplo, o Swiss United. Pero ahora nos da la sensación de que todo esto proviene de un bufete de abogados de Luxemburgo: Schmit & Muller. Al parecer, son el bufete al que acuden todos estos bancos que están en paraísos fiscales, como el BIC o Swiss United. Actúan como intermediarios, por así decirlo. Ayudan a los clientes a crear empresas fantasma con falsos directivos. Y, después, ingresan el dinero de las empresas fantasma en los bancos. No consigo comprender cómo todavía siguen en activo. Me impresionaría saber que esa gente tiene tiempo para hacer negocios legales.

—Madre mía. ¿Quién creéis que es la fuente? ¿Quizá un exempleado resentido?

Yael negó con la cabeza.

—Toda la información que recibimos es reciente. Nos están llegando correos con fecha de ayer. Quienquiera que sea nuestra fuente, sigue vivo y trabajando para Schmit & Muller. Y puede acceder a su base de datos entera. Es como si hubiésemos entrado en sus ordenadores. Estamos viendo lo que sucede en el interior mientras ocurre. Somos como la cámara oculta en un bufete de abogados corrupto hasta las entrañas.

—Es un gran riesgo.

—Es una locura —coincidió Owen—. En serio, deberíamos contactar con el tío ese cada poco tiempo, para asegurarnos de que sigue vivo. Hacen falta

un buen par de cojones para robar información en tiempo real. La mayoría de las fuentes roban lo que necesitan y luego salen corriendo. En cambio, ese tío roba lo que quiere, nos lo envía y sigue robando más.

—No creo que *robar* sea la palabra adecuada —replicó Yael—. Está haciendo lo correcto. Ese tío es el soplón del año. Puede que de la década.

—Vale, tienes razón. Es el Robin Hood de la información. Roba a los ricos corruptos y nos lo da a nosotros, los pobres nobles de corazón. Lo siento, Marina, sé que ya no formas parte del proletariado, ahora que estás comprometida y te vas a casar con Grant Ellis.

—¿Habéis buscado a Morty Reiss? —preguntó ella, ignorando el comentario de Owen.

El periodista y Yael intercambiaron una mirada.

—A ver, Yael y yo hemos estado debatiendo cuál es la mejor manera de proceder —dijo Owen—. Los dos coincidimos en que quizá es hora de llamar a la caballería. Si involucramos al ICIJ, podemos tener a un grupo de periodistas trabajando en esto. Sólo a los mejores. Trabajaremos con Christophe para determinar con quién contaremos. Cada periodista cubrirá una región: Rusia, China, el Reino Unido... Tú y yo podremos elegir en qué historias de Estados Unidos queremos trabajar, y distribuiremos el resto entre varios periodistas del país; quizá compañeros que trabajen en el *Times*, *The Wall Street Journal*, el *Post*... Podemos hablarlo. Después, todos publicaremos los artículos a la vez. El mismo día a la misma hora. Será increíble. Será la filtración más grande de la historia.

Marina negó con la cabeza.

—Me parece demasiado arriesgado.

—Esta historia es más importante que Morty Reiss, Marina. Reiss no es más que un pececillo nadando en un gran estanque ilegal y lleno de mierda.

—¿Y algo de Matthew Werner?

—Lo hemos mirado. Y no ibas desencaminada. Werner no es que fuese muy interesante, pero la mujer con la que iba en el accidente de avión, Fatima

Amir, lo era, y mucho. Ven a ver esto.

Marina acercó la silla hasta colocarse al lado de Owen. Yael se quedó de pie detrás de ellos, con los brazos cruzados. El hombre tecleó «Fares Amir» en el ordenador.

Entonces, en la pantalla apareció una copia brillante de la foto del rostro de un hombre, sacada de un fondo de inversión libre con sede en Londres, Amir Group. Era Fares Amir, sonriente: un hombre atractivo, con poco pelo pero peinado a la perfección, unas gafas de carey y una corbata de Hermès de color azul intenso que contrastaba con su piel oscura. El hombre se mostraba como el banquero británico por antonomasia.

—Éste es Fares Amir, el hermano de Fatima.

—«Fares Amir es el director ejecutivo a cargo del servicio al cliente de Amir Group, un fondo de inversión libre que fundó su hermana, Fatima, en 2009 —leyó Marina—. Fares se graduó en Oxford y en Cambridge, y antes de empezar a trabajar en Amir Group pasó varios años en Goldman Sachs, un grupo de banca de inversión, en el área principal de inversión en bienes raíces.»

—Un currículum increíble, ¿verdad? Se le olvida añadir que su mayor «cliente» es su primo, Bashar al-Assad. Con quien, en público, niega tener cualquier tipo de relación. Si no fuese así, acabaría en las listas de sanciones. Pero, en privado, lleva años blanqueándole el dinero a su primo.

Con un nuevo clic del ratón, apareció otra foto granulada de los dos hombres morenos, vestidos con traje. En la imagen aparecían caminando hombro con hombro, con las cabezas agachadas, como si estuviesen compartiendo un secreto. Marina echó un vistazo a la pantalla. No había duda de que uno de ellos era al-Assad. El otro se parecía muchísimo a Fares Amir.

—Fares es cliente de nuestros amigos de Schmit & Muller. Con su ayuda, crea una serie de empresas fantasma con nombres inofensivos como «British Corporation» o «Islands Properties Inc.». Al-Assad invierte dinero en British Corporation, por ejemplo, por lo general en lingotes de oro que ha comprado

con dinero sucio que ha conseguido de la venta de armas o de sobornos de funcionarios corruptos. Entonces, British Corporation lo sana y utiliza el oro para comprar una propiedad, que luego le venden a Island Properties. Este intercambio continúa entre un montón de empresas fantasma, hasta que la fuente original del dinero se torna tan borrosa que es casi imposible encontrarla. Al final, la propiedad se vende a uno de los clientes de Fares de Amir Group. El cliente está encantado porque ha podido comprar la propiedad con un considerable descuento, y a al-Assad le da igual perder un poco de dinero porque ahora es dinero limpio, que tiene guardado en su cuenta bancaria de Swiss United, listo para que uno de sus compinches lo pueda sacar.

Marina se quedó fijando la mirada en la pantalla con unos ojos como platos.

—¿Y tenéis pruebas de todo eso? —le preguntó a Owen—. ¿Pruebas documentales que lo demuestren?

—Sí, pruebas documentales. Correos muy explícitos. La verdad es que es increíble lo corruptos que son esos tíos. Literalmente hablan de lo que están haciendo como si fuese un negocio como cualquier otro: «Al señor al-Assad le gustaría hacer una transferencia de diez millones de dólares estadounidenses en cuatro empresas nuevas. Comprende que por dicha transacción tendrá que pagar quinientos mil dólares estadounidenses. Le gustaría que dicho movimiento estuviera hecho para el cierre de la sesión del viernes». Cosas así. Y, además, tenemos las cuentas bancarias, las confirmaciones de transferencias electrónicas, los documentos de constitución de las empresas fantasma... Todos esos archivos están guardados en unas carpetas ordenadas por nombres que nos llegan directamente de la base de datos interna de Schmit & Muller.

—¿Y a esa gente nunca se les pasó por la cabeza que alguien podría piratear su sistema? ¿O que podrían filtrarse todos esos archivos? —preguntó Marina.



—Cuentan con un sistema de seguridad increíblemente sofisticado —explicó Yael—. Schmit & Muller es como la base militar de Fort Knox. La única forma que existe de que esa información salga de allí es a través de un topo. Y supongo que también tendrán sus métodos para evitar que eso suceda.

—Pues no han sido capaces de evitar esta filtración —repuso Marina con el ceño fruncido.

—No. Pero creo que lo intentaron. —Con un clic, Owen abrió una conversación por correo electrónico entre Hans Hoffman y Julian White—. ¿Te acuerdas de estos tíos? ¿De los correos de Morty Reiss? Hoffman es uno de los mandamases de Schmit & Muller. White, en cambio, trabaja como banquero privado de Swiss United. Está bajo las órdenes de Jonas Klauser, el director del banco.

—Sí, me acuerdo de ellos.

Marina leyó el correo por encima. Se estremeció y se cruzó de brazos en un acto reflejo. El contenido era breve y las palabras eran escalofriantes.

Fecha: 20 de octubre de 2015

De: Julian White

Para: Hans Hoffman

Asunto: EXTREMADAMENTE CONFIDENCIAL. Ver archivos adjuntos

Hemos confirmado que, en el último mes y medio, Fatima Amir se ha reunido con un agente del MI6 por lo menos en tres ocasiones distintas. En su segundo encuentro estaba también presente Matthew Werner, su banquero de Swiss United. Creemos que ambos han proporcionado, y proporcionarán, a las autoridades información financiera confidencial relacionada con Fares Amir, Bashar al-Assad y sus socios.

Adjunto fotografías.

Marina abrió las imágenes haciendo doble clic con el ratón. Estaban muy granuladas y las habían sacado desde arriba; en ellas aparecían dos hombres y una mujer, sentados en una terraza privada de lo que parecía un hotel. Estaban reunidos alrededor de una mesa, y la sombrilla ocultaba una parte del rostro de ella. Se estaba inclinando hacia delante, con la mano encima de un

sobre de papel manila. Uno de los hombres llevaba un maletín. En las siguientes fotografías podía verse cómo éste analizaba el contenido del sobre y, después, lo guardaba en el mismo.

—Así que... ¿Fatima Amir estaba pasando información que incriminaba a su propia familia al MI6?

—Su hermano blanquea dinero. Su primo es un criminal de guerra. Cualquiera que piense que proviene de una familia desestructurada debería conocer a los Amir.

—Pero nuestro topo está en Schmit & Muller, trabaja allí —insistió Marina—, y por lo que sabemos nuestro topo sigue vivo. Así que Fatima Amir y Matthew Werner no fueron quienes le pasaron la información a Duncan. Aunque es demasiada coincidencia, ¿no? ¿Que todos acabasen muertos el mismo día? Algo no me encaja.

—Quizá en Schmit & Muller no supiesen de dónde se filtraba la información. Lo único que sabían era que alguien estaba pasando información a las autoridades. Y, al parecer, eso era lo que estaban haciendo esos dos.

—Así que ella era un topo, pero no el nuestro.

Yael abrió otra imagen. En ella se podían ver los restos de un avión, esparcidos por la reluciente cima de una montaña.

—Y así es como se encargan de los topos.

—Dios santo.

—El avión se estrelló sólo cuarenta y ocho horas después de este intercambio de correos. El mismo día en el que mataron a Duncan. Qué oportuno, ¿verdad?

—Si por *oportuno* te refieres a *escalofriante*, sí.

—Ah, ¿y te acuerdas del viaje de Duncan a las islas Caimán?

—Sí —asintió Marina—. Los hombres de Schmit & Muller dedujeron que tenía una fuente dentro del Banco Internacional del Caribe.

—Bueno, pues adivina quién apareció muerto justo el día después de que

Duncan se marchase de allí. Un inesperado accidente en barca.

—Un banquero del BIC.

—Premio para la dama.

—Así que tenemos a dos banqueros privados, una clienta de un banco privado y un periodista muertos —dijo ella sacudiendo la cabeza.

—Pero a un topo vivito y coleando —respondió Owen, acercándose al ordenador. Con el dedo, señaló la pantalla—. Nos está enviando más información ahora mismo. Venga, vamos a trabajar. Si vamos a ir a ver al ICIJ con toda esta información, primero necesitamos una base de datos segura a la que puedan acceder diferentes usuarios repartidos por todo el mundo.

—Pero tenemos que conseguir la aprobación de la fuente. No podemos involucrar a todo un equipo de periodistas sin decirle nada.

—Marina, el tío ya está en el tiempo de descuento. Creo que se dará cuenta de lo beneficioso que puede resultarle tener al ICIJ respaldándolo.

—¿Christophe Martin está dispuesto a ayudarnos?

—¿Estás de coña? —respondió Yael con una gran sonrisa—. Es la historia de su vida. Para él..., para todos.

## Annabel

Fares Amir vivía en una majestuosa casa eduardiana, en Lygon Place, una zona de acceso privado, en el barrio de Belgravia. Todas las casas de Lygon Place eran impecables y su construcción era casi uniforme. Tenían excelentes fachadas de ladrillo rojo, contraventanas de madera negras, celosías en las ventanas y puntiagudos tejados que a Annabel le recordaban a las ilustraciones de Londres de *Peter Pan*. El patio central se encontraba pulcramente cuidado, situado tras una verja de seguridad con servicio de portería. A Annabel le temblaban las manos cuando abrió la puerta y la dejó cerrarse a su espalda. Aunque era un domingo a media mañana, el patio estaba más silencioso que una biblioteca. Por encima de su cabeza, los árboles susurraban entre la brisa y, en la distancia, Annabel podía oír, sólo como un murmullo, el sonido del tráfico en la calle Ebury. Londres y, en particular, esa parte de la ciudad, era mucho más tranquilo que Nueva York. A Annabel la sorprendió lo curioso que resultaba que un hombre que podría ser, como mínimo de forma tangencial, responsable de la destrucción masiva de ciudades enteras en Siria, pudiese vivir en un lugar como aquél.

Antes de llamar a la puerta principal, ésta se abrió. Un hombre vestido de traje le indicó que entrara con un gesto. Annabel no pudo determinar si era un mayordomo, un guardaespaldas o un socio comercial. En cualquier caso, él sí sabía con exactitud quién era ella.

—Por favor, pase, señora Werner —le indicó cogiendo su abrigo—. La acompañaré a la biblioteca. El señor Amir la está esperando.

Annabel lo siguió, a través de un largo vestíbulo, hasta una biblioteca con las paredes revestidas de madera de roble y vistas al patio. En un extremo de

la habitación había dos sillones en torno a una mesita de centro, atiborrada de libros. No sabía si sentarse o no, así que se quedó de pie, nerviosa, junto a la chimenea. Encima de ésta había colgado un Monet exquisito. No pudo resistirse y se acercó.

—Es una obra maravillosa, ¿verdad? —comentó Fares Amir a su espalda—. Es un maestro de la luz y el color. La forma en que representa el cielo, aquí, es excepcional. Lo compré en una subasta hace sólo unos días. Creo que ahí queda genial.

Ella se volvió y le ofreció la mano avergonzada.

—Sí, genial —dijo con las palabras atascadas en la garganta—. Soy Annabel Werner. Gracias por recibirme.

—Desde luego. —Fares le indicó con un gesto que se sentara en uno de los dos sillones, junto a la chimenea—. ¿Le apetecería tomar algo? ¿Té? ¿Agua?

—Estoy bien, gracias. —Fares hizo un gesto con la cabeza a su empleado, que cerró las puertas de la biblioteca, dejando solos a Fares y a Annabel.

—Siento su pérdida, señora Werner. Sólo estuve con su marido una o dos veces, pero Fatima siempre hablaba maravillas de él.

—Gracias. Yo también siento su pérdida.

—¿Llegó a conocer a mi hermana?

Annabel negó con la cabeza.

—No. Matthew era muy reservado con su trabajo. Nunca me habló de ella.

—La discreción es, quizá, la cualidad más importante que puede tener un banquero privado.

Aunque a ella le pareció que ése era un comentario raro y, posiblemente, amenazante, asintió con la cabeza mostrando su acuerdo.

—Matthew también lo pensaba.

—Tengo sus cosas. Supongo que se estará preguntando cómo acabaron en casa de mi hermana. Sé que yo me lo preguntaría si estuviese en su posición. Le aseguro que, en contra de lo que han sugerido los tabloides, su relación de

negocios era tan sólo eso, una relación de negocios. No conocía bien a su marido, señora Werner, pero sí conocía a mi hermana. Era una profesional consumada y una persona muy leal. Jamás habría cruzado ese límite ético. Si le soy sincero, para mí es inconcebible.

—Yo también confiaba en mi marido, señor Amir. Incondicionalmente. Estoy segura de que hay una buena explicación para que se estuviese quedando en casa de su hermana en lugar de en un hotel.

Fares asintió. Parecía complacido de que hubiera llegado a su misma conclusión.

—Me temo que la hay. Y que es culpa mía. Verá, mi hermana era una mujer poderosa. Dirigía un fondo de inversión de veinte mil millones de dólares. Yo trabajaba para ella, aunque ella nunca lo dijese. Siempre era lo bastante amable como para decir que yo trabajaba con ella. —Se rio y Annabel hizo lo posible por sonreír con él. Pensó que estaba curiosamente relajado, para ser un hombre que acababa de perder a su hermana en un accidente de avión.

»Mi hermana tenía acceso a una gran cantidad de información confidencial. Y, como su banquero, Matthew también. Mi trabajo era garantizar la seguridad de esa información. Hace poco tuvimos algunos problemas referentes a la filtración de datos fuera de nuestra empresa. De modo que, como la persona atenta que soy, insistí en que Matthew se quedara en casa de Fatima, en lugar de en un hotel. Quería asegurarme de que utilizaba una red segura. Con los hoteles, nunca se sabe. Eso es algo que solemos hacer con todos nuestros banqueros y abogados. Jonas Klauser se quedó aquí, conmigo, justo el mes pasado. Entiendo que, de primeras, podría parecer inusual o incluso inapropiado, pero, de verdad, sólo se trata de un asunto de seguridad.

Annabel asintió. Quería creer a Fares, pero su explicación le pareció demasiado perfecta. Ensayada, incluso. No muy distinta de la descripción que el agente Bloch le había dado sobre el propio accidente.

—Gracias —respondió—, sabía que había un motivo para que se quedara allí, pero me ha dejado más tranquila ahora que sé cuál es.

—Me alegra oír eso.

—¿Ha dicho que tuvieron problemas de seguridad en su empresa? Cuando se enteró del accidente de avión, ¿se preguntó en algún momento si...? —La voz de Annabel se fue apagando. No quería arriesgarse a ofenderlo. Pero estaba desesperada por ver si flaqueaba cuando ella empezara a preguntarle por el accidente.

—¿Si fue un juego sucio?

—Sí.

—Por supuesto. Me imagino que usted también. Pero tenemos nuestro propio investigador. Su conclusión fue que se trató de un accidente. Una tragedia, sin duda, pero accidental.

Ella asintió.

—Me alegro de oírlo —dijo despacio—. La idea de que alguien quisiese hacerle daño a Matthew... me resulta muy dolorosa.

—Lo entiendo muy bien.

Se quedaron sentados en silencio durante un momento. Después, Annabel se puso de pie, esperando no estar llevando a cabo una salida ofensivamente abrupta. La realidad era que le ponía los pelos de punta estar sentada frente a Fares Amir y permitir que siguiera mintiéndole.

—No quiero entretenerlo en su trabajo —dijo—. Gracias por recibirme. Y por devolverme las cosas de Matthew.

Fares se puso también de pie.

—Ha sido un placer. Emmet, mi asistente, se las entregará a la salida. No hay nada significativo, la verdad. Sólo su abrigo y una memoria USB que, por las razones que ya le he explicado, no dejamos que entrara en nuestras instalaciones. Espero haberla dejado tranquila respecto a la visita de su marido a Londres. Si tiene cualquier otra pregunta o si puedo hacer algo por usted, por favor, no dude en ponerse en contacto conmigo.

—Lo haré, gracias.

—¿Va a volver a Ginebra?

—Me estoy quedando en casa de un viejo amigo aquí, en Londres, hasta mañana. Después he pensado en volver y empaquetar todo lo que hay en nuestro piso de Ginebra. Me gustaría regresar a Nueva York cuanto antes. Nueva York es mi hogar. Creo que, ahora mismo, es el mejor lugar para mí.

—Parece un plan inteligente.

—Ha sido muy amable, señor Amir. De nuevo, siento mucho su pérdida. Mis pensamientos estarán con usted y su familia.

—Y los míos con la suya.

Annabel no pudo evitar posar los ojos sobre el Monet mientras salía de la habitación.

—Es realmente magnífico —dijo deteniéndose frente a él un momento—. Me encantan sus últimas obras. Son tan elegantes en su simplicidad... Sólo el cielo, las montañas, la luz. Éste lo pintó durante la época que pasó en Antibes, ¿no? La calidad de la luz es extraordinaria.

—Tiene buen ojo, señora Werner.

—En Nueva York trabajaba en una galería de arte.

—Debería volver a hacerlo. Pocas cosas ofrecen consuelo en este mundo como un buen cuadro.

—Sin duda.

Annabel extendió la mano y, mientras él se la estrechaba, sus ojos se encontraron.

—Me ha sido de mucha ayuda, señor Amir.

—Tenga un buen viaje de vuelta a casa, señora Werner.

Cuando regresó a Shoreditch, la puerta del apartamento de Khalid estaba entreabierta. Vaciló un instante y, después, entró. Todo estaba hecho un desastre. Había ropa tirada por el suelo. Papeles esparcidos sobre la mesa del



comedor. Música de rap retumbando tan alto desde los altavoces de la estantería que el suelo del umbral de la puerta vibró bajo sus pies. Annabel sintió frío. Se dio cuenta de que la ventana estaba abierta. ¿Debía salir corriendo? ¿Y si alguien había ido a por ella, a por el portátil, y en su lugar se había encontrado a Khalid? Si le había pasado algo por su culpa, no se lo perdonaría jamás.

—¿Khalid? —lo llamó. No hubo respuesta.

»¡Khalid! —volvió a llamarlo, esta vez con insistencia.

Procedente de la habitación, oyó el débil sonido del agua corriendo. Caminó hacia allí, acelerando el paso a medida que se acercaba. Cuando su mano tocó el pomo, la puerta se abrió de golpe. Se le escapó un pequeño grito.

—Joder, Annabel —exclamó Khalid. Estaba saliendo de la ducha. Llevaba una toalla alrededor del cuello; por lo demás, estaba desnudo. La cogió rápidamente y se la puso alrededor de la cintura, no antes de que ella enrojeara de vergüenza—. Me has dado un susto de muerte.

—¡Tú sí que me has dado un susto! Cuando he llegado he encontrado la puerta principal abierta, la música estaba a tope y había ropa por todas partes... He pensado que...

—He salido a correr. Y, sí, soy un vago. No estoy acostumbrado a tener una compañera de piso.

—No, ¡eso me da igual! Es sólo que...

—¿Pensabas que me habían secuestrado?

—¡Sí! O algo por el estilo. —Annabel se llevó la mano al corazón—. Madre mía, qué susto. Lo siento. Supongo que estoy un poco nerviosa.

—Yo también. Por eso he salido a correr. Tenemos que hablar sobre el ordenador de Matthew. Pero, primero, ¿cómo ha ido tu visita a Fares Amir?

—A lo mejor deberías... —Ella señaló su torso—. Puedo esperar un minuto.

—Joder, perdona. Voy a vestirme.

Annabel cerró la puerta de la habitación al salir. Recogió la ropa de Khalid del suelo. Como no sabía dónde ponerla, la dejó sobre un montón ordenado que estaba en el sillón. Matthew también solía hacer eso. Después de hacer ejercicio, tiraba la ropa al suelo y se metía en la ducha, sin molestarse en echarla dentro del cesto de la colada. En ese momento se preguntó por qué aquello la fastidiaba tanto. En Nueva York no le importaba. Pero en Ginebra le parecía un insulto. Como si él diera por hecho que ella estaba allí para ir recogiendo detrás de él. Como si no tuviera nada mejor que hacer.

Empezó a ordenar el desastre de la mesa del comedor de Khalid. Tiró un vaso vacío de Starbucks y puso en el fregadero un plato con una corteza de sándwich. Un montón suelto de correos electrónicos impresos llamó entonces su atención. Los cogió y se fijó en el nombre de Matthew. Era una dirección de correo distinta, una que ella no había visto nunca.

—Me he metido en su ordenador —dijo Khalid a su espalda—. Me ha costado un rato. No se andaba con gilipolleces con el tema de la seguridad.

Annabel sostuvo en alto el montón de emails.

—¿Qué son?

—Sus correos electrónicos. Para un tío del Departamento de Justicia, Hunter Morse. Estaba negociando un acuerdo con él. Un acuerdo de inmunidad.

—Pero él no hizo nada malo.

—Bueno, eso no es del todo cierto. —Khalid acercó una silla a la mesa y le hizo un gesto a Annabel para que se sentase—. Es decir, el trabajo de esos tíos, de esos banqueros, es ayudar a su cliente a esconder dinero en paraísos fiscales. Así que, en última instancia, es probable que él estuviera ayudando a gente, conscientemente, a evadir impuestos.

—¿Cómo se puso en contacto con alguien del Departamento de Justicia?

—Por lo que he visto, Hunter Morse contactó con él hace unos meses. Estaba investigando a Swiss United y estaba buscando a alguien de dentro con quien hablar. Parece que Matthew estaba harto de la forma de negociar

de Jonas Klauser, sobre todo con gente como Bashar al-Assad. Matthew fue a Nueva York para reunirse con Morse. Después tenía que volver a Ginebra para empezar a recopilar, en memorias USB, los datos de las copias de seguridad de dentro del banco. El trato era que enviaría por FedEx las memorias USB a buzones de recepción en las oficinas de correos de Estados Unidos, donde el agente Morse las recogería y las distribuiría. La información tenía que incluir los nombres y los extractos bancarios de cualquier ciudadano estadounidense que escondiera bienes en Swiss United, así como a cualquier individuo que estuviese en listas de sanciones internacionales.

—Eso era lo que se suponía que debía hacer. ¿Y lo hizo?

—Bueno, esta cadena de correos tuvo lugar alrededor de una semana antes de su muerte. Dijo que había enviado alguna información, pero que quería una garantía de inmunidad ante una acusación antes de enviar el resto. Creo que la información que faltaba pertenecía a clientes suyos. Así que lo que yo creo es que, al enviársela a Morse, se estaría incriminando él mismo.

—Pero ¡era un soplón! Los estaba ayudando de forma voluntaria. ¿Por qué iban a acusarlo?

—Morse le dijo que no lo harían. El Departamento de Justicia no lo haría, en cualquier caso. Pero no podía hablar por la SEC, la Comisión de Bolsa y Valores, ni por el IRS. Matthew parecía enfadado. Quería una garantía de la SEC y, también, del IRS. No obstante, Morse pensaba que era demasiado arriesgado. Le dijo que cuanto menos gente supiera del tema, mejor. Quería que Matthew confiara en él.

—¿Entonces...? ¿Matthew le envió los datos o no?

—No sé si tuvo la oportunidad. Murió dos días después.

Ella se desplomó hacia atrás en la silla.

—Por Dios.

—Lo sé. Lo siento mucho, Annabel.

A continuación, se quedaron sentados en silencio. Pasaron los minutos.

Finalmente, ella alzó la vista.

—¿Los datos están en el ordenador? ¿Los que le estaba enviando a Morse? Khalid asintió.

—No sé si está todo, pero hay mucho. Annabel, hay cosas horribles.

—¿Qué quieres decir?

—En su portátil tenía datos de ciento diecisiete personas. Alrededor de la mitad son sólo evasores de impuestos normales y corrientes. Ya sabes, primeros ejecutivos que ocultan dinero en Swiss United y lo usan para comprar obras de arte o yates o lo que sea. Y no pagan ningún impuesto.

—¿Y la otra mitad?

—No es tan agradable. Tu amigo Fares Amir es uno de ellos, por ejemplo. Estaba actuando como mediador entre al-Assad y todos sus secuaces. Más de cuatro mil millones de dólares se introdujeron en Swiss United a través de Amir y, luego, desaparecieron en cuentas numeradas. Ese sitio es como un agujero negro gigante de dinero sucio.

—¿Fatima lo sabía? ¿El suyo también era dinero sucio? —Annabel hizo una mueca de dolor. No podía soportar pensar que Matthew ayudara a un criminal de guerra como al-Assad. Una cosa era enseñar a un ejecutivo a eludir las leyes fiscales y otra muy distinta contribuir a financiar una guerra brutal e interminable contra civiles inocentes.

—No lo creo. Matthew estaba intentando ayudarla. Le preguntó a Morse si podía proporcionarle asilo en Estados Unidos, a cambio de información sobre su hermano y la red de al-Assad.

—¿Y Morse accedió?

—No tuvo la oportunidad.

Annabel cerró los ojos.

—Tengo miedo, Khalid. Estoy aterrada.

—Sinceramente, yo también. ¿Qué opinas sobre Fares Amir?

—Hay algo en él que no me cuadra nada. Si no fue él quien los mató, desde luego, no está llorando por ello.

Khalid esbozó una mueca.

—Me da mucho más miedo Fares que Swiss United. Y la verdad es que Swiss United da un miedo de la hostia.

—Compró un cuadro. Un Monet. Después de que ella muriese.

—Eso parece algo muy raro. Es decir, justo después de perder a tu hermana. ¿Quién pasa el duelo gastándose millones en obras de arte?

Annabel sacudió la cabeza.

—No es el hecho de que lo comprara. Es el cuadro en sí lo que me perturba.

Khalid ladeó la cabeza confuso.

—Es de los Alpes —explicó ella—. Del monte Trélod. Y lo tiene colgado encima de la maldita chimenea.

Annabel observó cómo su amigo procesaba lo que acababa de decir.

—El avión —dijo él abriendo mucho los ojos— se estrelló...

Ella asintió.

—Tengo que irme. No creo que aquí esté segura. No creo que esté segura en ninguna parte mientras tenga eso. —Ambos miraron el portátil.

—Tienes que llegar hasta Morse. Él puede ayudarte.

—Yo también lo creo. Pero primero tengo que volver a Ginebra. Empaquetar mis cosas. Conseguir que parezca que me voy para siempre. Luego, después de volver a Estados Unidos, se lo llevaré a Morse. Si simplemente desaparezco ahora sabrán que pasa algo. Vendrán a por mí. Y es probable que me encuentren.

Khalid se quedó callado, pensando.

—Eso es arriesgado —dijo por último.

—Ya lo sé.

—Pero podrías tener razón. Si vuelves, te haces la tonta y, después, te marchas, podrían no sospechar de ti. Incluso cuando empiecen a arrestar a gente, podrían suponer que fue Matthew quien le dio la información a Morse.

—Exacto. Tengo que volver. Es la única manera.

Khalid se mordió el labio.

—Déjalo aquí —dijo.

—¿El portátil? No puedo pedirte que lo guardes.

—Aquí está más seguro. Déjalo aquí. Después, cuando regreses a Estados Unidos, haz escala en Heathrow. Nos veremos allí y te lo daré. Luego ve directa a ver a Morse, ¿de acuerdo?

—¿Estás seguro? Siento que ya te he puesto bastante en peligro.

Khalid sonrió. Cogió la mano de Annabel y la estrechó entre las suyas.

—Siempre puedes acudir a mí, vieja amiga.

—Gracias —susurró ella. Usó el dorso de la otra mano para secarse las lágrimas—. Por todo.

—No me las des. Sólo vuelve. Vuelve de una pieza, ¿vale?

Annabel asintió.

—Volveré —aseguró.

Pensó en la última vez que había hablado con Matthew y en cómo él le había hecho repetirle sus palabras. «Sabes que siempre voy a volver, ¿verdad? Tan pronto como pueda. Dime que lo sabes.» «Sí, claro —respondió ella—. Sé que siempre vas a volver.»

## Marina

Hola, soy Miles. He investigado la matrícula parcial del Kia. Sin resultados. También ha llegado el análisis de huellas. Nada. Creo que estamos en un callejón sin salida. Llámame cuando puedas.

Marina estaba en el centro del salón de baile del hotel Mandarin Oriental, bajo la enorme lámpara de araña de cristal que iluminaba la estancia; era tan grande que casi parecía el cielo de una noche estrellada. Los invitados a la fiesta pasaban por su lado, hablando y riéndose, mientras alababan sus trajes y criticaban los de aquellos que estaban junto a ellos. Algunos hacían contactos; otros intentaban llamar la atención de los periodistas de sociedad que vagaban por la fiesta en busca de los invitados a quienes más valía la pena fotografiar. No hacía mucho, Marina había sido una de esos periodistas; en aquella época, las galas benéficas como ésa —en las que las mesas costaban cincuenta mil dólares y se acababan antes incluso de que se enviaran las invitaciones— le resultaban tan estimulantes como una batida de caza mayor.

Pero eso había quedado atrás; ya no asistía como periodista, sino como invitada. Era una de las personas a las que buscaban fotografiar. Las entradas para eventos como aquél aparecían en su buzón sin que ella tuviese que mover un dedo; ya fuese por la gran suma de dinero que la familia de Grant donaba a la caridad, o simplemente por ser quienes eran los miembros de su familia política y lo mucho que la gente ansiaba que asistiesen a esa clase de eventos. Casi diez años atrás, cuando empezó a trabajar en *Press*, todo aquello era lo que creía que quería. Acceso real a esas fiestas, y no aquel que le otorgaba un pase de prensa colgado del cuello.

Por lo general, Marina se alegraba de estar rodeada de mucha gente. Sobre todo de mucha gente bien vestida, interesante e importante. Sin embargo, esa noche estaba demasiado nerviosa como para disfrutar de la velada. Desde lo sucedido en Connecticut, no podía deshacerse de la sensación de que alguien la seguía. Buscaba al hombre de la gorra por todas partes: en la calle, mientras hacía la compra, en el gimnasio... En una ciudad tan concurrida como la de Nueva York, esa sensación podía acabar con la salud mental de cualquiera. Demasiadas caras desconocidas; demasiadas ventanas tras las que podría estar acechando. Que no hubiese vuelto a verlo desde su encuentro en Connecticut no implicaba que no estuviera por allí.

¿Has tenido suerte con alguna de las matrículas?, le escribió a Owen.

He encontrado el sedán, respondió el periodista. Llámame en cuanto puedas.

—Marina, ¿qué tal?

Cerró la aplicación de mensajería de su móvil y levantó la mirada. Al ver a León Díaz, el fotógrafo de *Press* más solicitado de la revista, con una sonrisa en el rostro, se le iluminó la cara.

—¡Hola, León! —saludó con gratitud, y se acercó para darle dos besos—. ¡Dichosos los ojos!

—Venga ya, sólo soy uno más de la plebe. Pero tú..., ¡mírate! —León señaló el vestido que llevaba Marina, un vestido de tubo azul marino, de tela shantung, que sólo se sostenía gracias a un único y espectacular volante que le rodeaba el hombro izquierdo. Le quedaba como un guante porque se lo habían hecho a medida de su esbelta figura. El color del vestido hacía que sus ojos azules resaltasen y que su piel blanca brillase con luz propia. En cada lóbulo llevaba unos pendientes largos de brillantes zafiros—. ¿Un Valentino?

Como respuesta, ella asintió.

—Es espectacular. Parece de la próxima temporada, aunque con algún retoque. ¿Hecho a medida?

—Sí —dijo Marina, coqueta aunque tímida—. Gracias.

—Y esos pendientes..., ¡Virgencita de Guadalupe!



—¡Son prestados! —Ella rio—. Si te soy sincera, me da pavor llevarlos puestos. Me siento como si necesitase un guardaespaldas a mi lado.

—¿No tienes guardaespaldas? —preguntó León con el ceño fruncido—. Si no lo tienes, deberías buscarte uno.

Marina se mordió el labio. Antes de su viaje a París, Grant ya le había mencionado la idea de contratar seguridad, pero ella la había desechado diciendo que era una extravagancia y algo totalmente innecesario. En esos momentos, sin embargo, empezaba a arrepentirse de su decisión.

—Sin duda, una mujer tan hermosa como ella debería estar bien vigilada. —Marina se sobresaltó al notar que una mano se posaba en la parte baja de su espalda. A su lado estaba su futuro suegro; llevaba un esmoquin y lucía una amable sonrisa en el rostro—. Es la posesión más preciada de mi hijo —añadió dirigiéndose a León—. No podemos permitir que nadie nos la robe.

—Eres muy amable —repuso ella con una sonrisa forzada. No le había gustado nada oír la palabra *posesión*, pero se esforzó por no demostrarlo. Se removi6 un poco, lo que provocó que el hombre apartase la mano de la espalda de su futura nuera—. James, te presento a León Díaz. Un amigo de la revista.

—Todo amigo de Marina... —dijo Ellis, extendiendo la mano para saludarlo.

—Es un honor, señor —respondió León.

Marina respiró hondo y se obligó a no perder la sonrisa. Le parecía absurdo lo mucho que se arrastraba la gente ante James desde que se rumoreaba que iba a presentarse a candidato para la presidencia. Se preguntó, y no era la primera vez que lo hacía, si su futuro suegro quería de verdad ocupar ese cargo o si lo único que deseaba era la fama y la autoridad que lo acompañaban.

—¿Podría hacerles una foto? —preguntó León con una mirada llena de anhelo—. ¿Para la revista?

—Claro, por supuesto.

Marina sintió que James le rodeaba la cintura. Se quedaron allí de pie, sonriendo. Los invitados que pasaban cerca de ellos se volvían para mirarlos boquiabiertos, y un par ni siquiera se molestaron en disimular los susurros. A la joven se le aceleró el pulso y deseó que León acabase cuanto antes.

—Gracias —dijo el fotógrafo tras lo que para Marina fue una eternidad—. Están geniales.

Con un leve movimiento de la cabeza, James Ellis despidió a León, mientras ella deseaba que James se escabuliese entre la multitud para relacionarse con personas mucho más importantes que su futura nuera. El mensaje de texto de Owen seguía en la pantalla de su móvil, guardado en el bolsillo interior de su bolso joya.

—Marina, tenemos que hablar —dijo James. La sonrisa había desaparecido y, en su lugar, una mirada de preocupación adornaba el rostro del empresario. Señaló las ventanas de casi cinco metros y medio de altura que había en el lateral del salón de baile—. Vamos a disfrutar de las vistas.

Ella lo siguió mientras atravesaban el salón. Se detuvieron delante del ventanal, cada uno observando en silencio la panorámica de Central Park y los resplandecientes edificios del barrio de Midtown. De perfil, el rostro adusto de James resplandecía con las luces de la ciudad. Vestido con un esmoquin adornado con unos antiguos corchetes y unos gemelos de ébano, y con el pelo canoso peinado con precisión, parecía un auténtico presidente.

—Quería darte las gracias.

—¿Las gracias? ¿Por qué? —preguntó ella con genuina sorpresa.

—Por hacer tan feliz a mi hijo.

—¡Ay, vaya! —Marina sonrió—. No sé qué decir. Él me ha hecho muy feliz; me siento muy afortunada de que quiera que sea su esposa.

—Grant es un buen hombre. Quizá es el mejor hombre que haya conocido nunca.

—No podría estar más de acuerdo.

—Esta campaña, mi campaña, no va a ser nada fácil para él. Y me siento

culpable; él no ha pedido todo esto. Toda la publicidad, los periodistas... Perdóname, sé que tú misma eres del gremio, pero todos los periodistas lo acosarán, es inevitable. Y tampoco ha pedido el cargo que ocupará en Ellis Enterprises. Le he exigido mucho y él siempre ha sido muy cortés con el tema.

—Todos estamos muy orgullosos de ti.

—Eres muy amable, pero creo que él se ha mostrado dispuesto a todo esto porque es feliz, muy feliz. Y es feliz gracias a ti.

—Bueno, me alegro... —murmuró ella con las mejillas encendidas.

—Soy consciente de que también te estoy pidiendo mucho a ti. Quizá es más de lo que esperabas. No es fácil ser el centro de atención. Eres guapa, por supuesto, y tranquila. Un linaje maravilloso. Una familia encantadora. Tienes todas las cualidades para ser la esposa de un político de éxito. Pero quiero asegurarme de que eres consciente de en qué te estás metiendo.

—No sabía que iba a casarme con un político —repuso ella riendo suavemente.

—Bueno, todavía no. Pero si gano, y de verdad creo que tengo posibilidades de ganar, Marina, espero que Grant se plantee la idea de presentarse. ¿Estás preparada para todo lo que eso supondría?

Ella vaciló, pensando en cómo responderle a su futuro suegro. No estaba segura de haberlo comprendido. ¿Le estaba preguntando si la fama le resultaba incómoda? ¿O si tenía algún secreto guardado que pudiese comprometerlo a él y a su familia?

—Creo que estoy todo lo preparada que alguien puede estar —respondió por fin con cautela—. Quiero a Grant, y lo apoyaré siempre, decida lo que decida hacer con su carrera.

—Bien, bien.

—Bueno, ¿así que has decidido anunciar tu candidatura? —preguntó Marina. En ese instante se dio cuenta de que nunca había mantenido una conversación tan larga con su futuro suegro a solas.

—Esta noche —contestó James asintiendo—. Durante el discurso.

—Esta noche —repitió ella sorprendida.

—Ha sido una decisión de última hora. Pero creo que es el momento adecuado. El Departamento de Policía de la ciudad me ha preparado este homenaje. Estoy entre amigos. Y, mañana, en todos los periódicos del país aparecerá la historia del senador Murphy y el hijo ilegítimo que tuvo hace diez años con su ama de llaves. Quien, por cierto, es inmigrante ilegal.

—Ah..., vaya —dijo ella con la boca abierta.

—Pues sí, vaya.

—Bueno, pues felicidades entonces. Esta noche será muy emocionante.

—Para todos nosotros.

—Sí, para todos nosotros.

—Grant me ha comentado que tenías la sensación de que te estaban siguiendo. —James se volvió y la miró directamente a los ojos—. ¿Sabes?, deberías haber venido a hablar conmigo en cuanto hubieses tenido oportunidad.

—Lo s-siento —tartamudeó Marina—. No me di cuenta de que...

—No te disculpes. Sólo quiero que sepas que puedes recurrir a mí siempre que tengas un problema. El que sea.

—Claro, muchas gracias.

—A Grant le preocupa tu seguridad. Le he dicho que lo más probable es que fuese un periodista que intentaba encontrar algún trapo sucio de la familia. Ya sabes, a eso se dedican cuando alguien está bajo el escrutinio público. Te estarán vigilando día y noche.

—Lo sé, y estoy preparada.

—Pero, aun así, Grant me dijo que seguías preocupada.

—Sólo sentí que alguien me seguía cuando viajé a Connecticut a ver a mis padres, y me asusté un poco —explicó ella.

Se arrepentía de haberle contado nada a Grant; no se le había ocurrido que fuese a hablarlo con su padre.

James asintió.

—Ahora los dos tenéis que ser más precavidos. Por eso, a partir de mañana, quiero que ambos entrevistéis a varios equipos de seguridad. Tengo a un par de personas increíbles en mente con las que podéis hablar. Podéis elegir a aquéllos con los que más a gusto os sintáis. Son todos exagentes de la policía de Nueva York, sumamente cualificados para el puesto. No se inmiscuirán en vuestra vida cotidiana, pero estarán ahí para protegeros. Yo también me buscaré un equipo de seguridad. Espero que eso te ayude a tranquilizarte.

—No creo que sea necesario, pero gracias de todas formas.

—Es necesario, créeme. No me gusta enterarme de que alguien sigue a mi futura nuera.

—Igual no fue nada.

—Puede que no, o puede que sí.

—Agradezco tu preocupación.

—Marina, ahora somos parientes, somos una familia.

—Me alegra oír que me consideras parte de la familia.

—Ya que estamos hablando de seguridad, me gustaría que me hicieras un favor.

—Por supuesto, lo que quieras.

—Grant me comentó que estabas trabajando en un artículo para la revista. Me dijo que apenas habéis podido veros desde que regresasteis de París.

Ella desvió la mirada, incapaz de sostener la de su futuro suegro.

—Así es —respondió—. He estado bastante ocupada.

James frunció el ceño con impaciencia.

—Marina, ahora mismo mi hijo te necesita a su lado. Lo último que le hace falta a esta familia es que te pongas en peligro corriendo tras una historia. Grant me dijo que tenías pensado dejar la revista después de la boda. Esperaba que quizá pudieses hacerlo ya. Con todos los eventos de la campaña, estarás más ocupada que en toda tu vida. Y significaría mucho para

mí, y para Grant, aunque sé que jamás te lo diría, que nos acompañaras para apoyar a nuestra familia en lo que, ten por seguro, será una época muy estresante.

—Bueno, yo... —Marina titubeó.

—No me contestes ahora —la interrumpió James, y levantó una mano—. Sólo piénsalo. Coméntalo con Grant. Después de las elecciones, puedes volver a trabajar. Pero no creo que quieras hacerlo. En mi opinión, descubrirás que ser la protagonista de las noticias es mucho más interesante que escribir un artículo sobre ellas.

La periodista sonrió, muda de la rabia. Conocía lo bastante bien a James Ellis como para saber que aquello no era una simple petición. Era una orden. Si quería ser una Ellis, tenía que obedecer.

—Lo comprendo a la perfección.

—Excelente. —James apoyó una mano sobre su hombro y sonrió; el rostro del hombre se relajó y adoptó la misma expresión jovial de siempre—. Ay, Marina, estoy de los nervios. En mis tiempos di un montón de discursos, pero el de esta noche es muy importante.

—Lo harás de maravilla.

—Gracias, querida. Sabía que podía contar contigo.

La multitud de asistentes empezó a aplaudir, y Marina y James se volvieron hacia el escenario. Grant estaba allí subido, micrófono en mano, junto al presidente de la Fundación del Departamento de Policía de Nueva York, sonriendo a los invitados. Poco después, el presidente hizo un gesto para que el público dejase de aplaudir y Grant dio un paso al frente.

—Muchas gracias por esta calurosa bienvenida al estilo de Nueva York —dijo. A Marina la impresionó lo relajado que parecía su prometido. Si estaba nervioso, no lo demostraba en absoluto—. Esta noche siempre ha sido muy especial para mi familia. Tanto mi padre como yo nacimos y nos criamos aquí, en Nueva York. Esta ciudad es muy importante para nosotros, y los dos

nos hemos pasado nuestra vida profesional intentando encontrar la forma de ofrecerle algo a la comunidad que tanto nos ha dado.

—Tiene un don innato —le susurró James al oído—. Míralo.

—Me gradué en 2001 —continuó Grant—. Llevaba un mes de prácticas en un banco cuando ocurrió el 11-S. Tres días después de la tragedia, me alisté en el ejército. Pensé que mi padre se enfadaría conmigo o que, al menos, se preocuparía. Pero comprendió las razones por las que quería servir a mi país. Admitiré que se escandalizó un poco cuando se enteró de cuál era mi sueldo inicial, pero estaba orgulloso de mí. Me dijo que para él no había mayor honor que tener a su hijo trabajando por el bien común.

Cuando la sala estalló en aplausos, Grant lo agradeció con un movimiento de cabeza. Varios miembros del Departamento de Policía, todos vestidos de azul, se levantaron de sus asientos y animaron al resto de los asistentes a que los imitasen y ovacionasen a Grant. Marina sintió una oleada de orgullo. Grant era muy humilde. No le interesaban la fama ni los elogios. Incluso cuando estaban de cena con sus amigos su prometido apenas hablaba de sí mismo. Siempre encontraba la forma de devolverles las preguntas a sus compañeros de mesa. A diferencia de muchos neoyorquinos, él escuchaba mucho más de lo que hablaba. Era una de las cualidades que Marina apreciaba y admiraba de su prometido. Era un cambio agradable verlo de pie en el escenario, delante de un montón de personas que lo aplaudían por su servicio.

—Grant es todo lo que este país necesita —le susurró James de nuevo—. No le importan los aplausos. Le importa hacer cosas buenas de verdad. Si consigo lograr lo que quiero, y espero hacerlo, deseo que él sea el siguiente. Ahora mismo no se da cuenta de ello, pero ha nacido para ser político. Y lo digo en el mejor de los sentidos.

Marina miró a James; le brillaban los ojos y tenía los labios curvados en una sonrisa contenida. Los aplausos se apagaron y Grant volvió a acercarse el micrófono a la boca para hablar.

—Durante los últimos meses, mi padre y yo hemos hablado un montón sobre el legado. Sobre la impronta que queremos dejar en este mundo. Como todos ustedes ya sabrán, él ha conseguido muchísimas cosas en su vida. En los negocios, ha tenido un éxito arrollador. Lleva décadas siendo mecenas y un filántropo muy generoso. Ha sido un marido digno y fiel para mi madre, Betsy, durante treinta y nueve años, y para mí ha sido un padre y un mentor estupendo. Por eso aprovecho esta oportunidad con gran entusiasmo para darle paso a mi padre, James Ellis.

Los asistentes se levantaron de nuevo de sus asientos, aclamándolos. Todos se volvieron para mirar a James y a Marina, quienes estaban de pie al fondo del salón, hombro con hombro. La periodista pestañeó cuando las cámaras de fotos se giraron hacia ella y los flashes la cegaron durante un par de segundos.

Sintió que James le apoyaba la mano en el hombro.

—Sube conmigo —pidió, y con delicadeza la empujó hacia el escenario.

—¿Estás seguro? —Delante de ellos, Grant seguía de pie, saludando al público. Cuando sus miradas se encontraron, su prometido sonrió. Con un gesto, le indicó que se uniese a él. Betsy ya estaba subiendo los escalones hacia el escenario.

—Sí, van a querer una fotografía de toda la familia.

Le rodeó la parte superior del brazo con los dedos, con firmeza. Delante de ellos, la multitud se dividió y abrió un camino hasta el escenario. En primera fila, Marina vislumbró a un grupito de periodistas. Algunos estaban tomando notas, mientras otros sacaban fotos. Reconoció a la gran mayoría. Entre ellos estaba su viejo amigo León, que le guiñó un ojo cuando pasó por su lado. Marina se detuvo y le envió un beso. Entonces se volvió y subió al escenario.



## Annabel

Annabel estaba en Ginebra por la que esperaba que fuese la última vez. En Heathrow, había luchado contra el deseo de huir. Sacar un billete de avión con destino a cualquier otra parte y, simplemente, desaparecer. Podía teñirse el pelo. Cambiar de nombre. Empezar de cero. Una parte de ella pensaba que, si volvía a Ginebra, no saldría viva. Pero también sabía que, si huía, quien había matado a Matthew la encontraría. Huir la hacía parecer culpable.

Se encontró a sí misma frente a la puerta principal, con la llave en la mano. Recordó la primera vez que había visto el apartamento. Nunca se le había ocurrido que viviría en un lugar tan elegante, con tanto espacio, tan grande. El recibidor en sí era casi del tamaño de todo su apartamento de Nueva York. Las vistas, de las calles adoquinadas, de los elegantes edificios del casco antiguo, del cielo cristalino, que se volvía gris cuando nevaba, eran mejores que las de cualquier cuadro.

Después de todo por lo que habían pasado, el aborto, la muerte del padre de Matthew, sintió que se merecía aquello. Un nuevo comienzo. Una vida bonita.

Antes de que Annabel acabara de girar el pomo de la puerta de entrada, ésta se abrió con un chirrido de bisagras. Se le paró el corazón. No estaba cerrada con llave. Ella no la había dejado así.

La empujó con una mano y la abrió, de golpe, contra la pared del recibidor. No necesitaba entrar para saber que habían registrado la casa. Y quien lo había hecho quería que ella supiese que había estado allí.

—¿Hola? —llamó Annabel. Le tembló la voz—. ¿Hay alguien ahí?

Sólo oyó el murmullo del tranvía procedente de la calle y el roce de las

cortinas. Se dio cuenta de que las ventanas estaban abiertas.

Sintió un escalofrío y se ciñó el abrigo al cuerpo. La habitación estaba helada. El aire fresco de noviembre entraba, a raudales, a través de las ventanas abiertas. Pensó que tal vez debería dar media vuelta y echar a correr. Pero su instinto le decía que el apartamento estaba vacío. Quien hubiese hecho aquello debía de haber ido por la noche. Hacía mucho que se había marchado. O, quizá, estaba cerca, esperando. A lo mejor estaba vigilándola desde el otro lado de la calle, observando cada uno de sus movimientos a través de un teleobjetivo de larga distancia.

Recorrió el apartamento en silencio, observando los daños. Habían vaciado los armarios y su contenido estaba tirado por el suelo. Habían registrado los cajones. La caja fuerte del armario, donde guardaba las joyas buenas, los pasaportes y el certificado de matrimonio, estaba abierta. Las joyas seguían dentro. No parecía que se hubiesen llevado nada, excepto el portátil, que Annabel había dejado en un cajón, cerrado con llave, en el despacho. Lo había comprado justo antes de viajar a Londres. Era el mismo modelo que el de Matthew. No contenía ninguna información. Lo había guardado bajo llave en el cajón como una especie de prueba. En ese momento, se alegró de haberlo hecho.

Los sofás del salón estaban rajados y destripados como peces. Habían quitado de las paredes los cuadros y los espejos, seguramente para buscar cajas fuertes ocultas tras ellos. Habían desmontado del marco el cuadro que ella misma había pintado como regalo de aniversario para Matthew. Estaba a sus pies, hecho jirones, el paisaje de Florencia reducido a tiras grises y marrones.

Annabel se arrodilló junto a él. Mientras recogía los trozos del lienzo, algo se quebró en su interior. Perder aquel cuadro, sin ningún valor para nadie que no fuera ella y Matthew, era demasiado.

—¡Suficiente! —gritó en el apartamento vacío—. Ya os habéis llevado suficiente.

Se incorporó. Y fue pura furia lo que incendió la neblina de pena que la envolvía desde la muerte de Matthew. Por primera vez en días, se sintió despejada y con un propósito. Si Jonas quería pelea, ella pelearía. No pararía hasta que todas las personas responsables de la muerte de su marido estuviesen muertas o en la cárcel.

Pero, primero, les daría lo que querían. Haría ondear la bandera blanca. Dejaría que pensaran que habían ganado.

Cogió el teléfono y marcó un número.

—Julian —exclamó cuando él respondió—. Han entrado a robar. Todo el apartamento está patas arriba.

—¿Estás bien? ¿Estás herida?

—No, gracias a Dios. No estaba en casa. Estaba en Londres, recogiendo las cosas de Matthew. Pero acabo de llegar, directa desde el aeropuerto y... —Annabel dejó escapar un sollozo histérico.

—Estaré ahí enseguida. ¿Has llamado a la policía?

—No, no. Eres la primera persona a la que he llamado. Debería, ¿no? Lo siento, estoy tan disgustada...

—Claro que sí, cariño. No te preocupes. Yo los llamaré. Estoy de camino. ¿Estás segura ahí?

—Creo que sí. El apartamento está vacío.

—¿Se han llevado algo? ¿Algo de valor?

—No lo sé. La verdad es que no lo he comprobado. Por favor, Julian, date prisa. Te necesito.

—Por supuesto. Tranquila, yo me ocuparé de esto. Yo me ocuparé de todo.

«No —pensó ella mientras colgaba el teléfono—. Tú no, pero yo sí.»

Fue al cuarto de baño y se echó agua en la cara, para que el rímel le chorreara por las mejillas. Se despeinó el pelo. El espectáculo estaba a punto de comenzar y Annabel estaba preparada.

Antes de que llegase Julian, hizo una última llamada.

—*Office de la Police* —contestó una voz femenina—. Agente Du Pres.

—Con el agente Bloch, por favor —pidió Annabel. Miró la tarjeta que tenía en la mano, comprobando el número que había marcado. Era el correcto.

—Lo siento —respondió la mujer—, el agente Bloch ya no trabaja para la FEDPOL. ¿En qué puedo ayudarla?

—Con el agente Vogel, entonces.

—Señora, aquí no hay ningún agente Vogel.

—Gracias —dijo ella con toda la tranquilidad que le fue posible—, debo de haberme equivocado.

—¿Puedo ayud...?

Annabel colgó el teléfono antes de que la mujer acabase la pregunta.

# Marina

¿Dónde estás? Lo tenemos todo listo para acudir a la prensa. Ésta es tu historia. Vamos a sacarla a la luz.

Cuando leyó el mensaje de texto que había recibido, Marina estaba en la acera, justo delante de la casa de Owen. No le gustaba nada lo que estaba a punto de hacer. Y sabía que a él tampoco le gustaría.

Estoy fuera, en la puerta, llamando  
al portero automático.

Cuando abrió, la cara de Owen se iluminó; en la mano llevaba un sacacorchos.

—Llegas justo a tiempo —dijo invitándola a pasar—. Me pillas a punto de abrir algo muy muy especial.

—¿No es un poco pronto para celebrarlo con un brindis?

—Como decía mi padre, en algún lugar del mundo ya es una hora prudente para beber.

—Quiero decir, ¿no nos estaremos adelantando? ¿De verdad vamos a publicar la historia ahora, ya?

—He hablado con Christophe hace una hora. Todo estará listo para mañana por la noche, a las doce en punto, hora de Nueva York. Subirán todas las historias a la vez. A la mañana siguiente, seremos noticia de portada en todos los grandes medios de comunicación de todo el mundo.

—Genial —dijo Marina, y esbozó una sonrisa tensa.

—Me abrumas con tanto entusiasmo.

—Perdona. En serio, es impresionante. De verdad. Me alegro por ti.

—¿Por mí? Querrás decir por nosotros. —Owen le ofreció una botella de

vino Château Margaux—. ¿Te suena de algo?

Marina se fijó en la etiqueta. Entonces, cuando recordó de qué le sonaba ese nombre, abrió los ojos como platos.

—Te la envió Duncan, ¿verdad?

—Así es, como agradecimiento por mi ayuda en la investigación de los Darling —respondió él asintiendo con la cabeza.

—¿Y la has guardado durante todos estos años?

—Me dijo que me lo tomase con alguien especial.

Owen y Marina intercambiaron miradas. La mujer sintió un escalofrío de deseo. Al hombre le cambiaba el color de los ojos según su estado de ánimo, y ese día tenía los ojos verdes con pequeñas motitas doradas. Él se inclinó hacia ella y, por un momento, Marina creyó que iba a besarla.

«Debería apartarme», pensó. En cambio, se quedó allí, paralizada, y cerró los ojos con una caída de pestañas.

Pero los abrió de golpe al notar el sacacorchos en la mano.

—Te cedo los honores —dijo Owen.

—¿Y Yael? —preguntó Marina aturullada. De pronto, era un manojo de nervios; se quitó el abrigo y empezó a mirar a su alrededor por el apartamento.

—Durmiendo. —Marina estiró el cuello hacia el dormitorio de Owen—. En su casa.

—¿Vosotros dos estáis...?

—No. —Él negó con la cabeza—. Lo estuvimos, pero no fue nada. Hace unos tres años. Pero ahora sólo somos amigos.

—¿De verdad eso puede pasar? ¿Una persona puede ser amiga de su ex?

Owen soltó una risita.

—¿No crees que pueda existir la amistad entre un hombre y una mujer?

—No creo que pueda existir la amistad entre un hombre y una mujer que se hayan acostado.

—Bueno, entonces supongo que tú y yo no debemos acostarnos nunca. —

A Owen le brillaban los ojos, pero en su voz notó un deje de seriedad.

—Supongo que no.

Antes de volverse, él la miró un segundo más y luego, con un gesto, le pidió que le pasase la botella. Metió el sacacorchos, lo hizo girar y sacó el corcho con un suave movimiento.

—Estupendo, porque quiero pedirte algo.

—Ya me han pedido matrimonio, Owen, ¿te acuerdas? —repuso Marina con una risa nerviosa.

—Quiero que vengas a trabajar conmigo.

—¿En *Resultados*?

—Sí. Necesito un director editorial. Podrás seguir escribiendo y tú elegirás tus propios proyectos. Aunque te sugeriría que empezases con la historia de Morty Reiss. Hay un montón de información que puedes utilizar de todo el material que hemos visto hasta ahora.

—Vaya —dijo ella, y se sentó—. Es una oferta muy generosa.

—Serías mi segunda de a bordo. Tu nombre aparecería justo debajo del mío en la mancheta.

—Muchas gracias, Owen. Me siento muy halagada, de verdad.

—Pero vas a rechazar mi propuesta.

Marina no podía mirarlo. Notó la decepción que destilaba su voz. Se le formó un nudo en la garganta.

—Lo siento —dijo—, pero no puedo.

Owen asintió; por un momento, ambos permanecieron en silencio. Entonces, él cogió la botella de Château Margaux y llenó dos copas que había dejado sobre la mesa del comedor.

—Está bien —contestó—, pero si cambias de idea, mi puerta siempre estará abierta para ti.

—Gracias, eres muy amable.

—Bueno, de todas formas, brindemos. Por esta historia. De nosotros, para Duncan.

Marina cogió la copa y la hizo chocar con delicadeza contra la de Owen. Sentía cómo el corazón le martilleaba en el pecho con fuerza. Había pasado por un montón de rupturas, y algunas de ellas habían sido horribles. Pero ésa parecía peor que todas ellas.

—Ya que hablamos de la historia... —dijo, y dejó la copa de vino encima de la mesa.

—¿Qué pasa?

—Quiero que la publiques con tu nombre.

—¿Por qué? —Owen parecía desconcertado—. Es tu historia. Tú la has sacado a la luz. Marina, será un gran salto en tu carrera.

—Lo sé, pero te lo cedo a ti, ¿vale?

—¿Todo esto es por los Ellis?

—Lo he decidido yo —replicó ella con el ceño fruncido—. No puedo continuar poniéndome en peligro. No me gusta que me sigan. He pasado mucho miedo. Y los medios de comunicación ya se fijan bastante en Grant y en su familia. No hace falta que yo añada más leña al fuego.

—¿Más leña al fuego? ¿Cómo? ¿Haciendo tu trabajo?

Ella lo miró fijamente.

—No me pongas las cosas más difíciles.

—No entiendo nada. ¿Grant quiere que lo dejes?

—Grant me apoya, decida lo que decida. Pero ahora voy a tener un montón de obligaciones, Owen. Voy a tener que acompañarlo en sus viajes. Estaré fuera con la caravana electoral. Mi carrera está acabada, publique esta historia o no. Así que, ¿por qué no cederte a ti el mérito?

—¡Porque no es lo que hacemos! —replicó Owen, y dio un puñetazo en la mesa.

Marina se estremeció sorprendida.

—No me grites.

—Lo siento —dijo él bajando el tono—. Pero todo nuestro trabajo va sobre la verdad. O, bueno, así lo veo yo. Y pensé que tú también.



—Y así es. Por supuesto. Yo sólo... sólo quiero proteger a Grant. Si publico este artículo, me ganaré un montón de enemigos. Puede que algunos de ellos sean amigos de la familia, socios... Puede que haya incluso algún jefe de Estado. No puedo hacerle eso a Grant, o a su padre. Podría acabar con sus carreras. Y todo, ¿por qué? ¿Para poder firmar un artículo?

—Joder, no se trata de la puta firma, sino de estar orgullosa del trabajo que has hecho. Marina, esas personas son delincuentes. ¿Y a ti te preocupa que tu marido pueda perder la buena relación con ellos?

—No se me puede vincular a esta investigación.

—Bueno, visto lo visto, da igual si te lo cuento —dijo Owen fulminándola con la mirada. Se cruzó de brazos, listo para la confrontación.

—Contarme, ¿qué?

—Hace dos días, Yael descubrió otra historia más. Le pedí que la archivase por respeto a ti, pero, dado que ya no formas parte del equipo, supongo que podemos publicarla.

—¿De qué va?

—Tu suegro no es que haya sido demasiado sincero con su declaración de la renta. Resulta ser que papá Ellis tiene la friolera de treinta millones de dólares en Swiss United. Aunque, claro, no a su nombre. Están guardados bajo la empresa fantasma Propiedades Paradisiacas, un nombre muy creativo.

—No. —Marina negó con la cabeza—. Debe de haber un error, no puede ser. James es una persona directa. Y tiene muchísimo dinero, no es que necesite más. No me creo que no haya sido honesto con sus impuestos.

—Bueno, no estamos hablando de ahorrarse un par de dólares en impuestos. Hablamos de esconder dinero que ha ganado gracias a transacciones de negocios ilegales.

—¿Qué transacciones de negocios ilegales?

—James Ellis ha estado haciendo negocios con nuestro viejo amigo al-Assad, negocios de los grandes.

—Menuda tontería —espetó Marina—. ¿Qué clase de negocios podría

tener James con al-Assad?

—En 2007, Ellis se volvió loco y compró un montón de hoteles de lujo por toda Europa. Quería empezar su propia cadena de hoteles, como Starwood o los Hilton, y para conseguirlo se endeudó hasta el cuello. Pero entonces llegó la crisis. Ellis estaba a punto de caer en bancarrota. En el último segundo, un misterioso ángel descendió del cielo y, a través de una serie de operaciones con empresas fantasma, le compró los hoteles casi de la noche a la mañana. Ellis perdió cientos de millones, pero no lo perdió todo. De hecho, cuando todo acabó, seguía apareciendo en la lista *Forbes*. Tuvo suerte de haber podido salir de aquélla con los zapatos puestos.

—Alguien se habría dado cuenta. No puede ser...

—Hombre, claro que alguien se dio cuenta. Durante un tiempo, en *The Wall Street Journal* se comentaba que una importante familia de Oriente Próximo le había sacado las castañas del fuego a Ellis. Pero nadie sabía a ciencia cierta quiénes eran. Lo único que se podía demostrar era que una empresa fantasma, Zhira, compró los hoteles de Ellis. Pues resulta ser que la persona detrás de Zhira, S. A. no es otro que Bashar al-Assad. Y, como al-Assad aparece en las listas de sanciones, Ellis estará metido en graves problemas cuando el artículo salga a la luz. Sin duda tendrá que replantearse su candidatura para la Casa Blanca.

—No te creo.

—¿Por qué me lo iba a inventar? Puedo demostrarlo; no te lo estaría contando si no pudiese hacerlo.

Marina hizo una mueca de dolor. Sabía que Owen le estaba diciendo la verdad; no tenía razones para mentirle. Y, además, había podido acceder a todos los archivos de los clientes de Swiss United. Sin embargo, no podía creerse que James hubiese sido capaz de esconder ese secreto durante tanto tiempo. ¿De verdad su futuro suegro pensaba que podía mantener oculto todo aquello mientras se presentaba para presidente? Estaba en el punto de mira de

todo el mundo. Era una locura, un riesgo enorme. Marina se hundió en la silla.

—Ha contratado a gente para que lo investiguen —explicó despacio—. ¿Por qué lo dejarían presentar su candidatura si está escondiendo montones y montones de dinero sucio en cuentas en paraísos fiscales?

—Lo más probable es que no lo sepan. He ahí la gracia de las cuentas en paraísos fiscales. Nadie puede encontrarlas. A no ser que cuentas con un topo que esté dispuesto a cantarlo todo.

—Dios mío —dijo Marina cerrando los ojos—. De todas las historias sobre las que podéis escribir, ésta es la más grande e importante de todas.

—Bueno, está claro que es una de las más grandes, sí.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque intentaba protegerte —espetó Owen—. Estamos hablando de tu familia.

—Pero ahora que abandono la investigación, te da igual destruirla, ¿no?

—Joder, Marina, ¡dame un respiro! Yo no he propiciado esta situación, todo ha sido obra de James Ellis.

—Deberías habérmelo contado.

—Puede —suspiró él—. Me preocupaba que...

—¿Qué te preocupaba? ¿Que fueras a arruinarme la vida?

—Me preocupaba que pensases que intentaba que rompieras tu compromiso con Grant.

—¿Y por qué ibas a hacer eso?

—¿Lo preguntas en serio? —dijo el periodista con los ojos abiertos como platos.

—Sí, en serio. ¿Por qué...?

—¡Porque siento cosas por ti! ¿De verdad no te habías dado cuenta o qué?

Marina abrió la boca sorprendida.

—Perdona —dijo—. No sé qué decir; no me lo esperaba.

—¿El qué? ¿Que sienta cosas por ti? ¿O que tu prometido sea un

delincuente que ha evadido impuestos?

—Perdona, mi futuro suegro, no mi prometido. Y, no, no me esperaba nada de todo esto.

—Pues supongo que no se te da muy bien el periodismo de investigación, ¿no? —replicó Owen. Se miraron el uno al otro durante unos segundos. Luego se echaron a reír, rompiendo la tensión del momento.

—Imagino que, entonces, tienes suerte de que lo deje —comentó Marina, desviando la mirada.

El corazón le latía a mil por hora. Se percató de que los sentimientos de Owen no le venían de nuevas. Aunque nunca lo habría admitido hasta ese momento, siempre había notado una corriente de electricidad entre ellos. Lo que la había sorprendido había sido la disposición del hombre a admitir lo que sentía. Su vulnerabilidad la había desarmado. En ese momento, Owen le parecía más dulce y más maduro de lo que jamás imaginó que podía llegar a ser.

—¿De verdad lo vas a dejar? —preguntó él en voz baja—. ¿De verdad vas a desentenderte de esta historia?

—Sí, lo siento, pero ya he tomado una decisión. No obstante, puedes publicarla con tu nombre. También es tu historia.

—¿Y qué pasa con los vínculos entre Ellis y al-Assad? ¿Qué pasa con esa parte de la historia?

—Ésa es tu decisión —dijo Marina con la mandíbula tensa.

—La historia saldrá a la luz antes o después. Siempre pasa.

—Puede ser —respondió ella mirándolo a los ojos. Se levantó de la silla y se abrochó el abrigo—. Pero no tiene por qué salir en el artículo de un amigo.

—Marina, es de los malos. Te mereces algo mejor.

La periodista negó con la cabeza.

—No, no tienes razón. Grant es el mejor hombre que he conocido en mi vida. Puede que su padre haya cometido errores. Puede ser. Pero Grant no se

merece perderlo todo por culpa de su padre. Si intentas destrozarle la vida, quiero que sepas que yo estaré junto a él, cogiéndole la mano.

Marina se alejó. Owen la llamó, pero ella lo ignoró. Al marcharse, dio un portazo.

—¿No quieres saber quién te ha estado siguiendo estos últimos días? No te va a gustar —gritó él.

Pero ella ya se había alejado lo suficiente como para no oírlo.

## Annabel

Jonas Klauser. Allí estaba, frente a la puerta de Annabel. Iba vestido de manera impecable, informal, con unos vaqueros y un suéter de cachemir morado que se cerraba con una cremallera en el cuello. Con su cabello gris perfectamente peinado e inmune al viento que había estado golpeando las ventanas de Annabel durante la mayor parte de la mañana. Aunque estaba nevando, Jonas se había puesto una chaqueta ligera de ante y no llevaba ni bufanda ni guantes. Calzaba unos mocasines, no unas botas de nieve. Jonas siempre iba vestido así, como si no tuviera que molestarse en vestirse según el clima. Sin duda, con su flota de chóferes y aviones privados para transportarlo de un sitio a otro, sus pies rara vez tocaban el suelo, a no ser que él lo deseara. Annabel pensó que era intencionado. Con Jonas, todo era intencionado. Quería que la gente supiese que estaba por encima de ellos. Por Dios, si incluso estaba por encima del tiempo.

—¡Jonas! —exclamó Annabel, incapaz de ocultar su sorpresa. No pudo evitar ser arrastrada a un abrazo—. No te esperaba.

—Julian está de camino —dijo él después de que ella se escabullera—. Me ha llamado para contarme lo del robo. Estaba muy preocupado por ti. No me ha gustado imaginarte aquí sola.

—¿Cómo has llegado tan deprisa?

—Estaba por el barrio. Estás pálida. Deberías sentarte. ¿Te traigo algo de beber? ¿Agua, quizá?

Jonas la rodeó y le pasó por delante sin esperar una invitación. Ella lo siguió. Se desplazó por el salón, recogiendo restos mientras caminaba, como si fuese su apartamento y no el de ella. «Es que es su apartamento —pensó

Annabel, y se le revolvió el estómago de forma incómoda—. Pertenece a Swiss United.»

—Madre mía —dijo Jonas, deteniéndose para recolocar un montón de libros en la mesita del salón—. ¿Qué ha pasado aquí? Esta casa está destrozada.

—No lo sé. Volví de Londres y la he encontrado así.

—No tenías que ir a Londres tú sola, Annabel. Podría haber enviado a alguien. Debe de haber sido muy difícil.

—Quería ir. Me quedé en casa de un amigo. Quedé con Fares Amir. Fue muy amable. Me alegro de haber ido. Necesitaba pasar página.

—Me alegra oír eso. Fares también está destrozado.

—Sí, lo parecía.

—¿Has llamado a la policía?

—Sí —contestó ella, aunque no lo había hecho. Se preguntó si Julian se habría tomado la molestia o si, en lugar de eso, sólo habría llamado a Jonas —, no deberían tardar.

Jonas asintió.

—Bien. Esto es horrible. Lo siento mucho.

—No pasa nada, no es culpa tuya. —Sus miradas se encontraron y él se la sostuvo. Si se sentía culpable, estaba haciendo un trabajo magistral disimulándolo. Si acaso, parecía triste. Preocupado. Sinceramente.

«Apariencias —se recordó a sí misma con severidad—. Son todo apariencias.»

—¿Se han llevado algo?

Ella negó con la cabeza.

—Eso es lo más extraño. No parece que falte nada. Mis joyas están aquí. Han destrozado algunos de los cuadros, pero no falta ninguno. Incluso tenía un sobre lleno de dinero en el primer cajón y también lo han dejado. Es como si hubiesen estado buscando algo en concreto.

—¿Y el despacho de Matthew?

—También lo han arrasado. Yo nunca entraba ahí, así que no podría decir si se han llevado algo.

—¿Su ordenador, tal vez? ¿O archivos?

—No lo sé. ¿Su ordenador no estaría en su oficina?

—No, su portátil. El que se llevaba cuando viajaba.

Annabel se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó de forma tan despreocupada como le fue posible—. Supuse que lo llevaba él. En el avión, me refiero.

Jonas asintió y dio media vuelta. Annabel creyó verlo contener las lágrimas.

—¿Me ayudas a cerrar las ventanas? —le preguntó—. Aquí hace mucho frío.

—Claro.

En silencio, los dos se pusieron manos a la obra. Jonas se arremangó el suéter y fue cerrando las ventanas hasta que se amortiguó el ruido de la calle y se apaciguó el aire en el apartamento. Annabel recogió los papeles que habían salido volando de la mesita del salón y se habían desperdigado por la alfombra. Colocó los cojines, que estaban rajados y soltaban plumas, de nuevo en su lugar correcto del sofá. Volvió a poner los libros en las estanterías. Cuando acabaron en el salón, pasaron al comedor. Allí, el desastre era menor y había menos ventanas. En la cocina era donde más trabajo había. Habían vaciado los armarios. Habían derramado por el suelo los tarros del azúcar, el café y la harina. Jonas preguntó dónde estaba el cuarto de la colada y Annabel le señaló una puerta al fondo de la cocina. Volvió con el aspirador en una mano y con la escoba y el recogedor en la otra. Annabel lo observó ponerse manos a la obra. Cuando terminó, empezó con la encimera, echándole espray y limpiándola con un trapo con una precisión muda.

El despacho fue lo siguiente. Annabel intentó no quedarse mirando a Jonas mientras él recogía alrededor del escritorio de Matthew, cerrando cajones,



enderezando la lámpara, poniendo la silla en su sitio. Se movía deprisa y de forma eficiente. Si estaba buscando algo (fragmentos de información, papeles sueltos, memorias USB) no se notaba. Annabel casi se sintió culpable cuando Jonas se arrodilló y empezó a meter trozos de papel y viejos envoltorios en la papelera.

—No tienes que hacer eso —le dijo.

—Tonterías. Si trabajamos juntos, acabaremos enseguida. No es que quiera que te quedes aquí esta noche, pero, al menos, podemos recoger.

—¿Crees que deberíamos esperar? Me refiero a la policía. ¿Esto es la escena de un crimen?

Jonas se encogió de hombros.

—Si no se han llevado nada, en realidad no sé si se puede hacer algo.

—Tienes razón. La verdad es que no creo que tenga ningún sentido que vengan, ahora que lo pienso. Gracias por ayudarme a recoger. Creo que voy a empacar mis cosas y me voy a ir.

—Me gustaría que te quedaras con nosotros, en Cologny, Annabel. Así sabré que estás segura.

—Eres muy amable. Podría quedarme sólo esta noche, si te parece bien.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Ella sonrió.

—No me quedaré mucho. Es hora de que vuelva a Nueva York. Me resulta difícil estar aquí, en Ginebra.

—Lo comprendo. Arreglaré cualquier cosa que necesites.

Por último, entraron en el dormitorio. Annabel pensó que había algo en extremo íntimo en el hecho de hacer la cama de otra persona. Jonas llevó a cabo la acción con extraordinario cuidado. Estiró el edredón y alisó las arrugas con la mano. Ahuecó las almohadas. El desastre de sábanas enmarañadas quedó inmaculadamente arreglado en cuestión de minutos.

—Eres bastante bueno en esto —comentó ella. No pudo contenerse y sonrió—. ¿Haces la cama en casa?

Jonas se rio.

—Desde hace unos cuantos años. Puedes sacar a un hombre de la academia militar, pero no puedes sacar la academia militar de un hombre.

—No sabía que hubieses ido a una academia militar.

—Sí. A los once años. Mis padres murieron y me enviaron allí. Una experiencia formativa, sin duda.

—Mis padres también murieron entonces. Cuando yo tenía once años.

—¿Quién cuidó de ti?

—Mi tía. También me envió a un internado. Aunque no a los once años. Eso es demasiado pronto.

Jonas se encogió de hombros.

—Aquel año crecí rápido.

—Y aprendiste a hacer la cama de maravilla.

—En efecto. Elsa es una mujer con suerte. —Jonas se rio entre dientes. Se sentó en el suelo y se apoyó en la cama—. Tú y yo tenemos mucho en común, Annabel.

—¿Ah, sí?

—Sí, creo que sí. La razón por la que vinimos a Ginebra, por ejemplo.

Ella enarcó las cejas.

—¿Por qué viniste aquí? —preguntó. Era complicado imaginarse a Jonas viviendo en cualquier otra parte. Sin duda, tenía que proceder de algún lugar. No siempre había sido el rey de los paraísos fiscales.

—Vine aquí para empezar de cero. Después de perder a Charlotte, mi primera mujer.

—Vaya, lo siento mucho. —Annabel se sentó en el suelo junto a él sin siquiera pensarlo.

—¿Matthew no te lo había contado?

—No, no tenía ni idea.

—Sólo le hablé de Charlotte una vez. Cuando le ofrecí este trabajo. No suelo hablar mucho de ella. Todavía me resulta duro pronunciar su nombre,

después de todos estos años.

—Estoy segura. —Annabel notó que el corazón se le subía a la garganta y se preguntó si sería ella capaz de hablar de Matthew de nuevo sin sentirse tan abatida como se sentía en ese momento.

—Era mi novia de la universidad. Ella estaba en Radcliffe y yo, en Harvard. Nos conocimos en un partido entre Harvard y Yale, durante nuestro segundo año. El día que nos graduamos, le pedí matrimonio en Harvard Yard, en el centro del campus. Nos casamos ese mes de agosto, en la casa de sus padres, en Maine. Nos instalamos en Boston. Charlotte creció en Milton y allí se sentía cómoda. Uno de mis profesores me consiguió un trabajo en la banca privada. Vivíamos en una casita en el barrio de Beacon Hill. No teníamos aire acondicionado y, en verano, hacía muchísimo calor, pero éramos muy felices. Yo quería un jardín trasero, pero Charlotte no deseaba que tuviese que viajar todos los días para ir al trabajo. Le gustaba que estuviese en casa para cenar. Teníamos unos pequeños maceteros azules en las ventanas y ella los llenaba de flores en primavera. Decía que eran nuestros jardines. Creo que fue la época más feliz de mi vida.

Annabel asintió. Se dio cuenta de que tenía interés en escuchar más.

—Yo viajaba a menudo por trabajo. Estaba construyendo mi negocio. Conociendo clientes. Ampliando mi agenda. A los padres de Charlotte nunca les gusté. No creían que fuese lo bastante bueno para ella. Su padre pertenecía a una familia de Nueva Inglaterra, a la élite de los Brahmines de Boston. Pensaba que yo era un don nadie y, aunque tenía razón (en realidad, lo era), estaba desesperado por demostrar que se equivocaba. Y lo intenté de la única manera que sabía: ganando dinero. Pensé que, si me hacía lo bastante rico, tendrían que aceptarme. Así que ésa era mi meta. Quería dirigir el banco. Cualquier cosa por debajo de eso para mí habría sido un fracaso. El primer año lo hice bastante bien. Charlotte lo llevaba de maravilla. Nunca se quejaba. Incluso cuando se quedó embarazada, siempre estaba alegre. Nunca dijo ni una palabra sobre las cenas que me perdía o las vacaciones que nunca

llegaban. Cuando estaba físicamente incómoda (y yo sabía que lo estaba, a medida que avanzaba el embarazo), nunca lo decía. No quería que me preocupase por ella. Lo aceptaba todo encantada.

Annabel sintió que las lágrimas se le amontonaban en los ojos. Conocía el trauma que supone que un embarazo vaya mal. Hacía tanto que no pensaba en el suyo... Había intentado enterrar aquella pérdida en los recodos más oscuros de su mente. De vez en cuando ascendía de nuevo a la superficie, más afilada y dolorosa que nunca. Aquélla era una de esas veces.

—Yo me encontraba en Chicago cuando falleció. Charlotte estaba a punto de entrar en el tercer trimestre. Había estado sufriendo desmayos y el médico le había dicho que tenía que quedarse en cama y hacer reposo absoluto. Se suponía que aquél era mi último viaje fuera de casa. Después le había prometido que volvería a casa todas las noches. Incluso si eso implicaba levantarme al amanecer y regresar el mismo día. Lo haría. Quería dormir a su lado. Yo sabía que no estaba haciendo caso a los médicos. Me llamaba después de haberse ido de compras o al mercado. Seguía dedicándose a la jardinería. Nunca estaba quieta. No estaba en su naturaleza. Para ser sincero, era una de las cosas que más me gustaban de ella. Su madre llamó cuando yo estaba saliendo hacia el aeropuerto. Nunca lo olvidaré. Me acuerdo de todo lo de ese día: lo que llevaba puesto, dónde me encontraba, qué tiempo hacía fuera. Era por la tarde, pero el cielo que se veía fuera de la ventana del hotel estaba oscuro. Yo estaba preocupado por perder el avión a casa. Acabé llegando al vuelo, pero dio igual. Charlotte ya estaba muerta. Se desangró. Desprendimiento de placenta, ¿sabes lo que es eso? La placenta se separa del útero. En el caso de Charlotte, por completo. El bebé no lo superó. Los dos se habían ido cuando llegué a casa.

—Jonas —suspiró Annabel—, no puedo ni imaginármelo.

Él le dio unas palmaditas en la rodilla.

—Yo creo que, en realidad, sí que puedes. Cada pérdida es distinta, desde luego, pero he descubierto que la pena es universal. Tú y yo hablamos el

mismo idioma. Siempre lo haremos.

Ella asintió. Notó que, con las lágrimas, se le iban encendiendo las mejillas.

—Después de aquello, yo quería irme tan lejos de Boston como fuese posible. No podía soportar volver a nuestra casita con los maceteros en las ventanas. Llamé a uno de mis clientes, que vivía en Ginebra, y le supliqué que me ayudase a conseguir un trabajo. Empecé en Swiss United como asistente, básicamente. Me pagaban la mitad de lo que ganaba en Estados Unidos y trabajaba el doble, pero no me importaba. Estaba agradecido por poder escapar. Eso era lo que esperaba poder ofrecerle a Matthew. Después de que su padre muriese, después de la pérdida que los dos sufristeis, sabía que necesitaba empezar de cero. Ambos lo necesitabais. Y, por eso, lo traje a Ginebra.

—Fue culpa mía que viniésemos aquí. Yo empujé a Matthew a que aceptara este trabajo. Yo necesitaba un nuevo comienzo más que él. Se lo supliqué.

—No puedes culparte.

—Ya lo sé. Pero lo hago. ¿Tú no?

—Sí. Me siento culpable todos los días. Ésa es nuestra cruz, Annabel. Por haber perdido a alguien a quien amábamos. Por no haber sido capaces de salvarlos. —Le sonrió en silencio. Por un momento, se miraron el uno al otro y los fríos ojos azules de Jonas se encontraron con los de ella.

—¿Y todavía encuentras la fuerza para seguir adelante? —preguntó Annabel—. ¿Para levantarte día tras día, incluso cuando te pesa la conciencia?

—Sí. Y tú también lo harás. Era imposible ayudarlos. Eso es lo que tú y yo debemos recordar. Algunas cosas, no importa lo trágicas que sean, no pueden evitarse.

En ese instante se oyó el timbre y Annabel dio un salto.

—Perdona —murmuró con la voz ronca—, creo que alguien...

—Bien. Ha llegado la policía. Ahora lo arreglaremos todo.

Pero, por supuesto, la policía no había llegado. Nadie los había llamado. Era Julian White. Y Annabel estaba sola con los dos en el apartamento.

## Marina

Marina llegó casi sin aliento al número 5 de la calle Sesenta y Cinco Este. El corazón le latía desbocado mientras subía saltando los escalones de la casa de piedra caliza de James Ellis. El viento que llegaba de Central Park le azotaba las mejillas, las orejas y los tobillos. No había planeado estar tan tarde deambulando por la calle, como tampoco había pensado que podía hacer tanto frío, y no iba lo bastante abrigada. A una parte de su ser —la parte más cobarde— se le ocurrió dar media vuelta y volver a casa, pero finalmente se obligó a sí misma a llamar al timbre. Tenía asuntos que tratar con James Ellis. Asuntos que no podían esperar.

Pasó un minuto y nadie contestó. Marina sintió un escalofrío de alivio. Ya estaba dando media vuelta cuando oyó el conocido ruido que hacían las patitas de perro contra el suelo de mármol. El cerrojo se abrió. James Ellis apareció en el umbral de la puerta, escoltado por sus dos pointers. Iba vestido de manera informal, con unos chinos y una camisa de cuadros escoceses que llevaba arremangada y que dejaba a la vista los antebrazos. Llevaba los pies enfundados en las zapatillas de andar por casa forradas de borreguito que ella le había regalado las últimas Navidades. Cuando las vio, a Marina se le ablandó el corazón. Quiso volverse y echar a correr, pero ya no tenía esa opción. No podía dar marcha atrás. En las próximas veinticuatro horas, Owen enviaría la historia y ésta se publicaría en prensa. Por eso, esbozó una sonrisa forzada.

—Hola, James —saludó—. Disculpa por haber venido sin avisarte.

—Marina, sabes que siempre eres bienvenida. Pasa, por favor.

Siguió a James hasta el interior de la casa. La planta baja estaba a oscuras

por completo. Junto a la puerta de la cocina pudo ver un montón de maletas de color verde oscuro. O acababa de llegar o estaba a punto de marcharse, no estaba segura. Desde que había hecho oficial su candidatura, James Ellis no paraba de viajar de un lado a otro. Marina había tenido suerte de pillarlo en casa.

Avanzaron por el pasillo hasta la biblioteca. Un débil fuego crepitaba en la chimenea. Sobre una otomana descansaba un montón de papeles, dispuestos boca abajo. Junto a ellos había un vaso de whisky solo.

—Lamento que esté todo tan a oscuras —dijo James mientras encendía las luces del techo—. Acabo de volver de Washington, apenas hace un par de horas. Betsy está en Long Island. ¿Te has enterado de lo de las filtraciones?

—¿Las filtraciones?

—Sí, en el sótano de Southampton. ¿No te lo ha contado Grant?

—Ah, no, no me ha dicho nada. ¿Ha sido grave?

—Todavía no estoy seguro. Ocurrió la semana pasada, durante la ola de frío. Explotó una cañería y, al parecer, se inundó todo. Ni te imaginas todo el trabajo que necesitan esas casas viejas. Yo me habría contentado con una casa de nueva construcción, pero ya sabes cómo es Betsy. Piensa que todas esas casas en venta de los Hamptons, en las que nadie ha vivido antes, carecen de encanto. Bueno, de todas formas, ella se está encargando del problema. Así que esta noche estoy solo; únicamente yo, mis perros y mi servicio de seguridad. Aunque ahora te tengo a ti. Soy un hombre con suerte. ¿Puedo ofrecerte una copa?

—Estoy bien, gracias.

—Venga, yo ya me he servido un vaso de whisky. ¿Y una copa de vino? Hazle compañía a este señor mayor. ¿Tinto o blanco?

—Tinto, por favor. Gracias.

James asintió y se acercó al mueble bar que había en la esquina de la habitación.

—¿Grant también viene? —preguntó. Sacó dos botellas de vino tinto, las



examinó y al final se decantó por una. La abrió y le sirvió una generosa copa a su futura nuera.

—No, he venido sola.

—Vaya, pues ha sido una agradable sorpresa. Salud.

—Salud. —Marina dio un sorbito a la bebida. Era un vino tinto excelente, con mucho cuerpo, generoso. Sin duda, era un vino caro. Sintió una punzada de culpa porque James lo malgastara en ella en una noche como ésa.

—Bueno —dijo James, arrellanándose en una butaca—, supongo que esto no es sólo una visita de cortesía.

—Tienes razón, no lo es —respondió ella con una sonrisa.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito que me respondas con total sinceridad.

—Por supuesto.

—¿Cuánto dinero tienes guardado en cuentas en paraísos fiscales?

James enarcó una ceja; parecía estar divirtiéndose.

—¿Todo esto va de dinero?

—¿No es así siempre?

—No pensé que tú, Marina, fueses así, la verdad. De hecho, contaba con que no lo fueses.

—No te estoy pidiendo dinero, si es eso lo que crees.

—No sé qué creer, la verdad.

—Se va a publicar un artículo sobre ti. No lo he escrito yo, pero sí alguien que conozco. Sobre tus vínculos con Bashar al-Assad.

—Otra vez ese cuento.

—Sí, con la diferencia de que esta vez tienen pruebas documentales.

—Eso es imposible. No tengo ninguna relación con el señor al-Assad, como ya he dicho en varias ocasiones. Tengo pensado publicar mis declaraciones de la renta para demostrarlo.

—Eso no demostrará nada —contestó Marina negando con la cabeza—. Todos tus negocios con el señor al-Assad se realizaron a través de empresas

fantasma. Con dinero en cuentas del banco Swiss United. No es que sean precisamente la clase de cuentas que uno declara en la renta.

—Suenan como la premisa de una gran novela.

—Salvo porque son hechos reales, no es ficción. Y ambos lo sabemos.

James se puso serio. Marina lo había visto perder los papeles antes, pero nunca con ella. Se preparó aferrándose a los brazos de su butaca.

—Pues vayamos al grano —dijo él con frialdad—. ¿Cuánto tiempo estuvisteis trabajando juntos? ¿Fue antes o después de que conocieras a mi hijo?

Marina frunció el ceño en una expresión de confusión.

—¿Cuánto tiempo llevo trabajando con quién?

—Con Duncan Sander. ¿O acaso piensas que no sé que estaba escribiendo un artículo sobre Swiss United? Si es así, no se te da muy bien el periodismo de investigación.

—¿Sabes?, eres la segunda persona que me dice eso hoy —repuso ella sonriendo en un intento por mantener la calma.

—Todo el mundo en Swiss United lo sabía. Me advirtieron que tuviera cuidado con él; me dijeron que no me acercase a él. Entonces, Grant se presentó en casa contigo colgada del brazo. Si te soy sincero, estaba seguro de que eras una espía. Era un plan interesante. ¿Qué mejor forma de conseguir una exclusiva sobre mí que enviándome a una preciosa y joven ayudante para que se tirara a mi hijo?

Marina se quedó boquiabierta.

—¿En serio es eso lo que piensas? ¿Que todo este tiempo que he estado con Grant era sólo para poder espiaros a ti y a tu familia?

—Mira, eres una actriz de primera. Me engañaste durante una temporada. Le dije a Grant que no las tenía todas conmigo, que albergaba mis dudas sobre ti. Pero me contestó que se había enamorado perdidamente de ti, y parecía que tú te preocupabas por él de verdad. Por todos nosotros. Así que

me autoconvencí de que no había sido más que una desafortunada coincidencia.

Marina se quedó mirando a James un par de segundos en silencio, anonadada.

—Dios mío... —susurró al final—. Tú mataste a Duncan.

Él la fulminó con la mirada indignado.

—Por supuesto que no. En aquel momento estaba dando una charla sobre la propiedad inmobiliaria en la Universidad de Nueva York. Puedes comprobarlo. Tengo un montón de testigos que pueden confirmarlo. De todas formas, ese hombre tenía un sinfín de enemigos. Dudo que yo fuese la única persona cuya vida intentaba destruir.

—Pero le encargaste a alguien que acabase con él. —Marina no necesitaba que le respondiera. Sintió que elevaba el tono, llena de rabia—. Y ni siquiera te importa.

Mientras pronunciaba esas palabras, se acordó de lo que Grant le había dicho en París: «La familia es lo más importante de este mundo. El resto no son más que daños colaterales».

De repente, la cabeza empezó a darle vueltas. Sintió que en la biblioteca hacía demasiado calor, que era insoportable. Se secó la frente con el borde de la manga de su camisa.

—Marina, no tienes buen aspecto. ¿Te encuentras bien?

James se le acercó. Sin pensarlo, la periodista le arrojó el contenido de su copa a la cara.

—¿Qué has hecho?! —gritó—. ¿Por qué lo hiciste?!

—Baja la voz —gruñó James—. Mis guardaespaldas están al final del pasillo.

James Ellis se abalanzó sobre ella; Marina se estremeció y se cubrió el rostro con el antebrazo. Sintió que el hombre le arrebatava la copa mojada de la mano y se apartaba de ella. Abrió los ojos; James se estaba alejando de ella

y caminaba hacia la barra del bar que tenía en la biblioteca. Dejó la copa en el fregadero. De un cajón, sacó una servilleta y se secó el rostro.

—No tenías que matarlo —dijo ella, y la voz se le quebró en un sollozo—. Era un buen hombre.

—Quizá fuese bueno contigo, pero Duncan Sander era de todo menos un buen hombre. Era un borracho, un mentiroso y un ser mezquino. Yo no lo maté, pero no me importa decirte que me alegro de que esté muerto.

—No me creo que estés diciendo que Duncan era mezquino.

—Lo era. Habría hecho cualquier cosa por conseguir una historia. Intentó chantajear al director de Swiss United, ¿lo sabías? Lo amenazó con publicar un sórdido artículo en el que afirmaría que tenía una aventura con una actriz si Jonas no le proporcionaba información de algunos de los clientes de su banco. Aquel día se ganó un enemigo muy poderoso.

—¿Sabes?, no te estaba investigando a ti! —chilló Marina—. No le importabas lo más mínimo. Intentaba localizar a Morty Reiss. Por eso estaba metiendo las narices en Swiss United.

—Quizá ésa fue su intención en un primer momento —se burló James—, pero Sander era inteligente. Sabía lo valioso que podía ser contar con un topo en un banco de un paraíso fiscal. Morty Reiss no es más que un pececillo comparado con algunos de los clientes con cuentas en Swiss United.

—Como tú.

—Como yo.

—Así que lo admites. Tienes dinero guardado en ese banco.

—¿Quieres que te cuente toda la historia? —James rio—. Puede que no te guste lo que vas a oír.

—Claro, claro que quiero que me lo cuentes todo. Por eso he venido.

—Porque quieres la verdad.

Marina era consciente de que se estaba burlando de ella, pero no le importó. Sabía que estaba a punto de contárselo. La periodista se dio cuenta de que James quería contárselo. Quizá estaba planeando matarla después. O

chantajearla, o sobornarla para que no abriese la boca. Pero, como muchos otros delincuentes a los que ella había entrevistado, sabía que no se avergonzaba de lo que había hecho. Quizá incluso estaba orgulloso.

—Pues sí —respondió con un hilo de voz—. James, puede que no me creas, y no tengo manera de demostrarlo, pero quiero mucho a Grant, muchísimo. He venido a verte esta noche porque estoy preocupada por ti. Y quería advertirte de que alguien está escribiendo sobre esa historia. Y no es Duncan, ni soy yo. Es un periodista de *The Wall Street Journal*.

Por un momento, ambos permanecieron en silencio. James se sentó, con el ceño fruncido. Marina sabía que dudaba si podía creerla o no, pero estaba dispuesto a escucharla.

—¿Por qué estaba hurgando Duncan en los asuntos de Swiss United?

—Duncan estaba obsesionado con Morty Reiss. Desde que se suicidó, siempre quiso demostrar que había fingido su propia muerte y que seguía vivo, oculto en algún lugar. Por eso empezó a indagar en los bancos en paraísos fiscales. Supuso que la manera más eficaz de encontrar a Reiss era encontrando antes su dinero. Nunca me contó quiénes eran sus fuentes de información. De hecho, no me contó nada de la investigación. Sé que tenía una fuente que le proporcionó algo de información: declaraciones de bienes, correos, de todo. Justo antes de morir, Duncan lo habría compartido con otros periodistas. Ahora es una investigación gigantesca en la que están involucradas muchas personas en un montón de periódicos y revistas. Y los artículos se publicarán pronto. Muy pronto.

—Y yo soy el protagonista de uno de ellos.

—Sí.

—Que trata del dinero que tengo en Swiss United.

—Sí, y de tus negocios con al-Assad.

James suspiró. De repente, parecía agotado. Con el pulgar y el índice se masajeó el puente de la nariz.

—Y has venido a verme porque quieres saber si todo eso es verdad.

—Pero no he venido como periodista. He venido como tu futura nuera.  
Él asintió, pensando en sus palabras.

—Sabes que contraté a un equipo de gente para que, en pocas palabras, me investigara. Les pagué un dineral y no encontraron nada.

—Así que decidiste que era seguro presentar tu candidatura.

—Dudo que sea el primer político en tener dinero guardado en un paraíso fiscal.

—Seguro que no.

—Ha pasado mucho tiempo desde que hice negocios con al-Assad. Ahora ya no importa.

—Es un dictador, claro que importa.

—Es un hombre de negocios, como yo. Utilizó su dinero para sacarme de un apuro, nada más. Y para él fue un acuerdo muy lucrativo. Hizo el agosto con esos hoteles.

—Sí, pero a simple vista...

—Ya, a simple vista no tiene buena pinta. Por las listas de sanciones y todo eso. Lo que la gente no entiende es que las listas de sanciones no van de justicia. Van de influencia. Es una forma para que un país pueda ejercer su poder sobre otro.

—Así que, ¿no crees que las listas de sanciones deban existir?

—Creo que vivimos en una economía mundial. Si queremos que la economía funcione de manera eficaz, deberíamos ser capaces de comerciar de forma libre, con quienquiera que nos apetezca.

—Aunque eso signifique hacer negocios con criminales.

—¿Quién decide quién es un criminal? —preguntó James sonriendo—. Sólo porque a Estados Unidos no le guste un jefe de Estado extranjero y añada su nombre a una lista de sanciones, ¿eso ya implica que es un criminal?

—Al-Assad es un caso extremo.

—Quizá. Pero, Marina, no puedes fiarte de todo lo que lees en los periódicos. Si compras un periódico sirio y lo lees, estoy seguro de que

encontrarás duras críticas contra nuestro actual presidente. Todo depende de la perspectiva.

—Todo depende de un reportaje veraz.

—¿Sabes qué creo yo que es un delito? Conseguir balances de un banco de forma ilegal y publicarlos.

—¿Grant sabe algo de tu cuenta en Swiss United? ¿O de tus negocios con al-Assad? ¿Sabe lo que le sucedió a Duncan?

—No. —James le lanzó una mirada severa—. Marina, deja a Grant al margen de todo esto.

Ella asintió y dejó escapar un pequeño suspiro de alivio.

—Lo haré.

—Si esa historia sale a la luz, acabará con su carrera, y lo sabes. Con la mía seguro, pero también con la suya.

—Lo sé.

—Y lo quieres. O eso dices.

—Lo quiero mucho, muchísimo.

—Entonces comprenderás que haré todo lo que esté en mi mano para enterrar esa historia. Lo he hecho y lo haré.

—Lo comprendo.

—Y, mientras lo hago, tú estarás a mi lado, en silencio. —No era una pregunta. Ella asintió. No se sentía con el valor suficiente para hablar—. Bien. Ahora somos familia, Marina. Y toda familia tiene sus secretos. Éste será el nuestro. —James se levantó de su asiento—. Tendrás que disculparme. He de sacar a pasear a los perros y tengo un vuelo mañana temprano.

—Por supuesto. No hace falta que me acompañes a la puerta.

—No digas tonterías. Le diré a mi chófer que te lleve a casa. Ya se ha hecho de noche. Toda precaución es poca.

Marina siguió a James por el pasillo. El hombre cogió dos correas del mueble del recibidor. Al oír el tintineo de los ganchos de metal de las correas

contra el suelo de mármol, los dos perros se acercaron corriendo a su dueño. Se sentaron con obediencia a los pies del hombre mientras Ellis les colocaba los collares alrededor del cuello y los enganchaba a las correas.

—Buenos chicos —murmuró en voz baja, y le dio a cada uno una galletita para perros que llevaba en el bolsillo.

James abrió entonces la puerta de su casa. En la acera estaba aparcado su Cadillac Escalade. Marina miró a la izquierda y a la derecha, escudriñando la calle. Desde lo ocurrido en Connecticut, lo hacía sin darse cuenta, siempre atenta por si alguien la estaba siguiendo. Al otro lado de la calle centelleaban las luces del interior de un acogedor restaurante francés. Una empleada doméstica de los vecinos estaba de pie en la acera, regando los arbustos con forma de animales que flanqueaban la puerta principal de la casa. Pero, por lo demás, la calle estaba vacía. Las calles perpendiculares entre la Quinta Avenida y Madison Avenue siempre parecían sumidas en el silencio tras el atardecer. Marina empezó a bajar por la escalera de la casa de su familia política; se detuvo a mitad de camino y se volvió hacia él.

—James —lo llamó, justo cuando él estaba cerrando la puerta.

—Dime.

—El hombre que me ha estado siguiendo..., ¿lo contrataste tú?

Él sonrió y Marina supo cuál era la respuesta gracias a la expresión de su rostro. Sí, había sido él.

—¿Sabes?, esta mañana le he dicho a Betsy que despidiera a la persona que cuidaba de nuestra casa en Southampton.

—¿Por qué?

—Por las filtraciones. Cuando empiezan, no tienen importancia, pero si no las vigilas, pueden destruir una casa entera.

—Crees que debería haber prestado más atención —dijo Marina estremeciéndose. Había empezado a lloviznar y la periodista sintió que comenzaba a humedecerse el pelo.

—Con una casa tan valiosa como la nuestra, no debería haberle quitado el



ojo de encima. Por eso le pago. Las filtraciones pueden traer graves problemas, mortales incluso.

Ella asintió. Los perros se encogieron pegándose a las piernas de su dueño, molestos pero en silencio. La lluvia había comenzado a caer con más fuerza. Marina no pudo fingir que la ignoraba.

—Vuelve a casa, querida. Y ten cuidado. Manuel se asegurará de que llegues sana y salva.

James tiró de las correas y los perros se levantaron. Marina observó cómo descendían los escalones en dirección al parque. Se volvió y, con aire desafiante, pasó por delante del coche de Ellis. Prefería volver caminando a casa bajo la lluvia.

## Annabel

—Cariño. —Julian atrajo a Annabel hacia sí, entrelazando los brazos detrás de su espalda—. Aquí estás. Estaba muy preocupado.

—Estoy bien. Jonas está aquí. Me ha ayudado a limpiar un poco la casa.

—Estaba hecha un desastre —comentó Jonas detrás de ella. Su rostro estaba serio—. Me alegro de que me llamas. Annabel no debería estar aquí sola, ahora. Esto se está descontrolando.

Los dos hombres intercambiaron una mirada. La mujer percibió lo incómodos que ambos se sentían, lo que la hizo sentirse incómoda también a ella. Si ellos eran los causantes de aquello, ¿no deberían parecer más seguros de sí mismos? ¿Amenazantes, incluso? En lugar de eso, Julian parecía realmente alarmado por el estado del apartamento. A Jonas también se lo veía alterado. Si estaban actuando, lo estaban haciendo de fábula.

—¿Qué se está descontrolando? —preguntó ella.

—Annabel, vamos a sentarnos —respondió Jonas—. Creo que tenemos que hablar.

Sin mediar palabra, entraron uno tras otro en el salón. Aunque habían ordenado gran parte del desastre, los indicios del robo estaban por todos lados. Fotografías en el suelo. Los cojines abiertos en canal. Montones de papeles apilados en la mesa del salón. El aire todavía era frío. Annabel se sentó, incómoda, en el brazo del sillón.

Durante un momento, no habló nadie. Entonces Julian miró a Jonas, que asintió con la cabeza, y se aclaró la garganta.

—Annabel, hay algo que te hemos estado ocultando —empezó a decir con suavidad—. No queríamos..., mmm..., no queríamos preocuparte, teniendo en

cuenta todo lo que ha pasado. Pero ahora creo que es el momento de que sepas la verdad.

Ella se puso rígida.

—La verdad —repitió con voz cortante—, sí, eso me gustaría.

—Sabemos que viste a Zoe Durand justo antes de irte a Londres. Vino a tu apartamento y se quedó alrededor de una hora. ¿Habías tenido algún contacto con ella antes de eso?

—¿Cómo sabéis que vi a Zoe?

—Hemos estado siguiéndola durante algún tiempo —aclaró Jonas—. Creemos que ha estado robando información de los clientes y vendiéndola. No estábamos seguros de a quién, así que hicimos que la siguiesen. Queríamos ver si podíamos pillar al comprador. Sospechamos que alguien tenía un interés personal en la familia Amir. Tienen enemigos poderosos. En cualquier caso, creo que quien le estuviese comprando la información a Zoe es el responsable de la muerte de Matthew.

Annabel respiró con brusquedad.

—¿Por qué?

—La información de los clientes que tenemos es increíblemente valiosa —dijo Julian—. Piensa en nuestra cartera de clientes. Quiénes son, con quién hacen negocios. La gente paga cantidades ingentes de dinero para tener acceso a esa clase de información. Por esa razón, somos muy selectivos con respecto a quién contratamos. Zoe no es la típica persona a la que contratamos. No tiene un buen pedigrí. Es de una ciudad pequeña del sur de Francia. Muy poco dinero. Una chica lista y brillante con los idiomas. Creo que habla cinco. Y bastante ambiciosa. Pero, sobre todo, creo que ha quedado demostrado que su tentación financiera es demasiado grande.

—¿Qué opinabas de Zoe? —le preguntó Julian a Annabel—. ¿Pasabas mucho tiempo con ella?

—No. En realidad, no la conocía. Sólo de pasada.

—¿Matthew te hablaba de ella?

Annabel se avergonzó, pensando en la forma infantil en que Matthew hablaba de Zoe.

—La verdad es que no —dijo.

—¿Por qué vino a verte la noche del funeral de Matthew?

Ella alzó la vista y se encontró con la mirada de Jonas.

—No lo sé —respondió. Escogió sus palabras despacio e intencionadamente—. Me trajo una caja con las cosas de Matthew. Nada importante. Sólo artículos personales que habían acabado en su escritorio, ese tipo de cosas. Creo que se sentía culpable de que ella y yo nunca hubiésemos llegado a conocernos.

—¿Alguna vez pensaste que pudieran estar teniendo una aventura?

Annabel se volvió y miró a Julian.

—Sí —dijo con toda la calma que le fue posible—. La idea se me pasó por la cabeza. Pero la descarté.

—¿Por qué?

—Porque confiaba en Matthew. Creía en lo que teníamos.

—Zoe es una mujer muy persuasiva. Creemos que podría haber convencido a Matthew para que la ayudara. Sabemos que él le dio acceso a información de los clientes que los banqueros no suelen proporcionar a sus asistentes.

—Eso no significa que tuviesen una aventura. O que Matthew estuviese haciendo algo inapropiado.

Julian respiró hondo. Metió la mano en el bolsillo que había a la altura del pecho de su chaqueta y sacó un sobre.

—No quería tener que darte esto —dijo mientras se lo entregaba a Annabel.

Ella se lo quedó mirando. Entonces deslizó un dedo por debajo del precinto y lo abrió. Dentro había un montón de fotografías. La primera estaba granulada y tan oscura que tuvo que acercársela para descifrar su contenido. Las fue pasando deprisa y se detuvo en la última. La imagen era clara. Sus

caras eran inconfundibles. Matthew y Zoe, acostados juntos en una cama que Annabel no reconocía. Ella tenía los ojos cerrados. Sólo llevaba puesto un sujetador, tan transparente que se le veían los pezones a través de la tela. Su pelo se extendía por la almohada. No se estaban besando ni estaban haciendo el amor. Era peor. La cabeza de Zoe se apoyaba, dulcemente, sobre el hombro de Matthew y su mano descansaba en su torso desnudo.

—Lo siento —dijo Julian—. De verdad.

Annabel volvió a meter las fotografías en el sobre.

—¿Por qué me las habéis enseñado?

—Porque intentamos hacerte entender lo peligrosa que puede ser Zoe Durand. —Jonas se le acercó desde el otro lado de la mesa y apoyó una mano sobre su rodilla—. Creemos que vino a Swiss United con la intención de robar información. Seducir a Matthew era parte del plan.

—Y pensáis que él la ayudó.

—Pensamos que podría haberlo hecho. Pero recuperó el sentido común. Iba a entregarla. Y eso lo mató.

—Entonces ¿qué queréis de mí?

—Ayúdanos a encontrar a Zoe.

—No sé dónde está.

—Desapareció justo después de venir a verte. ¿No te dijo adónde iba?

Annabel se echó hacia atrás. Sintió que sus huesos se adherían al sofá y que una fatiga líquida recorría su cuerpo. Cerró los ojos. Acogió con gusto el silencio, la oscuridad momentánea. Después, la imagen del cuerpo semidesnudo de Zoe junto al de su marido centelleó tras sus párpados como la proyección de una película que su mente no podía apagar. Sus ojos se abrieron, de repente.

—Me pidió que os dijese que se iba a casa. A cuidar de su madre enferma.

—¿Te dijo eso? ¿O te pidió que nos dijese eso?

—Me pidió que os dijese eso.

Julian miró a Jonas.

—Y ¿mencionó un ordenador? ¿El portátil de Matthew?

—Lo tiene Zoe —contestó Annabel. Miró a Jonas a los ojos—. Si la encontráis, lo tendrá ella.

Él asintió.

—Gracias. Has sido de mucha ayuda.

—Ha sido un día muy largo —dijo ella poniéndose en pie—. ¿Os importa si me doy una ducha y me aseo un poco?

—Desde luego. —Jonas y Julian se levantaron.

—Annabel, no puedes quedarte aquí esta noche —indicó Julian. Sus ojos brillaron de preocupación—. No es seguro.

Jonas estuvo de acuerdo.

—Te quedas con nosotros en Coligny.

—Ve con él, Annabel —le dijo Julian—. Allí estarás segura. Tenemos que encontrar a Zoe. Una vez que lo hayamos hecho, podremos saber quién era su comprador. Quienquiera que fuese, si mató a Matthew, vendrá a por ti. —Señaló el apartamento a su alrededor—. Ya lo ha hecho.

—Vale. Sólo dadme un rato para ducharme y coger algunas cosas.

—Claro, tómate el tiempo que necesites. Podemos esperar abajo, en el vestíbulo. —Jonas le hizo un gesto a Julian. Los dos hombres dieron media vuelta y salieron.

En cuanto Annabel supo que se habían ido, se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar.

## Marina

Cuando entró en su casa, reinaba la oscuridad. Le temblaban las manos mientras se desabrochaba el abrigo. Se quitó los tacones, que estaban empapados por la lluvia. Lo dejó todo en el suelo del recibidor y se acercó, descalza, al minibar de la biblioteca.

Necesitaba una copa. Nada de vino, necesitaba algo más fuerte. Sacó una botella de whisky Macallan y se sirvió un poco en un vaso. Le dio un par de vueltas, lo olió y, después, se lo tomó de un trago. Cerró los ojos y saboreó el fuego que sentía en el fondo de la garganta.

—¿Estás celebrando algo?

Marina abrió los ojos y se volvió: Grant se encontraba apoyado en la puerta de la biblioteca, con las manos en los bolsillos. Aunque estaba guapísimo con la camisa, la chaqueta, los vaqueros y los mocasines, ella se dio cuenta de que estaba agotado.

—¡Joder! —exclamó, y dejó el vaso encima de la barra—. Qué susto me has dado. No sabía que estuvieras en casa.

—Acabo de llegar. ¿Dónde estabas?

—Por ahí.

—Te he estado esperando en el restaurante, en el Chat Noir. —Grant se miró el reloj de pulsera que llevaba—. He estado allí más de una hora. Pero, cuando ha empezado a resultar violento, me he marchado.

—Madre mía, Grant, ¿por qué no me has enviado un mensaje?

—No creí que necesitaras un recordatorio de que hoy es nuestro aniversario.

Marina se llevó una mano a la frente.

—Lo siento, lo siento mucho. He estado hasta arriba de trabajo, ha sido una locura.

—Pensaba que querías que fuese una tradición.

—Sí que quería. Que quiero. Lo siento, Grant, perdona. ¿Podemos sentarnos y hablar del tema?

—Claro —respondió él y, con un gesto, señaló el bar—. Por lo menos podrías tomarte una copa conmigo, ¿no? A fin de cuentas, sigue siendo nuestro aniversario.

Ella lo miró y esbozó una sonrisita.

—¿Solo?

—Siempre.

Marina le pasó un vaso de whisky a su prometido. Ambos se sentaron en el sofá, uno junto al otro, pero no lo bastante cerca como para tocarse.

—Estaba en casa de tu padre —dijo ella, y le dio un sorbito a su bebida.

—¿Y eso?

—Quería preguntarle por las cuentas que tiene en el extranjero.

Grant frunció el ceño y dejó el whisky sobre la mesa de centro.

—¿Las cuentas que tiene en el extranjero?

—Exacto.

—No te entiendo.

—Conozco a un periodista que está escribiendo un artículo sobre tu padre. Sobre el dinero que tiene guardado en el banco Swiss United. Sobre su relación con al-Assad. Grant, no te molestes en defenderlo, lo ha admitido todo.

La expresión del rostro de él pasó de la confusión a la conmoción.

—¿Que él qué? —Negó con la cabeza—. No me lo puedo creer.

—Me ha dicho que tú no estabas involucrado en todo eso.

—Y no lo estoy.

—Lo sé, te creo.

—¿Cómo te has enterado?



—Era la historia de Duncan. Tras su muerte, un amigo mío la ha retomado. Quería que tu padre se enterase por mí antes de que saliera a la luz.

—¿Duncan Sander?

—Sí. ¿Sabías que tu padre había contratado a alguien para que lo siguiese?

—Sabía que no confiaba en él —dijo Grant tras una pausa—. Siendo sincero, yo tampoco.

—Me ha preguntado si me acostaba contigo para conseguir secretos de tu familia por la vía rápida.

Grant levantó la mirada.

—Madre mía. Lo siento. Papá puede ser muy maleducado cuando está disgustado. En realidad no piensa eso de ti. Espero que lo sepas.

—Pero no confiaba en mí. ¿Y tú? ¿Alguna vez has tenido alguna duda de mis sentimientos hacia ti?

Grant se acercó a ella y le envolvió la mejilla con la mano. Con delicadeza, le giró la cara para que lo mirase, estableciendo contacto visual.

—Nunca —respondió con firmeza—. Ni una sola vez.

Marina asintió.

—Mira, a mí también me han llegado esos rumores de papá. Sobre las cuentas en paraísos fiscales. No quiero justificarlo ni nada de eso, pero mucha gente lo hace. Ya sabes, por temas de impuestos. Repito, no es que lo esté justificando, pero...

—¿Esa gente también tiene negocios con terroristas tiranos?

Antes de responder, Grant respiró hondo.

—Da igual lo que Duncan o quien fuera haya podido decirte, mi padre no haría negocios con al-Assad.

—Grant, él mismo me lo ha confirmado.

Su prometido desvió la mirada.

—No es verdad.

—Y eso no es todo. Contrató a alguien para que matara a Duncan, para encubrir la historia.

—No —replicó Grant con frialdad. Luego se volvió hacia ella con los ojos centelleando—. Te equivocas. —Apretó los dientes y se le tensó la mandíbula. A Marina la impresionó lo mucho que se parecía a su padre cuando se enfadaba. Grant se levantó entonces del sofá y se acercó a la ventana de la biblioteca con grandes zancadas—. ¿Por qué dices algo así?

—Grant, prácticamente me lo ha admitido.

—No lo dices en serio, ¿verdad?

Marina se puso en pie. La pareja se miró, uno a cada lado de la biblioteca.

—Tu padre no es el hombre que tú crees que es —dijo ella cruzándose de brazos.

—Mi padre es el mejor hombre que he conocido en mi vida. Sea lo que sea lo que crees que sabes, es mentira.

—Entiendo que no es fácil escuchar lo que te estoy diciendo —repuso ella, y se recordó que debía mantener la calma—. Grant, tienes que estar preparado. Se va a presentar como candidato a presidente. La verdad saldrá a la luz. Siempre es así.

—Sea lo que sea lo que haya hecho mi padre, no es nada comparado con el comportamiento de muchos hombres influyentes —replicó después de soltar un bufido.

—Tal vez.

—Será un líder excelente. Por el amor de Dios, será mejor que Hayden Murphy. Mi padre es brillante, es una persona justa. Sea lo que sea lo que haya hecho, lo ha hecho por el bien común. Tienes que pensar en el panorama general.

—Lo siento, pero no me creo eso de que el fin siempre justifica los medios. Sobre todo cuando los medios implican matar a un amigo mío.

—¡Marina, mi padre no mató a Duncan! —Grant elevó el tono, frustrado.

—¿Por qué no vas tú mismo y se lo preguntas?

Él inspiró hondo. Por un momento, se miraron el uno al otro en silencio. Marina podía oír el lejano ronroneo de los coches que circulaban por Park

Avenue y el constante golpeteo de la lluvia contra los cristales de las ventanas. Grant se movió y la luz iluminó su pelo. Hasta ese momento, Marina no se había dado cuenta de que su prometido tenía un par de canas alrededor de las orejas. Las últimas semanas les habían pasado factura a todos. Además, parecía haber adelgazado. No había dormido bien durante las últimas noches ni tampoco había ido al gimnasio, y se notaba. Marina pensó que en aquellos momentos se parecía a James más que nunca.

Sintió una fuerte punzada de culpabilidad. James era el padre de Grant. ¿Qué haría ella si, en vez de su suegro, fuese su padre? Claro, Richard no haría nada imprudente, ni tan siquiera cruzar la calle con el semáforo en rojo; pero, en ese sentido, Marina era una mujer con suerte. Nunca había tenido que dar importancia a la conducta moral de sus padres, salvo, quizá, para compararse con ellos.

¿Cómo iba a juzgar a Grant? Su prometido creía en la familia. Creía en la lealtad. Esos valores eran los que lo convertirían en un buen marido. Pero también podían ser su perdición. Seguiría a su padre hasta el fin de los tiempos. Marina debía decidir si los acompañaría o no.

—¿Quieres que vayamos a hablar con papá juntos? —preguntó Grant suavizando el tono—. Podemos aclararlo todo, sé que podemos.

—Lo siento. —Marina corrió hacia él y le rodeó el cuello con los brazos. Grant inclinó el rostro, frotándose contra su mejilla. Ella se dio cuenta de que estaba llorando—. Tengo que irme.

—Por favor, quédate.

—No puedo. No podré superar todo lo que he oído esta noche.

—Marina..., ¿todavía me quieres?

La periodista se alejó un poco para poder mirar a Grant. Estaban a muy poca distancia y tenían las manos entrelazadas, con firmeza.

—Sí —susurró ella. Las lágrimas les recorrían el rostro, tanto a ella como a él—. Te quiero y siempre te querré.

—Entonces, piensa en lo que estás haciendo. Piensa en la vida que

podríamos compartir. Esto no tiene nada que ver con nosotros.

—Ojalá fuera cierto.

Marina se acercó las manos de Grant a los labios y las besó. Después se volvió y, antes de que el valor la abandonase, se dispuso a salir corriendo del apartamento. Recogió a toda prisa sus zapatos y el abrigo del suelo del recibidor y dejó que la puerta se cerrase a su espalda. Si Grant la seguía e iba a buscarla, la asustaba la idea de que quizá aceptase quedarse. Tal y como llegó frente a las puertas, apretó con fuerza el botón del ascensor, y se sorprendió cuando éstas se abrieron ante ella al instante. Montó en él, descalza, con los zapatos en una mano a la altura del pecho.

## Annabel

Estuvo llorando hasta que le dolió la garganta y empezaron a palparle las sienes. Al final, cuando ya no pudo llorar más, se levantó del suelo y se obligó a darse una ducha. Cuando salió, hacía frío en la habitación y sus hombros húmedos temblaron mientras ella se quedaba de pie frente a la cama. «¿Se acostaron juntos más de una vez? ¿La llevó allí, a su apartamento?» Pensarlo la ponía enferma.

Sus ojos se posaron en la alcayata que había sobre la cama. De ella, antes colgaba el cuadro de Marshall Cleve que Matthew le había comprado justo antes de morir. Se le cortó la respiración. ¿Dónde estaba el cuadro? ¿Lo habían roto?, ¿destruido?, ¿robado? Pensar en el lienzo hecho jirones y en el recio marco de plata resquebrajado le rompió el corazón. Como si no estuviera ya roto.

Miró a la izquierda de la cama, luego a la derecha. Ahí estaba el cuadro, tirado contra la pared, de lado. Annabel se arrodilló y cogió el marco entre las manos. No parecía que hubiera sufrido daños. Se preguntó por qué se habían molestado en descolgarlo. «A lo mejor estaban buscando una caja fuerte detrás de él», pensó. Y sintió un escalofrío. Si Jonas y Julian no habían sido quienes habían enviado a unos hombres a registrar su apartamento, ¿quién había sido? ¿Qué esperaban encontrar?

Observó el cuadro con los ojos llenos de lágrimas. Envolvió el marco con los dedos.

«Deberías tenerlo —había dicho Matthew—. Uno de los motivos por los que acepté este trabajo fue que así podría comprarte obras de arte. Tu propia galería privada.»

¿Lo había convencido Zoe para vender información de los clientes al mejor postor? Annabel no se lo podía creer, pero tampoco hubiese creído que se había acostado con su asistente hasta que vio las fotografías que lo demostraban. Y el hambre de riqueza de Matthew siempre había preocupado a Annabel. En ese momento, su cabeza giraba entre varias posibilidades, todas ellas horribles. O Zoe decía la verdad y las fotos eran una trampa orquestada por Jonas para chantajear a Matthew, para que acatará sus órdenes, o Jonas y Julian decían la verdad y Zoe había convencido a Matthew de que traicionase al banco vendiendo información de los clientes. Annabel nunca había confiado en Zoe y las fotos no ayudaban. La cuestión era: ¿cuánto confiaba en Matthew?

«Si alguna vez me pasara algo...», había dicho Matthew cuando le regaló el cuadro. ¿Sabía que alguien estaba intentando matarlo? Cerró los ojos y los apretó, intentando recordar la conversación. «Si alguna vez me pasara algo...» ¿Qué había dicho a continuación?

Los abrió de nuevo.

«El marco tiene valor. Quiero que lo recuerdes.»

Entonces le había parecido un comentario raro. Pero en ese momento...

Annabel se puso en pie de un salto, dejando que la toalla se deslizara por su cuerpo. Puso el cuadro sobre la cama y examinó el marco. Acarició los bordes con los dedos, tanteando las vetas y las pequeñas hendiduras en la madera.

Nada.

Era un marco precioso, pero no extraordinariamente distinto de otros. De todas las cosas que tenían, no creía que fuera la más valiosa.

—¿Annabel? —La voz de Julian se coló a través de la puerta de la habitación—. ¿Estás bien?

Ella levantó la cabeza de golpe. De forma instintiva, cogió la toalla que estaba a sus pies y se la colocó alrededor del cuerpo.

—¡Estoy bien! —gritó—. Acabo de salir de la ducha.

—Vale. Me estaba preocupando.

—Lo siento. Estaré lista enseguida.

—Tómate tu tiempo.

Annabel le dio la vuelta al cuadro y pasó la mano por el papel de la parte trasera. En uno de los bordes notó una pequeña rugosidad. Sus ojos se abrieron como platos. Fue corriendo hasta la puerta del dormitorio y, haciendo el menor ruido posible, cerró con el pestillo. Entonces volvió corriendo al cuarto de baño. En el interior de un cajón encontró un antiguo neceser de Matthew, atiborrado de trastos. Una chuchilla de afeitar vieja. Tiritas. Espray antiséptico. A través de las tuberías podía oír el sonido amortiguado de Julian hablando con alguien en el salón. Se le estaba acabando el tiempo. Sus dedos envolvieron lo que estaba buscando: una pequeña navaja.

Regresó, a toda prisa, con el cuadro e introdujo la hoja de la navaja entre el papel y el marco. Con suavidad, retiró el adhesivo del papel, hasta que pudo arrancarlo. Allí, pegada al borde interior del marco, había una memoria USB. Debajo de ésta, una nota doblada.

Annabel la sacó y, con dedos temblorosos, desdobló el papel. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando vio la letra de Matthew y el ligero borrón en la esquina de la hoja, donde su mano izquierda había arrastrado la tinta.

Querida A:

Si estás leyendo esto es que algo ha salido terriblemente mal. Gracias por escucharme y recordar lo que te dije acerca de que este marco tenía valor. Sigues siendo la persona más lista que conozco.

Lo siento mucho, por todo. Nunca deberíamos haber venido aquí. Swiss United es un lugar horrible. Hacen cosas horribles para gente horrible. Admito que, al principio, estaba encantado con el dinero. Pero no vale la pena. He intentado sacarnos de esto, pero quizá he actuado demasiado tarde.

Si estás leyendo esta nota, es probable que esté muerto. Y Zoe, también. Llévale este USB a Lorenzo Mora. Confío en que se lo entregue a la gente correcta. Él te lo explicará todo.

Por favor, recuerda esto, querida A: te quise desde el primer momento en que te vi. Ese

amor nunca ha flaqueado. Sólo se ha vuelto más fuerte. He cometido errores y asumo toda la responsabilidad por ellos. Pero nunca, nunca, he dejado de quererte. Si tienes que creer en algo, cree en eso.

Siempre tuyo,

MATTHEW

Annabel arrugó la nota en la mano. Cerró los ojos y la apretó contra su pecho. Sus lágrimas cayeron al suelo. Su pelo, todavía húmedo, goteaba por su espalda desnuda.

—¿Annabel? —La voz de Julian llegó, otra vez, desde el pasillo—. Jonas está ansioso por salir a la carretera. ¿Te falta mucho?

—¡Estaré ahí enseguida! —gritó con la voz ronca. Corrió al armario y cogió unos vaqueros y un suéter ancho. En el bolsillo trasero metió la nota, con la memoria USB.

En el cajón de su escritorio encontró pegamento. Era viejo, pero tendría que valer. Tan rápido como pudo, lo extendió por la parte de atrás del marco y, con las yemas de los dedos, volvió a precintar el papel trasero. Después apoyó el cuadro contra la pared, de lado, tal como lo había encontrado.

Echó dentro de una maleta unas cuantas cosas básicas: un estuche de maquillaje, un cepillo del pelo, una muda. De una cajita que había en su mesilla de noche cogió un par de pendientes de perlas que habían sido de su madre y una pulsera que Matthew le había regalado en su primer aniversario. De la estantería superior de su armario cogió la caja de las notas. Después de unos momentos de deliberación, eligió la nota que Matthew le escribió el día que le pidió matrimonio, garabateada en la página que había arrancado de una agenda. La besó y, después, la dobló y la metió en su cartera. Decidió que todo lo demás podía dejarlo atrás.

Antes de cerrar la cremallera de su bolsa, Annabel cogió la navaja y la metió en su estuche de maquillaje. Tan pequeña y desgastada por el uso, no servía mucho como arma. Aun así, saber que la llevaba le daba seguridad. Y, adonde iba, necesitaría toda la seguridad posible.



## Marina

Doce artículos. Todos ellos listos para ser publicados al día siguiente en las páginas principales de los periódicos más prestigiosos del mundo. Con gran criterio, Christophe Martin, jefe del ICIJ, había repartido las historias entre los mejores periodistas de diferentes periódicos: *The New York Times*, *The Wall Street Journal*, *The Telegraph*, el *Daily Mail*, el *China Daily*, *El País*, el *Financial Times*, *Le Monde*, el *Süddeutsche Zeitung*, *The Moscow Times*, el *Yomiuri Shimbun* y el sitio web de Owen, *Resultados*. En conjunto, los artículos demostrarían cómo el bufete de abogados Schmit & Mulles había enviado el dinero de jefes de Estado, de miembros de cárteles, de terroristas, directivos de varias empresas, traficantes de armas, financieros, magnates, jeques y otros miembros de la élite mundial a cuentas numeradas en bancos inscritos en paraísos fiscales como Swiss United o el Banco Internacional del Caribe durante décadas, y todo con el claro fin de esconder los activos. Los resultados serían devastadores. Aquellas personas a las que expondrían públicamente acabarían detenidas, multadas, deshonradas. Varios líderes mundiales se verían obligados a renunciar. Saldrían a la luz relaciones y acuerdos comerciales que habían permanecido en secreto hasta entonces. Habría familias destrozadas por el descubrimiento de activos ocultos, beneficios obtenidos de forma ilegal, impuestos evadidos, pagos a amantes y, en algunos casos, hasta la existencia de una segunda familia. Esos artículos no eran más que el principio. Owen y Christophe habían elegido aquellas doce historias para publicarlas a la vez, porque en conjunto eran el gran golpe de gracia. Pero los siguientes artículos se publicarían durante semanas,

meses, años. Dentro de *Maestra* todavía quedaban enormes cantidades de información sin revisar.

Owen estaba sentado frente al escritorio de su despacho, haciendo girar nervioso un boli entre los dedos de una mano. Al unirse a la última teleconferencia antes de que envasen los artículos a revisión, era consciente de que tenía delante la que probablemente fuese la mayor historia de todas. Sin embargo, no estaba seguro de qué hacer con ella.

—Owen Barry al habla. Disculpad el retraso.

—Hola, Owen —saludó Christophe Martin—. Creo que ya estamos todos. ¿Novedades en el artículo de James Ellis?

—Sí, por eso llego un par de minutos tarde. Esperaba poder entregaros algo, pero no creo que lo consiga. Tendremos que seguir adelante con los artículos que tenemos.

—Podríamos retrasar la publicación un día o dos, si con eso bastase —terció Mike Sheeran, de *The New York Times*—. El reportaje de James Ellis es pura dinamita.

—Me preocupa nuestra fuente de información —explicó Owen—. Lleva veinticuatro horas sin dar señales de vida. No es justo para él que lo retrasemos más.

—Nosotros pensamos igual —dijo Sergei Ivanov, uno de los periodistas rusos de *The Moscow Times*—. Para nosotros, sería demasiado peligroso retrasarlo más. Hay mucha tensión en Moscú. Esta mañana han atacado a uno de nuestros compañeros del periódico con un cuchillo, en un callejón cerca de su casa. Le han robado el portátil y lo han abandonado allí, a su suerte. Está en estado crítico; estamos esperando noticias, a ver qué tal ha ido la operación. La policía nos ha dicho que ha sido víctima de un atraco aleatorio, pero no nos lo tragamos. Nos preocupa que se haya corrido el rumor de que hay una investigación sobre los activos en paraísos fiscales. Ninguno de nosotros está a salvo.

—¿Os habéis marchado de Moscú?

—Sí, por ahora, estamos bien. Pero cuanto más lo retrasemos...

—Aquí opinamos igual —añadió Andrés Gómez, de *El País*—. El cartel de los Mora tiene ojos por todas partes. Tenemos que publicar este artículo ya. No podemos ocultarlo mucho más.

—Vale, vale —dijo Owen, y se recostó en la silla con las manos detrás de la cabeza—. Coincido con vosotros. El reportaje de James Ellis puede esperar.

Se echó un poco más hacia atrás y con el rabillo del ojo vio que se abrían las puertas del ascensor. Marina apareció tras ellas. Llevaba una falda negra que se movía a la altura de las caderas y el corte de la blusa blanca dejaba a la vista lo justo de sus delicados hombros. Se puso de puntillas, buscándolo. Owen hizo girar la silla y estuvo a punto de caerse de espaldas.

—Pero ¿qué coño...? —susurró, y se aferró al borde de la mesa.

—Owen, ¿sigues ahí?

—Sí, chicos, lo siento. Tengo que colgar, luego os llamo.

—Tenemos que presentar los artículos esta misma noche, o si no...

—Sí, sí, lo pillo. Luego os llamo.

Owen cortó la llamada. Cuando Marina se plantó delante de su escritorio, él seguía forcejeando con los auriculares que llevaba puestos.

—¿Cómo has entrado?

—Yo también me alegro de verte.

—Perdona, cuando me cerraste la puerta en las narices supuse que necesitarías un par de días para relajarte antes de que volviésemos a vernos.

—Ya, perdona mi actitud, estaba enfadada.

—Ya me di cuenta.

—Tú también estabas enfadado.

—Escucha, Marina, me alegro de verte y todo eso, pero tengo un plazo que cumplir. ¿Podemos hacer las paces en otro momento?

—No he venido a hacer las paces. He venido a ayudarte. ¿Me puedo sentar?

Owen la miró fijamente, pensándolo. Después, con el pie, cogió una silla vacía que había en el cubículo de al lado y, de una patada, se la acercó a ella.

—Si has venido para convencerme de que no publique el reportaje sobre Ellis, estás perdiendo el tiempo. El tuyo y el mío.

—No, no he venido por eso; he venido para ayudarte a acabarlo.

—¿Ves?, por esto no me he casado —dijo Owen tras soltar una risotada de sorpresa—. ¿Qué coño ha pasado? ¿Has discutido con Ellis júnior o qué? Menudo giro de ciento ochenta grados.

—Mira, entiendo que estés enfadado conmigo —replicó ella suspirando—. Y lamento todo lo que pasó, podemos hablarlo luego. ¿Para cuándo tiene que estar esto para revisión?

—A las cinco para la edición en papel y a las once para los sitios web. Queremos que esté todo subido a medianoche, hora de Nueva York.

—Vale, creo que podemos conseguirlo.

—Sólo si llevas en el bolso el arma del crimen, porque no tengo suficiente información como para publicar un buen artículo. Lo único que tengo son pruebas documentales que relacionan a Ellis con Swiss United y unas transferencias entre empresas fantasma que creo que algunas pertenecen a Ellis y otras a al-Assad. Pero nada más, y son pruebas poco sólidas. Necesitamos algo que confirme nuestra historia.

Marina rebuscó en su bolso y sacó el móvil.

—¿Una confesión grabada valdría?

—¿Estás de coña?

—¿Bromearía con algo como esto?

—¿Has hablado con James Ellis?

—Después de irme de tu casa me fui directa a la suya. Quería respuestas. Le pregunté sobre sus cuentas en Swiss United y sobre sus negocios con al-Assad. Lo admitió todo. Y después me dijo que no debía contárselo a nadie porque, si lo hacía, acabaría con la vida de Grant... y con la mía.

—Tiene razón; te arruinaría la vida.

—Lo sé. Y la de Grant también, y él no se lo merece.

—Entonces ¿por qué has venido?

—Porque James contrató a alguien para que matase a Duncan.

La expresión de Owen pasó de la sorpresa a la conmoción en un instante.

—¿Me estás diciendo que James Ellis, el padre de Grant, ordenó que mataran a Duncan?

—Sí.

—¿Tienes la confesión grabada?

—Grabada como tal, no, pero no se ha esforzado mucho en negarlo. Y creo que sé cómo podemos demostrarlo. Pero tendremos que trabajar rápido. Debo viajar a Washington.

—¿A Washington? ¿Por qué?

—Hunter Morse, ¿te acuerdas? Del Departamento de Justicia. Duncan había subrayado su nombre en su agenda. Se suponía que iba a reunirse con él el día después de que lo mataran. Creo que es la clave de toda esta historia.

—¿Y crees que querrá hablar contigo?

—No lo sé, pero vale la pena intentarlo.

Owen miró su reloj.

—Si te vas ahora, podrías estar allí a las seis.

Ella se puso en pie y se colgó el bolso al hombro.

—Te enviaré la grabación de voz de Ellis desde el coche.

—Marina... —la llamó Owen mientras ella salía de su cubículo. La periodista se volvió y lo miró con una ceja perfecta enarcada—. Vamos a acabar con ese hombre.

## Annabel

Annabel se encontraba junto a la ventana, contemplando la extensión del lago Lemán. El agua estaba resplandeciente a esa hora del día, un espejo para el azul eléctrico y el rosa celestial del brillante cielo de la mañana. A lo lejos se erguían las abruptas montañas blancas, silenciosas e imponentes como centinelas junto al lago. Las subidas y bajadas verticales de sus cimas eran impresionantes. Annabel se preguntó cuánta gente habría perdido la vida allí. Pensó en hombres con piolets y crampones, enterrados bajo avalanchas de nieve. En los excursionistas que habían salido a primera hora de la mañana, para no regresar nunca. En el avión de su marido, reducido a acordes metálicos en la cima de una montaña, un lugar tan remoto que ningún ser vivo lo había pisado jamás. Pensó en las cenizas de Matthew, desapareciendo en el viento, como el humo.

La habitación parecía una celda de oro. Las paredes estaban lacadas en un brillante azul turquesa. Las cortinas estaban hechas de una gruesa, y aparentemente cara, tela de chintz. La cama con dosel era una antigüedad. Como salida de Versalles, pensó Annabel. Jonas y Julian habían insistido en que se quedara allí, en la casa de Cologny de los Klauser. Para su protección, habían dicho. Su conciencia no les permitía dejarla dormir en un hotel. De modo que allí estaba, en una habitación de invitados que le habían adjudicado generosamente, con muebles del siglo XVIII y una alfombra tan suave que parecía hecha de cachemir, en la misma planta, a tres metros, de Jonas y Elsa. Nunca en su vida se había sentido menos segura.

No había dormido. Tampoco se había molestado en deshacer la maleta. No quería ponerse cómoda. No le gustaba la idea de estar desnuda en casa de

Jonas Klauser. Ya se sentía bastante vulnerable tal y como estaba. Antes de una hora, un coche la llevaría al aeropuerto. Desde allí, volvería a Londres, donde se encontraría con Khalid, en el aeropuerto de Heathrow. Él le daría el portátil de Matthew y ella sacaría un billete de avión a Nueva York. Después cogería un tren hacia Washington y encontraría a Hunter Morse.

Jonas Klauser no sabía nada de eso, por supuesto. Tan sólo que tenía un vuelo de ida a Nueva York. Le había dicho que no podía quedarse más tiempo en Suiza. Era demasiado difícil para ella estar allí. Sólo quería irse a casa.

Él había organizado su vuelo. Primera clase, directo. Esperó a que se durmiera y, entonces, llamó a la compañía aérea para cambiar su billete, de forma que pudiese hacer una escala de una hora en Londres. También modificó el método de pago, para que el cargo se hiciera en su tarjeta de crédito en lugar de en la de Jonas. Supuso que no se daría cuenta. Y, aunque lo hiciera, esperaba que pensara que sólo intentaba ser educada.

De pronto oyó que llamaban a la puerta.

—¿Annabel? —La voz amortiguada de Elsa le llegó desde el pasillo—. Cariño, el coche está aquí.

—Gracias —dijo ella en voz alta, intentando no sonar tan nerviosa como en realidad se sentía—. Salgo dentro de un minuto.

Miró por la ventana por última vez. El sol estaba saliendo por el horizonte, bañando de luz las montañas. Presionó los dedos contra el cristal y sintió el frío sobre su piel. Pensó que fuera estaba casi helando. El sol brillante de la mañana era engañoso y hacía que el lago pareciera tentador, en lugar de terriblemente frío al tacto.

—Adiós, Matthew —murmuró cerrando los ojos—. Te quiero.

Después, se alejó de la ventana, de la vista del lago y de las montañas en la distancia. Sería su último verdadero vistazo a Ginebra. Bajó la persiana y se dirigió hacia la puerta.

Jonas y Elsa estaban esperándola en el pasillo. Él se apresuró a cogerle la

maleta. Se lo veía tan nervioso como a ella. Luego bajó la escalera con la maleta en la mano. Elsa iba detrás; parecía no estar segura de qué hacer o cómo ser de ayuda.

—Siento que no puedas quedarte a desayunar —dijo—. ¿Puedo darte algo antes de que te marches?

—No, estoy bien. No quiero abusar de vuestra hospitalidad.

—No seas tonta. Si casi no te has quedado nada.

—Gracias. Estoy impaciente por volver a casa. Ya es la hora.

Elsa parecía preocupada, pero aun así asintió.

—Mi chófer podría haberte llevado al aeropuerto —dijo Jonas. Frunció el ceño, mirando la limusina en la entrada de la casa—. No habría sido molestia.

—Qué va. Ya habéis hecho bastante por mí.

Y entonces llegó la parte que Annabel temía. Jonas la abrazó. Se mareó cuando sus brazos la rodearon. Quería gritar. En lugar de eso, cerró los ojos y esperó a que el momento pasase. Después, forzó una sonrisa.

«Ya casi ha acabado —se recordó—. Mañana, a esta hora, Jonas Klauser estará con las manos esposadas a la espalda.»

—Supongo que esto es todo —dijo Annabel. Notó un escalofrío involuntario, como si su propio cuerpo se rebelase contra el tacto de Jonas—. Nunca olvidaré todo lo que has hecho.

—Mantengamos el contacto —respondió él—. Me gustaría saber cómo vas.

—Claro, lo haré. Volveremos a hablar pronto.

—Eso espero.

Annabel asintió y dio media vuelta. Tenía el corazón en la garganta cuando salió de casa de los Klauser y se metió en el coche que la estaba esperando.

En cuanto llegó al aeropuerto, Annabel sintió que sus hombros empezaban a



relajarse. Ya había pasado la parte más difícil. Su salida de Ginebra había ido a la perfección. Tenía un plan y tres pasos más por delante. Debía recoger el portátil, llevárselo a Hunter Morse y, después, esperar a que comenzaran las detenciones.

Jonas y Julian serían los primeros. Después, Fares Amir y los abogados de Schmit & Muller. Por lo que Khalid le había contado, el portátil de Matthew estaba lleno de pruebas condenatorias contra todos ellos, cientos de documentos que probaban, sin lugar a dudas, que conspiraron para ocultar el dinero de cientos de criminales internacionales, desde al-Assad hasta Putin. Otros muchos, innumerables, también serían detenidos. Abogados, contables, banqueros. Personas a las que Annabel conocía y que, posiblemente, le caían bien. Personas que habían asistido al funeral de Matthew. Quizá, algunas lo habían considerado un amigo. Personas que podrían haber tomado, o no, decisiones delictivas. A lo mejor sólo estaban haciendo lo que les habían dicho. A lo mejor, como Zoe, habían sido lo bastante ingenuas como para pensar que Swiss United era como cualquier otro banco. Annabel fue, sin duda, culpable de pensarlo. Qué equivocada había estado. Qué equivocados habían estado todos, eslabones en la cadena de una enorme empresa criminal.

Su vuelo estaba embarcando. Se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta. Cuando estaba a punto de presentar su tarjeta de embarque a la azafata, sonó su teléfono. Dio un paso atrás, permitiendo que el siguiente pasajero de la cola pasara delante. Era un número que no reconoció, pero, por el código del país, supo que era del Reino Unido.

—Annabel, escúchame. ¿Dónde estás? —La voz de Khalid sonaba chirriante y débil, amortiguada por lo que parecía el paso de un tren.

—¿Khalid? —Annabel se pegó el teléfono a una oreja y se cubrió la otra con la palma de la mano—. Apenas puedo oírte.

—¿Dónde estás?

—En el aeropuerto. ¿Por qué? Mi vuelo está embarcando. Voy de camino.

—Annabel, no puedes ir a Nueva York. Morse...

—Khalid, te oigo entrecortado.

—He investigado un poco a Morse. James Ellis le está pagando. Ellis es cliente de Jonas Klauser. Creo que le está pagando a Morse para que le diga quién era el topo dentro de Swiss United. No es de fiar.

—¿Morse, del Departamento de Justicia? —A Annabel le daba vueltas la cabeza. Vio aparecer una línea roja alrededor del número de vuelo en la pantalla, indicando la última llamada para el embarque.

—Sí, trabaja para...

De pronto oyó ruido de forcejeo en el teléfono, un ruido sordo. Luego, la llamada se cortó.

—¡¿Khalid?! —gritó Annabel—. ¡¿Khalid?! —Pero sólo oyó silencio al otro lado de la línea.

La gente a su alrededor la miraba.

—¿Está usted bien? —Una mujer, detrás de ella, se acercó con la cara empañada de preocupación.

—Señorita, ¿habla francés? —preguntó un hombre—. *Qu'est-ce qu'il y a?*

—Señora, es la última llamada para el embarque del vuelo a Londres, aeropuerto de Heathrow —dijo la azafata—. *Dernier appel d'embarquement.*

Annabel se volvió. Se estaba amontonando un grupo de gente. Al final, vio una cara familiar. Era el hombre que había chocado con ella en la biblioteca, justo cuando salía de la sala de microfilmes. Le había tirado las fotografías del bolso. Cuando estableció contacto visual con él, dio media vuelta y desapareció entre la multitud.

Miró a la azafata, sin entender.

—Señora, ¿va a embarcar?

Ella negó con la cabeza.

—No —contestó en un susurro—, no.

Cogió su bolso y se retiró. Casi chocó con la señora que se había preocupado por ella cuando se alejó, corriendo, de la puerta.

## Zoe

El turno de Zoe en Café Hugo estaba a punto de acabar. Era media tarde y la afluencia de clientes que iban al restaurante a comer había cesado. En apenas una hora llegarían los parroquianos de la hora de cenar; en general, eran pescadores y comerciantes que acudían al restaurante para tomarse una cerveza y unas ostras tras un duro día de trabajo. A Clement, el tío de Zoe, le gustaba cerrar la cocina una o dos horas antes de la cena, para fumar y echar un par de partidas de cartas con sus amigos. Zoe era la única camarera del turno de día. Se suponía que Rose, su compañera, llegaba a las cuatro, pero habitualmente no hacía acto de presencia hasta las cinco. A Rose no le caía bien Zoe, y ella lo sabía. La chica demostraba su desagrado con pequeños detalles: llegaba tarde, dejaba restos de comida en los fregaderos de la cocina... Aunque tampoco importaba mucho, no era que tuvieran mucho trabajo que hacer. En aquella época del año era muy poco el personal que necesitaba el Café Hugo: el justo y necesario. La temporada alta se había acabado. En la terraza, el único atractivo del restaurante, hacía demasiado frío como para tomarse algo fuera. El día anterior, Zoe le había preguntado a Clement si quería que guardase las mesas y las sillas de fuera en el sótano. «*Semaine prochaine*», le había contestado. «La semana que viene.» Ésa era la respuesta habitual de su tío para casi todas las preguntas. Zoe se había olvidado de lo pausada que era la gente en Sainte-Thérèse-de-la-Mer. En el pasado, a Zoe la había desquiciado la lenta rutina, la movilidad a paso de caracol que caracterizaba aquel sitio. Se quejaba con sus amigos de que nadie hacía nunca nada; sólo vivían el día a día, sin planes de verdad para el futuro. En el pasado, Zoe habría bajado las sillas y las mesas al sótano, sin

importarle lo que hubiese dicho su tío. Había que hacerlo, así que, ¿por qué esperar? Pero en aquel momento se limitó a asentir y regresó a la barra, con el trapo en la mano, para seguir limpiándola. La semana siguiente le venía bien.

Deshizo el nudo del mandil que llevaba y se lo quitó por encima de la cabeza. Pudo oír algunas risas que provenían del callejón de atrás y sintió el débil aroma a tierra de los cigarrillos de liar de su tío. Luego se sentó frente a una mesa y empezó a contar las propinas que le habían dado aquel día. En una semana en el restaurante ganaba menos dinero de lo que ganaba en un día en Swiss United. Pero allí, en Sainte-Thérèse-de-la-Mer, apenas le hacía falta nada para vivir. Clement la dejaba quedarse gratis en el piso que tenía justo encima del restaurante. Además, su tío también se encargaba de su alimentación, aunque por lo general comía las sobras de la cocina. Estaba claro que Zoe no podía vivir de su generosidad durante toda su vida, pero no era más que una situación temporal. Al final, de una forma u otra, todo acabaría. Esperaba no morir antes de que acabase.

Terminó de contar las propinas, levantó la vista y se sorprendió al ver que había un hombre sentado en la terraza. No lo había oído llegar. Había elegido la mesa más apartada de la esquina izquierda del local, la que tenía las mejores vistas al mar. Desde su sitio privilegiado, entre los tejados de color albaricoque de las casas de alrededor, el hombre podía observar una franja del cristalino mar. Era la mejor mesa que tenían en el Café Hugo. Zoe se preguntó si sería uno de los clientes asiduos de Clement; varios de ellos la recordaban de cuando era una cría. Le preguntaban por Ginebra y si ya se había casado. Le preguntaban cuánto tiempo tenía pensado quedarse en Sainte-Thérèse-de-la-Mer. A la chica cada vez se le daba mejor contestar a esas preguntas sin dar respuestas claras.

Se levantó de la silla, se puso de nuevo el mandil y se colocó el lápiz para tomar nota en la oreja. Al abrir la puerta, un escalofrío le recorrió el cuerpo; las temperaturas bajaban a medida que el sol se ponía. Una ráfaga de viento frío hizo que ondease el deshilachado toldo de la puerta de la terraza. Pero al

hombre no parecía molestarle la brisa que corría a aquellas horas. Volvió la cabeza, se llevó un cigarrillo a los labios y, con una mano, rodeó el mechero para evitar que se apagase la llama.

Zoe no lo reconoció hasta que volvió la cabeza al frente. Aquel perfil era inconfundible. Julian White tenía una nariz aguileña y un cuello delgado, casi femenino. Con una mano se apartó el pelo rubio de la frente, cerró los ojos y disfrutó de la primera calada. Entonces, cruzó una pierna sobre la otra y se repantigó en la silla. A Zoe le llegó el sonido de las risotadas de su tío desde el callejón que quedaba detrás del restaurante. Una gaviota que surcaba el cielo graznó y se lanzó en picado hacia el suelo. Por lo demás, estaban solos por completo.

Le pesaban las piernas. Había intentado prepararse para ese momento, para cuando alguien de Swiss United fuese a buscarla a su pueblecito natal. Se quedó paralizada. «Debería echar a correr», pensó. Pero ¿y si Julian la veía? Entonces sabría que escondía algo. Si huía, prácticamente estaría cavando su propia tumba.

Zoe se obligó a dar un paso tras otro hasta llegar al lado del hombre.

—¿Julian? —preguntó, y esbozó una sonrisa—. Qué curioso verte por aquí.

Él alzó la cabeza. En cuanto sus miradas se encontraron, Zoe supo que él lo sabía. No estaba segura de cuánto, pero Julian White sabía algo. Aquella visita al Café Hugo no era una coincidencia, ni una visita de cortesía. Claro que no. Zoe había trabajado en Swiss United el tiempo suficiente como para saberlo. Nadie del banco se presentaría allí, en un restaurante cuyos principales clientes eran los habitantes de un pueblecito pesquero del sur de Francia. Y mucho menos Julian White, quien se quejó de la falta de caviar en el menú del servicio de habitaciones del Grand-Hôtel du Cap-Ferrat la última vez que lo había visto. No. Julian White era de los hombres más calculadores y prudentes que conocía. Estaba allí por trabajo, estaba allí por ella.

—Zoe —la saludó, con un tono tan frío como el viento que soplaba—.

Qué alegría volver a verte.

—Lo mismo digo. ¿Qué te trae por Sainte-Thérèse-de-la-Mer?

—Me encanta esta zona de Francia —respondió, y señaló el mar—. Mira estas vistas. Con razón a Van Gogh le encantaba este pueblo.

—Creo que te confundes con Saintes-Maries-de-la-Mer, al otro lado de Arlés.

—¿Ah, sí? Bueno, toda la costa es preciosa. Tienes mucha suerte de vivir aquí.

—Sólo es temporal. Mi madre está enferma.

—Ya, eso me han dicho. Lo lamento mucho.

—Este restaurante es de mi tío, necesitaban ayuda con el negocio.

—Claro, qué considerado por tu parte.

—¿Vas a quedarte en el pueblo?

—Todavía no lo tengo claro —respondió Julian, y sonrió—. Tengo un par de reuniones por la zona. No sé cuánto tiempo me llevará. ¿Alguna recomendación?

—Vila de la Mar es bonito —dijo Zoe encogiéndose de hombros—. Pero, si quieres mi opinión, hay lugares más bonitos. Niza. Saint-Tropez.

—¿Intentas deshacerte de mí?

—No, claro que no —exclamó Zoe. Sintió que se ponía colorada de la vergüenza—. Ten —dijo, y le tendió el menú del restaurante—. La cocina ya ha cerrado, pero...

—No querría causaros molestias.

—No te preocupes, de verdad. Pide lo que quieras.

Julian sonrió. Zoe notó cómo el hombre paseaba la mirada por su cuello, por su pecho, y se detenía en el hueco entre sus muslos.

—Bueno, quizá una copa —dijo después de haberla observado de arriba abajo—. ¿Podrías ver si tenéis una buena botella de vino tinto?

—Por supuesto.

—Coge dos copas —le pidió Julian.

Zoe se apresuró a entrar en el restaurante y se resguardó detrás de la barra. Le temblaban las manos, apoyadas sobre la madera. Podía sentir que Julian la estaba observando por el cristal. Se inclinó, como si tuviese que sacar algo de la balda inferior. Ya fuera de la vista de su antiguo compañero de trabajo, sacó el móvil del bolsillo y le envió un mensaje a Arthur, su novio.

Julian White, de Swiss United, está aquí. ¿Qué hago?

Zoe esperó la respuesta de Arthur, pero no recibió ningún mensaje. Hizo una mueca y se guardó el móvil en el bolsillo. Sacó una botella de vino tinto del armario, la colocó sobre la bandeja y se dirigió a la terraza a toda velocidad con la esperanza de no haber tardado demasiado y no levantar sospechas en el hombre.

—Este tinto es el favorito de mi tío —dijo ofreciéndole la botella—. Con mucho cuerpo y sabor. De Corbières.

—Parece que sabes mucho del vino que servís.

Ella se ruborizó otra vez.

—No, la verdad es que no. Sólo lo suficiente para apañármelas como camarera.

—O para trabajar en Swiss United.

—No sabía que tener conocimientos vinícolas formara parte de mi trabajo. Julian se echó a reír.

—Vaya, pues sí. Debes conocer lo mejor para trabajar en la banca privada.

—Yo no era más que una asistente.

—Matthew no opinaba igual. Confiaba en ti. Dependía un poco de ti.

—Yo sólo me esforzaba en ser útil.

—Siéntate, tómate una copa conmigo.

—Muchas gracias, pero no puedo, tengo que trabajar.

Julian echó un vistazo a su alrededor, a la terraza vacía.

—No hay nadie, y has dicho que ya habíais cerrado la cocina. Tómate una copa con un viejo amigo.

Zoe se sentó. «Al menos, todavía es de día —pensó mientras Julian le servía una copa de vino—. Clement está abajo. Los clientes no tardarán en llegar.»

—Te marchaste justo después del funeral de Matthew. ¿Por qué no te despediste?

—Lo hice. Bueno, es decir, me despedí de Annabel Werner. Mi madre estaba enferma. Todo pasó muy rápido.

—Tu madre...

—Sí.

—Qué curioso, creo recordar que Matthew me dijo que tu madre había muerto cuando eras joven.

Zoe palideció.

—Ah, sí. Bueno, me he expresado mal. Mi tía está enferma; mi madre falleció cuando yo era un bebé y mi tía me crio. Así que, para mí, es mi madre.

—Ah, vaya. ¿Y es la dueña de este local?

—Sí, ella y mi tío. Él es el cocinero.

—¿Y dónde vives tú?

—Me dejan vivir en el apartamento que tienen justo encima del restaurante.

—Deberías haber pasado a despedirte. Al menos de Jonas, estaba preocupado.

—Yo..., sí, claro. Debería haberlo hecho. Tras la muerte de Matthew, tenía la cabeza hecha un lío.

Julian asintió. Dio un sorbito a la copa de vino y se quedó mirando el mar.

—Una tragedia —comentó.

—Pues sí, una tragedia.

—¿Sabes?, Matthew era el amigo más íntimo que tenía en el banco. —Zoe asintió—. Era un tío increíble. Nos lo pasábamos genial. Pero, poco antes de



que falleciese, sentí que las cosas habían cambiado. Tenía cierta aura de oscuridad a su alrededor. ¿Sabes a qué me refiero?

—Tal vez —respondió ella, y se encogió de hombros. Había empezado a despedazar una servilleta que había sobre la mesa; luego cogía los trocitos de papel y hacía bolitas con ellos—. Era un trabajo duro.

—Sí, eso es verdad. Las horas extras y todo eso. Pero había algo más. En aquel momento no supe exactamente qué era.

—¿Y qué crees que era? —preguntó Zoe.

—Creo que andaba metido en problemas.

—¿Problemas?

—Sí, no sé si eran problemas económicos o de otra clase. Pero me llegaron rumores.

—¿Rumores de qué?

—De que estaba vendiendo información financiera de Swiss United.

—Matthew jamás habría hecho eso —contestó ella con el ceño fruncido.

—Ya, yo tampoco me lo creo. Él no era así. Pero alguien estaba filtrando información del banco. Y puede que un poco de esa información haya caído en manos de los periodistas.

—¿Periodistas? —Zoe se estremeció.

—Sí, Jonas está al corriente. Como puedes imaginar, está bastante disgustado. El hecho de que haya podido filtrarse información financiera privada de la empresa es devastador. De hecho, es un delito.

—¿Y crees que Matthew era el topo?

—Bueno, eso es lo interesante. —Julian se interrumpió y se terminó lo que le quedaba de vino—. Al principio sí, eso pensaba, Pero, hasta donde yo sé, las filtraciones no han cesado.

Zoe miró las gaviotas. Ese día sólo había un par; la semana anterior habían sido más, pero el resto se habrían marchado a otras zonas con climas más cálidos. Las aves graznaban y se lanzaban en picado hacia el callejón que había detrás del restaurante. Zoe podía oír los crujidos de las bolsas de basura

que alguien estaba cambiando; los chirridos de la puerta trasera; podía sentir el suave aroma de la sopa de pescado que se elevaba en el aire y le llegaba desde la cocina. Una de las gaviotas pasó volando por encima de ellos, con un cangrejo en el pico. Premio. La gaviota lo soltaría en uno de los escalones de piedra que había al final de la calle; todas hacían lo mismo. En verano, los comerciantes tenían que barrer esos escalones dos veces al día, por todos los trocitos de conchas y de caparazones de cangrejo que quedaban esparcidos allí.

—Tengo un presentimiento —le confió Julian—. ¿Quieres oírlo?

—Claro.

—¿Alguna vez coincidiste con Arthur Maynard? ¿De Schmit & Muller?

Zoe sintió que iba a desmayarse. Antes de que pudiese responder, Julian soltó una risita.

—Pero, por favor, qué pregunta tan tonta, claro que sí. Os vi juntos en el retiro de la empresa, en Zermatt.

—¿En Zermatt? —susurró Zoe.

—Sí, el invierno pasado. ¿No te acuerdas? Os estabais bajando juntos del telesilla.

—Ah, sí, ya me acuerdo. Qué buena memoria tienes.

—Sí, me acuerdo de todo. Es una de mis muchas peculiaridades.

—Me estabas diciendo que tenías una corazonada, ¿no?

—Ah, sí. Hace un par de meses, le planteé a Jonas si el topo no estaría en Schmit & Muller. Al fin y al cabo, tienen acceso a muchas de las declaraciones de bienes de nuestros clientes, y no sólo de los nuestros, sino también de los del BIC y de un montón de bancos más.

—¿Y qué te dijo Jonas?

—Que merecía la pena investigarlo. Así que empezamos a vigilar muy de cerca a nuestros banqueros séniores y a los abogados de Schmit & Muller con acceso a nuestros clientes.

—¿Y qué descubristeis?

—Creo que ya lo sabes —respondió Julian sonriendo.

Una lágrima recorrió la mejilla de Zoe, quien no se molestó en secársela. En cambio, mantuvo la mirada fija en el horizonte, en el cielo que se extendía más allá y que se oscurecía poco a poco.

—Arthur y yo estamos juntos.

—Sabes que está casado.

—Separado.

—Su mujer no opinaba lo mismo. Nos ha sido de gran ayuda.

Zoe se volvió, con los ojos centelleantes.

—¿Qué le habéis hecho a Arthur?

—¿No quieres saber lo que Arthur nos ha hecho a nosotros? —preguntó Julian sacudiendo la cabeza—. ¿O es que has estado al tanto todo este tiempo?

La chica rompió a llorar.

—No sé nada —dijo—. Lo único que sé es que Arthur es un buen hombre y que lo quiero.

—Robaba información confidencial de Schmit & Muller y se la pasaba a los periodistas de Estados Unidos.

—¿Tenéis pruebas?

—Todas las pruebas que necesitamos. ¿Y sabes qué más me parece curioso?

—¿Qué?

—Que esos dos hombres, Matthew Werner y Arthur Maynard, decidiesen filtrar información más o menos en la misma época. Matthew acudió al Departamento de Justicia de Estados Unidos; Arthur, a la prensa. Y, en el medio, estás tú.

—Puede que ambos entraran en razón, después de enterarse de que sus empresas estaban tratando con los Assad. ¿Os habéis planteado esa posibilidad?

—Creo que es imposible creer que tú no supieses que ambos estaban

dando el soplo.

—Yo no he hecho nada malo, y Arthur tampoco.

—Bueno, eso ya lo veremos. Creo que Jonas no tardará mucho en hacerle una visita a Arthur. Ahora está viviendo en París, ¿sabes? En su apartamento. Su mujer lo echó de la casa que compartían en Luxemburgo cuando se enteró de lo vuestro.

Entonces, la puerta de la terraza se abrió con un estruendo. Zoe y Julian se volvieron a la vez. Era Rose, que llegaba tarde, como siempre, y se afanaba en atarse el mandil a la espalda.

—*Je suis désolée*—se disculpó mientras se acercaba a Zoe a grandes zancadas. Entonces, se detuvo al ver a Julian—. *Excusez-moi*.

—Rose —dijo ella temblando. Con el dorso de la mano se secó la mejilla, que seguía húmeda por las lágrimas—. Es un antiguo compañero de Ginebra. Lo siento, Julian, pero tengo que volver al trabajo. El turno de la noche está a punto de empezar.

A continuación, se levantó de la silla e hizo caso omiso de la mirada curiosa de Rose.

—Claro, por supuesto. —Julian también se puso en pie—. Un placer conocerte, Rose. Me alegro de haberte visto de nuevo, Zoe.

—Sí, ha sido toda una sorpresa.

Julian echó un vistazo a la hora que marcaba su reloj de pulsera.

—Se está haciendo tarde. Creo que voy a pasarme por ese sitio que me has dicho..., ¿cómo se llamaba? Para ver si tienen alguna habitación libre.

—Vila de la Mar.

—Sí, ése. Si al final me quedo aquí un par de días, quizá volvamos a encontrarnos.

—Quizá.

—¿Cuánto te debo? Por el vino.

—Invita la casa.

—*Merci* —agradeció Julian con un movimiento de la cabeza—. *Bonsoir*.

—Se metió las manos en los bolsillos y se dirigió a la puerta de la calle. Antes de abrirla, se detuvo—: Zoe, una última cosa.

—Dime.

—Después de que Matthew falleciera, no encontramos su portátil por ningún lado.

—¿Su portátil?

—Sí, ya sabes, el que utilizaba cuando se iba de viaje.

—Supongo que lo llevaría en el avión cuando tuvo el accidente.

—Tal vez. Es que pensé que tal vez tú sabrías dónde estaba. Hay muchísima información confidencial guardada en ese aparato.

—Lo siento, pero no —respondió ella negando con la cabeza.

—Había que intentarlo —asintió Julian—. Buenas noches. Espero volver a verte pronto.

## Annabel

Khalid estaba muerto. Annabel lo había oído morir. La idea la ponía físicamente enferma. Había vomitado dos veces, una en el aeropuerto de Ginebra y, la otra, en el diminuto lavabo del avión. No podía parar de reproducir la conversación en su cabeza. La voz de Khalid había sonado tensa y fatigada, como si estuviese caminando deprisa mientras hablaba con ella. Los sonidos de la ciudad retumbaban de fondo. Bocinas, el viento, estática, ruido blanco. Su voz se entrecortaba, apenas si podía oírlo. ¿Estaba andando por una calle concurrida de Londres? ¿Estaba en una estación de tren? Había dicho algo que ella no había entendido. Sonidos amortiguados de un forcejeo. Después, nada.

¿Se había producido un disparo? Annabel no estaba segura. Al principio, pensó que el ruido sordo que había oído era el del teléfono golpeando el suelo. Pero podría haber sido un disparo. O un golpe seco en la cabeza. Era culpa suya. Si no le hubiese entregado el portátil, todavía estaría vivo.

Diez horas después de su conversación con Khalid, su avión aterrizó en el Aeropuerto Internacional Las Américas, en la República Dominicana. Annabel estaba mareada a causa del calor. Se había vestido para el mes de noviembre en Nueva York, no para un viaje a un lugar tropical. Se estiró el suéter de cuello alto mientras esperaba su equipaje. Si había aire acondicionado en el aeropuerto, no lo notaba. Sintió la espalda mojada a causa de la humedad de la noche.

Su maleta fue la última en aparecer en la cinta transportadora. Annabel la cogió y echó un vistazo a la terminal. No había comido nada desde Ginebra. Era más de medianoche y los quioscos estaban cerrados. Se acercó a una

máquina expendedora e introdujo su tarjeta de crédito, antes de darse cuenta de que estaba fuera de servicio. Suspiró y, en lugar de eso, se inclinó sobre el surtidor de agua.

El puesto de alquiler de coches se hallaba al fondo de la terminal. El recepcionista estaba charlando con un mozo de equipajes. Annabel deambuló alrededor del surtidor hasta que el mozo dijo adiós con la mano y echó a andar en la otra dirección. Cuando desapareció, ella dio un paso al frente y sonrió al recepcionista.

—¿Habla usted mi idioma? —preguntó. Estaba demasiado cansada como para comunicarse en otra lengua.

El recepcionista era joven, como mucho tenía veinticinco años. Llevaba el pelo largo y tenía unos auriculares alrededor del cuello. Un cartel en la pared indicaba que cerraban al cabo de diez minutos. Echó un vistazo al reloj antes de contestarle.

—Sí, señorita. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Necesito ir a Isla Alma. ¿Puede ayudarme?

El recepcionista frunció el ceño.

—Isla Alma es una isla privada. ¿Se refiere a La Palma?

—No. Me refiero a Isla Alma.

—Tendrá que ir al puerto de Boca Chica. Está a treinta y cinco kilómetros de aquí. ¿La está esperando alguien en la isla?

—No.

—La única forma de entrar o salir de allí es con una embarcación privada.

—¿No hay ferri? ¿O lancha taxi?

El recepcionista se echó a reír.

—¿A Isla Alma? No, señorita.

La decepción en el rostro de Annabel debió de ser evidente, ya que el chico suspiró y le hizo un gesto para que se inclinara sobre el mostrador.

—Escuche. Mi primo conduce una limusina. Es un buen tipo. Ha terminado su turno. Está esperándome arriba. Pude llevarla, si usted quiere.

Así no tendrá que conducir. Parece cansada. No debería salir a la carretera tan tarde.

—Estoy cansada. —Annabel dudó, pero sólo durante un momento. De todos los riesgos que estaba corriendo, subirse a un coche con un desconocido era, probablemente, el menor de todos—. De acuerdo. Gracias. Sería estupendo.

—Por lo general cobra veinticinco dólares. Usted es norteamericana, ¿verdad?

—Sí. Está bien.

—Vale. Voy a por él. Espere aquí. La llevará al puerto de Boca Chica. Después, estará usted sola. Isla Alma no es exactamente un lugar que dé la bienvenida a la mayoría de la gente.

—Correré el riesgo.

El recepcionista se encogió de hombros.

—Es su vida.

—¿Puedo llamar por teléfono? El mío está muerto.

—Se supone que no debo dejar a nadie llamar por teléfono.

—Por favor. Me daré prisa, lo prometo. —Annabel revolvió su bolso y encontró un billete de veinte dólares. Lo puso sobre el mostrador.

El recepcionista lo cogió y la miró.

—Es todo lo que tengo. A no ser que quiera euros. Lo siento.

El chico se metió el billete en el bolsillo trasero.

—Dese prisa, ¿vale? Voy a por mi primo.

—Gracias.

Annabel esperó a que él se fuese para sacar la tarjeta de visita de Lorenzo. «Llámame si necesitas un amigo», le había dicho después del funeral de Matthew. Esperaba que lo hubiese dicho en serio.

La línea dio tono una, dos, tres veces.

«Por favor, por favor, por favor —susurró Annabel para sí—. Por favor, coge el teléfono.» No se le había ocurrido que podría no localizar a Lorenzo



una vez que hubiese llegado a la República Dominicana. Isla Alma era su último recurso para refugiarse. A partir de ahí, no tenía más opciones.

—Aló?

—¿Lorenzo? —A Annabel le tembló la voz. Miró hacia atrás. El recepcionista se encontraba al otro lado de la terminal, hablando con otros dos tipos. Estaba de espaldas a ella. Se volvió, encorvándose sobre el teléfono.

—¿Quién es?

—Soy Annabel Werner. La mujer de Matthew.

—¿Annabel? —Lorenzo suavizó la voz—. ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—Estoy en el aeropuerto Las Américas. He venido a verte. Iba a coger un taxi hacia el puerto.

—Te enviaré a mi chófer. No cojas un taxi. Sal de la terminal dentro de quince minutos.

—¿Estás seguro? Lo siento. Ya sé que estamos en plena noche y...

Al otro lado de la terminal, el recepcionista se volvió y la señaló. Los dos hombres se la quedaron mirando. Annabel sintió una punzada de ansiedad. Había algo que no le gustaba en su forma de analizarla.

—Me alegro de que hayas llamado. ¿Annabel?

—¿Sí?

—No hables con nadie hasta entonces. No uses tu tarjeta de crédito. Sé reservada, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Gracias, Lorenzo. Muchas gracias.

—Cuídate, amiga mía.

Annabel colgó el teléfono y se esfumó del mostrador. Cuando el recepcionista y sus amigos llegaron, ella ya se había ido.

## Zoe

En la oscuridad, Zoe metió su equipaje en el maletero del Peugeot de su tío. Clement le había advertido que el coche era viejo y que los neumáticos estaban deshinchados. Podría no sobrevivir al viaje de siete horas hasta París. Sin duda sería mejor ir en autobús hacia Arlés por la mañana y, desde allí, coger el tren.

Sin embargo, Zoe no podía esperar hasta la mañana. Le dijo a Clement que Arthur, su novio, estaba enfermo. La verdad era que temía que estuviese muerto o que lo estuviese pronto. No había sabido nada de él desde la llegada de Julian a Sainte-Thérèse-de-la-Mer.

Pasarle información a Duncan Sander había sido idea de Zoe. Al principio, Arthur estaba en contra. Opinaba que sí, que tenían que hacer algo. No podían quedarse sin hacer nada mientras sus empresas ocultaban el dinero de terroristas, traficantes de drogas y criminales de guerra como al-Assad. Pero ¿qué podía hacer un periodista, además de escribir una historia? Las palabras no podían protegerlos. Las palabras no iban a arrestar a Jonas Klauser, a Fares Amir, a los abogados de Schmit & Muller. Las palabras no podían hacer nada. Arthur pensaba que debían ir a la policía.

Pero ¿qué policía y dónde? Jonas Klauser era amigo del director de la FEDPOL. Zoe los había visto esquiendo juntos en un viaje de empresa, en Zermatt. Las autoridades federales de Luxemburgo no eran diferentes. Los socios ejecutivos de Schmit & Muller tenían amigos por todas partes. Ése era el motivo por el que habían podido proceder como lo habían hecho y de la forma en que lo habían hecho, durante tanto tiempo. Al contrario que Swiss United, que contaba con clientes legítimos y no tan legítimos, todo el negocio

de Schmit & Muller se basaba en crear empresas fantasma en paraísos fiscales. Todos sus clientes ocultaban algo. Sobornar a funcionarios era parte de la rutina. Arthur sugirió acudir a los estadounidenses, pero Zoe no creía que el Departamento de Justicia fuese a preocuparse de protegerlos a ninguno de los dos, ya que no eran ciudadanos de Estados Unidos. Tenían que encontrar otra salida.

Duncan Sander fue el primero en contactar con Arthur. Tim Morris, banquero en el Banco Internacional del Caribe y amigo de Arthur, fue la conexión entre ellos. Según Tim, Duncan estaba buscando a Morty Reiss. Tim había gestionado la cuenta de Morty en el BIC, hasta que desde Schmit & Muller la cerraron súbitamente, de la noche a la mañana, trasladando el dinero de Reiss a Swiss United. ¿Podía Arthur ayudar a que Duncan lo encontrase?

Al principio, Arthur ignoró las llamadas de Duncan. Pero entonces Tim apareció muerto. Víctima de un extraño accidente de barco, o eso dijeron. Arthur estaba atónito. Zoe, no. «Te lo advertí —le dijo ella—. Estos bancos son implacables. Nos harán cualquier cosa, a cualquiera de los dos.»

Zoe lo sabía de primera mano. Lo supo cuando aceptó el trabajo en Swiss United. Jonas se lo había dejado muy claro: ella trabajaba para él y sólo para él. Haría todo lo que él le dijese. Para eso le pagaban ochenta mil euros al año, más un generoso bono si lo hacía bien. Para alguien como ella, era una buena oferta. Una que no podía rechazar, de ninguna manera.

Matthew fue el primer y único encargo de Zoe. Todas las semanas tenía que darle un informe a Jonas: con quién hablaba y con quién se reunía, cualquier comunicación por correo electrónico que fuera de interés, adónde viajaba, por trabajo y por placer. Jonas quería información sobre la familia y los amigos de Matthew, en especial sobre su mujer. Jonas decía que le gustaba vigilar de cerca a sus banqueros principiantes, sobre todo a aquellos que pensaba que prometían.

No pasó mucho tiempo antes de que Jonas animase a Zoe a acostarse con

Matthew. Ella sabía que otras chicas de Swiss United lo hacían, tanto con banqueros como con clientes. Jonas le dijo que era, tan sólo, una manera de acercarse a él. Pero Zoe sabía lo que era en realidad: un método de presión, por si Matthew, alguna vez, intentaba marcharse.

La trampa había sido bastante fácil. Un fin de semana en el conocido y lujoso hotel Metropole, en Montecarlo. Una recompensa para los banqueros que más dinero ingresaban y sus asistentes. Fastuosas cenas, con mucho alcohol cada noche, seguidas de salas privadas en el Casino de Montecarlo, todo pagado por Swiss United. Algunos de los banqueros llevaron prostitutas, otros alquilaron deportivos y se fundieron cientos de miles de dólares jugando al *blackjack*, a la ruleta y a los dados. Zoe interpretó su papel, poniéndose vestidos de noche de alta costura y joyas impresionantes, todas seleccionadas para ella por Elsa Klauser. Así vestida, podría haber conseguido a cualquier hombre en Mónaco. Pero tenía el ojo puesto en Matthew. Le habían pagado para eso.

Zoe se dijo a sí misma que no significaba nada. Ya se había acostado con muchos hombres antes y no había significado nada. Y le gustaba Matthew. Era guapo, amable y gracioso. Y, de todas formas, ¿no era ésa la verdadera razón por la que había llegado a Swiss United, para empezar? ¿Por la esperanza de agenciarse un banquero rico como marido? Si jugaba bien sus cartas, podía acabar siendo la mujer de un banquero en Ginebra. Ése era el plan. Si, un año antes, alguien le hubiese dicho que estaría tirándose a un tío como Matthew en la suite de un hotel de cinco estrellas en Montecarlo, se habría emocionado. Pero esa vez era distinto. Esa vez era horrible.

Quizá era porque iban a grabarla. Zoe sabía que habían instalado en la habitación una cámara de vigilancia oculta, encima del televisor. Le habían explicado cómo colocarse, de forma que hubiese imágenes claras de ella y Matthew.

Tal vez fuera la resistencia de Matthew lo que la hacía sentirse tan mal. Zoe consiguió que fuese a su habitación, fingiendo que estaba demasiado

borracha para ir ella sola. Cuando intentó besarlo en el ascensor, él se echó hacia atrás y la apartó. Sólo después de tomarse otra copa en la suite pudo convencerlo para que se metiese en la cama. Ni siquiera hubo sexo. Sólo se besaron un poco, antes de que Matthew perdiese el conocimiento, en un frío estupor. En mitad de la noche, él llamó a Annabel a gritos mientras dormía. Cuando la chica despertó, ya se había marchado.

Al día siguiente, Zoe se anestesió con alcohol y ansiolíticos. Fingió tener la gripe para poder dormir todo el día y evitar a cualquiera de Swiss United. No podía dejar de sentir que había sido violada, aunque, claramente, ella había sido la agresora. Matthew había estado tan fuera de sí que Zoe sospechaba que lo habían drogado. Ni siquiera estaba segura de que se acordara de lo que había pasado. Le pidió disculpas, ruborizado, unos días después. Pareció aliviado cuando ella le dijo que no había nada por lo que disculparse y que no había ocurrido nada trascendente entre ellos.

No obstante, sí había ocurrido algo. Zoe había cambiado. Estuvo deprimida y después enfadada. El autodesprecio poco a poco mutó en rabia. Odiaba a Jonas Klauser con cada fibra de su ser. Por lo que le había hecho y por la forma en que trataba, no sólo a ella, sino a todos los que lo rodeaban. Zoe decidió que se lo haría pagar.

Despacio y con cuidado, empezó a reunir pruebas contra Jonas. Era bastante fácil encontrarlas. Tenía acceso a los archivos y a los correos electrónicos de Matthew, así como a la mayor parte de la base de datos de la empresa. El truco era que no la pillasen. Cuando conoció a Arthur, se dio cuenta de que el caso que estaba construyendo era mucho más grande que Jonas Klauser. El sistema entero estaba podrido hasta el fondo. Pero, entre los dos, podían destruirlo.

Después de que Tim muriese, Arthur accedió a contactar con Duncan Sander. Él y Zoe le darían a Duncan la información suficiente, no sólo para localizar a Morty Reiss, sino también para hacer saltar por los aires todo el mundo de las cuentas en paraísos fiscales. Zoe pensó que era la única salida.

En algún momento, todo empezaría a derrumbarse a su alrededor, y había muchísimas pruebas que podían enviarlos a los dos a la cárcel de por vida. De esa manera, serían los primeros en abandonar un barco que se hundía. Todo lo que tenían que hacer era sobrevivir lo suficiente como para ver todas las historias publicadas.

Después de todo lo que le había hecho, Zoe no podía soportar ver a Matthew caer con Jonas Klauser. No se lo merecía. Así que, una noche, volviendo a casa del banco, Zoe le contó a Matthew que había un topo dentro de Swiss United. Alguien que, según ella sabía, estaba filtrando información desde el interior del banco a un periodista en Estados Unidos. Pronto se escribiría una historia que los incriminaría a todos.

«Sálvate —le dijo—. Ve a las autoridades antes de que ellas vengan a por ti.» Así fue como Matthew acabó colaborando con Hunter Morse, un agente del Departamento de Justicia.

Ahora Matthew estaba muerto y Duncan, también. Y, si no se ponía en marcha, Zoe sabía que ella misma estaría muerta antes del amanecer.

Cuando salió de Sainte-Thérèse-de-la-Mer, respiró un poco más tranquila. Encendió la radio. Dejó de pisar el acelerador a fondo.

Al llegar a las montañas de Vaucluse, se dio cuenta de que la estaban siguiendo. Era, más que nada, una sensación. Un hormigueo en la piel, la intensa advertencia de unos faros detrás de ella. Se dijo a sí misma que podía ser cualquiera. Pero era Julian. En el fondo de su ser, sabía que era él.

Zoe había escogido esa ruta por una razón. Las carreteras, en aquella zona del país, eran serpenteantes y peligrosas, sobre todo de noche. En algunos lugares había túneles excavados en la roca que apenas eran lo bastante grandes como para que cupiese un coche compacto. A veces, el lado izquierdo de la carretera se desvanecía en el aire. Si el conductor no tenía

cuidado, un giro rápido o un descuido podía hacer que se precipitase por un barranco.

Incluso un conductor experto debía estar alerta. Zoe aceleró un poco, como prueba. El coche de detrás hizo lo mismo. Ya no se ocultaba. Quería hacerle saber que la estaba siguiendo. Ambos vehículos atravesaron las montañas, siempre a menos de treinta metros de distancia. A Zoe le recordó a los coches magnéticos con los que su hermano jugaba de niño. La parte trasera de uno atraía la parte delantera del otro. Pero cuando les dabas media vuelta, los coches se repelían mutuamente y ambos salían disparados en direcciones opuestas.

Empezó a llover. Al principio con suavidad y, después, más fuerte. Los limpiaparabrisas no daban abasto. Zoe notó que los neumáticos, deshinchados debido a un uso excesivo, patinaban con cada curva. Apretó los nudillos en torno al volante, como si pudiera controlar el coche con su determinación. Una luz parpadeó entonces en el salpicadero. Estaba conduciendo tan rápido y había tantas curvas seguidas que le daba miedo bajar la vista para mirar. Con suerte, la luz se apagaría sola. Clement le había advertido que su coche tenía algunas peculiaridades. De hecho, tenía tantas que no se había molestado en enumerarlas.

La luz parpadeaba con insistencia. Al final, en un tramo de carretera relativamente recto, Zoe miró hacia abajo. Se horrorizó al darse cuenta de que el depósito estaba vacío.

¿Cómo era posible? La aguja marcaba el depósito lleno cuando salió de Sainte-Thérèse-de-la-Mer. En ese momento había bajado, del todo, a la izquierda. Se dijo a sí misma que podía ser un error. Una peculiaridad propia de un coche viejo.

O, quizá, la peculiaridad era que aquel antiguo Peugeot consumía más combustible del que ella pensaba y no avisaba hasta el último momento.

No había una gasolinera en kilómetros. El único coche en la carretera era el que iba detrás de ella. Si se detenía, estaba muerta. Sobre todo si iba

armado, para Julian sería más fácil sacarla del coche y arrojarla por alguno de los barrancos sin fondo que tenían a su alrededor. Nunca encontrarían su cuerpo y, si lo hacían, tal vez pensarán que se había tirado ella. Sin trabajo y sin mucha familia, a nadie sorprendería que Zoe Durand se suicidara. Era cierto que lo había considerado. Si mataban a Arthur, no tenía nada por lo que vivir.

Sin embargo, ahora que se enfrentaba a la posibilidad de morir, Zoe estaba reaccionando como un animal asustado. Su mente estaba en silencio y sólo albergaba un pensamiento: sobrevivir. Sus sentidos se agudizaron y podía notar cada bache de la carretera bajo los neumáticos. El sonido de la lluvia se desvaneció y fue sustituido sólo por el de su propia sangre fluyendo a través de sus oídos. Se inclinó hacia delante y sus ojos escudriñaron la oscuridad.

Sabía exactamente dónde estaba. Había ido por esa carretera con Clement muchas veces. Más adelante, a poco más de doscientos metros, empezaban las gargantas del Nesque. Su tío le había contado que, hacía más de cien años, su familia había trabajado en una vía férrea a través de las gargantas del Nesque, pero el proyecto se había suspendido. Después de aquello, su familia se había trasladado más al sur y, en un momento dado, se asentaron en Sainte-Thérèse para convertirse en pescadores. En ese momento, la D-942, la estrecha carretera por la que Zoe estaba conduciendo, era la única que surcaba el cañón. Estaba a punto de llegar al primero de una serie de túneles de baja altura, contruidos en la ladera de la montaña. Era bajo, de sólo dos metros y medio de altura. No era lo bastante grande como para que un camión o, ni siquiera un todoterreno, pasase a través de él. Cuando Zoe era pequeña, Clement le contó que allí vivían trols. Por aquel entonces, la idea la aterrorizaba y la emocionaba al mismo tiempo. Recordaba la sensación de vértigo que experimentaba en las curvas, cuando se asomaba al borde del bajo quitamiedos que separaba la carretera de la pronunciada pendiente hacia abajo.

Se dio cuenta de que el túnel era una oportunidad. Ella sabía que estaba



cerca. Julian, no. Zoe podía utilizar eso como ventaja. Aceleró a medida que se aproximaba. El coche de detrás aumentó la velocidad, reduciendo un poco la distancia entre ambos. Aunque hacía años que no rezaba, murmuró una oración, sin aliento. Necesitaba toda la ayuda posible.

Al doblar la curva, apareció la boca del túnel, un agujero negro en la oscuridad azul. Zoe tomó aire y pisó los frenos a fondo. El coche derrapó y la parte trasera salió disparada hacia fuera, hacia el borde del barranco. La chica cerró los ojos, preparándose para el impacto. El coche no tenía airbags, los cinturones de seguridad estaban raídos y tenían el cierre oxidado. Si había calculado mal, ahí se acabaría todo.

Salió impulsada hacia delante cuando el guardabarros frontal del vehículo chocó contra el borde del túnel. Subió los brazos justo a tiempo, protegiéndose la frente del golpe contra el volante. La fuerza de la colisión impulsó hacia atrás la parte trasera del vehículo, de forma que quedó perpendicular a la carretera, bloqueando la entrada del túnel. Zoe tenía la cabeza vuelta hacia la derecha y los ojos se le abrieron como platos cuando vio que el coche que la seguía se dirigía hacia ella a toda velocidad. Cerró los ojos. Un segundo después, el ruido ensordecedor del metal golpeando la roca estalló a su alrededor. Zoe gritó.

Pasaron unos minutos hasta que apartó los brazos de la cabeza. Levantó la frente del volante. Lo primero que notó fue el suave sonido de la lluvia contra el cristal. Aparte de eso, el mundo estaba en silencio.

Abrió las manos y movió los dedos. Destensó los hombros. Movié el cuello a la derecha y a la izquierda. Excepto por un leve dolor en el hombro, estaba ilesa.

Como en un sueño, Zoe se quitó el cinturón de seguridad y abrió la puerta del coche. Salió al aire frío de la noche. En cuestión de segundos, tenía el pelo chorreando y los pies le chapoteaban dentro de las botas. Sus fosas nasales se llenaron de la esencia de los pinos, que absorbían la lluvia. Se

cruzó de brazos mientras se dirigía, desde el coche, hasta el borde de la carretera.

Había un agujero en el bajo muro de piedra que separaba la D-942 del desfiladero. Era limpio, sin escombros alrededor, sólo la ausencia de piedra. Como el hueco que queda cuando se arranca un diente de la encía, pensó. Se agachó y pasó la mano por el hueco.

Más allá, no había nada. Un abismo negro. Zoe se asomó por encima del muro, tanto como se atrevió. Aunque no podía ver en la oscuridad, sintió escalofríos por todo el cuerpo, como cuando se había asomado a ese muro por primera vez, de niña. Como si su cuerpo recordase aquel lugar, distinguió un punto de luz, apenas visible, en lo más profundo del desfiladero. Dos luces. Apuntando hacia arriba, como estrellas caídas del cielo. Eran sus faros. Zoe se preguntó si Julian estaría vivo, allí abajo, atrapado entre la carrocería destrozada del coche. Quizá estuviera inconsciente, con la cabeza sangrando, la respiración ahogada. O quizá no hubiese sentido nada en absoluto. Quizá se le hubiera parado el corazón en el aire, como esperaba que le hubiese sucedido a Matthew cuando se dio cuenta de que su avión iba a estrellarse. Quizá, en esos últimos segundos antes de la inevitable muerte, Julian sólo había sentido una ingravidez momentánea, seguida de una oscuridad tranquila y envolvente.

Zoe regresó al coche. La llave estaba puesta, el freno de mano levantado. El motor zumbaba como antes y la luz roja parpadeaba, indicando que seguía sin gasolina. Eso ya no le preocupaba. Cuando se puso al volante, sintió una oleada de alivio en su interior y empezó a sollozar. Julian estaba muerto. Por ahora, estaba a salvo. Alguien más podía ir a buscarla, pronto. Pero estaba segura de que saldría viva de aquellas montañas y, por esa noche, le pareció suficiente.

## Marina

Cuando llegó al barrio de Adams Morgan, en Washington, ya se había hecho de noche. El taxi se detuvo junto a la acera de una zona tranquila y bordeada de árboles de la calle Kalorama, y Marina se apeó. Hunter Morse vivía en una acogedora casa victoriana de ladrillo que era igualita que el resto de las casas de la calle. En la parte delantera contaba con un jardincito bien cuidado y una verja de hierro forjado cuya puerta estaba abierta. Mientras ella subía uno a uno los escalones que conducían hasta la puerta principal, se percató de que en el porche había una pila de paquetes. Hasta ese momento no se le había pasado por la cabeza que quizá Hunter Morse no estuviera en la ciudad, y se le cayó el alma a los pies. Aun así, llamó al timbre con la esperanza de que ocurriese un milagro.

Oyó el correteo de unas pisadas. La periodista esperó, preguntándose si debía volver a llamar. Cuando acercó la mano al timbre, oyó el chirrido del cerrojo. Entonces, la puerta de entrada se abrió y, tras ella, apareció una morena esbelta, con la piel blanca. No parecía mucho mayor que Marina. Aunque todavía era pronto, ya llevaba puesto el albornoz y, debajo, un pijama negro. Bajo su atenta mirada de grandes ojos tenía unas oscuras ojeras.

Aquella mujer no era la esposa de Hunter Morse; de camino a Washington, Marina lo había investigado y, hasta donde ella sabía, él no estaba casado. No tenía perfiles en redes sociales. Jamás había escrito un artículo ni había dado una entrevista. De hecho, en los únicos sitios en los que había encontrado su nombre era en el listado de antiguos alumnos de la

Facultad de Derecho de Columbia y en un sitio web dedicado al póquer no profesional.

—¿Necesita algo? —preguntó la mujer tras la puerta mosquitera.

—¿Hunter Morse vive aquí? Esperaba poder hablar con él un par de minutos —respondió Marina con una sonrisa amable—. Disculpe por presentarme así, de repente y a estas horas.

—¿De qué conoce a Hunter? —preguntó la mujer con el ceño fruncido.

—No lo conozco. Era amigo de un amigo mío que falleció hace un par de semanas.

—Lo siento mucho.

—Se suponía que Duncan iba a reunirse con Hunter justo el día después de su muerte.

Entonces, la mujer morena hizo una pausa y preguntó:

—¿Duncan Sander?

—Eso es.

—¿Y usted es...?

—Marina Tourneau. Trabajé casi diez años con él. Éramos íntimos amigos.

La mujer morena abrió la puerta de par en par.

—Pase —dijo y, con un gesto, la invitó a entrar en su casa.

—Tiene un par de paquetes en el porche y...

—Déjelos ahí.

Marina entró en la casa. El recibidor estaba a oscuras. Las persianas estaban bajadas. Mientras seguía a la mujer por el pasillo, pasando por delante de la cocina, se dio cuenta de que había un buen montón de cartas sobre la encimera.

—¿Está Hunter en casa? —preguntó incapaz de controlar su curiosidad.

La mujer se detuvo y se volvió hacia ella. Incluso en la penumbra del pasillo, Marina notó el miedo que emanaba de ella. Se llevó un dedo a los labios y, con la cabeza, señaló la puerta trasera.

—Fuera —indicó en voz baja.

Marina asintió. La siguió hacia un pequeño patio con el suelo de ladrillo y un jardincito aún más pequeño que el del porche delantero. La mujer se sentó frente a una mesa de pícnic de madera. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y se encendió uno. Marina se le acercó, sin saber dónde sentarse. La mujer dio una honda calada y exhaló el humo en su dirección. Después, con un gesto, señaló el asiento que quedaba libre frente a ella.

—¿Quieres uno? —preguntó ofreciéndole el paquete.

—Sí, muchas gracias. —Marina cogió un cigarrillo y se lo llevó a los labios. Se inclinó hacia la mujer y dejó que se lo encendiese—. Disculpa, pero no me he quedado con tu nombre.

—Agnes. Trabajo con Hunter. —Se miró las manos—. Además, soy su novia; aunque ya te habrás dado cuenta, dado que llevo puesto su albornoz.

—¿Vivís aquí? Es una casa preciosa.

—No, es de Hunter. Yo sólo estoy pasando un par de días aquí.

—¿Y Hunter...?

—Se ha ido. Desapareció hace cuatro días.

—¿Desapareció?

—Sí, así es. Salió a correr y no volvió. —Agnes tiró la ceniza del cigarrillo en un vaso de plástico que utilizaba como cenicero.

—¿Has acudido a la policía?

Agnes negó con la cabeza apretando los labios.

—¿Podría ser que...?

—¿Que haya huido? —espetó la morena, y soltó una áspera carcajada.

—No, no quería decir eso. Quizá esté herido. ¿No deberían estar buscándolo?

Agnes la miró enfadada.

—Dímelo tú. ¿Qué le paso a tu amigo, el periodista? Está muerto, ¿verdad?

—Sí.

—¿Allanamiento de morada? ¿Ésa es la versión que están dando?

—Sí, bueno, por el momento.

—¿Crees que fue eso lo que ocurrió?

Marina se mordió el labio.

—No —respondió en voz baja—, no.

—Ya, bueno, pues a Hunter no lo han atracado en el parque de Rock Creek mientras corría, ¿vale? Lo han matado. Tal y como mataron a tu amigo, y ya está.

—Cuando dices que lo mataron...

—Los de ese banco —suspiró Agnes molesta—. Swiss United. Todos los problemas empezaron cuando Hunter comenzó a investigarlos. Cosa que, por cierto, no quería hacer. Tuvo que hacerse cargo del caso después de que un colega suyo decidiese retirarse con cuarenta y cinco años y mudarse a las islas Caimán. Una increíble coincidencia, ¿no? Todo aquel que los investiga desaparece.

—¿Cuándo empezó? La investigación, digo.

—Hará un año, más o menos. Al principio, Hunter iba a dejarlo pasar. Todos los que trabajamos en el Departamento de Justicia estamos hasta arriba de trabajo. Por lo general, las investigaciones que nos caen de antiguos compañeros se quedan en agua de borrajas. Pero entonces, por un capricho, revisó las cifras.

—¿Las cifras?

—Sí. La cantidad de miles de millones de dólares que hay guardados en cuentas en paraísos fiscales. Pero el caso es que no eran miles de millones, sino mucho más.

—Treinta y dos billones.

—Exacto —respondió Agnes sorprendida, y la miró.

—Así que la pérdida de ingresos tributarios es considerable.

—Considerable y más.

—Y decidió que valía la pena investigarlo.

—Así es. Empezó a hurgar y se dio cuenta de que un exalumno de su facultad de Derecho trabajaba en Swiss United.

—Matthew Werner.

—El mismo. ¿Sabes lo de Matthew Werner?

—Sé que está muerto.

—Un accidente de avión. —Agnes puso los ojos en blanco, como si en realidad quisiese decir: «Otro accidente, sí, claro».

—¿Llegaron Hunter y Matthew a hablar?

Agnes suspiró; apagó el cigarrillo y se encendió otro.

—Creo que sí, la verdad es que no lo sé seguro. Sé que viajó a Nueva York para reunirse con él.

—¿Cuándo?

—Hace unos tres meses. Después de esa reunión, Hunter empezó a preocuparse muchísimo por el trabajo. Al principio, creí que iba a romper conmigo. —Agnes bufó—. Ahora, mirando atrás, parece una tontería, ¿no?

—Sólo intentaba protegerte.

—Ya, eso quiero pensar —respondió, y se encogió de hombros—. Pero Hunter no era perfecto, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir?

—Tenía sus cosas. Le gustaba apostar y eso lo metió en problemas. Discutíamos muchísimo por ello.

—¿Tenía deudas?

—Sí. Un montón, estaba endeudado hasta las cejas.

—Esta casa es muy bonita.

—Era la casa de su madre; la heredó cuando ella falleció. Yo quería que la vendiese. Los dos cobramos sueldos del gobierno. Los gastos de una casa como ésta... —Agnes negó con la cabeza—. Pero hablábamos de formar una familia. Y él quiso conservar la casa; dijo que quizá buscaría un trabajo en una empresa. Estudió en Columbia, ¿sabes? Podría haber ganado muchísimo más dinero en el sector privado.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Porque le importaba su trabajo. Y a mí también.

Marina asintió.

—Ya, te entiendo. A mí me pasa igual. No es que uno se dedique al periodismo por el sueldo.

—Hace un mes, más o menos, Hunter me dijo que tenía una solución para el problema de las deudas.

—¿Te dijo qué era?

—No, pero yo me enteré. James Ellis. Ésa era su solución.

—¿El candidato a presidente? —preguntó Marina, y tragó saliva.

—Sí. Es cliente de Swiss United.

—¿Estás segura?

—Hunter me lo dijo —asintió Agnes—. Estaba decepcionado. Le gustaba mucho Ellis; como candidato, quiero decir. Le preocupaba que, si salía a la luz que Ellis tenía cuentas en paraísos fiscales, eso acabaría con sus oportunidades de ganar las elecciones.

—Vale, ¿así que crees que James Ellis le pagó para que mantuviese en secreto su investigación? ¿A eso te refieres?

—No, James no.

—¿Alguien que trabajaba para él?

—No. Su hijo.

Marina se quedó paralizada. Podía oír el ruido del tráfico que avanzaba por la calle Kalorama y el chirrido de la puerta del porche del vecino. Alguien estaba haciendo una barbacoa en el jardín. A Marina le llegó el embriagador aroma de la ternera crujiente. Sobre ellas, las hojas marrones de los árboles se movían con el viento.

—¿Su hijo?

—Grant Ellis. Creí que Hunter iba a dejarme, ¿vale? Así que me metí en su ordenador. Tengo las contraseñas y todo. Sé que suena horrible, pero de verdad que sólo quería saber si me estaba engañando. ¿Crees que estoy loca?



—No, yo también lo he hecho.

—¿Verdad que sí? Yo siento que todos lo hemos hecho alguna vez —dijo, y relajó el semblante.

—Bueno, ¿y qué descubriste? De Grant Ellis, quiero decir.

—Vino a Washington y comió con Hunter. Una semana después, apareció un cuarto de millón de dólares en la cuenta corriente de Hunter.

—¿Y estás segura de que ese dinero provenía de la familia Ellis? —preguntó Marina despacio y con mucho cuidado. No podía haber malentendidos.

—Sí. De una sociedad de responsabilidad limitada registrada a nombre de Grant. En un paraíso fiscal, claro.

—¿Y le preguntaste a Hunter por el dinero?

—Me dijo que un viejo conocido le había ofrecido un trabajillo extra. Un trabajo temporal de asesor, o algo así. No me dijo quién era. Pero no sabía que yo había mirado su agenda. Y, bueno, ya sabes, sus movimientos bancarios.

—Pero quizá era un trabajo de asesor de verdad, legal, ¿no? Podría ser.

Agnes enarcó las cejas.

—¿Doscientos cincuenta mil dólares? Eso es cuatro veces más de lo que Hunter ganaba en un año.

—Quizá fue para la campaña. —Marina pudo sentir la desesperación que destilaba su voz—. O quizá Grant lo estaba contratando para trabajar en su empresa. Necesitan expertos en impuestos.

—Hunter tenía un topo en Swiss United —dijo Agnes frunciendo el ceño—. Sabía que Ellis tenía dinero guardado allí. Entonces, Ellis le paga y, una semana después, ¿su fuente acaba muerta? A mí eso no me parece un trabajo como asesor, la verdad. A mí me parece que Grant Ellis le pagó a un empleado del gobierno para que le dijese quién le pasaba la información.

—Y entonces aparece Duncan, husmeando y haciendo preguntas.

A Agnes le tembló el labio.

—Ésa es la parte que odio. Hunter no era mala persona. En serio, no creo que quisiese que nadie acabase muerto. Creo que... quizá... quizá pensó que querían que dejase de investigar. Y ya está.

—Lo sé —dijo Marina en voz baja—. No pasa nada, lo entiendo.

—Está muerto, ¿no? —preguntó Agnes, y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Lo han matado a él también.

—Eso no lo sabemos.

—Cualquiera que se acerca a menos de tres metros de esta investigación acaba bajo tierra.

—Quizá se haya asustado y se haya escondido.

—¿Escondido? ¿Y a qué está esperando? Ellis no va a desaparecer. Joder, será el presidente de Estados Unidos. Se irá de rositas. ¿Y sabes qué? La única persona que sabe..., la única persona que podría destruirlo... es Hunter. Por supuesto que lo han matado. ¿Tú no lo harías?

—No es la única persona que puede hacerlo. ¿Todavía puedes entrar en su ordenador? ¿A sus cuentas corrientes y todo?

Agnes se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Y eso qué más da? ¿Voy a la poli? No me fío de ellos.

—Yo tampoco. Por eso quiero publicar toda esta historia. En cuanto esto salga a la luz, Ellis acabará entre rejas. Y los banqueros de Swiss United también. Sólo así estaremos a salvo.

—Si Hunter sigue vivo, también lo detendrán.

—Sí —asintió Marina—, es probable. Pero mejor entre rejas que bajo tierra.

Agnes se calló por un momento y después dijo:

—¿Puedes protegerme?

—Lo intentaré.

—¿Cómo? ¿Por qué debería confiar en ti?

—Por esto. —Marina sacó la memoria USB del bolso—. Duncan Sander tenía un topo en un bufete de abogados llamado Schmit & Muller. Son los

abogados de Swiss United. Antes de que lo matasen, me reuní con su fuente en París y me dio esto. Si quieres, puedo enseñártelo. Es información financiera del banco.

—O sea, que tu vida también corre peligro, como la mía.

—En pocas palabras, sí.

—¿Qué necesitas?

—Todo. Sus correos. Registros telefónicos. Con quién se vio. Y los extractos de su cuenta. Y lo necesito ya.

## Zoe

La luz roja se equivocaba. A pesar de que había estado titilando durante todo el camino, Zoe consiguió salir de las montañas sin tener que parar a repostar. Cuando estaba cerca de Lyon, el motor del coche empezó a petardear. Cogió la salida de una gasolinera BP y salió de la carretera A7; la gasolinera estaba vacía, sin contar el dependiente que la atendió. Aun así, el corazón de Zoe latía a toda velocidad cuando se bajó del coche. A pesar de que no se había cruzado con ningún coche desde que dejó las montañas atrás, no podía deshacerse de la sensación de que alguien la seguía.

«Está muerto —pensó—. Has sido testigo de la muerte de Julian White.»

Pero él no era el único, había otros. Siempre habría otros. Jonas Klauser tenía ojos por todas partes. Cuando empezó a trabajar en Swiss United, el resto de las asistentes no dejaban de cotillear sobre el tema; era su versión de las leyendas urbanas o de los cuentos de hadas. «Espías corporativos», así los había llamado Jacqueline, la chica que se sentaba en el cubículo enfrente del suyo. «Vigilantes», había dicho Matthew. Zoe se imaginaba a unos hombres con pasamontañas que pinchaban los teléfonos y sacaban fotografías con un teleobjetivo. En aquellos momentos se dio cuenta de que eran personas normales y corrientes. El casero. Un exnovio. Un compañero de piso. La cajera del banco que, minutos antes, te había permitido transferir el contenido de tu cuenta corriente a un banco de las islas Caimán. Todo el mundo tenía un precio. Y en Swiss United tenían una reserva infinita de dinero, el suficiente para pagar ese precio sin pensarlo dos veces.

Zoe le pagó al empleado de la gasolinera en metálico. El trabajo como camarera le había sido muy útil para eso. Le habían pagado bajo mano, en

billetes pequeños que no había ingresado en la cuenta, sino que había guardado en un talego que escondía bajo la cama, con el resto de su dinero. Durante los últimos seis meses, había ido vaciando su cuenta corriente poco a poco. Había retirado doscientos euros un día, otros doscientos otro día, y así. Arthur le había dicho que lo hiciera. Al principio, a Zoe le había parecido que su novio estaba un poco paranoico, que eso era innecesario. Pero, en esos momentos, se alegraba de haberlo hecho. Cuando se marchó de Ginebra, sólo le quedaban ochocientos euros en la cuenta, y podía vivir muy bien sin ellos.

El hombre que la atendía la estaba mirando fijamente. Zoe sintió cómo los brillantes ojitos del dependiente recorrían su figura mientras contaba los billetes para pagar la gasolina. A pesar de que hacía frío dentro de la tienda, el empleado estaba sudando. Justo detrás de Zoe había un televisor, donde retransmitían las noticias locales. El presentador del telediario informaba sobre un accidente de coche en el que el conductor se había dado a la fuga. Había muerto un niño. Zoe miró por el cristal frontal de la gasolinera. Era imposible no ver la abolladura que había en el morro de su Peugeot. Sintió los ojos del hombre sobre los suyos propios, sobre los pómulos, sobre el puente de la nariz. Quizá la estaba admirando. O quizá estaba comprobando si coincidía o no con la descripción que daban en la televisión del conductor fugado. Un par de meses antes no le habría dado importancia; los hombres se la quedaban mirando a todas horas. Pero en esos momentos no podía restarle importancia a nada. Lo último que necesitaba era que aquel tío llamase a la policía. Deslizó el dinero por el mostrador sin alzar la mirada. Sintió que, al coger el dinero, el hombre le rozaba las puntas de los dedos con los suyos, y eso provocó que un escalofrío le recorriese la espalda.

Salió corriendo hacia el coche. Le temblaban las manos al meter la llave en el contacto. Estaba saliendo marcha atrás de la gasolinera cuando empezó a sonarle el móvil. Era un número de París, pero no lo tenía guardado ni lo reconoció. Zoe vio que, en el interior de la gasolinera, el dependiente estaba al teléfono.

—¿Diga?

—Zoe, soy yo.

La chica sintió que una oleada de alivio la recorría cuando oyó la voz de Arthur.

—¿Dónde estás? Te he llamado mil veces y...

—Estoy en París, ya no era seguro que me quedase en Luxemburgo.

—Saben que estás allí. No puedes ir a tu casa. Jonas Klauser te está buscando.

—Lo sé. Está en mi apartamento.

—¿Cómo lo sabes?

—Estoy en el hotel que hay enfrente. Puedo verlo en mi ventana, y se ha traído a sus guardaespaldas. Están en la acera, frente a la puerta. ¿Dónde estás? ¿Estás a salvo?

—No. —Zoe rompió a llorar—. Estoy en el coche, de camino a París. Pero, Arthur, ha habido un accidente.

—¿Estás bien? ¿Estás herida?

—Sí. No, quiero decir que sí, que estoy bien, pero...

—No me lo cuentes ahora. Mira, Zoe, presta atención. He hablado con Owen Barry. Van a publicar todos los artículos a medianoche, hora de Nueva York. Únicamente quedan un par de horas. Una vez que estén publicados, sólo será cuestión de tiempo antes de que se ordene la detención de todos los altos cargos de Swiss United y de Schmit & Muller.

—Podrían pasar días, incluso semanas antes de que los detuviesen.

—Creo que no. No se lo esperan, así que no podrán huir. Owen me ha dicho que todo ocurrirá durante el día de mañana.

—¿Y qué hacemos nosotros hasta que los detengan?

—Seguir con vida.

—Eso intento. ¿Adónde voy?

—Owen me ha dicho que vayamos a las oficinas de *Le Monde*, en París. Simon Cressy está allí y está trabajando con ellos. Dice que allí estaremos a

salvo.

—¿Y nos vamos a fiar de él?

—No nos queda otra.

—Entonces ¿nos vemos allí?

—Sí. Yo me quedaré en el hotel hasta que Klauser se haya ido de mi casa.

No puede quedarse allí todo el día.

—Por favor, Arthur, ten mucho cuidado.

—Lo tendré. Te quiero, Zoe.

—Yo también te quiero.

—Nos vemos pronto.

La comunicación se cortó. Zoe arrojó el móvil al asiento del pasajero y lanzó una última mirada al empleado de la gasolinera. La estaba mirando fijamente. Sin molestarse en abrocharse el cinturón, metió la marcha atrás y piso el acelerador con todas sus fuerzas. Cuando llegara a París, ya habría salido el sol. Los periódicos estarían en los quioscos. Tenía un coche con el depósito lleno y, por el momento, nadie la seguía. Ya casi estaba a salvo.

## Marina

La calle Kalorama estaba sumida en la oscuridad; la única fuente de luz eran las pocas farolas que emitían un espeluznante resplandor amarillento. La mayoría de los vecinos tenían las luces apagadas. Era una calle bastante tranquila, compuesta por varias casas adosadas unifamiliares llenas de niños. Los pocos coches que había aparcados junto a las aceras eran modelos todoterreno: varios Subaru Forester, un par de Volvo Cross Country y algunos Toyota Sienna. Eran coches hechos para transportar palos de *lacrosse*, briks de zumo y maletas para viajes de fin de semana. Todos, salvo uno. Justo enfrente de la casa de Morse había un sedán negro con los cristales tintados. Aunque no podía ver el interior del vehículo, Marina estaba segura de que el asiento del conductor estaba ocupado. Y, así como ella lo vigilaba a él, sabía que él la vigilaba a ella.

Sacó su móvil y marcó el número de teléfono de Owen.

—Hola —contestó él—. ¿Qué tal?

—Me ha seguido hasta aquí.

—¿Hasta Washington?

—Sí. Está aparcado enfrente de la casa de Morse.

—Vale, Marina, tienes que salir de ahí ya. Ese tío es detective privado. Un expoli. Lleva un tiempo trabajando para James Ellis.

Ella apretó la mandíbula. Miró a la calle. No la sorprendió que James hubiera contratado a alguien para que la siguiese. Pero cuando se enterase de que estaba de visita en casa de Hunter Morse, las cosas se pondrían muy feas en poco tiempo.

—Oye, Owen —dijo poniéndose de puntillas y observando el coche que



había aparcado justo al lado del sedán—, ¿y si la vecina de Duncan se equivocó? ¿Y si el coche que vio era un Honda Element? Estoy viendo uno ahora mismo. Es cuadrado. Y se parece una barbaridad a un Kia.

—Te llevo mucha ventaja —respondió él con una risita—. Mi amigo pensó lo mismo. Resulta que hubo un Honda azul con matrícula de Nueva York, acabada en cuatro, tres, cuatro, que viajó de Nueva York a Connecticut varias veces los días previos a la muerte de Duncan, incluido el día en el que lo mataron. Y, fíjate, lo compró un exmiembro del equipo de operaciones especiales de la marina del país, Charlie Platt, en una subasta de segunda mano. El hombre es un francotirador experimentado. Todavía no he podido relacionarlo con Ellis, pero...

—Lo haremos, sé cómo hacerlo —afirmó ella sin dar más explicaciones—. Tengo que dejarte. Ellis sabe que estoy aquí. ¿Has recibido los archivos que te hemos enviado? Todos los correos de Morse y su calendario de citas.

—Ajá. El reportaje se subirá a internet dentro de una hora. Christophe Martin está esperando a que llegues a la sede central del ICIJ.

—Gracias, Owen.

—Marina, ten cuidado.

La periodista colgó el teléfono. Agnes estaba de pie bajo la puerta, observándola.

—¿Estás segura de que tengo que ir contigo? —preguntó con vacilación.

—No puedes quedarte aquí. Es peligroso.

—Pero ¿y si...? —La mujer se mordió el labio.

—Mira, Agnes, no va a volver. Al menos, no ahora mismo. ¿Vale?

—Lo sé, lo sé —respondió. Pero, aun así, no se movió del umbral de la puerta.

—A ver, no quiero asustarte, pero hay un coche aparcado en la acera de enfrente. Nos está vigilando. Creo que, si salimos por la puerta principal, nos meteremos en problemas.

—¿Estás segura? —preguntó Agnes con el ceño fruncido—. Podría ser

cualquiera.

—No, no es cualquiera. Confía en mí. ¿Hay alguna forma de salir por el patio trasero?

—La verdad es que no. A ver, está el seto que separa nuestra casa de la del vecino. Quizá podamos atravesarlo a rastras.

En ese instante, la puerta del coche se abrió y el conductor bajó de él. Iba vestido de negro, con una gorra también negra que le ocultaba la cara. Marina inspiró con brusquedad y se alejó de la ventana.

—Tenemos que irnos. Ya.

Corrió hacia Agnes y la empujó para que avanzara por el pasillo en dirección al patio. Sin decir una palabra, las dos mujeres corrieron hacia la puerta trasera y atravesaron el patio adoquinado. Agnes tropezó cuando llegó a los escalones y cayó de rodillas contra el césped. Al oír el suave sonido de la puerta principal abriéndose y cerrándose, dejó escapar un chillido de terror. Marina se volvió y la agarró por la muñeca, tirando de ella para que se pusiera en pie.

Entonces vio lo que creyó que era un hueco en el seto y corrió en esa dirección.

—¡No! —siseó Agnes a su espalda, y señaló el otro extremo del patio—. Por ahí.

—¡Tenemos que irnos ya!

—Confía en mí. Por aquí. —Agnes cogió a Marina por el codo y las guio a ambas hacia la oscuridad del jardín—. Rápido —susurró y, con fuerza, la empujó hacia el seto.

La periodista sintió un dolor agudo cuando la afilada punta de una rama le rozó la mejilla. Se cubrió la cara con las manos y, con toda la fuerza que le quedaba en el cuerpo, se impulsó a través del pequeño hueco que había entre las ramas.

Al otro lado, se encontró de pie ante el porche cercado del vecino. Agnes subió los escalones a toda prisa y se detuvo delante de la puerta trasera;

después levantó la esquina de un felpudo. Allí había una llave.

—Somos amigos —susurró mientras forcejeaba con la puerta para abrirla—. Cuando no está en casa nos pide que les demos de comer a los gatos.

—Hay alguien deambulando por tu patio trasero. Date prisa.

Con desesperación, Agnes sacudió el pomo de la puerta. Marina estaba a punto de huir de allí cuando oyó que la puerta cedía. Las dos mujeres se abalanzaron al interior de la casa. Marina cerró la puerta tras ellas con manos temblorosas.

—¿Está tu amigo en casa? —le preguntó a Agnes, quien avanzaba por el pasillo. Marina miró hacia atrás, pero lo único que pudo ver en el jardín trasero de la casa era la oscuridad.

—Quizá —contestó Agnes—. Lo más probable es que esté durmiendo. Pero siempre deja las llaves del coche en el aparador del recibidor.

—¿Te vas a llevar su coche?

—¿Se te ocurre algo mejor?

Marina se quedó paralizada. En el exterior, oyó que alguien atravesaba con fuerza el seto. Las ramas chasquearon al partirse y las hojas crujieron a modo de protesta.

—¡Corre! —gritó.

Ambas se apresuraron hacia la puerta principal y Agnes apenas se detuvo para coger un juego de llaves que había encima del aparador del recibidor. Oyeron unas pisadas sordas que provenían del piso de arriba.

—¡Mañana se lo explicaré! —gritó Agnes mientras bajaba saltando los escalones de la puerta principal. Le dio al botón del llavero y se encendieron las luces delanteras de un todoterreno que había en la calle—. Ése es su coche. Venga, vamos.

Agnes montó de un salto en el asiento del conductor y Marina se deslizó en el lado del pasajero, cerrando de un portazo mientras la mujer aceleraba el motor. El todoterreno avanzó a toda velocidad por la calle y los neumáticos chirriaron contra la calzada.

Marina se volvió para mirar hacia atrás mientras Agnes aceleraba hacia la oscura calle. El hombre apareció por la puerta principal de la casa. Miró a ambos lados y, después, apuntó a su coche. Corrió hacia la calle, sorteando una cerca de poca altura con agilidad, como si fuese un corredor de vallas en las Olimpiadas. Cuando llegó a la calzada, se detuvo.

—¡Lleva un arma! —gritó Marina justo cuando la luna trasera del coche estallaba en mil pedazos con un estruendo ensordecedor. En un acto reflejo, alargó la mano en un rápido movimiento y empujó a Agnes hacia abajo.

Las dos mujeres se agacharon y el coche viró con brusquedad. Los neumáticos chocaron contra el bordillo con un golpe tremendo. Agnes se incorporó y enderezó el volante. El todoterreno volvió a la carretera y la mujer pisó el acelerador.

—Joder, por poco —dijo la mujer mientras llegaban al final de la calle Kalorama—. ¿De dónde ha salido?

—No tengo ni idea —susurró Marina—. No me había dado cuenta de que me había seguido hasta aquí.

—Espera... ¿Te estaba siguiendo? —Agnes le lanzó una mirada de soslayo.

—Sí... Quizá no sea el mejor momento para decirlo, pero la verdad es que soy la prometida de Grant Ellis. O, bueno, lo era.

—¿Qué?! —gritó Agnes. Un coche les pitó cuando la mujer se saltó un semáforo en rojo.

—¡Joder! Los ojos en la carretera. Tenemos que llegar vivas al ICIJ, ¿vale?

—Si no quieres que aparque el coche ahora mismo, cuéntame exactamente quién eres y qué quieres —exigió Agnes con dureza.

—Ya te he dicho quién soy. Soy periodista. Trabajaba con Duncan Sander. Después de que lo matasen, empecé a investigar su muerte. Eso me condujo hasta Hunter y, por desgracia, a la familia Ellis.

—¿Y eso es todo? ¿Quieres escribir ese artículo, contar esa historia,

aunque eso signifique que tu prometido acabe en la cárcel?

—Es una historia que necesita ver la luz.

Por un momento, ambas permanecieron en silencio. Agnes se detuvo en un semáforo en rojo. Dos manzanas más abajo, Marina podía ver los edificios donde estaba la sede del ICIJ. Miró el reloj: las 22.45. Cuando fuesen las doce en punto, Owen subiría el artículo de la historia de los Ellis. Estaría todo allí: los millones que James Ellis tenía guardados en cuentas en paraísos fiscales. Sus negocios con al-Assad. El chantaje a un agente del Departamento de Justicia. Y su implicación en el asesinato de Duncan Sander. Lo único que Marina no le había contado a Owen era que Grant estaba mucho más involucrado en todo el asunto de lo que jamás habría imaginado.

—Es duro, ¿verdad? —dijo Agnes con dulzura—. Cuando la gente no es como pensabas que era.

—Muy duro —contestó Marina, y rompió a llorar. Se cubrió el rostro con las manos.

—Eres valiente; estás haciendo lo correcto.

El semáforo se puso en verde. Agnes se calló y miró a Marina.

—Venga, acelera —dijo la periodista.

Agnes asintió y una pequeña mueca de decisión curvó sus labios mientras pisaba el acelerador.

## Annabel

Lorenzo Mora se encontraba al timón de una brillante lancha motora Donzi de seis metros. Su pelo negro sólo era visible por encima del parabrisas tintado de la embarcación. Annabel observó la lancha aproximándose al muelle. Su casco bajo surcaba la oscuridad como un tiburón. El puerto estaba mal iluminado, pero había luna llena. La luz ondeaba en el agua e iluminaba la lancha lo suficiente como para que Annabel leyese el nombre que estaba pintado en el lateral: *CABALLO OSCURO*.

Cuando se aproximó al embarcadero, Lorenzo paró el motor. En el asiento del pasajero había un hombre enorme, con barba, que saltó del bote con una facilidad experta. Lorenzo le lanzó un cabo de amarre. A pesar del calor, los dos llevaban puestos cortavientos. Annabel se preguntó si uno, o ambos, iban armados. Esperaba que sí.

Miró detrás de ella. Aunque pasaba de la medianoche, había mucha gente en el puerto de Boca Chica. Durante los últimos treinta minutos, había estado sentada en el asiento trasero del coche con chófer de Lorenzo, mirando por la ventanilla mientras esperaba que fuera a por ella. Los suaves y melódicos tonos de la música merengue llenaban el aire cálido de la noche. El bar que había enfrente del puerto, un lugar con tejado de paja y sillas y mesas de plástico puestas en la acera, tenía una cola de gente esperando para sentarse. Era temporada alta en la República Dominicana. Había parejas paseando del brazo por la calle Duarte. La mayoría parecían turistas. Los hombres se tambaleaban un poco, después de beber demasiados cócteles de ron, y tenían las caras rojas de jugar al golf al sol. Las mujeres llevaban vestidos transparentes de flores y sandalias que no tenían cabida en su día a día, en

casa. Ninguno de ellos se fijó en Annabel. Algunos pasaban junto al coche sin echar más que un vistazo. Se sentía extrañamente segura al tenerlos tan cerca. Quería creer que, si alguien la hubiese seguido por medio mundo para matarla, ya lo habría hecho. Y, aunque estuviese esperando, ése no sería el lugar para hacerlo. Era demasiado público. Demasiado obvio. El chófer de Lorenzo iba armado. Un asesino entrenado esperaría su momento. Cuando estuviese en la habitación de un hotel, quizá. O conduciendo de noche, sola, por una carretera desierta.

Ahora, Lorenzo estaba ya ahí y, por el momento, estaba segura. Por supuesto, era peligroso aliarse con un hombre como Lorenzo Mora. Pero Matthew había confiado en él, así que ella también lo haría. Annabel no podía permitirse el lujo de pensar en las consecuencias a largo plazo de sus decisiones a corto plazo. Sólo quería seguir viva por la mañana.

Lorenzo la saludó con la mano cuando salió del asiento trasero del Mercedes. Annabel advirtió que unos peatones se quedaban mirando cuando se acercó al muelle a paso rápido. Se dio cuenta de que Lorenzo debía de ser alguna especie de celebridad local. El Rey del azúcar del club Cane Bay. El Hombre de Isla Alma. Se preguntó con cuánta frecuencia haría una aparición en los muelles de la zona. Imaginó que no muy a menudo.

—Gracias —dijo—. Eres muy amable por haber venido.

—Es un placer. Annabel, éste es Maurizio. Puede ayudarte con tu equipaje.

Maurizio asintió.

—Gracias —dijo ella entregándole la maleta.

—¿Has traído bañador? La isla es excelente para hacer esnórquel.

—Me temo que no llevo equipaje para unas vacaciones.

Lorenzo se rio.

—Ya me imaginaba que no. Sube. Encontraremos algo para que estés cómoda en casa.

Maurizio le tendió la mano a Annabel y ella subió a la lancha. Después,

soltó los cabos y subió tras ella. Lorenzo puso en marcha la embarcación y el motor comenzó a vibrar. Poco después, estaban en mar abierto.

—La isla está a pocos minutos —explicó Lorenzo.

Estaba tan oscuro que Annabel no podía decir dónde terminaba el agua y dónde empezaba el cielo. La luz sutil del puerto se desvanecía. Sobre sus cabezas, el cielo estaba salpicado de estrellas.

—Siento mucho haber llegado así, en mitad de la noche —se disculpó—. Debéis de creer que estoy loca. Pensé que alguien me estaba siguiendo en el aeropuerto de Ginebra y me entró el pánico. No sabía adónde más podía ir.

Lorenzo asintió. Si estaba sorprendido de verla, no lo demostraba.

—Te lo dije, aquí siempre eres bienvenida. Matthew me ayudó una vez, cuando más lo necesitaba. En mi cultura, no olvidas ese tipo de cosas.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Depende.

—¿Sabías que Matthew era un informante del Departamento de Justicia?

Lorenzo no reaccionó.

—A lo mejor eso no es correcto —rectificó Annabel—. Digamos que estaba hablando con alguien del Departamento de Justicia. No sé si les dio alguna información. Se suponía que tenía que reunirse con un agente justo antes del accidente. Creo que, quizá, lo mataron para que esa información nunca saliese del banco.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Tenía su ordenador personal.

—¿Lo tienes contigo ahora?

—No. Se lo dejé a un amigo.

—¿Un amigo?

—Un amigo de Londres. Ahora está muerto.

Lorenzo se volvió y la miró.

—¿Tu amigo está muerto? ¿Estás segura?

Ella se quedó callada, pensando.



—No, no estoy segura. Pero algo le ha pasado. Tenía que encontrarme con él en Heathrow, de camino a Estados Unidos. Pero me llamó cuando estaba a punto de embarcar. Me dijo que Hunter Morse, el agente con el que Matthew estaba hablando, era corrupto. Me dijo que no fuese a verlo. Y entonces oí un ruido sordo y la línea se cortó.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Cuando estaba en el aeropuerto de Ginebra. Justo después, vi a alguien siguiéndome. Sabía que tenía que salir de Suiza, pero no sabía adónde ir. Matthew me dijo que aquí estaría segura, contigo. Vi un vuelo que salía hacia Miami, así que me subí en él.

—Has tomado la decisión acertada.

—Gracias. Eres muy amable. Cualquier deuda que tuvieses con Matthew, sin duda la estás saldando ahora.

Annabel podía ver un muelle y una playa iluminada más adelante. Donde terminaba la arena, había un muro de piedra y, tras él, un manto de palmeras. Había hombres en la playa, colocados a intervalos regulares a lo largo de la base del muro. Incluso desde la distancia, advirtió que llevaban armas automáticas. Notó un escalofrío. En el agua, el viento era frío. Sintió la ligera espuma del mar en la cara y el sabor de la sal en la lengua.

Annabel había leído un artículo en la revista *Town & Country* sobre el Cane Bay, un club privado, mantenido por la familia Mora, en Isla Alma. Según la revista, el club consistía en una casa principal y treinta chalets que salpicaban los acantilados del Cane Bay. El chalet más grande, Casa Blanca, era la residencia privada de Lorenzo Mora. Los socios podían reservar los otros chalets en cualquier momento, y se decía que eran más lujosos que cualquier hotel del Caribe.

La identidad de los socios del club era secreta, aunque se rumoreaba que incluía jefes de Estado, famosos y reyes de los negocios. La política de invitados era estricta y a muy pocas personas del exterior se les había permitido el acceso a la isla. Las fotografías de *Town & Country* eran las

primeras que aparecían en una publicación. Annabel todavía recordaba el increíble desplegable de la terraza de piedra de Casa Blanca, con su piscina infinita, el agua brillante de color turquesa fundiéndose con las vistas del mar Caribe, a lo lejos. En la imagen, Lorenzo descansaba en una tumbona blanca, con los pies cruzados a la altura de los tobillos y las manos por detrás de la cabeza. Estaba flanqueado, a cada lado, por dos conocidas actrices que no llevaban bañador, sino vestidos largos de fiesta. El propio Lorenzo llevaba esmoquin y un par de zapatillas de estar por casa de color negro, adornadas con el logo del club Cane Bay. Miraba de frente a la cámara, con una pequeña sonrisa en los labios. Era muy consciente de su enorme fortuna. En aquel momento, a Annabel le recordó a una fotografía de Slim Aarons: lujosa y elegante, un vistazo a un estilo de vida que ella pensaba que ya no existía. No se le pasó por la cabeza que, un día, Lorenzo Mora se convertiría en el cliente de su marido o que ella visitaría aquel precioso lugar. No se le pasó por la cabeza que el club Cane Bay se nutría del dinero de la droga y que estaba custodiado por hombres con armas automáticas. En aquel momento, Annabel aún tenía mucho que aprender sobre el mundo de los multimillonarios.

Se dejó caer de espaldas contra el asiento de cuero de la lancha y cerró los ojos, notando cómo la abandonaban sus últimas energías. Había llegado a Isla Alma, su último recurso para refugiarse. Después de eso, no tenía otro lugar adonde ir. La poseyó una extraña sensación de paz. Quizá Lorenzo Mora trabajase para Jonas Klauser. Quizá estuviese muerta por la mañana. Pero, por lo menos, podría dejar de huir. No podía imaginarse huyendo un día más.

—Pareces agotada.

—Sí. Lo siento. Ha sido un día muy largo.

—Aquí estarás a salvo. Deberías descansar esta noche. Hablaremos por la mañana. Creo que puedo ayudarte a darle sentido a todo. Pero, primero, bienvenida a Isla Alma.

Annabel se incorporó. Notó que el lateral de la lancha chocaba contra el

embarcadero. En el muelle había mucho ajetreo. Cuatro hombres, vestidos iguales, con pantalones militares y camisa oscura, ayudaron a Maurizio con los cabos de amarre. Uno le extendió la mano a Annabel y la aupó. Ella se quedó inmóvil durante un momento, absorbiendo el paisaje. La playa resplandecía bajo la luz de la luna, con su arena fina de color perla. Las palmeras susurraban y las ranas cantaban. En el cielo, ahora las estrellas parecían más brillantes y el aire olía a jazmín.

«Esto es el paraíso», pensó. Entonces, un guardia con un arma colgada de la espalda dio un paso adelante.

—Buenas noches, señora —la saludó—. Permítame enseñarle su chalet.

No era una petición. Annabel miró a Lorenzo, que asintió con la cabeza.

—Ve con él. Descansa un poco. Iré a verte por la mañana.

## Marina

Pasaba un minuto de las doce de la noche. Los artículos ya estaban subidos a internet, en páginas de todo el mundo.

Marina se hallaba de pie frente a una fila de monitores de ordenadores en las oficinas del ICIJ, leyendo los titulares. Tenía a Agnes a su izquierda y a Christophe Martin a la derecha. Los tres estaban en silencio. Tras ellos sonaba una sinfonía de teléfonos que no se acababa jamás.

LA MAYOR FILTRACIÓN DE INFORMACIÓN DE LA HISTORIA —rezaba el titular de *The Wall Street Journal*—. DOCUMENTOS DE UN BUFETE INTERNACIONAL REVELAN BILLONES DE DÓLARES ESCONDIDOS EN PARAÍDOS FISCALES.

LA FILTRACIÓN DE INFORMACIÓN CONFIDENCIAL DE UN BUFETE DE ABOGADOS DE LUXEMBURGO REVELA CÓMO ESCONDEN LOS CÁRTELES SU DINERO, afirmaba *El País*.

PUTIN OCULTA MILLONES EN PARAÍDOS FISCALES —informaba *The Moscow Times*—. VÍNCULOS ILEGALES LO RELACIONAN CON LA MAFIA RUSA, OLIGARCAS Y OTROS LÍDERES MUNDIALES.

CONOZCAN A JONAS KLAUSER, EL BANQUERO PERSONAL DE LA FAMILIA ASSAD —rezaba el *Financial Times*—. Y A FARES AMIR, ENCARGADO DE UN FONDO DE INVERSIÓN LIBRE QUE LES BLANQUEABA EL DINERO.

SE INVESTIGAN LAS MUERTES DE DOS BANQUEROS PRIVADOS QUE PODRÍAN ESTAR RELACIONADAS CON LA FILTRACIÓN DE UN BANCO SUIZO, avanzaba *Le Monde*.

Y en la última pantalla podía verse la página principal de *Resultados*.

SE FILTRAN DOCUMENTOS PRIVADOS DE UN BANCO SUIZO QUE REVELAN UNA CONEXIÓN ENTRE JAMES ELLIS Y BASHAR AL-ASSAD —rezaba el titular—. ELLIS,

SOSPECHOSO DE LA MUERTE DE DUNCAN SANDER, PERIODISTA QUE INTENTÓ DESTAPARLO TODO.

Marina se estremeció al ver la foto que habían colocado bajo el titular. En ella se podía ver a James y a Grant Ellis, caminando junto a un hombre al que no reconoció. Se acercó un poco más a la pantalla y leyó el pie de foto: «James Ellis, en Ginebra con su hijo, Grant, y Julian White, un banquero privado del Swiss United».

—Dios, qué barbaridad —comentó Christophe—. Menudo logro del periodismo de investigación. En todos los años que llevo en esto, nunca había visto nada parecido.

Al otro lado de la sala, un empleado de la plantilla llamó a Christophe con gestos.

—Tengo al comisario al teléfono.

—Perdonadme —dijo él antes de alejarse para atender al comisario.

—Aquí no dice nada de Hunter —le susurró Agnes a Marina.

—Dales tiempo —respondió ella, y apoyó una mano en el hombro de la mujer—. No son más que los primeros reportajes. Se pasarán mucho tiempo publicando nuevos artículos. Días, semanas, o más.

—¿Cuándo los detendrán? A los Ellis.

—Pronto. Estoy segura de que están reaccionando tan rápido como pueden.

—¿Y no intentarán huir del país?

—No creo —dijo Marina frunciendo el ceño—. James Ellis es un personaje público. ¿Adónde iría?

—¿Y Grant?

Marina no pudo responderle. Christophe se acercó de nuevo a ellas; una expresión de dolor le cruzaba el rostro. Cuando se volvió hacia Agnes, ambas supieron lo que estaba a punto de decirle.

—No... —murmuró la mujer.

—Lo siento mucho, Agnes. Han encontrado a Hunter.

—¿Qué ha pasado? —susurró Marina.

—Se suicidó de un disparo. O eso dicen. Estaba en el garaje de un amigo, que no se hallaba en la ciudad. No sé mucho más.

Agnes soltó un gemido gutural que pareció silenciar la ruidosa oficina por una milésima de segundo. Marina se acercó a ella y ambas mujeres se abrazaron. Mientras lloraba, Agnes no dejaba de temblar. La periodista se aferró más a ella, sosteniéndola hasta que lo peor hubiese pasado.

—Marina, lo han matado, lo han matado. Han sido ellos, seguro. Él jamás... Hunter jamás habría...

—Se llevará a cabo una investigación minuciosa —dijo Christophe—. Te lo prometo.

Marina guardó silencio. No sabía qué decir. No importaba si Hunter Morse había apretado el gatillo o no; Agnes tenía razón. La familia Ellis lo había matado. Tal y como habían matado a Duncan. Y Marina tenía el presentimiento de que también habían matado a Matthew Werner, a Fatima Amir y al piloto, Omar Khoury. Y al banquero del BIC. ¿Y a cuántos más? Cerró los ojos y sintió que el estómago se le revolvía a modo de protesta.

—Disculpadme —murmuró, y corrió al baño. Llegó justo a tiempo al retrete y empezó a vomitar.

Cuando acabó, cayó de rodillas sobre el duro suelo de baldosas y se echó a llorar. Las paredes del baño eran tan finas como el papel y, a través de ellas, Marina podía oír el alboroto que había montado en la oficina: los teléfonos que sonaban, las conversaciones de los periodistas, el zumbido de los televisores. Si ella podía oírlos, ellos a ella también, pero le daba igual. Empezó a gritar a todo pulmón mientras golpeaba con los puños la puerta metálica del cubículo, hasta que la piel de uno de los nudillos se abrió y empezó a sangrar.

Al final, se detuvo con los puños entumecidos y los pulmones resentidos. Se levantó. Se dirigió al lavamanos y se echó un poco de agua en la cara. Se lavó la boca. Se echó el pelo hacia atrás y se lo recogió con una goma elástica que llevaba en la muñeca. A continuación se quedó mirando su propia

imagen en el espejo del baño. Le brillaba la piel bajo la luz de los halógenos. Parecía mucho mayor de lo que recordaba; tenía las mejillas pálidas y se le hundían en el hueso. Tenía unas profundas arrugas bajo los ojos. No se sentía guapa, pero sí se sentía fuerte. Le goteaba un poco de sangre de los nudillos, pero no notaba el corte. Se lavó los puños bajo el agua fría que salía del grifo y salió del baño en dirección a la oficina, lista para la batalla.

## Zoe

Zoe apoyó la frente en el cristal y miró hacia los jardines de las Tullerías. Los árboles estaban cubiertos de nieve. Brillaban bajo la luz de las primeras horas de la mañana, iluminados como adornos navideños. Si estiraba el cuello podía ver el museo del Louvre a su izquierda, con su tejado de pizarra grisácea desvaneciéndose en el cielo del alba. A la derecha se erguía la torre Eiffel, como una espiga en el horizonte. Deseó poder salir al balcón. Zoe siempre había querido quedarse en un apartamento del Distrito I. Preferiblemente, en el hotel Le Meurice, que se encontraba justo al lado, en una de sus lujosas suites con balcones, desde los que se podía ver todo París. El tipo de suites que reservaban los amantes, pensó, para la clase de romance que ella y Arthur sólo habían vivido en ciudades en las que sabían que no conocían a nadie y que, por tanto, no entrañaban el peligro de que los descubriesen. Brujas. Liubliana. Budapest. Pero nunca París, donde Arthur tenía amigos y compañeros de trabajo y, lo más peligroso, donde su mujer tenía familia.

Ahora, Zoe se preguntaba si alguna vez volvería a alojarse en un hotel. ¿Durante cuánto tiempo los tendrían confinados allí, en un apartamento pagado por el Departamento de Justicia? Cuando llegaron, el guardia que había en la puerta les había dicho que se quedasen dentro. Que no bajasen a pasear. Que nada de cigarrillos en el balcón. Demasiado peligroso. Tenían que mantenerse, incluso, alejados de las ventanas. Como si hubiese francotiradores escondidos en los árboles de los jardines de las Tullerías esperando a que ellos saliesen. Zoe se preguntó si el guardia seguiría ahí fuera. Joe no sé qué, un norteamericano algo tosco con el pelo rapado, los



hombros anchos y un cuello correoso que se hinchaba cuando hablaba. Cuando llegaron, estaba de pie junto a la puerta, con las manos a la espalda. Quizá había cambiado el turno durante la noche y lo había sustituido otro guardia. Nadie les había dicho cuánto duraría aquello, cuánto debían esperar seguir viviendo como ratas enjauladas. Zoe sospechaba que durante meses, tal vez, años incluso. Era el precio que debían pagar por lo que habían hecho. En lugar de ir a la cárcel, como el resto de sus compañeros, testificarían contra ellos. Zoe se preguntaba ahora qué era peor.

Llamaron a la puerta. La chica vaciló. Le parecía demasiado temprano para tratar asuntos oficiales. Arthur estaba durmiendo. Habían llegado al apartamento bien pasada la medianoche. Había sido una solución de última hora. Nadie sabía muy bien qué hacer con ellos. No podían quedarse en las oficinas del periódico *Le Monde* para siempre. Ninguno de los dos podía irse a casa, no era seguro. Tampoco podían ir a un hotel. Finalmente, Owen Barry había negociado un acuerdo de custodia preventiva con el Departamento de Justicia. Si querían que Arthur y Zoe testificasen, debían mantenerlos con vida.

Ahora, la realidad de lo que habían hecho estaba empezando a calar. Para el mundo exterior, Zoe Durand y Arthur Maynard podían ser fuentes anónimas. Pero, dentro de sus empresas, se habían desenmascarado. Ellos eran los topes. Y eso significaba que tendrían una diana en la espalda el resto de sus vidas.

Volvieron a llamar a la puerta, esta vez con más insistencia. Zoe oyó a Arthur moverse en la habitación. Atravesó el salón a grandes zancadas y se asomó a la mirilla. Cuando vio que se trataba de Simon Cressy, el director de *Le Monde*, abrió la puerta.

—Buenos días, Zoe —dijo él. A su espalda había dos hombres que no reconoció—. Siento molestarla tan temprano. ¿Ha podido descansar?

Ella negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Por favor, pasen.

Los tres hombres entraron en el apartamento. Zoe les indicó que se sentasen con un gesto.

—Éste es Bill Holden, del Departamento de Justicia —explicó Simon—, y Mark Moyes, del Servicio de Impuestos Internos.

Arthur apareció entonces en la puerta de la habitación. Llevaba la misma ropa del día anterior: unos vaqueros y una camisa de botones arrugada. Había dormido con esa ropa. Y volvería a hacerlo esa noche, a menos que alguien le llevase una muda. Se pasó la mano por el pelo para intentar desenredarlo.

—Lo siento —dijo, y besó a Zoe en la mejilla—. No sabía que tendríamos invitados tan temprano.

—Perdonen la intrusión —se disculpó Bill Holden. Él también parecía haber dormido con la ropa puesta. Llevaba la camisa arrugada y tenía una mancha de color claro en un lado del cuello—. Cogimos un vuelo nocturno y pensamos que era mejor venir directos al apartamento. Para ser sinceros, señor Maynard, nos preocupa su seguridad aquí, en París.

—A nosotros también. —Arthur dejó escapar una risa ronca—. Vi a Jonas Klauser acechando mi apartamento con un par de hombres armados hace menos de veinticuatro horas.

—Se ha expedido una orden judicial para arrestar al señor Klauser. Pero, como es probable que sepan, eso no significa que usted y la señorita Durand estén a salvo para continuar con sus vidas.

—Supongo que nunca volveremos a estarlo.

Holden asintió.

—Su seguridad dependerá de la colaboración de varios gobiernos, no sólo de nosotros. Como saben, las normas son distintas en Luxemburgo y en Suiza. El señor Klauser es un ciudadano estadounidense, pero Hans Hoffman y Peter Weber, no.

—No tengo mucha fe en los cuerpos de seguridad de Luxemburgo —respondió Arthur—. De lo contrario, habría acudido a ellos desde el principio.

—Lo comprendemos. Por lo general, el Departamento de Justicia ofrece este tipo de protección sólo a personas que acuden, como soplones, directamente a nosotros. Pero, en su caso, sabemos que, en lugar de eso, decidieron acudir a la prensa.

—No se trata sólo de las autoridades de Luxemburgo —dijo Zoe—. Matthew Werner acudió al Departamento de Justicia. Acabó muerto.

—La trágica muerte del señor Werner fue el resultado de las acciones de un empleado corrupto del Departamento de Justicia. Le aseguro que estamos haciendo todo lo que podemos, a nivel interno, para asegurarnos de que nada como eso vuelva a suceder jamás.

—¿Han arrestado a Hunter Morse?

—Hunter Morse está muerto. Se ha suicidado.

Zoe apretó con más fuerza la mano de Arthur.

—Eso es horrible.

—Por desgracia, no es el único. Ayer también apareció el cadáver de Julian White.

—¿Julian White? ¿De Swiss United? —Zoe notó su nombre atascado en la garganta.

—Sí.

—¿Qué ha pasado?

—Accidente de tráfico. Encontraron su cuerpo en un barranco, en las montañas de Vaucluse.

—¿Hay alguien más herido? —Zoe se oyó a sí misma preguntándolo. No quería seguir hablando de Julian, pero le pareció que era la respuesta apropiada. Se dejó caer sobre Arthur, sosteniendo su cuerpo en el de él. No pensaba que fuesen a encontrar el cuerpo tan pronto. Había esperado que no lo hicieran.

—No. Iba él solo en el coche. Sospechamos que podría haber sido intencionado.

—¿Intencionado?

—Un suicidio.

Zoe dejó escapar una brusca exhalación.

—Es terrible —dijo Arthur.

—Sí, es terrible. No hemos descartado la posibilidad de que sea algo sucio, por supuesto. En cualquier caso, se investigará.

—¿Y qué pasa con la muerte de Matthew? ¿Se está investigando? — insistió Arthur.

—Así es.

Zoe cerró los ojos. Notó que el brazo de Arthur la rodeaba con más fuerza.

—¿Está bien, señorita Durand?

Ella asintió.

—Estoy bien. Es que... ha muerto tanta gente...

—Se dedicaba usted a un negocio peligroso, señorita Durand.

—Ahora lo sé.

—Llegados a este punto, creemos que tienen dos opciones. La primera es que entren en el programa de protección de testigos. Les proporcionaremos nuevas identidades, aspectos y pasaportes. Sus nombres nunca aparecerán en la prensa relacionados con las filtraciones.

—¿Tendremos que testificar en el juicio o ante el Senado de Estados Unidos?

—Sí, pero podrán hacerlo de forma que se proteja su identidad.

—Klauser ya sabe que los topes somos nosotros. Si nos quiere muertos, nos encontrará.

—En los veinte años que llevo trabajando para el Departamento de Justicia, jamás hemos perdido a un testigo protegido.

—Nunca han llevado a juicio a nadie como Jonas Klauser.

—Hemos tenido gente que ha testificado contra miembros de cárteles, capos de la mafia, lo que se le ocurra. Ése es nuestro trabajo.

Arthur dejó escapar una risa áspera.

—Testificar contra Klauser es el equivalente a testificar contra miembros

de cárteles, capos de la mafia y terroristas, todo a la vez. Todos son clientes suyos.

—Entiendo sus reservas, señor Maynard. Pero permítame recordarle que usted y la señorita Durand eran parte de esa empresa criminal. Si deciden no testificar, serán juzgados junto con el resto de sus compañeros.

—¿Aunque hayamos sido los que han filtrado la información? —preguntó Zoe frunciendo el ceño—. Me parece injusto.

Holden se encogió de hombros.

—Siento que le parezca injusto, señorita Durand. Pero, en nuestro país, no vemos con buenos ojos a las personas que instigan y secundan a terroristas.

—¿Estaremos juntos? —preguntó Arthur—. Como testigos protegidos, quiero decir.

—Sería más seguro si no lo estuviesen.

—Tenemos que estar juntos —dijo Zoe. Luego miró a Arthur suplicante—. Por favor, no puedo quedarme sola otra vez. No, después de todo. Eres todo lo que tengo.

—No te dejaré sola —aseguró él con voz serena—. Tiene que haber otra manera.

—Hay otra opción —intervino Moyes.

Ambos lo miraron esperanzados.

—Ustedes testifican, pero lo hacen a cara descubierta. Conceden entrevistas. Salen a la luz. Se convierten en los Edward Snowden del negocio de las cuentas en paraísos fiscales.

—Es una locura —replicó Arthur—. Eso sólo nos pondrá en mayor peligro.

—¿Usted cree? Saben quiénes son. Saben que ustedes son los topes. Si se convierten en héroes (en famosos, en realidad), les será mucho más difícil matarlos. Y podrían contratar seguridad privada. No estarían completamente desprotegidos.

Todos se quedaron en silencio durante un momento. Zoe volvió a mirar el

balcón. En ese momento, el cielo brillaba, era claro, frío, de color azul cerúleo. Pronto, las tiendas de la rue de Rivoli se llenarían de compradores para las fiestas. Se formaría una cola en el Louvre. Los turistas recorrerían los jardines de las Tullerías, tomando café y chocolate caliente. La gran noria de Ferris, en la place de la Concorde, comenzaría a girar.

En ese momento pensó que, si entraba en el programa de protección de testigos, nunca regresaría a París. Podían volver a enviarla a una ciudad pequeña, como aquella de la que ella provenía, sólo que no conocería a nadie, no tendría nada, no sería nadie. Era un pensamiento desolador.

—¿Cómo pagaríamos esa seguridad privada? —preguntó Arthur—. ¿Cómo sobreviviremos? Ya no podré volver a ejercer la abogacía nunca más.

—Ése es el tema. Si colaboran al cien por cien, y eso implica darnos los nombres de cada uno de los clientes con los que hayan podido hablar, trabajar o que ustedes fuesen conscientes de que tenían dinero oculto en paraísos fiscales, creemos que el IRS podrá recuperar, al menos, mil millones de dólares en multas e impuestos no pagados.

Arthur asintió.

—Al menos, mil millones.

—¿Son conscientes de que el IRS paga una recompensa de hasta el treinta por ciento a los informantes?

—¿Qué? —Arthur se inclinó hacia delante como si no lo hubiese oído bien.

—¿Nos pagarían? —preguntó Zoe.

—Si la información que nos proporcionan nos permite recuperar los fondos, sí.

—¿El treinta por ciento?

—*Hasta* el treinta por ciento. Si les soy sincero, nunca hemos recuperado una cantidad como ésa, así que tendremos que discutirlo a nivel interno...

—Eso son trescientos millones de dólares, aproximadamente.

—Podría ser muchísimo más —añadió Simon—. La economía de los

paraísos fiscales mueve billones.

—He dicho *hasta* —repitió Moyes nervioso—. Y, por supuesto, tendrán que descontar impuestos...

—¿Y qué pasa con Annabel? —preguntó Zoe.

Los hombres guardaron silencio y la miraron.

—¿Annabel? —preguntó Arthur—. ¿Qué pasa con ella?

—Ella también debería recibir algo de ese dinero. —Zoe ignoró la mirada que le estaba lanzando Arthur. Se volvió hacia Bill Holden—. Matthew Werner murió porque era un informante del Departamento de Justicia. Estaba haciendo lo mismo que nosotros, sólo que confió en la persona equivocada. Su mujer debería recibir su parte del dinero.

—Annabel Werner estará bien atendida, se lo aseguro —contestó Holden.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—No... no estamos seguros.

—¿No están seguros? ¿Está a salvo?

—No lo sabemos. Pero no se inquiete, la estamos buscando.

—Encuéntrenla. Y, cuando lo hagan, asegúrense de ponerla bajo custodia preventiva. De cualquier recompensa que obtengamos, ella se lleva un tercio. No aceptaré otra cosa.

—De acuerdo, señorita Durand. —Bill Holden le ofreció una sonrisa hermética—. Le doy mi palabra. Haré todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que Annabel Werner se encuentra a salvo.

—Entonces ¿qué? —preguntó Moyes—. ¿Quieren estar bajo custodia preventiva? ¿O prefieren convertirse en héroes?

—¿Héroes con una cuenta bancaria de nueve cifras? —Arthur sonrió—. Sin duda.

—Arthur, ¿estás seguro? Nos darán el dinero de todas formas.

Él se volvió hacia Zoe. Estrechó sus manos entre las suyas y le envolvió las mejillas con ellas.

—Zoe —dijo—, te quiero. No puedo vivir sin ti. No lo haré. Prefiero que

nos la juguemos juntos.

La joven notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. Arthur se inclinó para besarla. Fue un beso profundo, lento y sensual. Su boca en la de ella, su mano atrayendo su cuerpo hacia el suyo. Zoe cerró los ojos y sintió una alegría que no había sentido desde que se enamoró de Arthur.

Holden se aclaró la garganta.

—Perdón —dijo Arthur, y se echó hacia atrás. Miró a Zoe, tenían los dedos entrelazados, y se rieron—. ¿Héroes? —preguntó.

—Héroes —asintió ella.

—De acuerdo —respondió Moyes—. Aún necesitamos tenerlos bajo custodia preventiva, antes y durante los juicios. Y tendrán que conceder una entrevista. Cuanto antes, mejor.

—Marina Tourneau —contestó Arthur—. Quiero que sea con ella.

Holden vaciló.

—¿No con *The New York Times* o *The Wall Street Journal*?

Arthur negó con la cabeza.

—Con Marina Tourneau. Para la revista *Press*. Si no fuese por ella, no estaríamos aquí.

—Bien —asintió Holden—. Marina Tourneau. Lo cierto es que no la conozco, pero está a punto de ganar el jodido Premio Pulitzer al mejor reportaje. Y ustedes dos están a punto de convertirse en las fuentes más famosas desde Garganta Profunda.

Zoe sonrió. Se puso de puntillas y le susurró a Arthur al oído:

—Te quiero, Mark Felt.

Arthur sonrió al oír la referencia. Era el nombre que le había dado a Duncan Sander cuando empezaron a hablar, cuando el periodista estaba buscando a Morty Reiss. Duncan había pillado la referencia al escándalo Watergate y se había reído. Nunca presionó a Arthur para que revelara su verdadera identidad, algo por lo que tanto él como Zoe le estaban agradecidos.



En ese momento, ella sintió una pequeña punzada de tristeza, ya que se dio cuenta de que Duncan nunca sabría los nombres reales de sus fuentes. No vería impresa aquella historia monumental, o a Morty Reiss, el hombre al que había perseguido durante tantos años, castigado por sus crímenes.

Zoe apretó la mano de Arthur.

—¿Estás bien? —susurró él.

Ella asintió.

—Estaré bien.

Zoe pensó entonces que, cuando aquellos hombres se marchasen, saldría al balcón. Se asomaría a mirar los jardines de las Tullerías. Besaría a Arthur donde todo el mundo pudiese verlos. Y eso haría que todo hubiese valido la pena. Aunque sólo durase un segundo, todo habría valido la pena.

## Marina

Un corrillo de periodistas se arremolinaba alrededor de la puerta de su edificio. Marina los vio cuando el taxi aparcó junto al bordillo.

Le costó un par de segundos asimilar que la estaban esperando a ella. No había firmado ninguno de los artículos que se habían publicado. Se había asegurado de que su nombre no apareciese en ninguno de ellos. No quería formar parte del derribo de la familia Ellis. A ojos de la sociedad, Marina seguía siendo la prometida de Grant Ellis. En un acto reflejo, se tocó el dedo anular de la mano izquierda. No llevaba nada en él. El anillo estaba en el cuenco de la mesilla de noche. Jamás volvería a ponérselo.

Era demasiado tarde para evitarlos. La multitud de periodistas ya la habían reconocido. Un reportero, Martin Wilkes, un amigo de Owen de cuando trabajaba en *The Wall Street Journal*, gritó su nombre.

Marina se cubrió los ojos con unas gafas de sol y salió del taxi. Mientras los periodistas se apiñaban a su alrededor, ella mantuvo la mirada fija en la acera.

Todas las personas que la rodeaban le gritaban preguntas, una tras otra. Cuando llegó a la entrada, Hugh, el portero, se colocó delante de ella en actitud protectora.

—Lo siento, señorita Tourneau —dijo—. No me he dado cuenta de que era usted. ¿Está bien?

—Sí, Hugh, estoy bien —respondió—. Gracias.

—¡Marina! —gritó Martin—. ¿Qué sientes al formar parte de la noticia más importante del año, en vez de estar al otro lado, como periodista?

Ella se volvió y lo miró directamente a los ojos.

—Siento que estoy en el lado equivocado —contestó—. Ahora, por favor, ruego que me disculpéis. —Agachó la cabeza y se precipitó hacia el interior del edificio.

»¿Grant está en casa? —le preguntó a Hugh.

—Sí, señorita. —Marina tragó saliva y asintió despacio—. Han detenido a su padre esta mañana, a primera hora. Lo he visto en las noticias.

—Sí, lo sé.

—Lo lamento mucho, señorita.

—No lo sientas, no es culpa tuya.

—El señor Ellis es un hombre estupendo. Bueno, hablo de Grant. Siempre es educado; se sabe el nombre de todos mis hijos y siempre me pregunta por ellos. —Hizo una pausa y, después, añadió—: No quiero decir que su padre no sea un buen hombre. Sólo que...

—No pasa nada, Hugh, sé qué querías decir. —Marina lo miró y esbozó una sonrisita—. Debería subir a casa.

El portero asintió; le abrió la puerta del ascensor y pulsó el botón del duodécimo piso por ella. Cuando las puertas se cerraron, Marina se desplomó sobre el banco que había al fondo del ascensor. Llevaba más de veinticuatro horas de pie. De repente, sintió que no podía aguantar ni un solo minuto más.

Las puertas se abrieron con un tintineo, Marina se puso en pie y las atravesó. La planta estaba vacía, y agradeció no encontrarse con ninguno de sus vecinos. Recorrió el pasillo a toda prisa, con el corazón latándole a gran velocidad. Abrió la puerta principal de su casa con manos temblorosas.

—¿Grant? —lo llamó mientras dejaba las llaves encima del mueble del recibidor.

—Mira quién ha llegado.

Grant estaba sentado en un sillón del salón, las piernas cruzadas con aire casual. Iba despeinado y daba la impresión de que no había dormido nada. Llevaba una especie de uniforme de color azul con puntadas blancas en el bolsillo delantero.

Marina se acercó a él, pero se detuvo en seco al darse cuenta de lo que su prometido llevaba en la mano derecha: una pistola del calibre 45, que descansaba sobre su rodilla y estaba dirigida hacia ella.

—¿Qué tal el viaje a Washington? —preguntó Grant con frialdad—. Espero que le dieras recuerdos a Hunter Morse de mi parte.

—El caso es que está muerto.

—¿En serio? Qué pena. Me caía bien. Nos fue muy útil.

—Lo sobornaste para que te facilitara la identidad del soplón de Swiss United. Y, después, mataste al soplón.

—Marina, no te precipites. Lo único que hice fue ir a comer con ese hombre.

—Pero ¿te crees que soy tonta?

—Qué va, para nada. Resulta que te pasas de lista. Y pensar que todo este tiempo he creído que estabas conmigo porque me querías de verdad...

—¡Y era cierto! —espetó ella exasperada—. ¿En serio crees que yo quería que pasara algo de todo esto? Grant, para mí es una pesadilla. Confiaba en ti. Te quería.

—¡Entonces ¿por qué lo has hecho?! —gritó él. Se levantó del sillón y apuntó a Marina con la pistola directamente al corazón—. Has destrozado a esta familia.

—No —replicó ella, negando enfadada con la cabeza—. Te he estado protegiendo todo este tiempo. Cuando tu padre me dijo que no estabas involucrado en toda esta mierda de los paraísos fiscales, lo creí. Lo creí hasta que me enteré de que fuiste tú quien sobornó a Hunter Morse, y de que fue tu viejo amiguito de la marina, Charlie Platt, quien mató a Duncan.

Ambos se miraron en silencio, un silencio incómodo que duró un par de minutos. Entonces, Grant contestó:

—Se lo merecía, Marina. Te volvió en mi contra.

—No es verdad.

—Escuché vuestra conversación en París. Te pidió que te reunieses con

alguien de Swiss United. No te molestes en negarlo.

—Pero eso no tenía nada que ver contigo.

—Y una mierda —gruñó Grant—. Nunca le caí bien a ese cabrón. Te utilizaba como un medio para meterse en nuestra familia. Era repugnante. Ese hombre no tenía límites. Desconocía el significado de la palabra *familia*.

—Y por eso hiciste que lo mataran.

—¡Pues sí, joder, sí! —gritó Grant—. Y también debería matarte a ti, por lo que has hecho.

Marina se estremeció cuando él blandió el arma en su dirección. Por una milésima de segundo, pensó en echar a correr. Pero ¿de qué serviría? Grant era un tirador experto y estaba a menos de cinco metros de distancia. Estaría muerta en el suelo antes de llegar al recibidor.

—Grant, en realidad no quieres hacerlo —dijo despacio, levantando las manos—. Baja el arma.

—Dame una sola razón por la que no debería apretar el gatillo ahora mismo —replicó él sin desviar la pistola.

—Porque te pillarán. En la entrada del edificio hay una multitud de periodistas. No cometas una estupidez.

—¡Por Dios! —bufó él—. ¿Por qué piensas que llevo este uniforme? Hugh me lo ha prestado esta mañana. —Se llevó la mano al bolsillo trasero del uniforme sin dejar de apuntarla con la pistola. Sacó una gorra y se la puso en la cabeza. De pronto, Marina reconoció el conjunto que llevaba: era el uniforme del manitas del edificio. Estaba lo bastante cerca como para leer las puntadas del bolsillo delantero: MENDOZA. Justo debajo aparecía la dirección de su edificio—. Hugh es un buen tipo. Se ha dado cuenta de que tal vez necesitaría una salida rápida, sin llamar la atención.

—¿Y adónde irías? Seguro que están esperando a que pongas un pie en el aeropuerto.

—Bueno —dijo Grant entre risas—, eso es lo bueno de tener un avión privado y un pasaporte nuevo. Hay un montón de países con climas

estupendos y políticas de extradición poco duras.

—¿Así que te vas a marchar y vas a dejar que tu padre se pudra en la cárcel? ¿Y Charlie Platt también?

—Ah, claro que no —respondió Grant, y frunció el ceño con gesto adusto—. Has subestimado muchísimo a Charlie. Es uno de los mejores espías que tenemos. Se le da de maravilla desaparecer. Lo más probable es que ya esté en alguna playa, tomándose un mai tai. Gracias a mí, tiene suficiente dinero guardado en una cuenta de un banco suizo como para poder vivir toda su vida. Y, bueno, sé que papá estará bien. En esta vida, uno no llega a donde está él si se da por vencido cada vez que se encuentra un bache en el camino.

Grant giró la muñeca y miró la hora.

—Marina, lo he pasado bien, pero tengo un coche esperándome en el callejón de detrás del edificio.

Levantó el arma e inclinó un poco la cabeza mientras apuntaba. Ella sabía que debía echar a correr, pero el miedo la había paralizado. Abrió la boca para protestar, pero no emitió ningún sonido. En cambio, un disparo resonó en el apartamento. Entonces sintió una aguda punzada de dolor en el hombro y, después, que se caía al suelo. Luego, la oscuridad lo envolvió todo.

## Annabel

Annabel miraba por la pequeña ventanilla redonda del avión privado de Lorenzo. A través de las nubes podía distinguir el color azul brillante del océano Pacífico y el escarpado contorno de Baja California. No sabía exactamente dónde iba a aterrizar, sólo que sería en una pista privada propiedad de la familia Mora, en algún lugar de Cabo San Lucas. Excepto por el piloto, viajaba sola en el avión. Lorenzo se había ofrecido a acompañarla, pero Annabel se había negado. Ya había hecho bastante por ella.

El aparato comenzó a descender. Cuando las ruedas tocaron el suelo, Annabel sintió un gran alivio. Había llegado. Se había acabado.

La puerta del avión se abrió y bajó corriendo la escalera hasta el asfalto. Parpadeó para que sus ojos se adaptasen a la brillante luz. El sol de México estaba en su cénit. Se protegió los ojos con la mano y miró a su alrededor.

Allí, bajo la sombra de un edificio de una sola planta, que servía como terminal, estaba Matthew. Se había dejado crecer una espesa barba y estaba muy moreno. Llevaba una camisa de lino, vaqueros y sandalias. Estaba de pie, y Annabel se dio cuenta de que incluso su porte era diferente. Tenía las manos metidas en los bolsillos, con actitud relajada. Sólo tenía un ligero aire a su antiguo y formal yo. Pero ella lo reconoció al instante.

—¡Matthew! —Dejó caer su bolso en el suelo y se lanzó a sus brazos

—Annabel —murmuró él, hundiendo la cara en su cuello. Ella sintió el roce familiar de su antebrazo alrededor de su cintura cuando la levantó en volandas y empezó a darle vueltas.

Se abrazaron durante mucho rato. Entonces, Annabel se apartó y admiró a su marido.

—Llevas barba —dijo al final.

Los dos se rieron.

—¿Te gusta?

—Te sienta bien. Pareces relajado.

—Bueno, me he visto obligado a jubilarme anticipadamente.

—Has escogido un buen lugar.

Matthew miró a su alrededor.

—No tuve mucha opción, pero reconozco que sí. La pesca y los atardeceres son espectaculares. Creo que aquí seremos felices.

Annabel se echó a llorar. Él la abrazó de nuevo y ella apretó la cara contra su pecho.

—Chiss..., todo está bien. Estamos bien.

—Pensaba que habías muerto.

—Ya lo sé. Lo siento mucho. No puedo imaginar lo que ha sido para ti.

—Celebramos tu funeral.

—Lo sé. Annabel, era la única manera. No quería que corrieses más riesgos hasta que se hubiese acabado. Pensé que no te harían daño si no sabías que yo estaba vivo.

—¿Se ha acabado? ¿Se acabará alguna vez?

—Eso creo. Ahora mismo, es la única noticia en la televisión. Han detenido a Jonas. Julian está muerto. Están buscando a Fares Amir.

—¿Dónde está Fatima? —Annabel no había pensado en ella hasta ese instante—. ¿Y el piloto?

—No lo sé. Sé que están a salvo. Ahora, todos estamos bajo la protección de la CIA. De hecho, hay dos hombres a los que quiero que conozcas. —Matthew señaló la puerta abierta del edificio de la terminal.

En el interior no había aire acondicionado, pero el ambiente era agradable. En el techo, un ventilador daba vueltas. En un rincón había dos hombres sentados en sillas plegables junto a una mesa de plástico. Uno de ellos llevaba el pelo peinado con cuidado y vestía unos pulcros pantalones de lino



blanco y mocasines. Unas gafas de sol de aviador descansaban sobre el puente de su nariz torcida. El otro, un hombre grande con la cara enrojecida, sudaba profusamente a causa del calor. Cuando los saludó con la mano, aparecieron manchas de humedad bajo sus axilas.

—Annabel, éstos son Thomas Jensen y Alexei Popov. El señor Jensen trabaja para el MI6. El señor Popov es de la CIA. Ellos lo han orquestado todo. Estoy vivo gracias a ellos.

Popov extendió la mano, pero ella lo rodeó con los brazos. El ruso dejó escapar una risa de sorpresa y le dio unas palmaditas incómodas en la espalda antes de escabullirse de su abrazo. A continuación, Annabel abrazó a Jensen.

—Gracias —dijo con los ojos llenos de lágrimas—, gracias por salvar a mi marido.

—Su marido es un héroe —respondió Thomas Jensen. Se quitó las gafas de sol y las dejó encima de la mesa—. Gracias a él hemos podido detener la operación de blanqueo de dinero de Fares Amir. El señor Amir ha sido el único y mayor proveedor de fondos para las organizaciones terroristas sirias del Reino Unido. Lo sabíamos, pero sin pruebas no podíamos hacer nada al respecto.

—Y ése es sólo un ejemplo —añadió Popov—. Durante años, la CIA ha estado buscando la manera de entrar en uno de los bancos con cuentas en paraísos fiscales. Si no hubiese sido por el señor Mora, su marido nunca habría conseguido contactar con nosotros y jamás habríamos encontrado la forma de dismantelar Swiss United.

—¿Lorenzo trabaja para la CIA? —preguntó Annabel—. No entiendo cómo se involucró en esto.

Popov y Jensen intercambiaron miradas.

—No —contestó Popov—, pero ha sido un buen recurso para nosotros. Necesitábamos a alguien cercano a Jonas Klauser. Era demasiado arriesgado recurrir a los empleados del banco. Así que, en lugar de eso, decidimos enviar a un cliente. El señor Mora es justo la clase de cliente que quiere Jonas

Klauser. Enormemente rico y, sin duda, muy corrupto. Con mucho dinero que necesitaba esconder en paraísos fiscales. Y, como es parte de una conocida empresa criminal, Klauser nunca sospecharía que Mora era un recurso de la CIA.

—El hermano del señor Mora se enfrenta a sus propios cargos por blanqueo de dinero en el Reino Unido —explicó Jensen—, por lo que le ofrecimos un trato. Si nos ayudaba a entrar en Swiss United y en Amir Group, su hermano no iría a prisión.

—En una reunión, Jonas le dijo a Lorenzo que tenía una fuente en el Departamento de Justicia que me había identificado como un soplón —explicó Matthew—. Le aconsejó a Lorenzo que cortase las comunicaciones conmigo. Lorenzo se ofreció a hacerse cargo del problema, pero Jonas le dijo que lo haría él mismo. Así que Lorenzo fue directo a Jensen y le contó que había un soplón dentro del banco que estaba en peligro.

—Teníamos que trabajar rápido —dijo Jensen—. Sabíamos que debíamos sacar tanto a Matthew como a Fatima, que había estado informando al MI6 sobre los negocios de su hermano con al-Assad. Pensamos que parecería sospechoso que los dos desapareciesen a la vez, por lo que decidimos orquestar el plan del accidente de avión. Había tanta gente que los quería muertos (el banco, la familia Assad, Schmit & Muller...) que concluimos que supondrían que cualquiera había podido causar el accidente. La verdad es que fue ingenioso.

Popov se echó a reír.

—Fue idea tuya.

—Y por eso el MI6 me valora tanto.

El ruso puso los ojos en blanco.

—Usted era el comodín —prosiguió, dirigiéndose a Annabel—. No sabíamos si tendría coraje para investigar. Pero lo tuvo. Y debo decir que fue bastante habilidosa. No me podía creer que encontrase aquellas fotografías del accidente en la biblioteca.

—¿Cómo se las arreglaron para que los agentes de la FEDPOL me diesen fotografías falsas del accidente?

—El agente Vogel trabaja para nosotros. El agente Bloch trabajaba para la FEDPOL hasta que llamamos a su puerta. Ahora trabaja con nosotros de forma permanente.

—El hombre que me siguió aquella noche..., ¿era de la CIA?

—No, era un hombre de Klauser. La estaba vigilando, para ver si sabía algo. Por suerte para usted, no era el caso.

—¿Por qué me tuvieron dando vueltas en círculos durante tanto tiempo? Han pasado dos semanas. Una vez que tuvieron a Matthew bajo custodia preventiva, ¿por qué no arrestaron a Jonas y a los demás?

—Eso fue algo desafortunado. Matthew llevaba semanas descargando datos financieros en su ordenador personal. También continuó haciéndolo con Hunter Morse, del Departamento de Justicia, para que pudiésemos tener pruebas de que, en efecto, estaba proporcionando información a Jonas Klauser. Pero entonces oímos el rumor de que Swiss United había contratado un asesino a sueldo. Teníamos que sacar a su marido y a Fatima, pero no podíamos arriesgarnos a que Fares mirara en el ordenador de Matthew. De manera que él se lo dio a Zoe Durand. Esperábamos poder recuperarlo en cuanto Matthew y Fatima estuviesen a salvo.

—Pero ella me lo dio a mí. Y yo se lo di a Khalid. —Annabel esbozó una mueca de dolor—. ¿Khalid está...?

—A salvo —dijo Jensen—. Con un ojo morado, me temo, pero, por lo demás, intacto. Fingimos un atraco para quitarle el ordenador. Pensamos que, si lo estaban siguiendo y lo veían entregando el portátil a un agente del MI6, nuestra tapadera saltaría por los aires. Así que, en lugar de eso, conseguimos unos matones para que le quitaran su mochila al salir de la estación de metro.

—Menos mal. Creía que...

—Está bien.

—Debe de estar aterrorizado. Por favor, ¿pueden decirle que estoy bien?

Después de todo lo que ha hecho por nosotros...

Popov y Jensen se miraron.

—Le diremos que está usted bien.

—Gracias.

—Entonces, han recuperado el portátil.

—Sí, pero resulta que no era necesario. Zoe había tomado las riendas. Durante todo el tiempo había estado filtrando información a un periodista.

—¿Zoe? —Annabel se quedó boquiabierta.

—Ella me avisó de que iba a publicarse un artículo sobre el banco. Por eso, cuando Morse me llamó, decidí colaborar. Estaba intentando salvar mi pellejo —explicó Matthew.

—Zoe y su pareja, Arthur Maynard, se habían pasado meses hablando, de forma anónima, con un periodista de Nueva York. Arthur era abogado en Schmit & Muller, por lo que tenía acceso a información de varios bancos con cuentas en paraísos fiscales, no sólo de Swiss United. Y Zoe tenía acceso a la mayor parte de los archivos de Swiss United. Dicen que se trata de la mayor filtración de datos de la historia.

—Madre mía. Por eso está en todos los periódicos.

—Sí. Y la buena noticia es que, así, para vosotros será mucho más fácil desaparecer.

—Porque todo el mundo pensará que Zoe y Arthur son las fuentes de toda la información y la causa de los arrestos.

—Exactamente.

—¿Qué va a pasar con ellos? ¿Estarán a salvo?

Popov suspiró.

—En fin, no. Se ha descubierto su tapadera. Pero tienen la ventaja de que ahora son personajes públicos. Se los está venerando como a héroes, como a activistas. Esto hace que matarlos sea un poco más complicado.

—Y también está el tema del dinero —añadió Jensen—. Podrán pagar toda la protección que necesiten.

—¿El dinero?

—La recompensa. Por parte del IRS. Hasta el treinta por ciento de los fondos recuperados.

—¿Cuánto? —Annabel miró a Matthew.

—No lo sabremos hasta dentro de unos meses —dijo él—, pero la estimación aproximada es de trescientos millones de dólares.

—Caramba —susurró ella—. ¿Trescientos millones en impuestos recuperados?

—No. La recompensa es de trescientos millones. Sin descontar impuestos, por supuesto. Y se divide en tres partes.

—¿Tres partes?

—Entre Zoe, Arthur y yo. —Matthew sonrió—. Así que échale unos cincuenta millones. No es un mal plan de jubilación.

—Perdón —dijo Annabel sacudiendo la cabeza—. ¿Me estás diciendo que el IRS te va a dar cincuenta millones de dólares?

—Nos va a dar —respondió Matthew.

—Nos va a dar —repitió ella anonadada.

Jensen cogió un maletín que había sobre la mesa. Lo abrió y sacó dos sobres de papel manila. Le entregó uno a Matthew y otro a ella.

Annabel abrió el suyo y metió la mano en el interior. Lo primero que sacó fue un pasaporte canadiense. Lo abrió y la sorprendió encontrarse una fotografía de ella misma, sonriéndole. Era una foto antigua, de cuando vivía en Nueva York. Llevaba el pelo corto, rapado por la zona de las orejas.

—Siempre me ha gustado cómo te queda ese corte de pelo —susurró Matthew. Ella sonrió cuando él la besó en el cuello.

—Josephine Ross —leyó, y asintió—. Me gusta.

—Es elegante —convino Matthew.

—¿Quién eres tú?

—Soy tu marido. El hombre con el que te casaste.

—Sé que lo eres —dijo. Le cogió las manos y se las besó—. No importa

cómo te llames, sé que lo eres.

—Puedes llamarme Nathan.

—Un acaudalado empresario de Toronto —explicó Jensen—. Se enamoraron de este lugar cuando estaban de vacaciones y compraron una gran casa con un porche y vistas al mar.

A Annabel se le iluminaron los ojos.

—¿Cómo han...?

Matthew se encogió de hombros.

—Puse algunos requisitos.

—No tendrá un estudio para pintar...

—Desde luego.

Annabel lo abrazó.

—Y tú... tú estarás ahí.

—Nunca volveremos a separarnos.

—¿Les gustaría verla? —preguntó Jensen al tiempo que sacaba de su bolsillo las llaves de un coche.

Matthew señaló a Annabel.

—Lo que ella diga.

—¡Sí! —Annabel se rio—. Por supuesto.

Jensen le lanzó las llaves. Ella las cogió con una mano y le ofreció la otra a Matthew. Salieron juntos del edificio del aeropuerto. Jensen y Popov iban detrás. Cuando llegó al pequeño aparcamiento, Annabel se detuvo y se echó a reír. Había dos coches, un todoterreno y un Porsche descapotable plateado.

—¿Qué? —Matthew hizo un gesto desenfadado—. Te he dicho que puse algunos requisitos.

Ella levantó las llaves.

—Pero yo conduzco.

—Lo que tú digas, Josephine.

Matthew abrió la puerta del Porsche y ella se sentó al volante. Cuando puso el motor en marcha, sintió que él le ponía la mano sobre el muslo. La

capota no estaba puesta y la brisa le alborotó el pelo. Mientras aceleraba, pensó que tendría que cortárselo otra vez. Sobre todo si iba a conducir ese coche, por esa autopista, bajo ese interminable cielo azul. La idea la puso contenta. Echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. Siguió al todoterreno de Thomas Jensen hacia el sur, durante otros veinte minutos antes de aparcar en un camino privado que cualquiera podría pasarse de largo si no supiese que estaba ahí.

«Por fin», pensó Annabel cuando se detuvieron frente a la casa. Por primera vez en años estaba en su hogar.

## Epílogo

### *Dos meses después*

Marina podía sentir que alguien la estaba observando. Abrió los ojos y pestañeó un par de veces bajo el sol de media tarde. Sobre su estómago descansaba un libro, abierto de par en par. Debía de haberse quedado dormida leyendo. Cuando se incorporó, notó una aguda punzada de dolor en el hombro, justo donde la bala la había atravesado. La herida estaba a tan sólo diez centímetros del corazón. Había tenido mucha suerte. Si Owen no hubiese avisado al FBI de que iba a su casa para enfrentarse a Grant, un agente no habría irrumpido por la puerta en el momento justo en que él estaba a punto de dispararle. Si el agente no hubiese disparado primero, la bala le habría dado de lleno en el corazón.

Grant seguía en el hospital. Sus abogados estaban ideando un acuerdo para que se declarase culpable por intento de asesinato, entre un sinfín de cargos más. Le habían dicho a Marina que, al menos, pasaría diez años entre rejas por lo que le había hecho. Charlie Platt, el amiguito militar de su antiguo prometido, seguía desaparecido. Si lo encontraban y conseguían que implicase a Grant en el asesinato de Duncan, adiós al acuerdo. Pasaría lo que le quedase de vida en la cárcel.

Marina se estremeció y se recostó; se regañó a sí misma por haberse apoyado en la mano izquierda. Después de dos intervenciones, ya estaba casi recuperada. Pero seguía con la fisioterapia, y todavía le quedaban varios meses por delante antes de que el lado izquierdo de su cuerpo recobrara la movilidad total. Los médicos decían que quizá no la recuperaría nunca. El daño muscular había sido cuantioso. Pero los médicos no sabían lo tozuda



que Marina podía llegar a ser cuando se le metía algo en la cabeza. No iba a permitir que un hombro frágil la retrasase. Tenía trabajo que hacer.

—Ten cuidado, bella durmiente. —Owen estaba de pie a su lado, y le tendía un cóctel. Llevaba un traje de baño y una camisa de lino. La bebida estaba helada, decorada con un trozo de piña—. Iba a pedir una botella de champán, pero... —dijo, y señaló la blanca arena fina y el azul turquesa del mar Caribe, que se extendía más allá.

—A donde fueres... —Marina se incorporó ligeramente hasta sentarse, dejando que los pies le colgasen por el borde de la hamaca. Estiró la mano para coger la bebida—. ¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—¿Qué más da?

—Tienes razón —asintió—. Siempre me olvido de que estamos en una isla de vacaciones. —Le dio un sorbito a la bebida y, después, un trago más largo—. Madre mía, está riquísimo.

—Es tu primer cóctel en... ¿cuánto tiempo?

—¿Dos meses? —aventuró ella riéndose—. El alcohol y los analgésicos no casan bien, ¿sabes?

—Bueno, estamos de celebración. Tengo una sorpresa.

Owen sacó una revista que llevaba escondida a la espalda. Marina se incorporó del todo, con los ojos brillantes.

—No... —dijo en voz baja—. No puede ser... ¿Cómo?

—Tengo mis contactos.

—Pero no llegará a los quioscos hasta mañana. Y hoy he tenido que discutir con los de recepción para que me dieran el ejemplar de ayer de *The New York Times*.

—Estamos en una isla de vacaciones; te viene bien.

—¿No estar al tanto de las noticias? —Ella rio—. ¿En una isla remota con una cobertura horrible?

—Necesitabas tomarte un descanso —replicó Owen, y le lanzó una mirada severa—. De todas formas, estar al día es un precio muy bajo que pagar a

cambio de pasar un fin de semana lejos con el hombre más guapo que conoces.

—Salud —dijo ella, e inclinó su copa.

—Te mueres de ganas por verlo, ¿no? —Owen le paseó la revista por delante, picándola.

Marina se abalanzó a cogerla. Él intentó apartarla, pero ella era demasiado rápida.

—Tienes buenos reflejos para tu edad —dijo Marina entre risas—, pero no puedes enfrentarte a mí.

—Es que ese traje de baño tan escotado que llevas me ha distraído. Es juego sucio.

—Hago lo que haga falta para conseguir la información que necesito. — La periodista se encogió de hombros y pasó las páginas de la revista—. Por eso soy tan buena en mi trabajo.

—Eres buena —convino Owen y, de repente, su voz adquirió un matiz de seriedad—. Marina, es una entrevista increíble.

Ella no contestó; estaba demasiado ocupada leyendo. Su entrevista con Arthur Maynard y Zoe Durand se extendía durante siete páginas completas, uno de los reportajes principales más largos que se habían publicado en *Press*. Lo había escrito casi al completo desde la cama del hospital, dictándole las palabras a Owen, que estaba sentado a su lado con un portátil. A pesar de que todavía no había visto a Zoe y a Arthur en persona, Marina sentía que ya los conocía. Habían pasado casi veinte horas hablando por Skype. Era la entrevista más difícil, y gratificante, que había escrito en su vida. La persona que más la había impresionado durante esos últimos dos meses de entrevistas y charlas había sido Zoe. A simple vista era una joven callada y tranquila, una chica que seguía traumatizada por la experiencia que había vivido en Swiss United. Pero, cuanto más hablaban, más evidente le resultaba que Zoe había sido la instigadora de las filtraciones, y el cerebro detrás del robo y la difusión de 2,5 terabytes de información que habían

supuesto, hasta la fecha, más de cien detenciones, el desmantelamiento de varios cárteles de la droga, de operaciones de blanqueo de dinero y de una importante red terrorista. No estaba mal para una chica de un pueblecito del sur de Francia.

Después de haber leído toda la entrevista, Marina pasó las páginas del resto de la revista en total silencio. El número al completo estaba dedicado a la filtración que ya se conocía a nivel mundial como «los Archivos de Suiza». Había un artículo que hablaba de la detención de James Ellis y del acuerdo que había aceptado su hijo Grant, además de tratar el suicidio de Hunter Morse. En otro se listaba a los ciudadanos estadounidenses que habían sido acusados de fraude fiscal, entre los que aparecían tres senadores, dos miembros del Congreso, dos jueces federales y varios presidentes de importantes empresas. Además, había un artículo sobre Fares Amir y su relación con la familia Assad, firmado por un corresponsal en Europa de *Press*. En las últimas páginas aparecía otro sobre Morty Reiss. Dos semanas después de la caída de Swiss United, habían detenido a Reiss en Argentina. Había estado viviendo allí bajo una identidad falsa, fingiendo ser un constructor jubilado de Miami. El artículo narraba con todo lujo de detalles cómo Reiss había evitado que lo encontrasen durante ocho años con la ayuda de bancos en paraísos fiscales como el BIC o Swiss United. El artículo lo firmaban Marina Tourné y Duncan Sander.

Por último, cerró la revista y se fijó en la portada. Mientras la analizaba, se mordía el labio, obligándose a reprimir el llanto. Era una de sus fotos favoritas de Duncan, en blanco y negro, una foto de la Gala del MET de hacía cuatro años. Parecía más delgado y sofisticado con su esmoquin, el pelo corto y peinado hacia atrás con esmero y con mucho fijador. Estaba justo en el centro de un grupo de poderosas mujeres con vestidos preciosos. Anna Wintour se hallaba a su lado, riéndose de algo que él acababa de decir. En una mano sostenía una pequeña agenda forrada de cuero, en la que no sólo apuntaba sus citas, sino también fragmentos de conversaciones interesantes

que planeaba utilizar después en sus artículos. Si uno se fijaba mucho, podía ver que sujetaba también una estilográfica de plata apoyada sobre la agenda. Marina sabía que era la que ella misma le había regalado después de su artículo conjunto sobre los Darling. En la estilográfica estaba grabada la fecha de su primer artículo juntos.

Bajo la fotografía, con letras blancas y sencillas, se podía leer: «En memoria de Duncan Sander, redactor jefe (1 de mayo de 1958 - 11 de noviembre de 2015)».

El director artístico de *Press* había discutido con Marina por la portada. La periodista sabía que estaba en minoría; gran parte del personal de la revista opinaba que debían aparecer en ella Zoe y Arthur, los rostros de la filtración de los Archivos de Suiza, y no Duncan. Pero Marina los había ignorado. No era que fuese algo que tuviese pensado hacer a menudo, pero, en ese caso, sintió que era algo de vital importancia. Para ella, Duncan siempre sería el rostro de la filtración de los Archivos de Suiza. Al fin y al cabo, él había comenzado la investigación. Zoe y Arthur eran sus fuentes. Sin él, ese número, ese artículo, no existirían. Era una de las ventajas de ser la nueva jefa de redacción de *Press*. Marina no se sentía totalmente cómoda aún con el cargo, al menos por el momento, pero en ese caso había podido aprovecharlo.

—La portada es estupenda —comentó Owen en voz baja.

—Gracias. No estoy segura de que alguien más opine lo mismo, pero me encanta.

—A Duncan le habría encantado.

—Lo sé —respondió ella, asintiendo—. Y se lo merece.

—Así es.

—Gracias por traérmela. Para mí significa un montón poder sostenerla entre las manos. Quiero decir que la había visto, pero no parece real hasta que ves el ejemplar impreso, ¿verdad?

Owen sonrió y asintió; la comprendía perfectamente. Recogió la bebida que Marina había dejado sobre la arena y se la pasó. Entonces, se inclinó

hacia atrás en la hamaca y sacó una cerveza de una cubeta llena de hielo. La abrió con un chasquido y tiró el abridor a la arena.

—Un brindis —dijo levantando el botellín—. Por Duncan.

—Por Duncan.

—Por la historia de nuestras vidas.

—Dijo que lo sería.

—Bueno, casi siempre tenía razón.

Marina inclinó su copa, y el frío borde del vaso tintineó contra el botellín de Owen. Ambos dieron un sorbo a sus bebidas y observaron el sol, que se estaba poniendo en el horizonte.

—¿Qué hacemos mañana?

—¿Esto?

—Podríamos, sí. O, si te aburres, llevo un tiempo dándole vueltas a un nuevo artículo. Tendríamos que coger un barco hasta la República Dominicana, pero no está lejos. Mira, está justo allí, ¿lo ves? —Owen señaló un macizo oscuro al otro lado del agua.

Marina se incorporó y se enderezó un poco más.

—¿Me estás proponiendo que trabajemos en vacaciones? —Ladeó la cabeza con expresión de desconcierto.

Owen se echó a reír.

—No lo llares *trabajar*. Mejor diremos que nos vamos a explorar un poco. ¿Te apuntas?

—Sabes que me apunto. Pero esta noche estamos de celebración, ¿verdad?

—Esta noche estamos de celebración.

La pareja de periodistas entrechocó sus bebidas. El sol empezaba a descender poco a poco en el cielo. Marina pudo vislumbrar la blanca silueta de un yate a lo lejos, en el agua. Vio cómo se hacía cada vez más y más pequeño, hasta que al final desapareció rumbo a la República Dominicana. Al día siguiente, ella también embarcaría en un yate como ése. Al día siguiente, se recordó a sí misma. Pero esa noche no. Despacio, le dio un largo trago a su

bebida y se recostó en la hamaca. Después abrió la revista y empezó a leerla bajo la débil luz del atardecer.

## Agradecimientos

Les estoy muy agradecida a las siguientes personas: Sally Kim, Danielle Dieterich, Karen Fink, Alexis Welby, Ashley McClay, Emily Ollis, y a todo el equipo de G. P. Putnam's Sons; a Alexandra Machinist, a Josie Freedman y a sus compañeros de ICM; Pilar Queen; Andrea Katz; Ann-Marie Nieves; Julie Miesionczek; Todd Doughty; Anne Korkeakivi; Jovie Perkins; Elyssa Friedland; Leigh Abramson; Lauren Brody; Charlotte Houghteling, y Josephine Alger. La contribución de todos ellos ha sido decisiva para la creación de este libro. Me siento honrada y agradezco mucho la ayuda, el apoyo y el amor que me han brindado.

Este libro está dedicado a mi marido, Jonathan. Él me ha enseñado el significado de la palabra *compañero*. Qué suerte tengo de tenerlo.

*Dinero sucio*  
Cristina Alger

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Banker's Wife*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño  
© de la fotografía de la portada, Miguel Navarro - Getty Images

© Cristina Alger, 2018

© por la traducción, Isabella Monello e Inés Giménez (Traducciones Imposibles, S. L.), 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2019

ISBN: 978-84-270-4634-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

## NOVELA **NEGRA**

---



**¡Síguenos en redes sociales!**

